UNA HISTORIA DE LOUISE RICK

SARA BLÆDEL

LA VIUDA SILENCIOSA



JENTAS

UNA HISTORIA DE LOUISE RICK

SARA BLÆDEL

LA VIUDA SILENCIOSA



JENTAS


UNA HISTORIA DE LOUISE RICK
SARA BLÆDEL
LA VIUDA SILENCIOSA
JENTAS

La viuda silenciosa

La viuda silenciosa

Título original: Den tavse enke

© 2020 Sara Blædel. Reservados todos los derechos.

© 2024 Jentas A/S. Reservados todos los derechos.

Traducción Alexander Páez García,

© Traducción, Jentas A/S. Reservados todos los derechos.

ePub: Jentas A/S

ISBN 978-87-428-1297-6

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Para Lars y Andreas.

♥

—

Di un paso atrás, aturdida, e intenté darle sentido en silencio a lo que acababa de ocurrir. Paralizada, observé cómo la sangre fluía a cámara lenta por el suelo y se derramaba por las grietas de los tablones desgastados. El silencio zumbaba en mis oídos mientras observaba las motas de polvo parpadear suavemente con la luz que se filtraba por las ventanas.

Mi día había empezado temprano; el sol estaba bajo en el cielo cuando me senté a tomar mi café matutino y repasar las tareas del día. Había días buenos. Y también malos. Tenía el presentimiento de que este iba a ser bueno.

Incluso antes de los primeros golpes, ya sabía que estaba inconsciente. La adrenalina de la discusión palpitaba en mi cuerpo y me hormigueaban los músculos de los brazos, pero seguí golpeando.

Fue un ruido procedente de algún lugar lejano lo que me trajo de vuelta. Recogí a toda prisa la pesada tabla de cortar del suelo, al mismo tiempo que pensaba en lo impresionante que era que manara tanta sangre del pelo cobrizo, ya que la herida en la parte posterior del cráneo no era gran cosa.

Fuera, oí pasar un coche. Los sonidos normales de la vida cotidiana volvieron poco a poco y me di cuenta de que tenía que escapar. Rápido. Ni siquiera pensé en eliminar mis huellas. En realidad, no me importaba. Con la tabla de cortar bajo el brazo, salí del lugar. Pensé que todo había terminado. Ahora, por fin podría estar en paz.

1

—No reconozco ni un solo nombre de esta lista —masculló Louise Rick, y le tiró el papel a Søren Velin—. Llevamos mes y medio con esto de la nueva Unidad Móvil de Investigación. Hemos planificado, hemos discutido hasta la saciedad y nos hemos puesto de acuerdo. Pero ¿para qué narices sirve toda esa preparación si, de todos modos, vas a recoger los restos de varios distritos policiales y los vas a convertir en mi nuevo equipo?

Estaba tan enfadada que estuvo a punto de marcharse, pero se recompuso y le explicó con calma:

—Ninguno nos conocemos. No hemos trabajado juntos antes. No tenemos las bases para aprovechar los puntos fuertes de los demás. Acordamos que esto no pasaría.

El primer compañero que tuvo en Homicidios se encogió de hombros. Søren Velin llevaba muchos años en la Policía Nacional danesa. Entre otras cosas, era el responsable de la iniciativa de crear una nueva Unidad Móvil de Investigación para sustituir al ya extinto antiguo Equipo Móvil de Investigación. Tras el fracaso de la investigación del asesinato de un adolescente en Korsør, la responsabilidad de resolver el caso había recaído sobre los hombros de Velin, que había recibido apoyo y autorización para crear una unidad especial, un grupo de élite de investigación que pudiera desplegarse para ayudar a los doce distritos policiales del país en casos especialmente exigentes. La Unidad Móvil de Investigación era conocida coloquialmente como P13. Y Louise había sido seleccionada para dirigir la unidad que ayudaría a resolver casos de delitos violentos en todo el país.

—Sabes tan bien como yo que el Gobierno ha reducido a la mitad la Policía Nacional. Las cosas han cambiado.

—Vete al diablo —dijo Louise—. Renuncié a mi puesto de jefa de Homicidios para dirigir tu nueva Unidad Móvil de Investigación, y ahora que P13 por fin es una realidad y estamos a punto de intervenir, nos das la espalda y te retractas de todo lo que prometiste.

—Basta ya —le dijo, con las manos extendidas hacia ella con un gesto de súplica.

—Búscate a otra —respondió Louise, y se dirigió a la puerta.

—Te esperan en Odense.

—¡Te voy a decir una cosa! —Giró sobre sus talones y en un par de zancadas estaba justo frente a él—. No he aceptado este puesto para fracasar ni para tener una excusa para no estar en casa con mi hijo y las personas que me importan. Acepté el trabajo porque creo que puedo marcar la diferencia y contribuir a aumentar la tasa de detección. Ayudar a las comisarías atascadas en una investigación. Pero, maldita sea, no es algo que pueda hacer yo sola. Siempre hemos estado de acuerdo en formar un pequeño equipo con los mejores. El antiguo Equipo Móvil de Investigación era diez veces más grande que el que me has ofrecido, y el presupuesto era mucho

mayor. Y he aceptado trabajar con los forenses y patólogos forenses locales, y que aún es demasiado pronto para vincular a un fiscal permanente a nuestra unidad. Pero joder, quiero a los mejores. A los mejores detectives, no a los tristes restos de los que las comisarías de todo el país quieren deshacerse.

—Te encontrarás con Grube en Odense; él te pondrá al tanto de los puntos fuertes y débiles de los miembros del equipo —dijo Velin con calma.

Louise negó con la cabeza mientras lo miraba.

—Llevamos mes y medio hablando de esto —repitió en voz baja—, hemos planeado cuidadosamente cómo podemos lograr que esto funcione para que esta Unidad Móvil de Investigación acabe siendo permanente. Para que creemos un departamento nacional de investigación del que podamos estar orgullosas. Y ahora que estamos tan cerca de lograrlo te echas atrás.

No tuvo tiempo de responder antes de que saliera de su despacho. Tenía razón en que nadie podía saber que la Policía Nacional se vería afectada por los recortes políticos cuando sentaron las bases de la nueva Unidad Móvil de Investigación. Tampoco podían saber si seguiría formando parte de la Policía Nacional a largo plazo. Todo dependía de hacia dónde soplara el viento con las decisiones presupuestarias que la policía esperaba que le concedieran. Pero la realidad era que no se había cancelado. Y Louise seguía al mando, así que fue directamente del despacho de Velin al garaje a recoger el coche de policía civil asignado a la nueva unidad de investigación.

Louise estaba sentada en el despacho de Velin cuando entró la llamada de emergencia aquella mañana. La víctima era la propietaria de treinta y ocho años de una posada en Tåsinge. La mujer había aparecido muerta en el suelo del comedor un día antes. Fue un vecino de la zona quien llamó a emergencias a las 10:48.

Louise no sabía mucho más, ya que aún no se había presentado ningún testigo. La Policía de Fionia, en Odense y Svendborg, trabajaba con la hipótesis de que podría tratarse de un asesinato por robo, pero aún no habían conseguido averiguar qué habían sustraído de la posada.

—¿Estás en casa? —preguntó cuando Jonas contestó al instante a su teléfono móvil.

—Todavía no —dijo su hijo adoptivo—. Pero he hablado con Eik para quedarme con él mientras estés fuera.

Louise le había dejado un mensaje cuando se enteró de que tenía que irse a Tåsinge.

—No —masculló—, no puedes. Quédate en el piso y cuida de Dina.

En cuanto lo dijo se dio cuenta de la dureza de sus palabras. A su perra labrador sorda le encantaba que Melvin cuidara de ella, pero el vecino del piso de abajo estaba muy ocupado con su novia, Grete Milling, que estaba en cama con una grave neumonía. La anciana estaba muy

enferma; seguía con todos los síntomas y había estado hospitalizada unos días, pero la habían vuelto a enviar a casa, a pesar de que todo el mundo tenía claro que seguía muy mal. El vecino de Louise, de setenta y nueve años, tenía dificultades para cuidar de ella, aunque intentaba que no se notara.

—Pero me llevaré a Dina a casa de Eik, ya lo he hecho antes —protestó Jonas—. Ella y Charlie se llevan bien.

Sí, Louise se lo imaginaba. Menudo panorama con el pastor alemán de Eik, un perro policía jubilado de tamaño considerable, su perra Dina y luego Jonas, Steph —la hija de Eik— y el propio Eik en su diminuto apartamento de una habitación en Sydhavnen. Una vertiginosa sensación de desgana se agolpó en el pecho de Louise. No había visto a Eik desde que volvió de viaje.

La excedencia de seis meses que se habían tomado juntos. El viaje de ensueño con sus dos hijos adolescentes, que debería haber unido a la nueva familia, había roto el corazón de Louise. Había sentido tristeza y rabia a la vez cuando Eik le dijo que, a pesar de haberle propuesto matrimonio, no se sentía preparado para casarse.

—Quédate en casa —decidió Louise—. Melvin necesita tu ayuda, no tiene fuerzas para cuidar él solo de Grete mientras ella está en la cama.

Silencio en la línea.

—Será agradable —continuó Louise, conciliadora—. Podrás hacer puzles y leer historias. Siempre os lo pasáis bien juntos.

—Mamá, ¡tengo diecisiete años! —interrumpió.

—Bueno, ¿por qué no compones algo de esa música que tanto te apasionaba? —sugirió en su lugar. Todavía se le derretía el corazón cuando la llamaba mamá. Jonas vivía con ella desde los doce años y se habían convertido en un fuerte núcleo. Se había convertido en su familia, pero Melvin, que vivía en el piso de abajo, también formaba parte de ese núcleo, y ella sabía que Jonas lo consideraba su abuelo, así que sabía que podía presionar para que se quedara en casa.

—Dejé de hacer música hace mucho tiempo —respondió en voz baja.

Hubo una pausa, pero Louise no se dio por vencida. No soportaba el hecho de que él prefiriera irse con Eik.

—Encontraréis algo que hacer —dijo—, podéis pasar el rato juntos, por ejemplo. Te echó mucho de menos mientras estabas de viaje.

—Está bien —dijo Jonas finalmente—. Me quedaré aquí con Dina y ayudaré a Melvin, tal vez pida algo de comida y veamos una película.

—Genial —dijo Louise, sintiendo que le había ganado una batalla a Eik—, voy de camino a casa a hacer la maleta, pero no tendré tiempo de pasear a Dina. Me esperan en Odense y me quedaré

atascada en el tráfico de la tarde, así que tengo que irme rápido.

—Yo la sacaré —dijo sin dudarlo, y de nuevo se sintió conmovida. Era una de esas batallas que nunca habían tenido que librar. Desde que la hembra de labrador de color claro entró en sus vidas, Jonas había cumplido su promesa de que pasearía con ella.

—Tendrás a un especialista en telecomunicaciones de mi comisaría —dijo el subinspector Grube mientras se sentaba frente a ella en el despacho impersonal de Hans Mules Gade.

Era la primera vez que Louise lo veía, y lo primero que pensó fue que no impresionaba demasiado. Era como si la Policía de Fionia estuviera a punto de hacer a P13 un regalo de valor incalculable en forma de un detective de treinta y un años.

Cuando Louise llegó a la comisaría de Odense, resultó que era la única que había llegado del equipo que Søren Velin había reunido para ella.

Estaba tan irritada que empujó con fuerza la silla contra la mesa. La primera del equipo era una joven sueca que se encargaría de toda la información digital, de telecomunicaciones, de las bases de datos y de la vigilancia, si es que había una sola cámara en todo Tåsinge, cosa que Grube no supo decirle.

—¿Qué experiencia tiene? —preguntó Louise, mirándole las sienes canosas y los ojos cansados mientras intentaba sonar neutral.

—Lisa Lindén es una de las mejores. Es de la Policía Central de Jutlandia, conseguí ficharla hace año y medio. No es ningún secreto que tenemos problemas de bandas y de drogas aquí, en la ciudad.

«No, no es ningún secreto», pensó Louise. Era una de las cosas por las que Odense tenía mala fama en los círculos policiales.

—¿Habla danés o solo sueco? —preguntó Louise, temiendo ya lo que podía perderse si Lindén se encargaba de las escuchas.

La miró con incredulidad antes de asentir despacio.

—Claro que habla danés, es de Holstebro. Creció en Herning, pero vivía en Holstebro cuando la convencí para que se trasladara a Odense. Ahora vive en Ringe con su pareja. Que también es danés, si tanto te importa.

«Touché», pensó Louise. Habían empezado con mal pie, y en gran parte era culpa suya. Se recompuso. Pero la decepción de que todo lo que le habían prometido se convirtiera ahora en un grupo de personas que ella tenía que hacer que funcionaran juntas eclipsó la alegría que acababa de sentir cuando llamaron a la Unidad Móvil de Investigación y le pidieron ayuda. Y se conocía lo suficiente como para saber que la decepción se debía principalmente a una cosa: le asustaba fracasar, no tener éxito y no resolver su primer caso. Tenía miedo de no estar a la altura.

Se dio cuenta de que Grube le hablaba mientras ella mantenía un diálogo consigo misma.

—Lange —repitió, paciente—. Viene de Hjørring. Erling llamó justo antes de que llegaras y preguntó si debía venir aquí o si debía reunirse contigo en Tåsinge.

—¿Y cuál es el perfil de Lange? —preguntó Louise, inclinándose ligeramente hacia delante en su silla, decidida a dejar atrás su actitud negativa.

Grube entrelazó los dedos y miró los papeles que tenía delante, pero no parecía que necesitara leer en voz alta, más bien quería que le salieran las palabras correctas.

—Es bueno con los detalles. Lo ve todo y entiende lo que encuentra el equipo forense. También recuerda lo que le dice la gente.

Louise asintió. Tenía que admitir que eso valía su peso en oro. La única vez que ella misma había estado destinada en el antiguo Equipo Móvil de Investigación, además del especialista en telecomunicaciones, había un agente de oficina que llevaba el control de todos los informes y, en general, supervisaba todo el caso. También había un detective que se ocupaba de los interrogatorios y las entrevistas, y otro que se centraba en la familia, así como un equipo de técnicos. Además de una persona que se enfocaba en la escena del crimen.

—Así que Velin y tú pensáis que él debe encargarse de los interrogatorios y de la escena del crimen —concluyó—. ¿Quién se ocupa de la familia?

—Tú —respondió de un modo que parecía natural—, y contarás con los técnicos forenses de Fredericia.

Se quedaron un rato en silencio mientras Louise esperaba a que continuara, pero no dijo nada más.

—Y, por supuesto, nos ocuparemos de las llamadas que recibamos —dijo, haciendo que volviera a sonar como un regalo.

Ella asintió. Era necesario que hubiera alguien allí para atender las consultas relacionadas con el caso. Alguien que tuviera una visión general y fuera capaz de evaluar qué pistas debían tomarse en serio y actuar en consecuencia. Y tenía que ser una sola persona y no diez diferentes.

—¿Significa esto que no habrá un agente de oficina en la unidad, sino que se gestionarán todos los informes desde aquí? —preguntó Louise, mirándolo.

Grube asintió con la cabeza.

—Es lo más fácil para todos.

—¿Y me informarán a mí a diario, o cómo crees que debemos coordinarlo para que no se pierda información?

—Me informan directamente a mí, y luego yo clasificaré la información y te transmitiré a ti la

relevante —respondió.

Louise estuvo a punto de protestar, pero se contuvo.

—¿Quién más forma parte del equipo? —pregunto—. ¿El resto de los detectives son de aquí o también los traen de otras comisarías?

Al principio no pareció entender lo que quería decir, pero luego negó con la cabeza.

Louise sabía que la Policía de Fionia estaba falta de personal y que a menudo se veían obligados a cederlo a los otras comisarías. También sabía que Grube era conocido por decir una cosa y hacer otra, y que no defendía a sus agentes, por lo que, cuando se enteró de que iba a ayudar a la Policía de Fionia, ya había decidido que quería tener la menor relación posible con él.

—No habrá más de aquí, pero también estarán dos detectives de Svendborg, que estuvieron ayer en la escena. Ya han hablado con los huéspedes que se alojaron en la posada antes del asesinato.

Louise empezó a hacer cuentas. Además de ella, la nueva Unidad Móvil de Investigación estaba formada por una joven de nombre sueco, el tal Lange de Hjørring y los técnicos forenses de Fredericia. Y los dos policías de Svendborg.

—Tendrás una oficina aquí, en la comisaría, y creo que será más fácil para todos si yo me encargo de la prensa.

Louise se enderezó en su silla y se inclinó sobre la mesa.

—Eso no va a ocurrir —dijo con firmeza—. Mi gente y yo tendremos una oficina en la comisaría de Svendborg. No deberíamos perder el tiempo yendo y viniendo cuando hay una comisaría allí. Si tienes algún problema, no deberías haber pedido nuestra ayuda.

Ella lo miró a los ojos durante un rato, y al final él asintió.

Louise volvió a inclinarse hacia atrás.

—¿Puedes ponerte en contacto con Lindén para que empecemos con una sesión informativa? —preguntó—. Supongo que serás tú quien nos pondrá al día antes de que nos vayamos a Tåsinge.

—Lindén no se incorporará hasta mañana —dijo con pesar—. Su hijo está enfermo y se ha tomado el día de permiso, pero vendrá a trabajar mañana.

Louise se lo quedó mirando sin hablar.

—Entonces, supongo que encontrarás a alguien más que pueda empezar hoy. Ya llevamos un día de retraso. —«No voy a mencionar que las primeras veinticuatro horas son las más importantes en la investigación de un asesinato, porque él ya lo sabe», pensó irritada.

—No tengo a nadie más —dijo, mirando hacia la puerta como si fuera a aparecer alguien, pero no fue el caso.

Así que Lisa Lindén no había sido la primera opción. Tan solo podía prescindir de ella porque no se podía contar con la madre de un niño pequeño.

—¿Me hacéis un resumen? —repitió Louise—. ¿Quién me va a decir lo que tenemos hasta ahora? ¿O prefieres que esperemos a empezar la investigación hasta que tu gente esté lista para trabajar?

—Es mejor que hables con la Policía de Svendborg —dijo—. Solo sé que es la mujer que regenta la posada desde la muerte de su marido el año pasado. Vive sola en un apartamento encima del local. Murió a consecuencia de una hemorragia tras recibir uno o varios golpes en la cabeza. Es posible que fuera con un objeto pesado y de borde afilado. Tiene un corte curvo de diez centímetros de largo en la parte posterior de la cabeza que llega hasta el hueso del cráneo. Durante la autopsia se reveló que la víctima había tardado unos quince minutos en desangrarse. La fallecida tomaba anticoagulantes debido a un trombo en la pierna, que se produjo tras un vuelo de regreso de Tailandia hace dos años. Los técnicos siguen trabajando en la posada, pero aún no me han comunicado sus conclusiones.

Louise negó con la cabeza. ¿De qué mierda servía saber cuánto había tardado en morir la mujer si no podían decirle cuándo había muerto?

—¿Nombres? —preguntó Louise.

—Dorthe Hyllested.

—De tus detectives —dijo ella—. Con los que tengo que hablar. ¿Dónde me reúno con ellos, en la comisaría o en Tåsinge? ¿Dónde hay alojamiento disponible? ¿Alguien se ha encargado de reservar un lugar donde podamos quedarnos? No creo que Lange vuelva a Hjørring para pasar la noche.

—Os alojaréis en el hotel de Troense —dijo—. Las habitaciones ya están reservadas. Lindén se irá a su casa.

—Asegúrate de que tenemos una oficina disponible en Svendborg, y luego convoca a los agentes de policía con los que voy a trabajar para que podamos organizar una reunión informativa conjunta —dijo.

—Ten en cuenta que están bajo mucha presión en Svendborg —respondió—. Hay muchos problemas en la ciudad, y no es solo en la calle de los bares. No hay suficiente policía, y estamos hablando de peleas, violencia y drogas. Los jóvenes inmigrantes están causando estragos en la ciudad; vienen de Odense y hacen todo lo posible para entrar en el mercado de la droga, ya que es un negocio creciente. Svendborg puede sonar idílico, pero nada más lejos de la realidad. Esto es a lo que nos estamos enfrentando. La gente está asustada, y se queja de que no somos lo bastante visibles y de que no ponemos más policías en las calles, así que, para serte sincero, os he pedido ayuda porque, sencillamente, no tengo personal suficiente para investigar un asesinato.

Louise lo miró incrédula. Así que no se trataba de utilizar sus habilidades especiales de investigación. Tan solo se trataba de conseguir mano de obra extra para no tener que renunciar a un equipo para una investigación y, por lo tanto, sobrecargar aún más el trabajo diario de la

comisaría.

—No creo que esto lleve mucho tiempo —continuó Grube, impertérrito—. Probablemente se trate de un caso de robo con violencia; si ha desaparecido algo de la posada, no tardará en aparecer en webs de segunda mano, y si no, es obvio que hay que investigar las relaciones de la víctima, quizá sea tan simple como un tema de celos. Es probable que su círculo social esté en el barrio. Ha vivido en la posada durante los últimos ocho años, desde que ella y su marido se hicieron cargo del lugar.

Louise se había levantado. Es probable que tuviera razón, la inmensa mayoría de los homicidios se clasificaban como homicidios en los que la víctima y el autor se conocían.

—¿Tienes la dirección de la posada? —preguntó, dándose cuenta ahora de que no sacaría nada de él. Lo único que sabía con certeza era que las cruciales primeras veinticuatro horas de la investigación se habían perdido.

—Al llegar a Bregninge, conduce hacia Vornæs y luego coge el desvío en Strammelse. La posada no está lejos de la carretera principal, no tiene pérdida.

Se preguntó si el GPS habría llegado a la Policía de Fionia, pero supo que él no se molestaría en buscar la dirección y que sería más rápido guiarla.

—¿Y tu equipo me esperará allí? —preguntó Louise. Eran las tres de la tarde, así que a Lange aún le quedaban un par de horas para llegar.

Por primera vez, Grube la miró con pesar.

—No estoy seguro de que haya nadie allí ahora mismo. Si los técnicos han terminado, se habrán ido.

—Pero ¿qué pasa con los detectives? —preguntó—. ¿Tienen a gente para interrogar en comisaría o siguen por el barrio haciendo preguntas?

—Le pediré a Niklas y a Lene que se reúnan contigo allí y que te pongan al día. Tal vez quieras ir al hotel antes de acudir a la escena del crimen, en cuyo caso coincidirás con Lange. Y así aprovecháis para hacer una sesión informativa conjunta.

Louise recogió su bolsa de fin de semana del suelo y negó con la cabeza.

—No —dijo—. No voy a registrarme primero. Prefiero ir y ver lo que ha pasado. Ver el lugar y conseguir una lista de las personas con las que han hablado tus hombres. Por favor, haz que tus detectives se reúnan conmigo allí. Yo me encargaré de la investigación a partir de aquí.

Le sostuvo la mirada hasta que él asintió lentamente.

2

Strammelse Kro era una casa encalada de dos plantas con tejado de tejas rojas y una extensión de una sola planta que parecía albergar una serie de habitaciones. La posada estaba situada junto a una pequeña carretera con anchas zanjas a lo largo de los campos. Louise se había desviado por un corto camino de tierra para llegar al aparcamiento, que estaba al borde de una gran zona boscosa. Frente a la posada, los campos se extendían en un idílica escena campestre que hizo que Louise se detuviera a disfrutar de la vista un momento antes de cerrar el coche y caminar hacia el edificio.

Tras dar un paseo por el lugar, se dio cuenta de que estaba desierto. Ni rastro del trabajo de los técnicos. No había barreras en la puerta ni en el aparcamiento.

—Aficionados de mierda —murmuró, con ganas de llamar a Søren Velin y decirle que el subinspector Grube los había engañado y había utilizado el P13 para conseguir más personal.

En ese momento, un coche de policía se detuvo a su lado. Un hombre de unos treinta años y una mujer que parecía algo mayor que Louise se bajaron y se acercaron a ella.

—¡Louise Rick! Soy Lene Borre, y este es mi colega Niklas Sindal —dijo la mujer con energía, y le tendió la mano—. Estamos contentos de que nos hayan enviado la ayuda, pero pensábamos que tardaría unos días en llegar. Así que es estupendo que ya estés aquí.

«Sí, para que puedas volver a tu escritorio», pensó Louise, que estrechaba su mano cuando la palmada en la espalda de Niklas la pilló desprevenida. Había cerrado el coche y estaba junto a ellas.

—Conozco a Kim Rasmussen, que ahora es subinspector en Holbæk, y fuimos juntos a un curso de formación en interrogatorios cognitivos. Así que ya he oído hablar de ti.

Louise lo miró fijamente, intentando parecer neutral. Una cosa era que él supiera lo de su expareja, pero no le entusiasmaba que hubieran hablado de ella.

—No habéis acordonado la zona —declaró ella, ignorando su consabido arrebato.

Lene y Niklas intercambiaron una mirada fugaz y comenzaron a caminar hacia la puerta trasera de la posada.

—Llevamos aquí todo el día —dijo Lene. El tono de su voz se había ensombrecido, era menos amistoso—. Los técnicos seguían aquí cuando llegué hace treinta minutos para recoger a Niklas. No pusieron cinta porque les dije que quería volver. Y nos dijeron que estabas de camino.

—Lo siento, no quería decirlo así —dijo Louise, aunque era exactamente lo que había querido decir. «Un desperdicio de recursos», pero la forma en que Lene los defendió le hizo pensar que

en realidad no sonaba como una vaga excusa, sino más bien como una explicación real.

—Esperaba que pudiéramos empezar con una reunión informativa para ponerme al día, pero Lange no llegará hasta dentro de una hora, así que quizá podríais enseñarme la escena del crimen. ¿Han terminado los técnicos o tenemos que ponernos trajes antes de entrar?

—Ya han acabado —respondió Niklas, y abrió la puerta.

Entraron a un amplio pasillo en el que, a un lado, una puerta daba a la cocina de la posada y, en el lado opuesto, a un comedor más grande, con manteles, servilletas y velas en los estantes más cercanos al pasillo. Más adentro, había tronas apiladas y adornos de mesa secos. Louise siguió a los dos detectives hasta la cocina.

Niklas llevaba un maletín negro bajo el brazo y se dirigía hacia una puerta batiente que daba al comedor cuando Louise lo detuvo. Las ventanas de la cocina de la posada daban al aparcamiento y a la linde del bosque. La cocina estaba ordenada y el lavavajillas industrial, apagado. Había una pila arrugada de paños de cocina sobre la mesa de acero brillante, junto a los dos grandes frigoríficos, y Louise se dio cuenta de que no habían vaciado el cubo de la basura. Pero, a pesar de las superficies limpias, era evidente que el equipo forense había estado trabajando. Todavía había marcas en el suelo, donde habían tomado huellas de zapatos, y también habían buscado huellas dactilares, sobre todo en la puerta batiente.

—¿Me resumís lo que sabemos hasta ahora? —preguntó—. Solo en términos generales, y luego entramos en más detalles cuando Lange se una a nosotros.

Niklas se dio la vuelta cuando Lene cerró la puerta tras ellos.

—Ella estaba allí —dijo, señalando hacia el comedor.

—¿Quién es el hombre que la encontró? —preguntó Louise, y se dirigió hacia la puerta. La siguieron hasta el comedor en penumbra. Louise miró las vigas vistas del techo y las acuarelas enmarcadas de las paredes; en las mesas había farolillos con velas de té y jarrones con flores secas. «Muy femenino», pensó.

—Jack Skovby, treinta y nueve años. Vive en Nørre Vornæs y nació aquí, en Tåsinge. Cuando hablamos con él, nos dijo que tenía una empresa llamada Skovby Enterprise. Viene dos veces por semana a cortar el césped y, desde que murió Nils, el marido de la víctima, ayudaba a Dorthe con los trabajos ocasionales. Cuando vino ayer, fue para cortar el césped y hacer algo en el jardín, pero antes de empezar pasó a ver si había algo más de lo que tuviera que ocuparse.

—Y entonces encontró a Dorthe Hyllested en el suelo —concluyó Louise.

Niklas asintió.

—Comprobamos su coartada; venía directamente de una gran granja de Bjernemark, donde estaba reparando un invernadero. Así lo confirmó la propietaria de la granja, Helene Funch. Dice que se fue sobre las 10:40.

Louise asintió.

—Eso no lo descarta, ¿verdad? —dijo, mirándolos.

Lene negó con la cabeza.

—Supongo que no, pero tengo que añadir que no parecía alguien que se hubiera inventado algo cuando llegamos. Parecía sorprendido de verdad. Es más, la sangre ya había empezado a secarse. Supusimos que llevaba muerta al menos media hora cuando la encontró. Pasaron otros veinte minutos desde que llegamos hasta que vinieron los técnicos. Y la evaluación del forense fue que llevaba muerta al menos una hora.

—¿Qué sabemos de Jack Skovby? —preguntó Louise. Volvió de la puerta hacia la recepción, que era un pequeño espacio con un mostrador.

—Parece que todo el mundo conoce a Jack. Era un buen amigo de Nils y, como ya he dicho, ayudaba a Dorthe a mantener la posada tras la muerte de su marido.

—¿Y qué sabemos de ella? —Louise se sentó con los otros dos en una de las mesas de la ventana. La pequeña carretera rural que pasaba por delante de la posada parecía desierta.

Lene empezó a hablar.

—Dorthe Hyllested era de Thisted. Era la propietaria y regentaba la posada con su marido, Nils, hasta que este falleció tras una caída a principios de año.

Guardó silencio un momento y miró a Niklas.

—Su marido estaba encalando la chimenea aquí, en el edificio principal —continuó, señalando el techo por encima de ellos—. Perdió el equilibrio en la escalera y cayó.

—Desde la muerte de su marido, Dorthe llevaba sola la posada. No tenemos constancia de ningún problema aquí; la mayoría de los huéspedes son turistas que visitan la zona. Ahora estamos entrando en la temporada más tranquila, pero hasta las vacaciones de otoño la posada suele tener un buen número de visitantes.

—¿Habéis tenido tiempo de hablar con todos los huéspedes que se alojaron en la posada del lunes al martes? —preguntó Louise. Ambos asintieron. Lene Borre preguntó si Louise quería subir a ver las habitaciones.

Los tres se levantaron y se dirigieron hacia las escaleras situadas frente a la recepción.

—Hemos localizado y hablado con todos ellos —dijo Lene mientras subían los escalones enmoquetados. En la pared colgaban varias de las acuarelas que Louise había visto en el comedor; también había ramos de lavanda seca que alguna vez podrían haber sido fragantes, pero ahora tan solo colgaban allí.

Louise se detuvo un momento y miró a su alrededor al llegar arriba. Las paredes estaban pintadas

de un verde apagado, y sobre la escalera había un jarrón alto con juncos, y de nuevo había acuarelas enmarcadas.

—Ocho de las habitaciones estaban alquiladas la noche anterior al asesinato —explicó Lene mientras caminaban por el pasillo—. Hay que admitir que es una buena cifra para los primeros días de la semana y fuera de temporada.

Hubo algo en el tono del detective que hizo que Louise se diera cuenta de que no estaba en una posada de poca monta.

Louise se detuvo y miró dentro de una de las habitaciones. Una cama con una colcha de flores sobre los pies y un par de cojines naranjas sobre las almohadas. Acogedor de una manera que era elegante en los noventa; aquí aún funcionaba, incluso el gran abanico decorativo que colgaba sobre el cabecero de la cama.

Varias de las puertas de las habitaciones estaban abiertas. Los colores de las paredes variaban, pero el estilo era el mismo. No era del todo anticuado, pero tampoco contemporáneo. Louise pensó que podría ser un reflejo de los dueños de la posada. Si es ellos fueron los que renovaron la posada después de hacerse cargo. En realidad, era refrescante que las habitaciones tuvieran personalidad, a diferencia de los hoteles que intentaban ser lujosos, pero acababan siendo fríos e insulsos.

Acuarelas y adornos; Dorthe Hyllested no había sido indiferente a la decoración, pero tampoco había intentado que fuera elegante, austera y moderna.

—Dos de las habitaciones las reservó un albañil de Svendborg —continuó Lene. Se había detenido mientras Louise echaba un vistazo a las habitaciones—. Su empresa está haciendo grandes renovaciones en una granja cerca del castillo de Valdemar.

Louise se detuvo un momento.

—¿No es igual de rápido ir en coche de Svendborg al castillo de Valdemar que desde aquí? —preguntó.

Niklas asintió.

—Pero es más barato alojarse aquí que en un hotel de Svendborg —respondió.

—¿Asumo que utiliza mano de obra extranjera y no obreros locales? —preguntó Louise.

Ambos detectives asintieron.

Algunas de las habitaciones del fondo eran individuales. Eran estrechas y no tenían adornos. Louise se fijó en que no todas las habitaciones tenían baño. Los huéspedes de las habitaciones sin baño habrían estado más tiempo en el pasillo que los de las otras habitaciones, por lo que era más probable que hubieran notado algo.

Pidió a Niklas que examinara detenidamente los testimonios de los albañiles y tal vez incluso

volviera a hablar con ellos si no habían dado la debida importancia a lo que podrían haber notado mientras pasaban por el pasillo hacia el baño compartido.

Frente a las habitaciones individuales había una puerta que daba a un cuarto de baño grande y anticuado. Una cabina de ducha y un lavabo con una alfombrilla de baño debajo. El asiento del inodoro estaba cubierto con una funda a juego con la alfombrilla. Hacía mucho tiempo que Louise no veía ese estilo; había una toalla en el suelo y estaba claro que no se había limpiado desde que los huéspedes habían dejado la posada.

—Los albañiles se marcharon antes de que se sirviera el desayuno —le recordó Niklas—, y la noche anterior al asesinato no volvieron a sus habitaciones hasta tarde. Ninguno de ellos parece haber estado en contacto con los otros huéspedes.

—Inténtalo de todos modos —respondió brevemente—. Averigua si conocían a alguien más en la posada. Si venían aquí con regularidad, es posible que reconocieran a alguien. —Pensó que algunos de los huéspedes habituales podrían haberse dado cuenta si hubiera habido problemas internos o con algunos de los otros huéspedes.

—Conocían a Dorthe, por supuesto —respondió—. Llevan viviendo aquí algo menos de dos semanas. Pero no sé si conocían a alguno de los otros huéspedes. Lo averiguaré.

—¿Estaba alguno de los otros huéspedes en la posada cuando ocurrió el asesinato? —preguntó Louise. Habían llegado a las escaleras y empezaron a bajarlas.

—No, todas las habitaciones estaban vacías. Los albañiles que se alojaban durante la semana ya se habían marchado y había dos parejas de ancianos que habían reservado dos habitaciones hasta el jueves, mientras que el resto de los huéspedes habían vuelto a marcharse. Los ancianos viajan juntos y fueron a Tåsinge para participar en una de esas guías históricas que siguen los pasos de Elvira Madigan y Sixten Sparre. Salieron de la posada a las 9:30 de la mañana y no regresaron hasta última hora de la tarde, cuando les informaron de lo ocurrido.

—¿Así que el asesinato ocurrió entre las 9:30 y las 10:48, cuando se hizo la llamada a emergencias?

Niklas negó con la cabeza. Ya abajo, se sentaron de nuevo alrededor de la mesa.

—La habitación cinco no salió de la posada hasta alrededor de las diez de la mañana, y en ese momento Dorthe estaba en la recepción —dijo.

«Cuarenta y cinco minutos antes de que Jack Skovby llamara a emergencias», anotó mentalmente Louise.

—¿Todos los huéspedes tienen coartada para la hora del asesinato? —preguntó.

No contestaron enseguida, pero Lene asintió.

—De hecho, creemos que sí. Por desgracia, debo decir. Una de las tres habitaciones restantes estaba ocupada por una pareja joven que iba a visitar a los padres de ella en Langeland; se habían

marchado un día antes para pasar la noche en la carretera, divertirse un poco y reponer fuerzas para la visita, como dijo el joven. Los suegros confirmaron que llegaron sobre las 10:30 de la mañana. La habitación ocho estaba ocupada por un hombre de negocios con domicilio en Hørsholm. Llegó el día anterior y solo se quedó una noche. Salió de la posada hacia las 9:20 y su matrícula quedó registrada por el peaje del puente del Gran Belt, por donde pasó una hora más tarde. Los últimos huéspedes son una pareja alemana que viajaba a Odense. Aún no lo hemos confirmado, pero sabemos que llegaron al Hotel Grand a las dos de la tarde y hemos hablado con ellos. Dicen que pasaron por el castillo de Egeskov de camino y almorzaron en Odense antes de llegar al hotel, y estamos en vías de confirmarlo.

Louise asintió, parecía que tenían a los huéspedes bajo control.

—¿Cuántos empleados hay aquí?

Lene fue quien contestó.

—Dos —dijo—. Eva Nørgaard es la encargada de las habitaciones. Cuando Nils murió, Dorthe se hizo cargo ella misma del desayuno; antes, solo se encargaba de la recepción y de servir en el comedor. Y luego está Jon, que es el cocinero. No llega hasta la una de la tarde, cuando empieza a preparar el menú.

—No abren para comer, pero Dorthe sirve café y pasteles por la tarde —añadió Niklas.

—¿No necesitan más de un cocinero para mantener el restaurante? —preguntó Louise.

Lene negó con la cabeza.

—El restaurante cierra los domingos y los lunes, así que Jon se ocupa del resto de la semana. Era propietario de un restaurante en Svendborg hasta que sufrió estrés hace unos años. Así que estar aquí en las afuera le viene bien; fui yo quien habló con él ayer. Está destrozado y al principio no quería creer que hubiera le pasado nada a Dorthe. Parece que todos los trabajadores la apreciaban y querían mucho.

—Así que el restaurante estaba cerrado la noche anterior al asesinato —afirmó Louise. Asintieron y le explicaron que Dorthe solía remitir a sus huéspedes al hotel de Troense, donde se alojarían Louise y Lange. «Si es que Lange aparece», pensó ella, mirando el reloj.

—Allí el restaurante abre los siete días de la semana, incluso para el almuerzo. Y tienen un menú delicioso —añadió Niklas, ya que él mismo había comido allí hacía unas semanas—. El hotel está situado junto al puerto deportivo. La estancia será placentera.

Louise ignoró el último comentario y preguntó si los empleados estaban en la posada cuando ocurrió el asesinato.

—No —respondió Lene—, Eva solo viene por la mañana, y cuando no hay huéspedes, decide su horario. Solo es necesario que las habitaciones estén listas a partir de las dos de la tarde. Por supuesto, se sorprendió mucho cuando se enteró de lo ocurrido.

—¿Eva viene todos los días?

—Tiene dos días libres a la semana, pero suelen organizar sus días libres en función de la carga de trabajo —respondió Lene—. En verano contrataron a una ayudante extra para limpiar las habitaciones, pero la joven renunció a mediados de agosto.

—Y los días que Eva no está, ¿quién se encarga de las habitaciones? —preguntó Louise.

—Dorthe —respondió Lene.

—¿Por qué no huelo a café? —se oyó de repente desde la cocina, y un tipo grande y canoso entró por la puerta giratoria.

Louise no había oído llegar el coche ni la puerta trasera abrirse. Lange se acercó a ellos con la mano tendida y una expresión de curiosidad puesta en el trío.

—Lange —dijo, saludando por turnos y asintiendo con la cabeza mientras cada uno se presentaba.

Lo primero que notó Louise fue que no parecía ser de los que intentan destacar. Y no notó diferencia alguna en su actitud al saludar a Niklas y a las dos mujeres. «Hasta aquí todo bien», pensó, y le dio la bienvenida.

—Hay una cafetera junto al pequeño cubículo con la vajilla —dijo Lene, y añadió que ella también quería una taza.

—De hecho —dijo Niklas, cuando los cuatro se habían sentado a tomar una taza de café—, parece que no tenemos demasiado. No tenemos testigos que estuvieran en o cerca de la posada cuando ocurrió el asesinato. Nadie vio a nadie llegar o salir del lugar durante esa franja de tiempo. Sin contar a Jack Skovby, que encontró a la víctima.

Levantó las manos en señal de disculpa, como si fuera él quien hubiera cometido el error.

—Y aún no hemos averiguado si se han llevado algo. Según las personas con las que hemos hablado hasta ahora, no hay un motivo evidente para el asesinato. Los técnicos están trabajando con los indicios recogidos. Sobre todo buscan sangre de alguien que no sea la víctima y, por supuesto, están buscando ADN ajeno en la sangre de Dorthe. Aún no se ha encontrado el arma del crimen. Esta es, en pocas palabras, nuestra situación.

Niklas abrió su maletín y sacó un ordenador portátil. Los cuatro se inclinaron sobre la mesa para ver las imágenes de la escena del crimen en la pantalla.

Dorthe Hyllested estaba tumbada bocabajo, con los dos brazos estirados hacia arriba, como si la hubieran tirado y hubiera intentado recuperar el equilibrio con los brazos. Tenía la cara girada hacia la pared del fondo del comedor. En los primeros planos, Louise vio cómo el pelo le tapaba los ojos y se le pegaba al cuero cabelludo. En la siguiente imagen, un forense con un dedo envuelto en un guante de látex le levanta el labio superior para revelar una hilera de dientes destrozados.

—«Dorthe Hyllested, treinta y ocho años. De complexión delgada, pelo cobrizo y un pequeño tatuaje de un corazón en la muñeca izquierda» —leyó Lene en voz alta—. Por lo demás, ninguna característica especial según dice el informe. El lugar del hallazgo coincide con la escena del crimen —continuó, señalando el enorme charco de sangre bajo la cabeza de Dorthe—. Todavía estamos esperando el informe forense, pero durante la autopsia no parecía haber ninguna duda de que había muerto desangrada a consecuencia de los golpes en la cabeza, que le causaron una profunda herida lacerante. Por supuesto, esto debe confirmarse antes de que pueda registrarse como la causa final de la muerte.

Louise se levantó y se acercó al lugar marcado, donde una mancha oscura, ya seca, mostraba dónde había estado la cabeza de la víctima. El informe no aclaraba si Dorthe Hyllested iba desde el comedor a la recepción cuando la golpearon por detrás o si iba de la recepción al comedor. Tampoco estaba claro si había signos de lucha. El informe solo indicaba que las mesas y las sillas no se habían movido ni dañado. «Así que no parece que se peleara con su atacante», pensó Louise, que especuló que la habían cogido desprevenida y no estaba preparada para el ataque.

Además del golpe o golpes en la nuca, que probablemente la derribaron, era posible que después hubiera recibido otro golpe que le dañó los dientes mientras estaba en el suelo. O podría haber ocurrido como consecuencia de la caída. Pero, de nuevo, era una suposición. Tenían que esperar al informe final del forense.

3

Louise miró la hilera de mesas cubiertas con manteles verde oliva; solo estaban puestas las de atrás. Las demás habían sido retiradas y unos cuantos manteles limpios estaban apilados en la mesa cerca del lugar donde Dorthe había caído al suelo.

—Estaba poniendo las mesas después del desayuno —dijo, aunque era un comentario innecesario. Era probable que los demás también se hubieran dado cuenta. Pero intentó visualizarlo. Los huéspedes se habían marchado, el desayuno se había retirado de la mesa alargada que bordeaba la pared, que debía ser el bufé del desayuno. La cocina estaba ordenada. Dorthe lo había guardado todo y había empezado a preparar de nuevo el comedor.

—¿Y la familia? Supongo que todos han sido informados.

Niklas asintió.

El día anterior, el asesinato había sido la gran noticia en los periódicos digitales. Como solía decir su antiguo jefe de Homicidios, se podía leer sobre un asesinato antes de que el cuerpo se hubiera enfriado. Y en este caso casi era cierto. El caso de asesinato estaba en portada. No era un titular llamativo, pero estaba ahí. A Louise le pareció bien que Grube informara a la prensa. Por su bien, podía seguir manteniendo este contacto hasta que ella misma se hubiera familiarizado debidamente con el caso.

—No tenían hijos —dijo Lene Borre—. Tiene una hermana en Thisted y sus padres viven a las afueras de Holstebro, pero no tiene más parientes. Los suegros viven en Herning, al igual que un cuñado, mientras que el otro vive en algún lugar de Copenhague. Ayer hablamos con los padres y la hermana de Dorthe, y anoche estuvimos en contacto con sus suegros.

—¿Sabía alguno de ellos si había comenzado una nueva relación tras la muerte de su marido?

—No —respondió Lene—. Parece que es sobre todo su hermana la que mantenía contacto, y no sabía nada de que Dorthe hubiera encontrado novio o hubiera empezado a salir con un hombre. La hermana cree que no se había recuperado del todo de la muerte de su marido. Se había vuelto más retraída —dijo—, y no se habían visto mucho. Dorthe invitó a la familia a una comida de Pascua en la posada, y luego ella misma viajó a Holstebro cuando su madre cumplió setenta y cinco años en julio, pero su hermana no la ha vuelto a ver desde entonces. Se enviaban mensajes de texto y se daban me gusta mutuamente en Facebook e Instagram.

Louise tomó nota de que Lise Lindén tendría que rebuscar en las redes sociales de Dorthe cuando empezara a indagar en la vida digital de la víctima.

—¿Y no se ha encontrado nada en la posada que pudiera estar relacionado con el asesinato? —preguntó Lange, sacándola de sus pensamientos. La reticencia inicial que Louise había sentido al serle asignado un tipo mayor de Jutlandia del Norte ya se había evaporado. Había observado a

Lene con mirada intensa mientras se encargaba de la sesión informativa que Louise había iniciado. Y asentía despacio, tomando notas en una libreta que había sacado sobre la mesa. Además, le llamó la atención que no hubiera comentado que se le había asignado el caso junto con la recién creada Unidad Móvil de Investigación. No se había quejado de tener que salir de casa sin saber cuánto duraría el caso. O que sin duda implicaría largas jornadas de trabajo sin fines de semana libres. Se había presentado con una actitud positiva y se había entregado a fondo.

Habían acabado de ver las fotos de la escena del crimen en el ordenador, que ahora estaba en el centro de la mesa con una imagen congelada de la víctima, que había sido puesta bocarriba y miraba fijamente a la nada. Desagradable, brutal. Louise volvió a sentarse.

—¿Han registrado toda la posada y todas las habitaciones? —preguntó, mirando a Lene y Niklas.

Ambos asintieron.

—¿Se ha interrogado a los vecinos de la zona?

Lene volvió a asentir y dijo que habían hablado con los pocos habitantes de Strammelse; todos conocían a Dorthe, por supuesto.

—Si hay alguien con quien no hayamos hablado, podemos suponer sin temor a equivocarnos que ha sido entrevistado por los periodistas. Durante toda la tarde y hasta la noche de ayer, pulularon por los alrededores.

—Pero es como si hubieran perdido las ganas ahora que está claro que no hay duelo, hijos afligidos o drama de celos en el que ahondar. Tampoco parece que hayan conseguido más de lo que ya sabemos, que Dorthe Hyllested era muy querida y dirigía su negocio con entusiasmo.

—Como has mencionado antes, también nos hemos centrado en si podría tratarse de un tema sentimental —continuó Niklas—, pero no hay indicios, y no parece que ninguno de los vecinos haya visto u oído que ella estuviera con alguien nuevo después de Nils. Nadie ha visto cambios en la posada. O que alguien de fuera haya empezado a venir por aquí. Hay un club de la tercera edad en la ciudad; suelen venir a tomar café y tarta el primer domingo de cada mes. Estuvieron aquí el domingo y todos conocen a Dorthe, pero aún no hemos hablado con ellos.

Louise los miró.

—¿En qué estáis pensando? —preguntó.

—Creo que tenemos que interrogarlos a todos —se apresuró a decir Lange—. Tenemos que hablar con ellos una vez más para averiguar si tenía alguna relación con alguien. O si alguien pudo haberse sentido ofendido. ¿Quizá debía dinero?

—Y tenemos que analizar a fondo las finanzas de la posada —dijo Lene.

Louise asintió; estaban de acuerdo en que lo primero que había que hacer era encontrar a las personas con las que Dorthe había tenido alguna relación.

—De acuerdo. Lo más probable es que sea alguien de su círculo cercano —admitió. Les habló de Lisa Lindén, a quien resultó que los tres conocían.

—Grube ya ha conseguido una orden judicial. Mañana haré que Lindén obtenga información del teléfono de Dorthe Hyllested, busque en sus redes sociales y consiga acceso a las cuentas bancarias privadas de la víctima. Y luego tendrá que revisar las finanzas de la posada y toda la correspondencia electrónica.

Louise se levantó.

—Si no encontramos pistas que seguir, habrá que ponerse manos a la obra y buscar un motivo personal. Lo dejamos por hoy —dijo, y se volvió hacia Niklas—. Envíanos todos los informes, las declaraciones de los testigos y las fotos de los técnicos. Sin omitir nada. Los cuatro tenemos que releer todos los informes para que, cuando nos volvamos a reunir mañana, no se nos haya escapado ni un solo detalle. Envíaselos también a Lindén.

—A sus órdenes, jefa —exclamó Niklas, y Louise lo miró molesta.

—Nos reuniremos aquí mañana a las ocho y veremos todo lo que tenemos hasta ahora.

Los demás asintieron y Niklas permaneció en silencio.

Lange vació su taza de café y sugirió a Louise que volviera con él al hotel, de modo que solo usaran un coche. Iba a protestar, pero se dio cuenta de que tenía sentido.

—¿Quieres que cierren la posada? —preguntó Niklas mientras estaban en el aparcamiento.

Louise asintió, satisfecha de que pareciera un caso por el que los medios de comunicación perdían interés con relativa rapidez. La dueña de casi cuarenta años de una posada en una pequeña población no vendía periódicos.

—A las ocho en punto —repitió. Estaba a punto de subir al asiento del copiloto del Volvo de Lange cuando sonó su móvil, y Jonas apareció en la pantalla.

—Hola —contestó, alegre.

—Grete está otra vez ingresada —explicó con voz cansada—. Melvin está muy disgustado, pero dice que es mejor que me vaya a casa a dar de comer a Dina en vez de quedarme aquí con ellos mientras esperamos a que venga un médico a verla.

Louise sintió una punzada de culpabilidad e involuntariamente miró el reloj. Podía estar en el hospital en dos horas y media si no había tráfico. Pero entonces no le daría tiempo a leer nada sobre el caso y no dormiría mucho antes de tener que estar lista para poner en marcha a su equipo de investigación al día siguiente.

—¿Qué dicen en el hospital? —preguntó, preocupada.

—Ni siquiera la han examinado todavía. Está tumbada en una cama aquí, en el pasillo, y no saben cuánto tiempo tardarán. Estábamos a punto de comer cuando apareció el médico de urgencias. Melvin lo había llamado justo antes de que yo llegara a casa del instituto. Lo único que dijo el médico fue que parecía que había empeorado bastante, y luego se la llevaron en ambulancia. Melvin y yo cogimos un taxi hasta aquí.

Hablaba deprisa y su voz era varios tonos más aguda que de costumbre. Louise sabía que no habría cambiado nada si Jonas la hubiera llamado por la tarde, ella no habría vuelto a casa. Y tampoco podía hacerlo ahora.

—Creo que Melvin tiene razón —dijo en tono tranquilizador—, vete a casa y lleva a Dina a dar un paseo. Ahora mismo no podemos hacer más que esperar a ver qué dicen los médicos. Está en buenas manos, y eso es lo más importante. Hablaré con Melvin para saber qué está pasando. Pero asegúrate de comer algo, puedo mandarte dinero. Y confía en que la tratarán y todo volverá a ir bien. Es una neumonía, pero puede pasar factura a las personas mayores.

—¿Se va a morir?

—No, por supuesto que no se va a morir —exclamó Louise—, probablemente tendrá que someterse a un tratamiento intensivo con penicilina, que puede cansarla y quizá dejarla aturdida, pero eso reducirá la infección. Así que lo más importante ahora mismo es que reciba tratamiento y descanse. Todo irá bien, te lo prometo.

Se hizo el silencio por un momento.

—¿Crees que debería comprar algo para Melvin? Algo de comida. No le dio tiempo a comer nada, ya que todo pasó muy deprisa.

—Pregúntale si hay algo que le apetezca —respondió ella, reconfortada por la atención.

Había subido al coche de Lange y no se había dado cuenta de que habían salido de la posada. Conducían por delante de un pequeño puerto deportivo y el Hotel Troense apareció por detrás; allí era donde se alojaban. La había dejado tranquila mientras hablaba con Jonas, ni siquiera parecía que estuviera escuchando. Cuando dejó el móvil y él apagó el motor, le preguntó si estaba bien.

Louise asintió antes de bajarse y coger su bolsa de fin de semana, que él sacó del asiento trasero.

—Es mi vecino de abajo —explicó—. Somos como una familia. Su pareja ha sido hospitalizada y no es fácil para él. Tiene casi ochenta años.

—Puedes volver a casa y pasar tiempo con ellos —dijo—, los demás sabemos lo que tenemos que hacer.

Louise negó con la cabeza.

—De todas formas, no puedo hacer nada por ellos —dijo, y lo siguió hasta la recepción. Al entrar, sonó una campanilla sobre la puerta y los recibió un abrumador olor a cebollas fritas que

provenía del restaurante.

Se acercó a la entrada del comedor y miró dentro. Casi todas las mesas estaban ocupadas y sintió una punzada de hambre en el estómago. Volvió al mostrador de recepción y saludó a una joven que apareció en la puerta para registrarlos. Fue Lange quien habló, y poco después les entregó unas llaves.

—No quiero ser descortés ni maleducado —dijo mientras se incorporaba con su bolsa de viaje en la mano—, pero, si no te importa, voy a pedir algo de comida para llevarme a la habitación y a sumergirme en el caso mientras ceno. Ha sido un día largo.

—Por supuesto —dijo Louise, y asintió conforme. Nada le apetecía menos que sentarse frente a un desconocido y entablar una conversación por cortesía.

Empezó a subir las escaleras que había junto a los estantes de folletos turísticos y ella lo siguió. Cuando llegaron al pasillo y estaban a punto de separarse, se volvió hacia ella.

—¿Seguro que estás bien? —volvió a preguntar, mirándola.

Se recompuso y sonrió.

—Sí —le aseguró. Un pastel de carne picada y una copa de vino tinto en su habitación y aguantaría fácilmente unas cuantas horas más. Pero, primero, una llamada telefónica.

4

Camilla estaba recogiendo la mesa cuando sonó su teléfono móvil. Dejó los platos en el fregadero y cerró la puerta del salón, donde había empezado a acumularse el humo del cigarro.

—Hola —contestó, vertiendo el resto de la cerveza en su vaso.

—¿Qué sabes del asesinato de Tåsinge? —preguntó Louise, sin molestarse en devolverle el saludo.

—Nada —respondió Camilla, y bebió un largo sorbo—. Absolutamente nada.

Se hizo el silencio al otro lado y sintió con claridad el desconcierto de Louise.

—Seguro que Jakob es el que tiene la historia —continuó, servicial, y abrió el grifo y empezó a enjuagar los platos.

—Jakob, ¿te refieres el becario? —preguntó Louise. Camilla había mencionado al joven becario que se había convertido en empleado permanente de la sección de delitos del periódico Morgenavisen.

—Sí —respondió ella—, creo que fue él quien publicó un artículo en el periódico digital.

Sujetó el móvil entre la oreja y el hombro mientras se agachaba y sacaba una palangana del armario que había bajo el fregadero.

—Pero ¿no has estado siguiendo el caso del asesinato? —preguntó Louise, extrañada.

—No, la verdad es que no —admitió Camilla, mientras llenaba la palangana de agua y detergente para lavar platos.

—Está en todas las noticias —continuó Louise—. La mujer tenía treinta y ocho años, la mataron en el comedor. No en el comedor de una taberna, sino en el del restaurante de la posada. Y la noticia está en todos los medios.

Camilla sintió que la irritación le recorría el cuerpo.

—Sí, sí, ya lo sé, no soy tonta, es que no me he puesto al día, no sé nada de eso —dijo, y empezó a fregar los platos, todavía con el móvil apretado contra el hombro y la cabeza ladeada.

Se hizo el silencio entre ellas.

—¿Pasa algo? —preguntó Louise.

—No —respondió rápidamente Camilla—, acabo de tomarme unos días libres.

De nuevo, se hizo el silencio.

—¿Unos días libres? —repitió asombrada su amiga—. ¿Ha sucedido algo?

—No —le aseguró Camilla, y comenzó a secar los vasos.

—¿Es Markus? ¿Ha vuelto con Julia?

—No, ¡maldita sea! —exclamó Camilla en voz alta, y casi dejó caer el vaso. A principios de verano, su hijo de diecisiete años le dijo que iba a ser padre, pero poco después se derrumbó al comprobar que era algo que le había dicho su novia para ver hasta dónde estaba dispuesto a llegar por ella. Cuando resultó que Markus estaba dispuesto a asumir la responsabilidad e ir hasta el final, ella admitió que, después de todo, no estaba embarazada.

—Markus está bien —continuó con tranquilidad Camilla, vaciando el agua de la palangana en el fregadero—, tan solo me cuesta llevar la cuenta de todas sus novias. Pero sube fotos de cada una de ellas en Instagram, para estar seguro de que la adorable Julia las ve.

Camilla quería a su hijo. Mucho. Pero le había tenido que dar la charla unas cuantas veces para asegurarse de que trataba bien a las chicas que se enamoraban de él.

Apenas había estado en casa durante todo el año que pasó en el internado, pero la realidad ahora era, por decirlo suavemente, completamente distinta. Su hijo traía amigos a casa todos los días, y los fines de semana había todo tipo de fiestas, y luego sus amigos se quedaban a dormir. Se estaba volviendo loca, aunque se esforzaba por convertirse en una de esas personas a las que les encantaba la juventud y el ruido. Por suerte, Frederik era mucho mejor en ese tipo de cosas.

—¿Sabes con quién ha estado hablando el becario Jakob en Tåsinge? —preguntó Louise, como si se negara a aceptar que Camilla tuviera unos días libres—. ¿Hay algún cotilleo por allí o alguien que hable de cosas que no hayan salido en la prensa?

Camilla encendió el altavoz y colocó el móvil sobre la mesa de la cocina mientras empezaba a colocar la vajilla.

—Sinceramente —dijo desde el armario de la cocina—, no sé nada, no he hablado con nadie de la redacción. ¿Por qué quieres saber lo que yo sé? Tú eres la que lleva el caso.

Había visto el mensaje de Louise ese mismo día en el que cancelaba su plan para el fin de semana porque P13 estaba ayudando a la Policía de Fionia. Pero ella no había respondido.

—¿Qué pasa? —preguntó Louise, un poco más cortante.

Camilla percibió molestia y preocupación a partes iguales en la voz de su amiga.

—Nada —respondió con rapidez—. Estaré fuera unos días.

—¿Fuera? —repitió Louise—. ¿Fuera dónde?

—Estoy en casa de mi padre, en Præstø. De hecho, llegué el viernes y pienso quedarme el resto

de la semana. No tengo ni idea de lo que pasa ni en Tåsinge ni en la sección de delitos del periódico.

—¿Tu padre está enfermo?

—No, en absoluto. Solo necesitaba alejarme unos días.

—¿Alejarte? —repitió Louise, como si se hubiera convertido en una ofensa—. Frederik acaba de mudarse de Estados Unidos, ¿y tú te vas?

—Sí —respondió Camilla.

—¿Os habéis peleado?

—¡No! —casi gritó Camilla—. Necesito un descanso.

—¿De él? —preguntó Louise con cautela.

—No —respondió Camilla, retirando una silla de la mesa—. De la vida familiar. Me estoy volviendo loca con él y su desorden y que dé órdenes constantemente. Y Markus me está volviendo loca con tanto ruido, alboroto y amigos entrando y saliendo del piso. Acababa de acostumbrarme al hecho de que solo estaba yo en casa. Ahora, hay gente todo el día. La semana pasada conseguí evitar en el último segundo que Frederik construyera una bodega climatizada detrás de la cocina.

—La última vez que hablamos, querías un vestidor extra ahí —le recordó Louise.

—Sí —dijo Camilla—, pero era para todos nosotros. Para abrigos, botas y cosas así. Pero ahora Frederik ha decidido que necesitamos una habitación segura en el piso. Una defensa contra secuestros y una medida de seguridad si uno de nosotros está en el piso mientras se comete un robo.

Camilla sintió que solo hablar de ello la irritaba.

—Así que, en lugar de intentar ahuyentar a la gente si descubrimos intrusos, ahora tenemos que correr y escondernos en una caja. No puedo soportarlo.

Louise había empezado a reírse, pero ahora se puso seria.

—Estáis en la lista de las familias más ricas del país —dijo.

—Frederik sí —interrumpió Camilla.

—Hace bien en tomar ese tipo de medidas de seguridad —continuó Louise, imperturbable.

—Pero, maldita sea, ¡no podemos quedarnos sentados y escondernos en una caja! —exclamó Camilla en voz tan alta que un momento después su padre abrió la puerta y preguntó si pasaba algo.

Camilla negó con la cabeza y trató de sonreírle, haciendo el gesto de que iba enseguida. Y estaba a punto de despedirse cuando Louise continuó.

—¿Puedes hacerme el favor de utilizar tu acceso a Infomedia para recopilar todo lo que se ha escrito sobre el asesinato? —preguntó su amiga.

—Me he tomado unos días libres —respondió Camilla, que no quería pasarse la tarde rebuscando en la base de datos del periódico.

—Pero seguro que tu inicio de sesión funciona aunque no trabajes —replicó Louise.

—A ver, ¿no escuchas lo que te estoy diciendo? —exclamó Camilla—. No he prestado atención, no tengo ni idea de lo que ha pasado, ¡y me importa una mierda!

Se hizo el silencio entre ellas. Un silencio largo.

—¿Hay algo que no me estás contando? —preguntó Louise, inquieta—. Tengo la sensación de que debería estar preocupada por ti.

—No —respondió Camilla en voz baja—. No sucede nada malo. Tan solo me he desconectado para tener un poco de paz y tranquilidad. La verdad es que llevo cuatro días jugando a las cartas con mi padre. No tengo ni idea de lo que pasa en el mundo real. Y quiero que siga siendo así durante unos días más.

Se dio cuenta de inmediato de que eso solo hacía que su amiga se preocupara más.

—A las cartas —repitió Louise—. ¿Quieres que me acerque a verte?

Su tono mostraba gran preocupación.

—No, por el amor de Dios —se apresuró a decir Camilla—. No hay nada que me interese menos ahora mismo que un asesinato en Tåsinge.

Su padre había reaparecido en la puerta del salón. Sostenía el cigarro en la mano que apoyaba en el marco y la miró como si de repente él también estuviera preocupado.

Camilla se rindió y prometió ver qué podía averiguar. Dio por terminada la conversación y, antes de seguir a su padre al salón, sacó una botella de ron oscuro de la despensa y le preguntó si también necesitaba un trago.

5

Louise seguía con el teléfono en la mano cuando llamaron a la puerta. Había pedido comida en el restaurante y les había dicho que bajaría ella misma a recogerla, siempre y cuando la llamaran cuando estuviera lista. Sin embargo, el camarero había insistido en que subiría la bandeja y que ella podía dejarla en el pasillo cuando terminara.

En todos los años que Camilla había trabajado como reportera de sucesos, Louise nunca había visto a su amiga no entusiasmarse con un caso de asesinato. Ella solía ser siempre la que llamaba para preguntar a Louise los detalles y presionaba para que le dieran las novedades primero. Nunca había ocurrido que su amiga se apartara así y no pareciera importarle.

El comportamiento de Camilla casi preocupaba más a Louise que la noticia de que Grete Milling había sido ingresada de nuevo en neumología. Melvin había llamado para decir que se habían quedado con ella, y que ahora estaba hospitalizada y le habían puesto antibióticos por vía intravenosa. Al día siguiente tenían que hacerle un escáner o una radiografía, no lo recordaba bien. Pero al menos se había puesto de acuerdo con los médicos en que más le valía irse a casa, porque de todos modos a ella probablemente no le vendría bien que él estuviera allí durante las próximas horas.

Louise cogió la bandeja de comida y le dijo al camarero que ella misma la dejaría en el restaurante después de cenar. Había una montaña de patatas blancas junto a la hamburguesa que había pedido. La salsera estaba llena, y aunque ella solo había pedido una copa de vino tinto, había un cuarto de botella en la bandeja. No le faltaría nada mientras permaneciera allí, eso estaba claro.

—Muchas gracias —dijo Louise.

—Hay un pequeño bar detrás del restaurante, por si le apetece una cerveza o una copa —dijo el camarero, y le comentó que estaba abierto hasta las once de la noche.

—Genial —dijo Louise antes de cerrar la puerta y dejar la bandeja sobre su escritorio.

A la mañana siguiente, Louise se dio cuenta de que se enfrentaban a un caso con una víctima que parecía ser una mujer querida, que encajaba bien y que, al parecer, no había mantenido una nueva relación sentimental desde la muerte de su marido. Lisa Lindén, como el resto del equipo, llevaba trabajando desde las ocho de la mañana. Había revisado la vida privada de Dorthe Hyllested y las finanzas de la posada.

Cuando Louise habló por la mañana con la joven experta en telecomunicaciones, que en realidad no parecía sueca, se había sorprendido gratamente al saber que Lindén también había pasado la noche anterior leyendo a fondo todos los informes que Niklas había enviado. Ni una palabra

sobre niños enfermos, al contrario, fue la primera en expresar su entusiasmo por trabajar con la recién creada Unidad Móvil de Investigación.

Había mantenido a Louise al corriente desde por la mañana y le informó de que las finanzas personales de Dorthe Hyllested no mostraban grandes depósitos ni retiradas sospechosas. Las finanzas del negocio también estaban en buena forma, y de hecho funcionaba con un beneficio generoso. En privado, no había nada destacable en las redes sociales, ni mensajes que despertaran sospechas ni fotos que provocaran celos. De hecho, no parecía que la fallecida hubiera estado muy presente en las redes sociales. Los mensajes en su teléfono tampoco eran nada del otro mundo. El último mensaje de texto era de Jack Skovby, respondiendo a un mensaje que le había enviado el día anterior pidiéndole que fuera a arreglar el césped frente a la posada; había algunos arbustos que necesitaban poda y un árbol que quería que podara. Él le confirmó que estaría allí entre las diez y las once de la mañana.

Lisa había sugerido que Dorthe tenía una vida social satisfactoria con su trabajo en la posada, no había mucho que sacar de su vida personal o digital.

—Lo que ves es lo que hay —dijo Lisa Lindén.

«Y eso significa, en otras palabras, una mujer muerta con el cráneo aplastado y ningún indicio del móvil de asesinato», pensó Louise.

—¿Tenemos llaves para poder entrar en todas partes? —preguntó cuando Lange empezó a hablar de la comida—, ¿o necesitamos un cerrajero?

—La posada no estaba cerrada con llave cuando llegamos el martes —dijo Lene, mientras vaciaba una bolsa de pan y embutidos, aunque en los frigoríficos de la cocina de la posada probablemente habría algo para comer. Louise no tenía hambre, había confiado en que Lindén encontrara algo en la vida digital de Dorthe para darles un empujón, y la decepción la impacientaba. Tenían que seguir adelante. Ya habían perdido demasiado tiempo—. La puerta del apartamento de la difunta en el piso de arriba tampoco está cerrada con llave —continuó Lene—, pero no hay nada que destacar. Sin embargo, cabe mencionar que hasta ahora nos hemos centrado en los huéspedes que se alojaban en la posada y en los testigos en general. Me pareció que lo más importante era encontrar a las personas que estaban en la posada cuando se produjo el asesinato.

Louise la detuvo.

—Está bien, yo habría actuado de la misma forma —dijo—. Es crucial encontrar testigos que puedan haber visto a gente salir de la posada o coches aparcados fuera.

Por la mañana, Lange se presentó en la recepción a las 7:30 con el pelo mojado y las mejillas sonrojadas, pero se abstuvo de presumir de que había salido a correr mientras Louise aún dormía. Ella había estado hasta las dos de la madrugada leyendo sobre el caso. Todos los informes, los resultados forenses, el informe de la autopsia y las declaraciones de los testigos. Tenía que reconocer a Niklas y Lene que ellos, junto con los demás compañeros que habían participado en

el interrogatorio de los huéspedes de la posada y en la comprobación de las coartadas, habían hecho un trabajo concienzudo.

Mientras Lange y Lene habían emprendido una nueva búsqueda en la zona en busca del arma del crimen, Niklas había viajado a Odense para reunirse con los turistas alemanes, que demostraron mediante fotos de sus teléfonos móviles que estaban en el castillo de Egeskov cuando se cometió el asesinato. Era evidente por las horas en que se hicieron las fotos.

Tres patrullas caninas operaban en la zona. Louise solo había tenido tiempo de saludar antes de que salieran a buscar una posible arma homicida, y como había dicho Niklas, Dorthe Hyllested podría haber sido asesinada con cualquier cosa que tuviera bordes afilados, así que el rango de búsqueda de los guías caninos en el terreno era bastante amplio.

Mientras los demás estaban fuera, Louise había hablado con el presidente de la Asociación de Usuarios de Strammelse. La recibió en una casa de entramado de madera y techos bajos. Dos gatos salieron y se acurrucaron en sus piernas cuando la hicieron pasar al salón.

Rechazó el café mientras se sentaba en la manta que habían colocado sobre la funda del sofá.

—En realidad, estoy aquí para averiguar si hay algo que la policía deba saber sobre la posada, su funcionamiento o sus propietarios —dijo.

Él se había sentado en un sillón frente a ella y entrelazó los dedos mientras parecía sopesar sus palabras.

—Sería incorrecto decir que eran reservados —comenzó—, pero siempre es difícil con los forasteros. Siempre es como si fueran un poco tímidos o cautelosos, por así decirlo.

Louise lo observó. Reconoció la actitud de su propia infancia en Hvalsø, donde todo el que se había mudado, por mucho tiempo que hubiera pasado, seguía siendo un forastero.

—Pero no hay nada que reprocharles, siempre apoyan a los locales y son buenos implicándose. Desde hace muchos años, organizan una fiesta de carnaval para los niños, y el primer domingo de Adviento invitan a vino caliente y buñuelos de manzana en la posada.

Louise se fijó en cómo utilizaba constantemente el plural, como si ignorara el hecho de que el marido de Dorthe había muerto, pero pensó que tal vez solo era su forma de hablar, que incluía a todo el personal de la posada.

—Tampoco es que estuviéramos pendientes de lo que sucedía. Al fin y al cabo, tenían mucho trabajo que atender. Tengo la sensación de que hay bastantes huéspedes, porque siempre hay muchos coches en el aparcamiento.

Louise lo observó mientras hablaba. El ligero movimiento del bigote sobre las comisuras de los labios y la hendidura de la barbilla. No había hostilidad en su rostro, pero tampoco nada que mostrara que sufría una pérdida, ahora que la posada se quedaba sin dueño. Se adelantó antes de que ella pudiera desviar la conversación hacia allí.

—Probablemente habrá más gente que no lamentará no tener que lidiar con todo el tráfico hasta la posada.

Louise vio que estaba bastante claro que él mismo pertenecía a ese grupo.

—¿Era un problema entre los posaderos y los lugareños? —preguntó ella—. ¿Algo que provocase un conflicto?

—No, en absoluto —respondió enseguida—, no hubo problemas. Tan solo no estamos acostumbrados a tanto tráfico en las carreteras pequeñas.

«Dorthe y su marido llevaban ocho años regentando la posada, así que es algo a lo que ya deberían haberse acostumbrado», pensó Louise, esperando a que continuara. Sin embargo, en lugar de eso, él se inclinó hacia delante, cogió a uno de los gatos del suelo, lo colocó en su regazo y empezó a acariciarle el pelaje.

—Lo hicieron bien en la posada —afirmó—. Trabajaron duro, y fue impresionante que también consiguieran atraer gente fuera de temporada. Al fin y al cabo, es algo de lo que todos nos hemos beneficiado.

Louise asintió y escuchó mientras él le explicaba que las granjas locales y la gran granja ecológica tenían que cerrar durante la temporada baja, mientras que parecía que la posada se había mantenido a flote durante la temporada baja sin cerrar durante periodos en los meses de invierno.

—Me pregunto qué pasará ahora con la posada —musitó, mientras seguía acariciando el lomo del gato con movimientos tranquilos.

—Es demasiado pronto para saberlo —respondió Louise, y le agradeció su tiempo. Le pidió que se quedara sentado y le aseguró que era capaz de encontrar la salida por sí misma.

Los demás estaban sentados alrededor de la mesa almorzando cuando Louise regresó. Lene Borre informó que las patrullas caninas aún no habían encontrado nada que pudiera identificarse como arma homicida.

—Han abandonado la posada, pero siguen en dirección a Bregninge —dijo, ofreciendo a Louise un bocadillo de paté.

Louise le tendió el plato y lo aceptó mientras preguntaba si había llegado algo de las pocas cámaras de vigilancia que habían podido localizar. Lange negó con la cabeza y dijo que revisaría todo el material.

Louise comió otro trozo mientras la ponían al día de lo que, en resumen, no era nada.

Todos se quedaron en silencio durante un rato, luego ella se enderezó de golpe.

—Me gustaría que revisáramos a fondo la posada —dijo, mirándolos—. Empezaremos de cero. Todo el edificio, buscaremos al detalle. Revisaremos cada grieta y cada agujero. Miraremos debajo y detrás de todo.

En ese momento, su teléfono móvil vibró. Se disculpó y se levantó cuando vio que era un mensaje de Jonas.

«A Grete le acaban de dar el alta en el hospital, acabo de hablar con Melvin. Le han dicho que vaya a su médico de cabecera, pero apenas puede andar. ¿Te parece bien que vuelva a casa desde el instituto y los ayude?». Había añadido un corazón.

Louise pensó en llamar, pero en lugar de eso le envió un pulgar hacia arriba y un corazón. Llamaría a Melvin más tarde. A sus oídos le sonó brutal que a la anciana, que era un poco más joven que Melvin, la enviaran a casa tan pronto después de que sus niveles de infección hubieran sido tan elevados. Pero debían haberlo controlado, y eso la reconfortó.

—Vamos a revisarlo todo —repitió Louise con decisión cuando volvió a la mesa—. Ya han buscado el arma del crimen, pero ahora buscamos un motivo. Y buscaremos por todas partes: la lavandería, el sótano, el ático. Hay que registrar la oficina. Buscad carpetas, cartas, mensajes. Fijaos en cualquier cosa que pueda dar lugar a antipatía, deudas, chantajes. Celos, sexo, odio. Información comprometedora sobre los huéspedes.

Louise guardó silencio un momento antes de continuar:

—Y nos tomaremos nuestro tiempo. Esto es importante, y es fácil pasar algo por alto.

Los demás asintieron brevemente y se estaban levantando cuando Lene les dijo que Jack Skovby se había puesto en contacto con ellos para ver si había habido algún progreso.

—También tenemos algunos periodistas que son bastante insistentes, pero se los he pasado a Grube. Dime si prefieres hablar tú con ellos —añadió Niklas.

Louise negó con la cabeza y dijo que, por el momento, le parecía bien que el subinspector de policía sirviera de enlace con la prensa.

—Lange, ¿por qué no tienes otra charla con Jack Skovby cuando hayamos terminado de registrar la posada? Él fue quien la encontró, vamos a ver si conseguimos algo empezando de nuevo con él.

El subinspector de policía Grube, de Odense, había intentado impresionarla diciendo que Lange recordaba todo lo que la gente decía, que era bueno con los detalles y no se le escapaba nada. «Ahora puede demostrarlo», pensó.

Louise había enviado a Niklas y a Lene arriba a registrar el apartamento privado de Dorthe Hyllested, ella misma había empezado por la recepción, donde también estaba el libro de pedidos del restaurante. Lange había desaparecido en la lavandería y luego se metió en la cocina para

comprobar los libros de pedidos y los datos de contacto del cocinero.

Estaba revisando las reservas de la posada cuando llamó Grube. Un colega de Odense ya se había puesto en contacto con los huéspedes que tenían reservas y les había informado de que la posada estaba cerrada por defunción. Pero era raro que hubiera escapado a la atención de nadie, ya que en los periódicos se decía claramente que la posada era la escena del crimen y, por lo tanto, estaba cerrada debido a la investigación.

—¿Qué tenemos hoy para la prensa? —preguntó el subinspector de policía.

—Nada —respondió Louise, negando con la cabeza.

—¿Motivo, sospechosos? Estoy considerando la posibilidad de convocar una rueda de prensa hoy para atender a los periodistas que siguen llamando y pidiendo novedades.

—No tenemos nada —repitió Louise, y estuvo a punto de recordarle que en realidad no tenía que rendirle cuentas. Pero se contuvo porque, mientras él mantuviera el contacto con la prensa, ella no tenía por qué sentirse molesta—. Estamos registrando minuciosamente la posada y la vivienda privada de la víctima, hemos vuelto a interrogar a los testigos y hoy más tarde volveremos a hablar con el hombre que la encontró. Eso es lo que tengo para ti.

—Pero eso no es noticia —señaló.

—No —admitió—, pero demuestra que estamos trabajando para encontrar el móvil del crimen.

En ese momento, oyó que Lene Borre la llamaba desde el primer piso.

—Tengo que irme —dijo, y colgó justo cuando Lene Borre apareció en las escaleras.

—Vamos —dijo Borre, haciéndole señas con impaciencia.

Louise se guardó rápidamente el móvil en el bolsillo y la siguió.

Lene Borre la condujo por la hilera de habitaciones del hotel hasta la puerta del fondo del pasillo, que daba al apartamento privado donde había vivido Dorthe Hyllested.

—Hay algo que tienes que ver —dijo Lene con impaciencia, casi arrastrando a Louise al interior del apartamento.

6

Louise se abrió paso entre los montones que Niklas había apilado en el suelo mientras revisaba el contenido de un gran armario. No se le veía por ninguna parte.

—Sígueme —dijo Lene, empujando a Louise por delante de ella a través de la pequeña sala de estar, que consistía en nada más que un mueble lacado, unos sofás y un televisor.

Louise vio una puerta que daba a un dormitorio en un pequeño pasillo donde parecía haber un cuarto de baño. Pero era a la cocina a donde se dirigían. Todo era blanco y azul y le recordaba a un restaurante sureño. La mesa y las sillas del comedor estaban pintadas de azul cielo y en la pared había cuadros de limones y olivos. Colgadas de un gancho junto a la ventana había unas robustas cepas de ajo secas.

Intentaba asimilarlo todo cuando Niklas apareció por la estrecha puerta abierta junto a la estufa. Se preguntó si conduciría a una despensa o si era una escalera que bajaba desde el primer piso.

—Hay algo que tienes que ver —volvió a decir Lene, y Louise no pudo evitar fijarse en la mirada que la detective dirigió rápidamente a su colega más joven antes de apartarse para dejar pasar a Louise. Ella entró en un pequeño pasillo y se detuvo de golpe.

Por detrás, sintió el aliento de Niklas en la nuca mientras ella permanecía en el umbral de la puerta, contemplando una habitación estrecha.

La habitación estaba oscura, sin ventanas. Era estrecha, quizá solo tenía un metro y medio de ancho y unos tres metros de largo, y estaba oculta detrás de la cocina. «Sin duda, era una antigua despensa», pensó Louise, observando que había una puerta de cocina justo fuera de la habitación, en el estrecho rellano entre la cocina y la habitación.

Se quedó un momento mirando al vacío mientras su mente intentaba atar cabos. A lo largo de la pared había una cama con cajones debajo; encima, una lámpara de noche encendida. La ropa de cama estaba desordenada en el centro de la cama, como si acabara de ser abandonada. En una mesita baja junto a la pared de enfrente había un cuenco esmaltado y un vaso de leche medio vacío. En el suelo, junto a la mesa, había una cuchara y una vieja silla para niños volcada.

Louise oyó la voz de Lange desde el interior del salón cuando entró en la habitación y miró los cuentos y los juguetes del Pato Donald que había en el suelo. Se fijó en los dibujos de animales de la funda nórdica. El cuenco que había sobre la mesa estaba medio lleno de cereales; la superficie estaba endurecida y marrón, y era evidente que habían bebido del vaso de leche. Junto al vaso había un pequeño osito de peluche azul claro desgastado con un gorro rojo. Además de los cuentos del suelo, le llamaron la atención los bloques de construcción, un avión de juguete desgastado y una pelota pequeña. Dejó que su mirada repasara la pared hasta los pósteres y una estantería baja con peluches y más juguetes. Eso era todo lo que había en la habitación.

—¿Qué es esto? —oyó preguntar a Lange detrás de ella.

Louise dio otro paso adelante y levantó el edredón. «Probablemente no mide más de un metro», pensó.

—Aquí había un niño —dijo, y se volvió hacia los demás.

—No tenían hijos —respondió Niklas, que había hecho sitio a Lange para que también pudiera mirar.

Louise se dio cuenta de que pensaban lo mismo. Si Dorthe había estado cuidando a un niño y nadie lo había mencionado, era porque a nadie le preocupaba que le hubiera pasado algo. La primera reacción de cualquier padre sería ponerse en contacto con la policía.

Se quedaron en silencio y observaron la habitación.

—¿De quién es el niño si no es suyo? —preguntó Louise, y se quedó quieta. Se acercó al escritorio y dio la vuelta a los dibujos de la estantería.

—Debe tener cuatro o cinco años —sugirió Lene desde la puerta.

Louise asintió, no era muy buena juzgando la edad de los niños, pero esa era su suposición. Más o menos.

—Debieron llevarse al niño antes del asesinato —concluyó Lange—, y Dorthe no tuvo tiempo de limpiar aquí dentro.

—¿Diseñarías una habitación entera para un niño al que solo cuidas de vez en cuando? —preguntó Louise.

—¿Podría ser para el hijo de su hermana? —sugirió Lene.

Los tres asintieron vacilantes.

—No dijo nada de que le cuidaran al niño —dijo Niklas, que había hablado con la hermana de Dorthe el día anterior.

—Entonces, tal vez sea de una amiga —sugirió Lene—. Pero ¿los padres no se habrían puesto en contacto con nosotros inmediatamente? ¿No se habrían sentido preocupados y nerviosos por el hecho de que su hijo pequeño hubiera estado tan cerca cuando se produjo el asesinato?

Louise estuvo de acuerdo con ella.

—Al menos se habrían presentado y nos habrían dicho que habían ido a la posada a recoger al niño —continuó Lene.

Louise volvió a asentir sin prestar mucha atención. Se quedó mirando la cama y el cuenco de desayuno abandonado. Intentó visualizarlo.

Dorthe, que se levantó temprano para prepararse para el servicio matutino de la posada. Niklas le había dicho que el desayuno era de siete y media a diez, así que debió bajar a las siete como muy tarde para preparar el bufé del desayuno. En algún momento, podría haber subido a darle al niño un tazón de cereales y un vaso de leche. ¿Y qué más?

Levantó una camiseta de la cama para ver si había algo más, pero solo estaba esa. Ni pantalones, ni vestidos, ni bolso, ni maleta pequeña. Nada. Solo eso y cestas con juguetes en la estantería. Sacó los cajones de debajo de la cama. Uno contenía ropa interior, calcetines, pijamas y ropa de cama. En el otro, más juguetes, algo que parecía una vía de tren señalizada y un montón de animales de granja de plástico que estaban desperdigados en una caja de cartón. Los demás observaron desde el rellano mientras ella buscaba.

En la pared junto a la puerta había una vieja caja de madera, pintada de amarillo y montada como estantería. También había un estuche con lápices de colores en la estantería, pero nada que revelara quién podía ser el niño de la habitación.

Todos permanecieron en silencio durante un momento.

—Interesante —dijo Louise, y siguió a los demás de vuelta a la cocina. Lene había empezado a abrir los armarios de la cocina—. ¿Y nadie ha mencionado a un niño que Dorthe cuidaba aquí, en la posada?

—No —contestó ella, señalando dentro del armario—. Crema de chocolate, mermelada de higo, cereales de chocolate, zumos. Batido de chocolate.

Enumeró algunas cosas más mientras Louise buscaba en el armario de la vajilla, donde vio platos y vasos infantiles con personajes de dibujos animados que ella misma habría pensado que pertenecían a un niño aún más pequeño del que habían supuesto en la habitación.

—La encargada de las habitaciones debe saber si Dorthe tenía un niño viviendo con ella —sugirió Lange, mirando a los dos policías locales.

Lene Borre asintió lentamente.

—Tengo que ser sincera y admitir que no pregunté por un niño cuando hablé con Eva Nørgaard —respondió—, pero no mencionó nada cuando le pedí que me dijera quién se encontraba en la posada hasta el momento del asesinato.

—Volveremos a hablar con ella —dijo Louise, y preguntó si Lange había encontrado algo de interés abajo.

Él negó con la cabeza y dijo que no.

Louise asintió.

—Pero primero tenemos que averiguar quién es el niño para poder hablar con los padres.

Empezaron a bajar. Louise pensó en coger las plantas de los alféizares de las ventanas y

llevárselas consigo, pero tampoco había nadie en el hotel para cuidarlas. En lugar de eso, fue y abrió un poco una de las ventanas del salón para liberar la sensación de congestión. Detrás de ella, oyó a Lange cerrar la puerta de la cocina.

—Probablemente esta sea la entrada privada que ella misma utilizaba, para no tener que pasar por la posada cada vez que salía —dijo al entrar en el salón—. ¿Hemos comprobado si alguien pudo entrar por ahí? ¿Han forzado la puerta de abajo para entrar en la posada sin ser vistos?

—No hay señales de que hayan forzado la entrada —respondió Niklas con rapidez, como para recalcar que, por supuesto, lo habían comprobado.

«Pero no suena del todo convincente», pensó Louise.

—Abajo hay un jardín. La encargada de las habitaciones lo llama el jardín del sol. Está rodeado por un muro, por lo que no se ve desde la carretera ni desde el aparcamiento. En realidad, es un patio cerrado.

Lange y Louise ya se dirigían hacia la puerta de la cocina y, antes de empezar a bajar por las escaleras traseras, Lange le entregó a Louise un par de guantes de látex que llevaba en el bolsillo.

La cerradura de la puerta era una normal; hizo un fuerte clic cuando la giró y empujó la puerta para abrirla. Dejó pasar a Louise antes de estudiar él mismo la puerta, en busca de signos de que hubieran forzado la entrada.

Mesa de jardín, sillas, soporte para sombrilla. El resto del pequeño recinto se había habilitado como parque infantil con un columpio, un arenero y una pequeña piscina, que ahora estaba plegada contra la pared. Había juguetes y patinetes, una bicicleta y pelotas de varios tamaños esparcidas por las baldosas. Louise pensó que había suficiente para entretener a una pequeña escuela infantil mientras lo recorría con la mirada. No había nada destinado al descanso de los adultos, ni tumbonas ni mecedoras donde echarse una siesta por la tarde. El espacio exterior era claramente un dominio infantil.

—¿Quién tiene el número de la hermana? —preguntó Louise, cuando volvió con los demás al comedor de la posada. Niklas tardó un momento en buscarlo en su ordenador. No era la habitación detrás de la cocina lo que le producía una extraña sensación de hormigueo. Era más bien el patio de atrás lo que parecía no encajar. Tomó la nota y se retiró hacia el mostrador de recepción para hacer la llamada a solas.

7

—¡No! —dijo la hermana de Dorthe cuando Louise le preguntó si su hermana tenía un hijo, aunque constaba que no los tenía—. Soñó con tenerlo durante muchos años, pero nunca lo consiguieron y al final, en mi opinión, hizo las paces con ello. Pero a Dorthe le encantaban los niños, así que no me cuesta imaginar que de vez en cuando cuidara del hijo de alguna amiga o de los vecinos.

Louise asintió ante esa posibilidad, pero eso no parecía algo ocasional, sino algo más permanente.

—No la oí hablar de ningún niño, pero tengo que admitir que yo no preguntaba por los niños de su círculo social. No quería herir sus sentimientos. Tal vez me equivoqué, pero supongo que sentí que sería echar sal en la herida. Durante mucho tiempo fue un poco difícil cuando estábamos juntos en familia y mis hijos eran el centro de atención. Quizá era sobre todo yo quien se sentía así porque sabía lo mucho que ella quería uno.

Se le enronqueció la voz y carraspeó.

—¿Han encontrado algo? —preguntó, una vez que consiguió controlar su voz.

—Por desgracia, no —respondió Louise—, ahora mismo estamos intentando averiguar quién podría ser el niño. Sospechamos que el pequeño durmió en la posada la noche anterior al asesinato. Y es posible que sus padres vieran algo que aún desconocemos. Pero nos sorprende que no se hayan presentado ellos mismos. Por lo tanto, consideramos la posibilidad de que el niño viviera con Dorthe.

—Pero ella no tenía hijos —volvió a objetar su hermana—. Nunca he oído nada de un niño viviendo en la posada.

—¿Y un hijo de acogida? Es ideal para una mujer que quiere un hijo, pero no puede concebirlo ella misma —sugirió Louise.

—Me lo habría dicho —dijo su hermana.

Louise vaciló, preguntándose si era una pregunta que debía hacerse cara a cara y no por teléfono, pero en realidad no había tiempo.

—Ahora que lo digo en voz alta, me doy cuenta de que puede sonar mal, pero ¿podría su hermana haber tenido un hijo fuera del matrimonio?

—¿Quiere decir después de la muerte de Nils? —preguntó confundida su hermana—. ¡No hace ni seis meses!

—No, me refiero a si su hermana podría haberse quedado embarazada de otro estando casada.

—¡No, qué locura! En un momento dado tuve la sensación de que las cosas no iban muy bien entre Dorthe y Nils, pero creo que ella nunca se planteó dejarlo. Si se refiere a eso...

—En realidad, no me refiero a nada —se apresuró a decir Louise—, pero tenemos que considerar todas las opciones.

—Dorthe nunca tuvo hijos. —La hermana se echó a llorar y Louise se arrepintió de haber sido demasiado dura.

—Hablaré con su personal, seguro que podrán decirme algo. Le pido disculpas por molestarla con algo que quizá podamos aclarar por nuestra cuenta.

—Está bien —la hermana hipó y respiró hondo—, entiendo que tengan que hacer preguntas. Lo siento mucho por ella porque no consiguió todo lo que soñaba. Le quedaba mucho por vivir. Apenas empezaba a recuperarse de lo de Nils.

—Es injusto que ocurra algo así —admitió Louise, y la dejó hablar un poco antes de terminar la conversación.

—No es el hijo de Dorthe —dijo a los demás cuando volvió al comedor de la posada—. Tenemos que localizar al cocinero. Se me ha ocurrido que podría ser su hijo. Ahora bien, si imaginamos que no está con la madre, tendría sentido que llevara al niño al trabajo los días que está con él. Es muy probable que haya llegado a un acuerdo con Dorthe para que el niño pueda quedarse aquí cuando él esté de servicio, por lo que tiene sentido que hayan preparado una habitación donde el niño pueda dormir para mantener sus horarios de sueño, aunque el padre no termine de trabajar hasta tarde.

Podía imaginarse fácilmente al cocinero llevando a su hijo dormido al coche cuando salía del trabajo.

—Jon no tiene hijos —dijo Lene—, fui yo quien habló ayer con él. Vive en Svendborg, y me sorprendería mucho que alguna vez se hubiera interesado por las chicas, ya me entiendes.

Louise la observó un momento.

—¿Por qué no iba a poder tener un hijo? ¿Qué tiene esto que ver con el caso?

—Le van los hombres —dijo Lene de un modo que hizo pensar a Louise que, si la agente hubiera podido reformular la frase, lo habría hecho.

Ella asintió.

—Lo comprendo, pero ya lo hemos visto antes —respondió, volviéndose hacia los demás—. Tenemos que hablar con la encargada de las habitaciones y averiguar qué sabe del niño. Yo

misma lo haré. Terminemos de registrar la posada y el apartamento de arriba. Y, mientras tanto, espero que Lindén saque algo del móvil y la cuenta de correo electrónico de la fallecida.

—Se nos tiene que haber pasado algo por alto —exclamó Niklas con frustración, cuando volvieron a sentarse alrededor de la mesa en el comedor después de la búsqueda. Se inclinó hacia el ordenador e informó de que aún no tenían noticias de ningún testigo que hubiera visto a alguien salir de la posada en torno a la hora del crimen—. Tengo la sensación de que hay un motivo personal detrás del asesinato. No creo que fuera atacada en relación con un robo o cualquier otro tipo de delito adquisitivo. No se han llevado nada.

Miró a los demás.

Louise estaba de acuerdo con él. Tampoco creía que Dorthe hubiera sorprendido a un ladrón.

—De acuerdo —dijo en voz alta para apoyar el hecho de que al menos estaba aportando algo—. Es difícil ver una conexión con los huéspedes de la posada y las actividades cotidianas de alrededor, pero eso no debe impedirnos seguir buscando.

—Estamos perdiendo el tiempo —murmuró Niklas, pero se calló cuando Lange se volvió hacia él.

—Nunca se pierde el tiempo haciendo las cosas correctamente —dijo el detective.

Louise dejó que los dos solucionaran sus diferencias y se volvió hacia Lene.

—¿Qué sabemos de la encargada de las habitaciones? —preguntó.

—Eva Nørgaard, vive no muy lejos de aquí. Algo menos de un kilómetro, diría yo. Trabaja en la posada desde que murió Nils y es la única empleada fija, aparte del cocinero.

Niklas puso un papel sobre la mesa con la dirección de la mujer.

—Jack Skovby vendrá dentro de una hora —le recordó a Lange—, creo que deberías hablar de nuevo con él. Pregunta qué ambiente había en la posada, si hay algún lugareño que estuviera en desacuerdo con Dorthe. O controversias que no sepamos.

Él asintió sin dar a entender que no necesitaba que le dijeran qué hacer. Una vez más, Louise notó lo liberador que era no tener que medir sus palabras por el temor a ofender a alguien, así no perdían tiempo con orgullos heridos.

—¿Lindén está con los libros de pedidos? —preguntó Lene, mirando a Louise—. Quizá obtengamos algo de las reservas que se han hecho los últimos días. Los huéspedes habituales, los que vienen aquí con regularidad, también conocen al personal de la posada. Aunque creamos que el motivo hay que buscarlo entre las relaciones privadas de Dorthe, quizá saquemos algo que si interrogamos a las personas que se alojan aquí con regularidad.

—De acuerdo —dijo Louise rápidamente—, quizá obtengamos alguna pista. Ahora mismo Lindén está revisando todo lo digital, luego le pido que haga una lista de huéspedes que podrían ser habituales. Luego hablaré con ellos.

Lene asintió. Niklas parecía haberse hecho a la idea de que iban a tener que revisarlo todo de nuevo. Apenas habían llegado a la parte difícil y ya parecía un poco cansado. Aun así, fue el primero en levantarse y empujó la silla bajo la mesa para indicar que estaba listo.

—Voy a subir y continuar en el apartamento —anunció, y desapareció por las escaleras.

Lene se levantó y lo siguió mientras Lange vaciaba su taza de café.

—Habla con Jack Skovby —repitió Louise, y él asintió—. Debía conocer bien a la pareja si lleva viniendo aquí desde que se hicieron cargo de la posada.

—¿Les pedimos a los técnicos que echen un vistazo a la habitación del niño? —preguntó Lange.

—Creo que primero deberíamos hablar con Skovby y la encargada de las habitaciones y ver si hay una explicación sencilla, y luego tenemos que localizar a los padres del niño. Debían ser cercanos a Dorthe, porque parece que el niño pasó mucho tiempo aquí, con la ropa en los cajones y todos los juguetes. Esperemos que los padres puedan darnos alguna idea de la vida privada de Dorthe al margen de la posada. Ahora mismo, da la impresión de que no tenía ningún círculo social privado. Casi parece que se pasara todo el tiempo intentando que la posada funcionara bien. Debe haber amigos y conocidos que puedan decirnos algo.

—Pero nadie se ha dirigido a nosotros —señaló Lange.

Louise sacudió la cabeza y le dio la razón.

—A ver qué pasa cuando Lindén acabe con el móvil de Dorthe. Todo el mundo tiene una vida privada, ahora solo tenemos que averiguar a qué dedicó Dorthe la suya.

—Y una vida amorosa —añadió.

—Tal vez, incluso eso. Es raro conocer a gente que solo se relaciona en el ámbito laboral —dijo Louise, pero luego pensó en sí misma. ¿Cuáles eran sus relaciones al margen de Camilla y su familia? En realidad, ninguna. Ella misma pasaba la mayor parte del tiempo con ellos o en el trabajo.

—Quizá no sea tan raro cuando se es autónomo —añadió—. Ya tienen bastante con intentar llegar a fin de mes.

Lange estaba de acuerdo con ella, y la verdad es que tenía sentido. Dorthe ya debía tener bastante después de que la dejaran sola al frente de la posada.

—Hasta luego —dijo Louise, y se levantó con la dirección de la encargada de las habitaciones en la mano.

Louise estaba a punto de entrar en su coche cuando un Land Rover se detuvo en el aparcamiento. Se quedó expectante y siguió al hombre con la mirada mientras este apagaba el motor y salía del coche.

—¿Es usted Jack Skovby? —le preguntó cuando hubo cerrado la puerta del coche.

Él asintió con la cabeza. Su mirada se desvió varias veces hacia la entrada trasera de la posada mientras caminaba hacia ella.

—Fui yo quien la encontró —dijo, y le tendió la mano—. No puedo creer que este tipo de cosas puedan ocurrir aquí. O que ya no esté con nosotros.

Louise le estrechó la mano y se presentó.

—Gracias por venir —dijo—. Le agradecemos que se haya tomado la molestia de hablar con nosotros.

—No pasa nada —respondió, apartándose el espeso cabello castaño de la cara, pero el viento lo devolvió rápidamente a su sitio.

Louise supuso que tendría unos treinta años. Musculoso y ancho de hombros bajo el forro polar azul, no cabía duda de que pasaba la mayor parte del tiempo al aire libre. Tenía los ojos verdes y amigables, y una mandíbula curtida por el clima que a Louise le recordó a Eik. Apartó la mirada al darse cuenta de que lo estaba examinando con demasiada atención.

—Mi colega lo espera dentro —dijo ella, tratando de no dejar ver ninguna emoción—, esperamos que pueda hablarnos del niño que se quedaba aquí, en la posada.

La miró sin comprender por un momento y luego negó con la cabeza.

—Dorthe y Nils no tuvieron hijos, eso lo sé seguro.

Ahora era él quien la estudiaba.

—¿Sabe si hacía de canguro ocasional para alguien o si tenía un hijo de acogida?

Se quedó en silencio, como si esperara que dijese algo más. Pero luego volvió a sacudir la cabeza.

—No había niños viviendo aquí. ¿Qué les hace pensar lo contrario? —Sus dientes blancos brillaban bajo la luz dorada del otoño.

—Hemos visto el cuarto infantil de arriba y todos los juguetes en el patio.

—No sabía nada —dijo, y volvió a negar con la cabeza—. Llevo siete u ocho años viniendo aquí y conocía bastante bien a Dorthe. Nunca la vi con un niño. Sin contar los de los huéspedes.

—¿Así que conoce a la pareja desde que se mudaron aquí? —preguntó Louise.

Él asintió y giró un poco la cara. Lo vio respirar hondo antes de volverse hacia ella.

—Vengo mucho por aquí —repitió, como si eso abarcara los años que hacía que los conocía.

—Sería estupendo que nos contara un poco quién era ella. Si hay aspectos de su vida a los que debamos prestar especial atención. Gente con la que deberíamos hablar.

Louise acababa de pedir a Lisa Lindén que revisara la vida de Dorthe Hyllested antes de que ella y Nils se mudaran allí. Lo único que sabía era que Dorthe había conocido a Nils cuando ambos trabajaban en el Hotel Munkebjerg, donde trabajó tras mudarse de Herning. Ella era la recepcionista.

—He visto a su hermana un par de veces cuando ha venido de visita. Y a sus padres, una vez —dijo.

—¿Y amistades? —le preguntó, mirándolo a los ojos verdes.

Él se encogió de hombros y volvió a apartar la mirada.

—No la conocía tan bien —respondió, pero luego volvió a dirigir su mirada a Louise—. Por supuesto, se la veía con personas de la zona. Era sociable y venía gente a la posada, pero no he conocido a ningún amigo de fuera.

Se quedaron frente a frente sin decir nada. Olió el leve aroma a sándalo y aire fresco que impregnaba su ropa, y se dio cuenta de que estaba más afectado por el asesinato de lo que aparentaba.

Luego señaló hacia la cocina.

—Lange está en el comedor de la posada, puede entrar sin más.

8

La casa de entramado de madera estaba encalada y el tejado de paja había visto días mejores. Desde la carretera, parecía un escaparate botánico, donde las plantas de los marcos no parecían dejar pasar mucha luz a través de los pequeños cristales.

Louise estaba en la puerta a punto de llamar al timbre cuando recibió un mensaje de texto de Niklas. Después de haber tocado el timbre dos veces, volvió a poner el dedo sobre el interruptor y lo mantuvo pulsado el tiempo suficiente para que el sonido llegara hasta el primer piso, donde descansaba Eva Nørgaard.

«57.500 coronas danesas enrolladas y escondidas en una lata de galletas en la cocina», decía. Estaba a punto de contestar al mensaje para felicitarle cuando por fin abrió la puerta una joven que no podía tener más de veinte años. Llevaba el pelo corto y oscuro, piercings que le subían por toda la oreja y parecía pálida y agotada.

Louise dijo su nombre y explicó por qué había ido, y la chica, vacilante, se presentó como Lea.

—Mi madre no está en casa —dijo con la mirada en el suelo.

Louise esperó a que la invitara a entrar mientras esperaban a su madre, pero la chica no quería saber nada.

—La esperaré aquí fuera —dijo, señalando hacia el coche.

—Mi madre está destrozada —dijo Lea, antes de que Louise empezara a caminar de vuelta al coche—. No ha pegado ojo en toda la noche. Cuando llegué esta mañana, todavía estaba en el sofá. No puede soportar más muertes.

Al mismo tiempo, una mujer en bicicleta aminoró la marcha y se detuvo junto a ellas. Louise dio un paso atrás y la chica salió por la puerta.

—Mamá, la policía está aquí para hablar contigo.

Eva Nørgaard se desató el pañuelo que llevaba al cuello y miró a Louise.

Tenía el cabello recogido en la nuca y los ojos húmedos, Louise pensó que sería a consecuencia del viento, que le habría hecho llorar durante el paseo en bicicleta.

—No esperaba una visita de la policía. Ya les hablé de mi trabajo en la posada a los dos detectives que vinieron ayer.

Louise explicó que estaba a cargo de la Unidad Móvil de Investigación, que había sido llamada para ayudar a la Policía de Fionia en el caso.

—He leído su testimonio —dijo—. He venido para hablar del niño.

La mujer sacó una bolsa de la cesta de la bicicleta y se la entregó a su hija.

—¿Por qué no dejas esto en la cocina? —preguntó, sin hacer ademán de invitar a Louise a entrar —. ¿El niño? —repitió, mirando asombrada a Louise mientras dejaba la bicicleta junto a la pared de la casa.

—Vimos la habitación infantil arriba, en el apartamento, y los juguetes en el patio. Como parte de la investigación, nos gustaría ponernos en contacto con los padres del niño.

—No hay ningún niño —dijo la mujer. Pero un instante después añadió—: Nunca he oído nada de que hubiera una habitación para niños en el piso de arriba. Tras la muerte de Nils, Dorthe vivía sola allí.

Se abrió el abrigo como si tuviera demasiado calor por el paseo en bicicleta.

—No puedo hablar sobre el jardín del sol, porque nunca he ido allí —continuó—, siempre he respetado el hecho de que Dorthe no quisiera a sus empleados en la parte privada de la posada. Es justo que se le permita separar el trabajo de su vida personal. De lo contrario, nunca podría tomarse tiempo libre.

Louise estuvo de acuerdo con ella.

—Pero ¿ha llegado a cuidar de algún niño? —intentó de nuevo.

—No que yo sepa —dijo la mujer. Estaba parada en la puerta, y Louise entendió que el resto de la conversación iba a tener lugar allí fuera.

—¿Conoce a alguien del círculo social de Dorthe? —preguntó en su lugar—. ¿Novios, amigas? ¿Con quién se veía Dorthe cuando no estaba en el trabajo?

Por un momento, Eva pareció pensárselo, pero luego negó con la cabeza.

—No se me ocurre que tuviera visitas, si se refiere a eso.

—Pero ¿qué hacía cuando no estaba trabajando?

Pasó un coche por la carretera y Eva saludó con la mano.

—Bueno, casi siempre estaba en el trabajo. Desde que la conozco, era la única que conseguía que todo funcionase. Así que quizá no era capaz ni de desconectar durante su tiempo libre. Solía subir a dormir una breve siesta por la mañana una vez que había limpiado después del desayuno. Hay un timbre en la recepción, así que, si alguien llamaba, el timbre sonaba en el apartamento y ella bajaba.

Miró a Louise como si quisiera asegurarse de que entendía que no había mucho tiempo libre cuando se es propietario y se dirige una posada.

Louise asintió.

—Luego volvía hacia las dos para comprobar los pedidos y ver si faltaba algo. Acordamos que le dejaría una nota antes de irme a casa. La utilizaba para avisarla si se nos estaba acabando algo o si había que cambiar algo en las habitaciones, para que pudiera pedirlo para el día siguiente. La mayoría de las veces nos veíamos justo antes de que yo regresase a casa en bicicleta. Pero nunca subía a molestarla cuando estaba descansando. Siempre ha habido una norma no escrita: si necesitas hablar con Dorthe cuando está en su apartamento, envíale un mensaje de texto y bajará.

—¿Así que nunca subió a su piso? —preguntó Louise.

La mujer sacudió la cabeza.

—Ella tampoco estuvo nunca en mi casa —respondió, un poco cortante.

Louise consideró si debía empezar a discutir el hecho de que, sin embargo, la habitación infantil estaba allí y que había estado ocupada hasta hacía muy poco. Pero decidió que era probable que no sacase mucho provecho de ello.

De repente, Eva se echó a llorar. Dio un paso atrás, hacia el pasillo por donde su hija había desaparecido en el salón. Se secó rápidamente las lágrimas.

—Lo siento —dijo, avergonzada, y se secó los ojos—, perdí a mi hijo hace seis meses. Todo lo relacionado con la muerte me sobrepasa.

—Lo siento mucho —dijo Louise con compasión.

—Solo tenía diecinueve años —continuó—. Se puso enfermo.

Permanecieron un rato en silencio.

—No sé qué decir de la habitación. No sé nada de eso —continuó despacio, como si hiciera un esfuerzo por juntar las palabras para que no salieran mal y pareciera como si estuviera traicionando a su difunta jefa—. Puede que no tengamos lo que se dice una relación cercana, pero nos llevamos bien y es una buena jefa.

Se quedó callada y luego se disculpó.

—Era una buena jefa —dijo, como si ahora se diera cuenta de que había hablado de Dorthe como si aún viviera—. He sido muy feliz trabajando en la posada. Y nunca me importó que no compartiera su vida personal. La verdad es que lo agradecí. Nuestra relación era laboral, pero éramos amigas. Aunque ahora me doy cuenta de que quizá no sabía tanto sobre ella. No lo había pensado antes.

—Es comprensible —se apresuró a decir Louise—, no hace falta que se disculpe. Solo intento averiguar quién la conocía para que nos ayude a descubrir la vida que tenía fuera de la posada. Tenemos que encontrar a los padres del niño.

—Si tenía una vida fuera de la posada, la desconozco. Pero hable con Jack Skovby, él los conocía desde antes que yo. Dorthe y él se llevaban bien.

Había empezado a quitarse el abrigo al decir eso último.

—Puede que tengamos que volver a hablar con usted —dijo Louise, y se quedó quieta mientras la mujer colgaba su abrigo en la percha—. Por supuesto, comprendo que es un momento difícil. Todas las personas con las que hemos hablado describen a Dorthe como una persona muy querida, así que no es de extrañar que esto le sorprenda. Pero, por favor, díganos si se le ocurre alguien con quien debamos hablar. Necesitamos saber más sobre ella. Y estamos, por supuesto, muy interesados en encontrar al niño.

Eva asintió lentamente, pero siguió sin levantar la vista.

—Es un momento difícil —dijo, encontrándose con la mirada de Louise—, e incomprensible. Me pregunto qué será de la posada.

Lange también había preguntado al respecto cuando se reunieron por la mañana, y Niklas le había dicho que Dorthe la había heredado de su marido. Ahora ella era la única propietaria, por lo que probablemente se pondría a la venta si nadie de la familia decidía seguir dirigiéndola. Y, según lo que él sabía, no parecía que eso fuera a suceder.

—De momento está cerrada —contestó Louise—, y pasará algún tiempo antes de que se resuelva la herencia y pueda ponerse a la venta algún día.

Se dio cuenta de que en Tåsinge no había demasiados puestos de trabajo, así que comprendió la preocupación de la mujer.

—Tengo algunas de mis cosas en el cuarto de la lavandería —recordó Eva—, una bolsa con una muda de ropa y un neceser.

—Puede pasarse por allí, no hay problema —dijo Louise—. También puedo dejarlo a mano si me dice dónde puedo encontrarlo.

Eva negó con la cabeza.

—Iré yo —dijo—, o le diré a Lea que pase por allí y lo coja cuando vuelva a Svendborg. Se ha quedado con el pequeño coche de su hermano...

No terminó la frase, y tampoco era necesario. Louise se había fijado en el Fiat Punto negro aparcado junto a la casa.

—Habrá alguien en la posada durante los próximos días, aunque no creo que de continuo. Pero, por supuesto, nos aseguramos de que esté cerrada con llave para que no pueda entrar nadie de fuera.

—No hay prisa —se apresuró a decir Eva—, no es algo que necesite con urgencia.

Louise sacó una tarjeta y le dio su número.

—Llámenos y quedamos cuando le venga bien.

Eva le dio las gracias y se despidieron con el acuerdo de que llamaría a Louise si necesitaba hablar con ella de cualquier cosa.

9

Louise subió las escaleras hasta el primer piso de la posada mientras esperaba a que el médico de Dorthe le devolviera la llamada. Había intentado varias veces ponerse en contacto con el médico de cabecera de la víctima, Søren Lindberg, pero solo consiguió hablar con su secretaria, que le explicó que el doctor tenía pacientes hasta las tres de la tarde.

Le dio un mordisco al bocadillo que Niklas le había comprado en una cafetería de Svendborg. Los demás ya se habían comido los suyos cuando ella regresó de visitar a la encargada de las habitaciones. No habían encontrado nada más de interés en escondites secretos. Se acabaron los alijos de dinero o cualquier otra cosa que Dorthe hubiera escondido. «Dinero negro», había dicho Niklas, mientras que Lene Borre suavizó un poco las cosas y dijo que probablemente se trataba de una propina. «Menuda propina», refunfuñó Lange.

Ahora Niklas y Lange estaban localizando a los huéspedes que se habían alojado en la posada durante el fin de semana. Tanto aquellos que tan solo habían comido allí como los visitantes que habían alquilado habitaciones.

Lisa Lindén había enviado un resumen de todos los correos electrónicos de la bandeja de entrada privada de Dorthe y de los que ella misma había enviado. Lindén también había proporcionado un resumen exhaustivo de todas las llamadas entrantes y salientes del teléfono móvil de la víctima. Lene Borre los estaba revisando en la comisaría.

Louise se quedó un momento en el salón de Dorthe y miró a su alrededor. Cuando los demás estaban registrando el apartamento, ella le había pedido a Niklas que buscara álbumes de fotos entre las carpetas que había estado revisando. Según él, en dos álbumes solo había fotos familiares y algunas de cuando Dorthe y Nils se hicieron cargo de la posada. También había fotografías de Dorthe y Nils, que Louise supuso que eran de cuando se conocieron. Pero hacía muchos años que no se añadían fotos nuevas al álbum, y Lindén tampoco había encontrado nada destacable en el móvil de Dorthe. Había muchas fotos de ambiente, puestas de sol detrás de la posada, huéspedes felices y reuniones familiares, pero ninguna de un niño, aparte de los de su hermana.

Entró en el dormitorio de Dorthe y abrió el armario que estaba justo detrás de la puerta. La cortina que daba a la calle estaba abierta y la cama, deshecha. El despertador de Dorthe sonaba a las seis. Louise intentó visualizarla esa mañana. El desayuno tipo bufet debía estar listo a las siete y media, con huevos cocidos y pan de la panadería local. El pan se entregaba desde la panadería, y el martes por la mañana el panadero lo había llevado a la posada a las siete de la mañana. Dorthe ya estaba trabajando en la cocina, como de costumbre, y nada indicaba que estuviera alterada, asustada o que se comportara de forma diferente a la habitual. Habían encargado treinta panecillos y veinte cruasanes, además de tres panes de centeno y cuatro panes Graham.

Niklas había comentado que era un pedido generoso en relación con el número de comensales, tras lo cual Lene señaló secamente que aún había mucha gente que no renunciaba al placer de un buen pan blanco de panadería.

Louise apartó las perchas con camisas y pantalones; no había nada tras los montones de ropa. Ni siquiera en las estanterías con blusas y cestas con sujetadores y bragas. No había nada muy diferente de lo que tendría ella en su propio armario.

El dormitorio recordaba a las habitaciones de huéspedes de la posada, ligeramente decorado en un estilo romántico de los años 90, con ramos de flores secas y cuadros japoneses en marcos de laca negra. En el tocador había dos frascos de perfume y un espejo de aumento. En el cajón superior había artículos de tocador y maquillaje. Pero en el segundo y tercer cajón había más ropa de niño. Vaqueros, camisetas con motivos coloridos, sudaderas y jerséis. Estaban bien cuidados, pero se veía con claridad que se habían usado. Cogió un par de jerséis y se dio cuenta de que, según la etiqueta del cuello, deberían servir para un niño de cinco años. Louise los dobló y los estaba metiendo de nuevo en los cajones cuando sonó su teléfono móvil.

El médico de cabecera de Dorthe se presentó y se disculpó por no haberle devuelto antes la llamada.

—Es incomprensible que algo tan terrible pueda ocurrir en nuestra pequeña comunidad —dijo—, Dorthe era querida por todos.

—Cierto, nosotros también creemos que era muy querida —coincidió Louise—. En estos momentos estamos intentando encontrar un móvil para el asesinato, así que espero que pueda ayudarme respondiendo a algunas preguntas.

—Por supuesto —dijo con amabilidad.

Louise intentó imaginar su aspecto. La voz era un poco ronca y su acento no parecía de la zona.

—Además de intentar localizar a parientes cercanos que conocieran bien a Dorthe, me interesa saber sobre un niño que parece haberse alojado en la posada. ¿Alguna vez le mencionó algún niño al que estuviera especialmente unida?

Hubo un momento de silencio, pero luego se aclaró la garganta.

—En cuanto a familiares cercanos —comenzó—, Nils era sin duda la persona más próxima a ella; aparte de su matrimonio, los dos tenían una amistad muy estrecha. Siempre tuve la sensación de que se entendían y tenían un vínculo especial. Creo que por eso no formaron un gran círculo social. Los dos se tenían el uno al otro y se apoyaban mutuamente. Tras su muerte, mantuve largas conversaciones con Dorthe porque estaba muy preocupado por si sería capaz de superar esa pérdida. Si conseguiría soportar sola su dolor. Pero era una mujer fuerte y se levantó con una fuerza que ojalá todos tuviéramos. Tuve la clara sensación de que lo que la mantenía en pie eran la posada y su voluntad de seguir adelante.

Hubo una breve pausa antes de que continuara con voz seria.

—Por supuesto, debo guardar la confidencialidad de mis pacientes, pero, como ha ocurrido algo tan trágico, quizá tenga sentido que lo sepa —dijo—. Dorthe se quedó embarazada hace casi cuatro años. Perdió al bebé cuando estaba de cuatro meses. Tenía treinta y cuatro años, y hacía tiempo que quería ser madre. Es lo único que sé sobre un niño. Fue una pena inmensa para ella, y la llevó a una crisis nerviosa. Pero incluso en ese momento salió adelante. Y nunca volvió a hablar de quedarse embarazada.

—Supongo que lo sabría si hubiera solicitado la adopción tras la pérdida del niño —dijo Louise.

—Nunca fue una opción —respondió el médico sin vacilar— y tampoco la escuché mencionar nada al respecto.

—¿Podría haber tenido un hijo de acogida viviendo con ella recientemente? —sugirió Louise.

—Que yo sepa no, y además tendría que pasar por el ayuntamiento, y el niño estaría empadronado en su dirección. En ese caso, yo habría sido su médico. No puedo imaginármelo, habría sabido algo al respecto. Hacía mucho que no hablaba de tener hijos, y menos desde que falleció Nils. Tenía la sensación de que había hecho las paces con el hecho de que seguiría sin tener hijos.

Louise le dio las gracias y, en cuanto colgó, volvió a sonar su móvil. Era Lisa Lindén.

—Desde hace dos años, Dorthe compraba ropa infantil en una web de segunda mano y en una tienda de ropa infantil de Svendborg llamada Oscars. También es posible que la comprara en Føtex, en Svendborg, donde hacía muchas compras. Pero aún no he revisado todos los anexos específicos, los tendrás más adelante. Escaneo lo que he encontrado y te lo envío.

—Gracias —consiguió decir Louise antes de que Lindén volviera a colgar. Molesta, Louise volvió a llamarla—. Tienes que darme más detalles sobre la ropa infantil —dijo con brusquedad, esperando que eso indicara que era ella quien decidía cuándo terminaban las conversaciones.

Por un momento se hizo el silencio, pero entonces Louise se dio cuenta de que se escuchaba movimiento de papeles.

—Trajes térmicos, pijamas... Creo que es más rápido si le echas un vistazo. Compraba ropa de segunda mano a través de anuncios con regularidad, los he impreso. Estaba registrada como usuaria una conocida web de segunda mano, y no ha sido muy difícil ver por qué artículos preguntó. Creó su perfil hace dos años y escribió a una mujer de Fåborg y le dijo que se estaba quedando sin ropa infantil para un niño de dos años. Hay un patrón bastante claro en los anuncios que le interesaban. Compraba ropa infantil de segunda mano.

—¿Y cuándo empezó? —preguntó Louise.

—Fue en octubre de 2017 cuando se puso en contacto con la mujer de Fåborg.

—¿Y la última? —preguntó Louise.

—En agosto, cuando transfirió dinero a un vendedor de Odense que vendía ropa para niño de

cuatro a cinco años. También compró cuentos y algunos juguetes. Este verano compró un columpio a un vendedor de Millinge, también en Fionia.

—Entonces, ¿esas compras se han realizado de forma continuada desde octubre de 2017? —preguntó Louise.

Lindén lo confirmó.

—Iba ir a verte para que pudiéramos conocernos como es debido —dijo—, pero entonces me encontré con esto y el tiempo se me fue de las manos. Y ahora tengo que ir a casa a recoger a mi hijo. Pero seguiré buscando esta noche.

—Está bien —respondió Louise, sin hacer ningún comentario sobre el niño—. Bien hecho, Lindén. Gracias.

—De nada —respondió la detective—, pero no hay nada ni en los mensajes de texto ni en los correos electrónicos que insinúe siquiera la presencia de un niño —añadió.

—¿Volvió a vender la ropa infantil? —preguntó Louise.

—No —respondió Lindén—, solo la compró. No veo que haya tenido cosas a la venta.

«Tal vez no le interesaba que la gente la asociara a ella y a la posada con un niño», pensó Louise. Volvió al salón.

Cuando terminaron la conversación, se dirigió a la cocina; la lata de galletas en la que habían encontrado el dinero seguía sobre la encimera. Fue a la habitación contigua. Se quedó un buen rato en la puerta, observando la habitación antes de acercarse a la cama y quitar la funda de la almohada. Con cuidado, la dobló y la metió en una de las bolsas de pruebas que llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Sabía que no podría salirse con la suya forzando un análisis de ADN de la funda de almohada como algo urgente. Tendría que enviarla al Departamento de Genética Forense para que se iniciara una investigación.

Louise ya no tenía dudas. Aquel no era solo un lugar para pasar la noche. Un niño había vivido en la habitación y ella quería saber quién era.

En la cocina, se sentó en una silla junto a la mesa y trató de ordenar sus pensamientos. Aunque no le apetecía en absoluto, tenía que ponerse en contacto con el Departamento de Búsqueda y Rescate y preguntar si habían recibido la denuncia de la desaparición de un niño. Aunque ella lo sabría si ese era el caso. En 2017, ella dirigía el Departamento de Búsqueda y Rescate, y no recordaba que hubiera llegado un informe así. Pero no había manera de evitarlo: tenía que ponerse en contacto con Eik.

10

El teléfono sonó durante un buen rato.

—Creía que no querías hablar conmigo —contestó por fin Eik.

—Y no quiero —replicó Louise brevemente—, pero esto es por trabajo. Tenemos que hablar.

—Sí —respondió.

—Llamo porque tengo un caso en el que ha desaparecido un niño —le explicó, y le pidió que comprobara si tenían algún aviso de búsqueda para un niño de cuatro o cinco años.

Hubo un momento de silencio.

—¿Por qué no quieres hablar conmigo? —preguntó Eik con una voz que distaba mucho de la que Louise conocía—. ¿Por qué no quieres verme, por qué no podemos hablar?

Se quedó sentada mirando el salvamanteles de la mesa de Dorthe Hyllested.

—¿Podemos intentar ceñirnos al tema del niño? —interrumpió, sintiendo su propio miedo a una confrontación sobre lo ocurrido cuando se separaron en Tailandia—. Se trata de un niño de cuatro o cinco años. No sabemos dónde está ni quién es, pero algo no cuadra. Y quiero encontrarlo.

—¿Por qué, Louise? —insistió él—. Siempre hemos podido hablar entre nosotros, siempre ha sido uno de nuestros puntos fuertes. Una cosa es romper y volver a casa. Pero tenemos que poder hablar de lo que sucedió. ¡Te echo de menos, joder!

—No estoy preparada —se defendió—. No estoy preparada para verte, y no quiero hablar de lo que pasó.

—Tenemos que hacerlo, joder —exclamó Eik, frustrado—. Estábamos juntos, éramos una familia. Estábamos viviendo la aventura de nuestras vidas y, de repente, se acabó. Te fuiste a casa y ahora no quieres hablar de ello. Tengo derecho a entender lo que pasó. Me debes una explicación.

—No tienes derecho a nada —replicó Louise con rapidez. Era él quien la había defraudado, y al instante sintió que la angustia le oprimía el pecho.

De nuevo, hubo un largo silencio.

—No tenemos nada sobre un niño de esa edad entre nuestras alertas activas —dijo con su voz habitual—. El último fue Nabil. Padre marroquí, madre danesa. El padre se llevó al niño a

Marruecos, pero los padres han vuelto a juntarse y ahora viven en Gladsaxe. Y estamos buscando a una chica de catorce años de Hadsten. Lleva dos semanas fuera, parece ser una pelea con el padrastro y todo indica que se encuentra con una amiga. Solo que no hemos sido capaces de averiguar con cuál. Ha enviado algunos mensajes raros a su madre, así que al menos sabemos que sigue viva.

—No es ella —interrumpió Louise—, se trata de un niño. Solo quería saber si teníais un aviso para un niño de esa edad.

—¿Tienes una descripción? —preguntó Eik—. ¿Algo que lo caracterice?

—Nada —dijo Louise—. Tengo una habitación infantil que no debería estar aquí. Mucha ropa y juguetes, pero ningún niño. Y nada que conecte a un niño con la posada.

—Oh, estás en Tåsinge —dijo—. Enhorabuena por el trabajo, me he enterado de que fuiste tú quien consiguió la nueva unidad móvil. ¿O habéis quedado atascados?

Estuvo a punto de decirle que se callara, pero se contuvo y le habló de la habitación infantil y de Dorthe, que no tenía hijos.

—Hemos buscado entre los amigos de su círculo social, pero no parece haber ninguno. Y los empleados de aquí nunca han oído hablar de un niño viviendo en el apartamento. No sabemos quién es el chico, pero creo que puede ser la clave de lo que ha ocurrido. Por eso necesito encontrar a los padres.

—Estoy haciendo una nueva búsqueda detallada para poder descartar la posibilidad de que el aviso no esté oculto digitalmente en alguna parte. Pero debería aparecer cuando busco por edad y sexo —dijo Eik.

De nuevo se hizo el silencio entre ellos.

—Gracias —dijo Louise—. Llámame si encuentras algo.

—Espera antes de acudir a los medios de comunicación —pidió Eik, justo antes de que ella colgase—. Si a la prensa le sirven una noticia sobre un niño que nadie sabe quién es, se volverán locos. Se cebarán y te asediarán, y ya puedes olvidarte de averiguar quién mató a esa mujer. A ver si lo encontramos nosotros.

Louise oyó lo que dijo, pero lo único que se le quedó grabado fue la palabra «nosotros».

Dudó un momento, pero luego se dio cuenta de que él tenía razón. En el momento en que mencionara a un niño en relación con el asesinato, se les echarían encima. Por un lado, Grube estaría bastante ocupado en la oficina de Hans Mules Gade, en Odense, pero también se acabaría la tranquilidad en la posada.

—Comprobaré todos los registros —prometió Eik—, incluidos los internacionales.

Louise le dio las gracias, y de repente hubo algo entre ellos que le recordó a los tiempos pasados.

Cuando eran compañeros y se llevaban bien. Se levantó para bajar a por su bolso y llevar a Odense la funda de la almohada.

11

Camilla estaba parada frente al mostrador de refrigerados del supermercado cuando Eik la llamó. Estaba comprando ingredientes para el estofado de pollo que le había prometido a su padre cuando este empezó a fantasear con tartaletas.

—Hola —dijo sorprendida.

—Necesito tu ayuda —dijo Eik. Habían hablado unas cuantas veces desde que él y Louise habían roto. Algo que Camilla no le había dicho a su amiga, pues seguía manteniendo la esperanza de que se reconciliaran cuando las cosas se hubieran calmado—. ¿Puedes cuidar de Charlie por mí?

Camilla se acercó a la caja y se colocó detrás de un par de jóvenes que parecían haber vaciado la tienda de patatas fritas.

—Estoy en casa de mi padre —dijo—. Así que, por desgracia, no puedo.

Camilla tenía debilidad por su perro.

—¿Cuándo vuelves a la ciudad? —preguntó.

—Supongo que el viernes o el sábado —respondió. Empezó a colocar sus artículos en la cinta transportadora mientras los chicos de las patatas se acercaban a pagar.

—Puedes llevártelo contigo —dijo Eik—, es fácil de cuidar y ya lo conoces. Pero ¿qué diablos haces allí?

Camilla negó con la cabeza cuando le preguntaron si quería el ticket.

—Jugar a las cartas con mi padre e intentar relajarme —respondió secamente mientras cogía su bolsa y se dirigía hacia el coche.

—Te vendrá bien salir a pasear con él, y seguro que a tu padre también —insistió Eik.

Camilla se lo imaginó: el enorme pastor alemán de Eik en el salón lleno de humo de su padre.

—Me temo que no es posible —se disculpó—. Otra vez será. Sabes que lo quiero, y te agradezco que me lo hayas preguntado.

Eik cambió el tono.

—Camilla, tienes que venir a buscarlo.

—No puedo, Eik. En otra ocasión.

—Tienes que hacerlo —dijo con urgencia—. Me he ido, está solo en casa. Ulla tiene la llave, y tú eres la única que puede entrar sin que se ponga nervioso.

—¡Mierda, Eik! —exclamó tan alto que los chicos con las bolsas de patatas fritas se giraron hacia ella—. ¡No puedes hacer eso! ¿Y si hubiera estado de viaje?

De repente, se echó a reír. Era justo el carácter descarado del sur que intentaba recordarle a Louise cuando su amiga parecía olvidar por qué se había enamorado de él.

—No me habría ido si hubiera sabido que estabas de viaje —se defendió—. Le pregunté a Markus, me dijo que estabas de vacaciones.

—¿Tu hija no puede cuidar de él? —preguntó Camilla.

—Stephanie se fue a Bristol ayer. Interrumpió sus estudios antes de los exámenes cuando murió su madre. Ahora tiene los exámenes finales. En cuanto acabe la ayudaré a empaquetar las últimas cosas para poder llevárnoslo todo a Dinamarca.

—Puedo preguntarle a Markus —se ofreció.

—Eso no sirve de nada —replicó Eik—, lo destrozaría en el momento en que abriera la puerta e intentara entrar.

—Pues a Jonas. Lo ha cuidado antes, y Charlie se lleva bien con Dina.

—Jonas está muy liado ahora que la novia de Melvin está enferma —respondió Eik.

Camilla no había oído nada al respecto.

—Bueno, de acuerdo entonces —dijo, y se rindió. Ya había salido de Præstø, y un poco más adelante estaba la carretera que llevaba a la finca de su padre, pero en su lugar se dirigió hacia Rønnede y el acceso a la autopista.

Eik le dio las gracias, y ella se dio cuenta de lo distraído que sonaba de repente ahora que le había dicho que se encargaría de cuidar al perro.

—¿Qué es tan importante como para que te hayas ido y hayas dejado solo a tu perro? —preguntó ella antes de que él pudiera terminar la conversación.

—Estoy de camino a Tåsinge —respondió—, no sé cuánto tiempo estaré fuera. Parece que ha desaparecido un niño del que nadie sabe nada. Aunque puede que viviera en la posada antes del asesinato.

Camilla estaba desconcertada, no sabía de qué niño estaba hablando.

—Lo del niño no debe salir en la prensa —dijo Eik con rotundidad—. ¿No has hablado con Louise?

—Sí —contestó ella—, pero no mencionó nada sobre un niño. Solo quería saber qué habíamos

escrito sobre el asesinato de la viuda.

—Quizá no habían encontrado aún la habitación infantil cuando hablasteis —dijo él.

Camilla sabía que Eik confiaba en ella; lo que se decían quedaba entre ellos. Así era él.

—Cuéntamelo —pidió.

—Todo lo que sé es que parece que la víctima tuvo un niño viviendo en su apartamento. Un niño que, según Louise, no debería estar allí. Los propietarios no tenían hijos.

Camilla sintió una punzada familiar y se arrepintió de haber aceptado cuidar del perro, pero se contuvo.

—No hace falta que aclaremos que estoy hablando con mi amiga y no con la periodista, ¿verdad?

—Por supuesto, estoy de vacaciones. Esta semana no voy a trabajar —dijo, sin poder evitarlo—. Pero, si resulta que hay una historia con el niño, tienes que prometerme que me la contarás. Un favor por otro, ya que me estás costando un viaje a la ciudad para cuidar de tu perro.

—Pensé que estabas de vacaciones —replicó él con rapidez. Aunque Camilla notó en su voz que tenían un trato. Sin embargo, le aclaró—: No soy yo quien dirige la investigación. ¿Por qué no lo hablas con Louise?

En ese momento, se dio cuenta de otra cosa.

—¿Sabe Louise que vas para allá? —preguntó—. ¿Has hablado con ella?

—Investigar es mi especialidad, y ahora tenemos que averiguar quién es el chico. Espero que esto se resuelva sin que tengamos que emitir una alerta oficial.

—¿Y a Louise le parece bien que vayas?

—Estoy seguro de que le parecerá bien —respondió.

Camilla había pasado varias veces por el bar Hos Ulla, en Sydhavnen, que era el local favorito de Eik. Estaba a la vuelta de la esquina de su pequeño piso de un dormitorio en el bloque de apartamentos rojo.

Cuando entró, varias mesas ya estaban ocupadas, a pesar de que solo eran las cuatro y media. Al cerrar la puerta le llegó el olor a humo de cigarrillo y a cerveza.

Sintió las miradas curiosas que la seguían mientras caminaba hacia la mujer regordeta de mediana edad de la barra. Ulla servía unas bebidas en vasos bajos mientras hablaba con el hombre sentado frente a ella en un taburete alto. Llevaba una gorra de marinero bien calada sobre sus rizos grises y vació de un tirón uno de los chupitos que Ulla le acercó.

El suelo pegajoso crujía bajo los pies de Camilla a medida que pasaba junto a las mesas con ceniceros llenos. Dos hombres estaban jugando en la mesa de billar, pero se detuvieron a mirarla cuando pasó hacia la barra.

Ulla, con el pelo teñido de negro azabache y las cejas muy arqueadas, reconoció a Camilla con la mirada. Antes de que llegase a la barra, la camarera se metió la mano en el bolsillo y sacó las llaves de Eik. Camilla nunca había llegado a saber si Eik había tenido una relación con Ulla antes de conocer a Louise, pero era evidente que eran muy amigos.

Junto con las llaves del piso de Eik, Ulla también le tendió una bolsa de golosinas para perros.

—Suelen gustarle estas —dijo, y por un momento Camilla consideró la posibilidad de sugerir a Ulla que cuidara ella misma del gran pastor alemán mientras Eik estaba fuera. Pero, justo en ese momento, un grupo de chavales entró por la puerta y Charlie le cayó demasiado bien como para ofrecérselo. Así que, en lugar de eso, cogió las llaves y la bolsa, dándole las gracias.

—Hay bolsas para las cacas de perro en el apartamento. Están con la comida del perro, el comedero y la correa —le gritó Ulla.

—Gracias —respondió Camilla desde la puerta, ignorando las miradas que se dirigían hacia ella en la pequeña burbuja temporal que Ulla había creado para sus clientes.

Desde el rellano, oyó a Charlie ladrar al otro lado de la puerta.

—Hola, viejo amigo —dijo en voz alta, con la esperanza de que reconociera su voz y que Eik tuviera razón en que podía abrir la puerta sin que el perro policía jubilado saltara sobre ella. Mientras sacaba una de las golosinas de Ulla, metió la llave en la cerradura. Jadeaba con fuerza, pero no gruñía, lo que tranquilizó a Camilla.

—Vamos a dar una vuelta —dijo mientras giraba la llave y abría lentamente la puerta del apartamento. Vio su hocico puntiagudo y la lengua colgando de la boca mientras daba saltitos ansiosos detrás de la puerta.

—Hola, viejo amigo —dijo, tendiéndole la golosina mientras abría la puerta de par en par. Camilla no tuvo tiempo de reaccionar antes de que él se abalanzara sobre ella moviendo la cola e intentando saltar, pero la lesión de su pata trasera derecha se lo impidió. En lugar de eso, arrastraba la pata mientras bailaba a su alrededor.

Se puso en cuclillas y lo abrazó, dejándose abrumar por un momento por la cariñosa alegría del reencuentro. Luego se puso en pie y lo arrastró hasta el salón. No le extrañó que se alegrara de verla y la mirase esperando salir a dar un paseo, pensó al entrar en el pequeño apartamento de un dormitorio. Había vivido allí poco tiempo con Frederik y Markus mientras esperaban a que renovaran el piso de Frederiksberg. Pero el apartamento parecía aún más pequeño ahora que el gran perro correteaba por él. Fue un disparo durante una operación policial lo que había desgarrado el músculo del muslo de Charlie, que ahora disfrutaba de su jubilación en compañía de Eik, que lo había acogido.

Pero no solo Charlie ocupaba espacio, pensó mientras empezaba a recoger sus cosas. El sofá cama estaba preparado para Steph, y junto a la ventana había un colchón para Eik. No quedaban muchos metros cuadrados libres.

Camilla echó un último vistazo a su alrededor. Había enganchado la correa al collar de Charlie y estaba a punto de marcharse cuando se sintió mal y fue a regar a una solitaria planta verde antes de coger la bolsa de basura de debajo del fregadero. Había sido amiga de Louise el tiempo suficiente para saber que nunca se podía predecir cuánto duraría una investigación policial. Luego condujo a Charlie a las escaleras y cerró la puerta tras de sí.

—¿Qué pasa con ese niño? —preguntó Camilla en cuanto Louise contestó al móvil.

Apenas se había subido al coche, se había puesto el jersey grueso y había bajado la ventanilla de atrás para que Charlie pudiera respirar durante el viaje de vuelta al sur antes de llamar a su amiga.

—¿De qué estás hablando? —respondió Louise con calma.

—El niño que no debería estar allí —dijo Camilla, tocando el claxon irritada ante una furgoneta de cerveza que parecía querer dar la vuelta justo delante de ella—. ¿Qué te hace pensar que ha desaparecido?

Se hizo el silencio entre ellas.

—¿Con quién has estado hablando? —exigió saber Louise.

—Tranquila —dijo—. He hablado con Eik y entiendo que se trata de información confidencial.

—No estoy tranquila, joder —replicó irritada su amiga—, ¿qué más le has sonsacado?

—No le he sonsacado nada —se defendió rápidamente Camilla—, y por supuesto no es algo que vaya a hacer público. Solo tengo curiosidad.

—¿Y por qué has hablado con Eik?

—Porque me ha pedido que cuide de Charlie —dijo, pero se dio cuenta de que había empezado con mal pie. Se preguntó si debía decirle que Eik estaba de camino a Tåsinge. Pero decidió que ellos se las arreglarían solos y optó por la salida fácil—. Ha dicho que tenía que ir a ver qué pasaba con el niño. —Se lo pensó un momento antes de continuar—: Solo quería saber por qué era tan importante que yo dejara todo lo que tenía entre manos para cuidar de su perro. Por eso he preguntado.

—¿Y Steph? ¿No puede ocuparse ella? —dijo Louise, todavía escéptica.

—Acaba de irse a Inglaterra —dijo Camilla—. Va a estar allí un mes para terminar la carrera.

Inmediatamente se dio cuenta, por el silencio, de que no era algo que Louise supiera. Así que

Jonas no le había dicho nada. Fue incómodo, y se arrepintió, sabiendo que había herido sin querer a su amiga.

—Creía que no trabajabas estos días —dijo Louise, y dejó el tema de Steph al margen—. ¿Has vuelto a la ciudad?

—No, estaba de compras cuando Eik me ha llamado. Acabo de recoger a Charlie y estoy de regreso a Præstø. Podrías haberme dicho que había algo más en el asesinato de la viuda. ¿Por qué crees que ha desaparecido ese niño?

Estaba claro que Louise seguía enfadada con Eik, pero Camilla hizo caso omiso.

—Vamos, cuéntamelo —dijo—. Me pediste que revisara lo que habíamos escrito sobre el asesinato, lo hice y te lo envié.

—Sí, pero no he sacado nada en claro —dijo Louise, tensa.

Camilla oyó a Charlie roncar en la parte de atrás, dormido, así que supuso que Louise también podría oírlo.

—No es culpa mía que al becario Jakob no le apasionen las historias con viudas asesinadas —dijo—. Ahora, cuéntame qué está pasando.

—Parecías bastante desinteresada la última vez que hablamos —dijo Louise, y antes de que Camilla pudiera defenderse, continuó—: ¿Cómo está tu padre? ¿Frederik ha terminado la habitación segura?

—Por favor, para ya —dijo—, solo necesitaba un poco de paz y tranquilidad.

—Aún no sabemos nada —dijo Louise—. Así es como funciona una investigación policial, revisamos cada detalle. Ahora mismo solo nos estamos preguntando por qué parece que un niño ha estado viviendo en el piso de la fallecida. Eso es todo.

—¿Y por qué os sorprende eso?

De nuevo, silencio.

—Porque nadie parece saber que Dorthe Hyllested cuidaba a un niño para alguien. No tenía hijos propios, y nadie la ha visto nunca con un niño de cuatro o cinco años. Es solo eso. Seguro que hay una explicación sencilla para esto, solo tenemos que encontrarla.

—Y por eso contactaste con Eik —dijo Camilla.

—Por eso me puse en contacto con el Departamento de Búsqueda y Rescate —la corrigió Louise —. Para ver si había una alerta de búsqueda para un niño de esa edad.

—De acuerdo —dijo Camilla, tratando de encontrar un nuevo enfoque—. ¿Estás diciendo que sospechas que la viuda secuestró a un niño y lo mantuvo encerrado en su apartamento de la posada?

—Para —interrumpió Louise bruscamente—, no quiero que me pongas nerviosa, y desde luego no quiero oírte exagerar las cosas porque de repente has empezado a aburrirte en el sur de Selandia. Tengo que irme.

Camilla no tuvo tiempo de replicar antes de que su amiga diera por terminada la conversación. Y tampoco tuvo tiempo de preparar a Louise para el hecho de que Eik llegaría a Tåsinge muy pronto.

12

—¿Qué haces aquí? —dijo Louise bruscamente al salir al aparcamiento de detrás de la posada. Había visto desde el apartamento de Dorthe el desgastado Jeep Cherokee de Eik girar desde la carretera.

Eik cerró la puerta del coche tras de sí y salió a su encuentro.

—Ahora que no quieres verme en privado, tengo la suerte de tener un trabajo que nos une —dijo.

—No hay trabajo que nos una —se apresuró a responder Louise—, llamé y pedí información. Llamé al Departamento de Búsqueda y Rescate, no a ti.

En la época en que empezaron a salir, trabajaban juntos, y su jefe, Rønholdt, dejó claro que uno de los dos tenía que dejar el departamento. Le tocó a Louise. El servicio especial de búsqueda que ella dirigía, que se ocupaba de los casos de desaparición en los que se consideraba que podía haberse cometido un delito, fue disuelto, y Eik volvió a su antiguo puesto en el Departamento de Búsqueda y Rescate.

Ahora lo tenía delante y no se sentía preparada. El corazón le latía con fuerza en el pecho y tuvo que apartar la vista para evitar su mirada, pero luego se recompuso.

No se habían visto desde que se separaron durante su largo viaje alrededor del mundo. A los cuatro meses de viaje, Louise los abandonó y acabó sola en una playa de Tailandia. Varias veces había considerado actuar con madurez y sugerir que se encontraran para tomar un café y hablar de lo que había ocurrido. Pero aún no se había decidido. Aunque era consciente de que un día podrían encontrarse, y ese día había llegado.

—No tenías que haber venido hasta aquí —le dijo cuando Eik se acercó a ella.

Hizo un gesto para abrazarla, pero Louise se apartó y él dejó caer los brazos.

—Si hay un niño que ha desaparecido, hay que hacer todo lo posible por encontrarlo —respondió él, y ella sintió que su mirada se detenía en su rostro, como si quisiera asegurarse de que todo era como lo recordaba. Le incomodaba que la estudiara tan indiscretamente. El límite de privacidad que normalmente existía entre colegas ya no parecía existir entre ellos, y era necesario reconstruirlo si quería poder trabajar con él.

—No hay nada más de lo que te dije por teléfono —explicó ella, pero aun así se hizo a un lado para que él pudiera entrar en el oscuro pasillo de la posada. Atravesaron la cocina y entraron por las puertas batientes al comedor de la posada.

Niklas y Lene aún estaban contactando con los vendedores de la web de segunda mano que habían vendido su ropa infantil usada a Dorthe. Esperaban encontrar a una o varias personas que

pudieran decirles si había mencionado al niño para el que compraba la ropa o si el niño la acompañaba.

Lange se había ido al Centro de Ciencias Forenses de Fredericia para que le pusieran al día de los resultados técnicos recogidos en el lugar del crimen, mientras que las patrullas caninas seguían buscando el arma del crimen y se desplazaban en ese momento hacia la parte central de Tåsinge.

—¿Quieres café? —preguntó Louise.

Eik se quitó la chaqueta de cuero y la dejó sobre una silla antes de alisarse la media melena y sacar un paquete del bolsillo trasero.

Louise estaba a punto de protestar por el hecho de que se le ocurriera fumar en interiores cuando él sacó un chicle de un pequeño blíster.

—Intento dejarlo —le explicó al ver su mirada—. Llevas mucho tiempo diciéndolo y ahora intento hacer algo al respecto. Steph me dio un libro para dejar de fumar.

Louise entrecerró los ojos y se sintió un poco avergonzada de sentirse dolida porque, al parecer, eran las palabras de su hija las que calaban y no las suyas.

—¿Puedo ver la habitación del niño que no debería estar aquí? —dijo, y de camino a las escaleras frente a la recepción, preguntó si los vecinos de la víctima habían visto al niño—. Un niño de esa edad suele ser muy inquieto y no habría pasado desapercibido.

Louise le habló sobre los juguetes del patio.

—Nadie parece haberse dado cuenta de que aquí vivía un niño —contestó, y fue a abrir la puerta del piso de Dorthe—. Hemos hablado con los vecinos, y los agentes de la policía local han ido al supermercado para ver si saben algo de él. Hemos hablado con las escuelas infantiles de Tåsinge. Nadie ha oído ni sabe nada de que la fallecida cuidara de un niño pequeño.

Lo llevó hasta la habitación infantil y se apartó a un lado. Algo en su presencia derribó todas sus defensas y la hizo sentirse insegura. Insegura de sí misma y de toda la rabia y el amor que había aparcado cuando se separaron. Cuando lo vio salir del coche, se dio cuenta de que había sido un gran error que no hubieran hablado en cuanto él regresó del viaje. La distancia creada por su silencio había construido una barrera entre ellos, o tal vez solo alrededor de ella. Eik parecía relativamente indiferente a la situación y se alegraba de verla, lo que la hizo sentirse aún más insegura.

—Hemos hablado con todos los conocidos de Dorthe, la familia, el personal de la posada y los residentes de la zona. En ningún momento se la relaciona con un niño. Y esa es la única razón por la que me puse en contacto contigo —dijo.

Eik estaba de pie con las manos en los bolsillos delanteros de sus vaqueros negros; mascaba chicle con ímpetu, pero no tocó nada en la habitación. Solo observaba la vida infantil allí reflejada. Luego se giró hacia la estantería y empezó a sacar los libros uno a uno. Los abrió y echó un vistazo a las primeras páginas mientras Louise se quedaba de pie, sintiéndose estúpida

por no haber pensado en comprobar si había algún nombre escrito en ellos. Lo observó en silencio mientras él sacaba un nuevo libro, lo hojeaba y volvía a guardarlo. Una vez repasada toda la colección, se giró hacia ella.

—Una cosa es que haya comprado ropa para un niño desde los dos años hasta ahora. Podría ser para una pareja que tuviera problemas. Pero hay una colección de libros ilustrados y cuentos para dormir. También hay una ligera progresión de edad en los libros.

A Eik siempre se le habían dado bien los niños pequeños. Louise no tenía ni idea de dónde lo había sacado, ya que él mismo no había tenido uno. Stephanie tenía dieciséis años cuando llegó a su vida, así que la experiencia no había llegado con ella, y Louise tampoco la tenía. Jonas tenía doce años cuando ella se convirtió en su madre adoptiva, y siempre le había resultado difícil relacionarse con niños pequeños. No tenía ni idea de qué leerles cuando tenían dos años ni de qué libros eran apropiados para un niño de cuatro o cinco años. Entró en la habitación y vio que los libros anteriores eran pequeños y cuadrados con un ratón llamado Malle: Que duermas bien, Malle y Malle jugando fuera.

Sintió el calor del cuerpo de Eik cuando pasó junto a ella en el reducido espacio. Se inclinó hacia delante sobre el escritorio y estudió los dos dibujos que yacían uno junto al otro. En uno se leía «mamá» en letras rojas y torcidas sobre lo que parecía una persona bajo un gran sol. El segundo dibujo era algo similar a una nave espacial dirigiéndose hacia un cielo azul.

—Algo no encaja —dijo Louise mientras se enderezaba.

Se miraron un momento mientras él asentía pensativo, y esta vez ella le sostuvo la mirada.

—Tienes razón —admitió—, hay algo que no encaja.

Louise los guio de vuelta a través del apartamento y cerró tras ellos.

—¿Cuándo murió el marido? —preguntó Eik mientras bajaban las escaleras.

—Hace unos seis meses —respondió.

—Así que el niño nació antes de su muerte.

Louise asintió pensativa antes de ir a su ordenador a buscar los correos electrónicos que Lindén había prometido enviarle. No había llegado nada, así que la llamó en su lugar.

Se oían voces de niños y ruido de fondo, y el enfado ya se reflejaba en la voz de Louise antes incluso de que Lisa Lindén pudiera pronunciar su nombre.

—¿Recuerdas la fecha en que la víctima respondió al primer anuncio de ropa infantil? —preguntó, dándose cuenta de que la detective tendría que ir primero a casa y comprobar la información de sus archivos. Pero la respuesta no se hizo esperar.

—Lo hizo el 21 de octubre de 2017 —respondió, mientras mandaba callar a un niño.

—Gracias —dijo Louise, disculpándose por haberla molestado cuando estaba recogiendo a los niños.

—No te preocupes, llama cuando lo necesites. —Y colgó.

—Un año y medio antes de la muerte de su marido —dijo Louise, y miró a Eik, que había empezado a trastear en la cafetera—. Murió en Semana Santa de este año, así que no hay duda de que estaban juntos cuando llegó el niño.

Eik le ofreció una taza, pero ella negó con la cabeza. Él cogió su chaqueta de la silla.

—Voy a salir a fumar, este chicle no me sirve cuando necesito pensar.

Asintió y pensó en seguirlo, pero se quedó de pie en la cocina. Había dejado abierta la puerta que daba al aparcamiento, y poco después sintió entrar el aire fresco del callejón trasero.

Por un momento, cerró los ojos y se dio cuenta de lo mucho que deseaba que su primera investigación en la nueva unidad fuera un éxito. Una resolución de la que se sentiría orgullosa y que le gustaría compartir. Algo que otros notarían. Y algo que los jefes de policía tendrían en cuenta. Pero lo cierto era que ella no sabía nada, sobre todo ahora que Eik se había unido a la investigación. Se maldijo a sí misma, trató de recobrar la compostura y estuvo a punto de lanzar una larga perorata sobre lo inútil que era cuando oyó la voz de Eik fuera, seguida poco después por sus firmes pisadas sobre la grava.

—Será mejor que vengas —llamó hacia la cocina, como si intuyera que se escondía.

Fue el tono de su voz lo que la hizo saltar hacia la puerta trasera.

—¿Qué ocurre? —preguntó, dándose cuenta para su sorpresa de lo fácil que era acallar las voces que acababan de hablarle.

—Aquí hay una chica que quiere hablar contigo —respondió, señalando el banco que se alineaba en la pared de la casa que daba a la carretera.

—Hola, Lea —dijo Louise, sorprendida de ver a la hija de la encargada de las habitaciones allí sentada. Estaba encogida dentro de su abrigo acolchado azul oscuro, como si la envolviera como un escudo—. ¿Has venido a recoger las cosas de tu madre? Puedes acompañarme o decirme dónde buscar.

—No es eso —dijo ella en un susurro cuando Louise llegó al banco. Vio entonces las lágrimas que surcaban las mejillas de la joven.

Sin decir nada, Louise se sentó a su lado. Las lágrimas brotaron de su cuerpo e hicieron temblar a la joven. Louise sintió que Eik estaba de pie junto a la puerta, pero su atención se centró en la chica, que estaba sentada con las manos apretadas, mirando fijamente su regazo mientras las lágrimas caían en silencio por su rostro.

Louise extendió con suavidad la mano y se la puso sobre el hombro.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, haciendo que Lea diera un pequeño respingo.

De nuevo, hubo silencio entre ellas, pero entonces ella moqueó y tomó aire.

—Me gustaría confesar que fui yo quien lo hizo —dijo. Habló en voz baja, pero Louise oyó cada palabra. Esperó, dejando pasar el tiempo, con la mano apoyada en el hombro de la chica.

Pero los minutos pasaron sin que dijera nada más, así que Louise se aclaró la garganta para avisar a la chica de que iba a hablar.

—¿Hacer qué? —le preguntó, intentando que continuara.

Lea no pareció oírla, así que Louise no insistió. Durante un largo rato, permanecieron en silencio.

—No era mi intención —dijo de repente. Las palabras parecían incoherentes cuando al fin salieron después del largo silencio—. No quería que muriera nadie. No era mi intención. Solo estaba muy enfadada.

Louise le apretó suavemente el hombro. Si Eik seguía de pie en la puerta, ella ya no se fijó en él.

—A menudo los asesinatos se producen por la ira —dijo Louise con el mismo tono de voz suave —. ¿Por qué no me cuentas lo que sucedió? ¿Qué pasó, por qué te enfadaste tanto con Dorthe? ¿Tuvo algo que ver con tu madre?

La chica se volvió de golpe hacia Louise, con el sol de otoño reflejándose en sus pendientes.

—No —exclamó con voz fuerte y chillona—, no estaba enfadada con Dorthe, apenas la conocía. Pero fui yo quien mató a Nils.

13

Louise rodeó a la joven con un brazo mientras la conducía hacia el salón. Lea caminaba con la cabeza gacha y los ojos en el suelo mientras seguía por la cocina hasta la puerta que Eik les mantenía abierta.

Le acercaron una silla y Eik le preguntó si necesitaba una taza de café o un vaso de agua, pero ella negó débilmente con la cabeza las dos veces.

Louise se sentó a su lado mientras Eik tomaba asiento enfrente. Sin que hablaran de ello, sacó su teléfono móvil, lo puso a grabar y lo colocó sobre la mesa.

Admiró su manera tranquila de adaptarse; ella misma no había entendido del todo a qué venía la visita de la chica, pero Eik ni siquiera había oído hablar de lo del hombre y el accidente de la escalera y, sin embargo, parecía tener la situación bajo control.

—Destrozó nuestras vidas. —Lea empezó a llorar cuando se sentaron—. Fue culpa suya que mi hermano muriera.

Las palabras llegaron antes de que sollozara y se inclinase hacia delante, escondiendo la cara entre las manos. Louise volvió a ponerle una mano en el hombro y sintió la desesperación que se apoderaba del joven cuerpo.

—Fue un accidente —le recordó Louise a la chica, pero ella negó con la cabeza.

Louise sintió la mirada de Eik y esperó que permaneciera en silencio allí, al otro lado de la mesa. Quería dar tiempo a Lea para que se recompusiera y encontrara la forma de expresar lo que había venido a contarles. Se hizo el silencio en la penumbra alrededor de la mesa del comedor mientras Lea luchaba con sus lágrimas. Parecía como si la impotencia se hubiera desatado en su interior. Como si hubiera atravesado una barrera que ya no era lo bastante fuerte para contenerla.

Louise volvió a apretarle suavemente el hombro en un intento de calmarla. Quería abrazar a la joven para reconfortarla, pero optó por dejar que llorara y se recuperase para que pudieran mantener una distancia profesional entre ellas. Sin embargo, su pena era tan abrumadora que a Louise le resultaba difícil que no le afectase.

—¿De qué se conocían tu hermano y el dueño de la posada? —preguntó Eik desde el otro lado de la mesa cuando hubo pasado un poco más de tiempo.

Louise se sintió agradecida de que él hablara mientras ella misma intentaba calmar a la chica. Parecía que la pregunta estaba a punto de llegar a ella, pero entonces Lea se enderezó y se limpió la cara con la manga de la chaqueta.

—Nils estaba enamorado de mi hermano —respondió ella con sobriedad—, obligaba a Aske a

hacer cosas que no eran buenas para él. Cosas que no quería hacer.

A Eik no pareció afectarle su afirmación y asintió con la cabeza mientras hablaba.

Louise se volvió hacia ella, sorprendida.

—Él fue quien hizo que Aske enfermara —continuó Lea, enfadada—. Él destruyó a mi hermano.

—¿Tu hermano era gay? —preguntó Eik.

—Sí —respondió a la defensiva—. ¿Y qué pasa? A todo el mundo le molestaba que Aske fuera diferente. Pero no le gustaban los viejos que querían acostarse con él y le presionaban para acostarse con otros. Mi hermano no era así.

—¿Por qué nos lo cuentas ahora? —preguntó Louise. Dejó la mano atrás, pero se apartó un poco para poder ver a la joven. Tenía veintidós años y parecía frágil, aunque no estaba especialmente delgada. Estaba llena de tristeza y rabia, y su voz se cargó de agresividad al volverse hacia Louise para responder.

—Porque —comenzó, respirando hondo para controlar su ira— quiero que sepas lo que estaba pasando aquí, en la posada. Cómo era cuando vivía el marido de Dorthe. Nils arruinó nuestras vidas.

—Explícate, por favor —dijo Louise cuando Lea volvió a guardar silencio.

Había apretado ambas manos con fuerza y miraba fijamente los nudillos blancos. Y así permaneció sentada mientras empezaba a explicarse.

—Aske me contó una vez que Nils había dicho que todo el mundo podía satisfacer sus deseos y seguir su lujuria. Que era natural, y mi hermano estaba de acuerdo. Solo tenía quince años cuando salió del armario, y también buscaba placer. Aske nunca se avergonzó de quién era. Pero los adultos se aprovecharon de él. Todo había que mantenerlo en secreto, con discreción y sin hablar de ello, solo porque tenían miedo de admitir quiénes eran. Porque no tenían el valor de decirles a sus mujeres que jugaban en los dos equipos. Que querían la seguridad de su hogar y la vida de la que presumían con su mujer y sus hijos, para luego venir aquí, a Tåsinge, a satisfacer sus deseos ocultos y ser quienes eran en realidad.

De nuevo, escondió la cara entre las manos.

—Los odio —susurró ferozmente entre sus dedos. Luego se secó las lágrimas y miró a Louise.

—¿Forzaron a tu hermano a mantener relaciones sexuales o le pagaron por ello?

Una vez más, Louise vio que la ira surgía como una explosión, pero sacudió la cabeza.

—Mi hermano no se prostituía, si es eso lo que estás insinuando —exclamó, alejándose de Louise.

—No estoy insinuando nada —dijo con un poco más de firmeza—. Estoy tratando de entender

qué es lo que has venido a contarnos.

Lea volvió a derrumbarse.

—¿Qué pasó aquí, en la posada? —preguntó Louise de nuevo.

—No fue aquí, en la posada, sino en la cabaña del bosque. —Señaló en dirección a la cocina, el aparcamiento y el bosque—. La cabaña pertenece a la posada, pero está completamente aislada. Se suponía que era algo exclusivo, algo lujoso con jacuzzi y champán, pero en realidad no era más que un prostíbulo.

Se quedó un momento en silencio, como pensando.

—Un polvo de fin de semana bien organizado, con servicio de habitaciones y desayuno completo —resumió—. Nadie pagó a Aske para que fuera allí, él quiso ir. Se puso en contacto con algunos de los chicos por Internet, reservaron la cabaña y pasaron un rato juntos sin riesgo de que los vieran otros huéspedes.

—Pero algo cambió —dijo Louise.

Ella asintió.

—Algo pasó, y no mucho después se mudó conmigo y dejó de venir por aquí. Fue entonces cuando sospeché que había empezado a cobrar dinero por ello. Todo cambió. Él cambió. Fue mi madre quien se dio cuenta de que estaba dejando de comer. Cada vez estaba peor, pero no quería hablar de ello.

Se quedó un rato sentada, mirando fijamente hacia delante.

Louise y Eik le dieron tiempo para recuperarse, pero fue solo un momento antes de que se enderezara de nuevo y continuase.

—Unas dos semanas después de la muerte de Aske, vi a Nils de pie en la escalera. Iba a recoger huevos; mi madre quería prepararnos la comida de Pascua al día siguiente, solo para ella y para mí. Como solíamos hacer antes de que Aske enfermara. Me saludó al pasar. Recuerdo que frené en seco y entré en el aparcamiento de atrás. Cuando salí del coche, le grité que era culpa suya que mi hermano hubiera muerto. Me gritó que mi hermano había caído enfermo. Y luego me gritó que él también estaba triste. ¡Él! ¡Que lo sentía! Estaba tan furiosa que corrí y empujé la escalera.

Cerró los ojos y los apretó, como si intentara alejar el recuerdo. Pero entonces llevó a Louise y a Eik de vuelta a aquel día de abril.

—No era mi intención —comenzó en voz baja—. Fue como si mi cuerpo reaccionara sin que yo lo pudiese controlar. Como si fuera algo que hiciera por su cuenta.

Negó ligeramente con la cabeza.

—Aún recuerdo lo pesada que era cuando intenté apartar la escalera de la pared. Mucho más pesada de lo que imaginaba. Me subí en el escalón inferior y puse todo mi peso para forzarla a retroceder. No creo que se diera cuenta de lo que estaba haciendo. Solo cuando la escalera se movió debajo de él y yo me acerqué, se dio cuenta de que se iba a caer.

Miró hacia la puerta que daba a la cocina y al jardín detrás de la posada.

—Lo vi caer hacia atrás mientras corría de vuelta al coche, pero no lo vi golpear el suelo. Me apresuré a entrar en el coche y salí del aparcamiento sin mirar. Solo cuando la escalera cayó al suelo, comprendí que era una caída muy alta desde donde él estaba, pero no creí que fuera a morir por ello. Solo quería demostrarle que no toleraba lo que había hecho. Hacerle entender lo que nos había quitado cuando Aske murió.

El silencio se hizo pesado mientras ella callaba.

Louise le dio un momento antes de aclararse la garganta.

—¿Nils le hizo daño a tu hermano? —preguntó ella.

Fue como si la rabia, la culpa y la fuerza abandonaran de repente a Lea. Se desplomó sobre la mesa, con las mejillas llenas de lágrimas.

Louise miró a Eik, que permaneció en silencio mientras la joven se desmoronaba delante de ellos.

—Voy a tener que pedirte que repitas todo lo que acabas de contarnos cuando llegues a la comisaría —dijo finalmente Louise.

Lea asintió sin levantar la vista. Se abrazó con fuerza, como si tratara de contener la desesperación que la destrozaba.

—Antes de que llame a mi colega que te llevará a Svendborg, ¿crees que puedes explicarnos dónde está esa cabaña del bosque?

Lea asintió, aún sin levantar la vista. Su mirada solo llegaba hasta sus brazos cruzados, como si el mundo se detuviera ahí.

—Sigue por el camino de tierra hacia el bosque —dijo en voz baja, con disgusto en su voz, como si la cabaña se acercara cuando hablaba de ella.

Louise volvió a mirar a Eik y vio que estaba de acuerdo. No había necesidad de presionar a la joven. Su llanto era profundo y desgarrador, y pidió a Lene Borre que se ocupara de ella mientras iban a buscar la cabaña al bosque. Con esa información, se formaba una imagen bastante distinta de la relación entre la pareja, pensó Louise, preguntándose por qué nadie de la familia le había dicho que a Nils le gustaban los hombres.

Esperaron juntas hasta que recogieron a Lea Nørgaard, y ella observó el coche de policía que se alejaba con la joven. Si resultaba que la cabaña del bosque estaba habitada, tal vez el niño

estuviera allí.

14

El estrecho camino de tierra que conducía al aparcamiento seguía adentrándose en la zona boscosa detrás de la posada. Lea les había explicado que debían seguirlo y, cuando el camino se bifurcara, mantenerse a la derecha, lo que los llevaría directamente a la cabaña del bosque. Resultó que también había un sendero que salía directo desde el aparcamiento. Estaba casi oculto por dos enormes arbustos de rododendros que se extendían en arco por el aparcamiento de grava para clientes, pero decidieron conducir y cogieron el coche de Eik.

—Delito contra la integridad física —dijo mientras subían al coche—. Si lo aceptan, probablemente solo estará un año en prisión.

Nils Hyllested no falleció hasta una semana después de la caída. Cuando se golpeó contra el suelo, sufrió una grave fractura de pelvis. Fue Lene Borre quien obtuvo su historial médico el mismo día que encontraron a Dorthe. Fueron las complicaciones de la operación las que le causaron la muerte.

El bosque otoñal se cerró sobre ellos, y Eik tuvo que rodear la raíz de un árbol caído. El camino abandonado estaba lleno de profundos hoyos. Aunque Eik trató de evitar los peores baches, rebotaron.

Louise sabía que Lea se arriesgaba a una pena mucho más severa.

—La fiscalía también podría considerar que se trata de un caso grave de violencia. Si Lea mantiene que lo empujó deliberadamente por la escalera, se arriesga a una pena de seis u ocho años de cárcel.

—Pero no murió por la caída —señaló Eik—. Murió por las complicaciones médicas.

El perfil y la barba incipiente le hicieron sentir la tentación de tocarle la mano, y Louise tuvo que contenerse para no acariciarle la mejilla. Todo era muy familiar, y a la vez muy lejano. El tacto de su piel contra la suya. El calor de su cuerpo, que solía hacerla sentir segura, seguía atrayéndola. Pero el dolor de la traición era más fuerte; se había asentado en ella, y Louise no veía cómo podría desaparecer jamás.

Fue entonces cuando apareció a la vista la cabaña del bosque. Una casa de madera negra con ventanas de parteluz blancas y hierba en el tejado. Eik condujo hasta la puerta principal y, cuando detuvo el coche, ella se dio cuenta de que las esperanzas que tenían se habían desvanecido antes de que empezaran a mirar a su alrededor. Desde que oyó hablar de la cabaña, había imaginado que podría darles una explicación natural para la habitación infantil del apartamento de Dorthe. Podría tratarse de un amigo o conocido que vivía en la cabaña con un niño pequeño que de vez en cuando se quedaba a pasar la noche con Dorthe. Pero no había

señales de vida. La puerta y las ventanas estaban cerradas. Cuando bajaron del coche, Louise se detuvo un momento y miró alrededor del claro donde estaba la casa. Junto a la cabaña había un pequeño prado forestal, el resto estaba rodeado de altos y viejos árboles. Si no conocías la ubicación, era imposible localizarla.

Eik, que había caminado hasta la casa, se inclinó y apoyó la frente en la ventana para mirar dentro. Louise hizo lo mismo.

—Aquí no hay nadie —dijo, tras mirar por dos ventanas más.

A través de la ventana, Louise vio un gran televisor sobre una mesa alargada y un amplio sofá enfrente. Entre las dos ventanas había una pequeña mesa de comedor con sillas de respaldo alto.

Eik había desaparecido alrededor de la casa, pero regresó unos instantes después. Tiró de la puerta y, cuando se dio cuenta de que estaba cerrada con llave, miró debajo del felpudo que había delante de la puerta principal. A continuación, miró debajo de la maceta grande, donde solo quedaban los restos de unas raíces en la tierra seca. Luego pasó los dedos por las vigas que subían hasta el tejado, pero tampoco allí encontró una llave. Antes de que Louise pudiera objetar, estampó el codo enfundado en su chaqueta de cuero contra el cristal. No sonó ninguna alarma, solo el silencio del bosque y el tintineo de los cristales rotos al caer al suelo.

Desenganchó los dos aldabones y abrió la ventana. Vio cómo su largo cuerpo desaparecía por el alféizar al atravesar la ventana. Unos instantes después, abrió la puerta principal y le dio un par de guantes de látex antes de volver al salón.

Louise entró en el recibidor y se puso los guantes. Olía a humedad y a cerrado, y enseguida tuvo la sensación de que hacía tiempo que la casa no se ventilaba. La entrada estaba en penumbra.

Estaba oscuro, de la pared colgaba un perchero de latón y junto a él había un soporte con dos paraguas. Se fijó en la alfombra rojo oscuro del suelo de madera y en la lámpara del techo antes de seguir a Eik al salón.

—No hay ningún niño —dijo ella.

Él negó con la cabeza.

—No hay nadie en absoluto —dijo, pasando el dedo por la mesita—. La casa lleva vacía mucho tiempo.

Al otro lado del salón había un gran dormitorio con una puerta que daba a una terraza de madera. Louise se acercó y miró fuera. La terraza era mucho más nueva que la casa; al abrir la puerta y salir, vio la cubierta de un jacuzzi empotrado. Se puso en cuclillas y levantó la cubierta de color marrón claro; el agua que había debajo estaba oscura y turbia, y no tuvo que meter la mano para saber que estaba fría y que la bomba estaba apagada.

También llevaba mucho tiempo sin usarse. Louise volvió a entrar. Cerró la puerta tras de sí y empezó a abrir los dos armarios de la habitación. En la parte inferior de uno de ellos había apilados unos gruesos cojines de silla para muebles de exterior, pero por lo demás solo había

perchas en una barra. Le llamó la atención que el estilo de la cabaña del bosque era muy diferente al del resto de la posada. Era más elegante, más riguroso en su diseño interior, sin abanicos ni cuadros japoneses en marcos lacados en negro. La cama era ancha y el cabecero, un cuadrado alto de tela gris oscura. Había lámparas de la marca Bestlite negras y gruesas pieles de cordero en el suelo a ambos lados de la cama.

Louise abrió un cajón de la mesilla de noche y se quedó mirando el pene erecto de un hombre desnudo a punto de entrar en la boca de otro que tenía la cabeza inclinada sobre él. La pila de revistas gay extranjeras de papel satinado yacía junto a un mando a distancia y una caja de plástico alargada y transparente llena de preservativos. Cogió la revista superior del montón y se dio cuenta de que era de enero. La dejó en su sitio y cerró el cajón antes de dirigirse a la mesilla de noche del otro lado. Varios preservativos y pequeños tubos de lubricante con los precintos intactos. «Aquí no está la biblia obligatoria que hay en los cajones de las mesillas de noche de los hoteles», pensó y volvió a cerrar el cajón.

Cuando Louise regresó al salón, Eik había abierto las puertas del mueble alargado del televisor. Pudo ver un viejo reproductor de DVD en la estantería cuando él se volvió hacia ella con una pila de películas en la mano.

—Porno —dijo—. Con hombres.

—Sí. —Asintió y le habló sobre los cajones de la mesilla de noche. No había nada que indicase que las parejas heterosexuales visitaran también la cabaña. Parecía diseñada específicamente para hombres que iban allí a disfrutar con otros hombres. Tal como Lea había dicho.

Louise fue a la cocina. «Limpia y ordenada», observó. Había una máquina Nespresso, un enfriador de champán y copas. En la pared había un teléfono con la explicación de que había que pulsar el nueve para hablar con la recepción y el cero para la cocina de la posada. Había un minibar bajo la encimera de la cocina con una pequeña cerradura en la esquina superior izquierda.

—Supongo que, en esencia, es una suite de hotel —dijo Eik, y salió a su encuentro.

Louise asintió.

—No hay nada que valga la pena aquí. Es obvio que la cabaña está así desde que murió Nils, pero es extraño que Dorthe no haya vuelto a utilizarla. Me sorprende que una posada situada en un paraje tan remoto haya optado por no utilizar todas las habitaciones y, en su lugar, haya destinado este sitio a un grupo específico de huéspedes. Para que tenga algún sentido, tenemos que suponer que ha habido suficiente demanda de este lugar como para justificarlo.

Miró expectante a Eik, que se limitó a asentir.

—De lo contrario, habrían incluido la habitación en su oferta —prosiguió Louise—. Una suite sigue siendo más cara que una habitación normal.

—Intenta confirmarlo en su web —pidió Eik—. Tengo la sensación de que esta cabaña era algo que los propietarios gestionaban por separado, como una parte independiente del negocio. Quizá

por eso su mujer no se mudó.

—Pero no es tan difícil deshacerse de revistas y películas porno —objetó Louise—. Dorthe podría haber abierto fácilmente la cabaña a todo tipo de huéspedes. Y haber puesto un precio muy superior a las novecientas coronas que cuesta una habitación doble normal.

—Tal vez sintió que no podría manejarlo —sugirió Eik—. Que no podría venir aquí deprisa y servir comida y bebida. O limpiar, para el caso, después de que la dejaran sola en la posada.

Louise asintió y reconoció que esa podía ser la explicación. Dorthe y Eva ya tenían bastante con las catorce habitaciones de la posada.

Mientras buscaba en Google la posada para ver si la cabaña del bosque aparecía en la página web, Eik salió del dormitorio con una revista porno en la mano. La puso delante de la ventana rota y luego fue a la cocina y trajo una nevera de vino, que colocó de modo que la hoja quedara presionada contra la ventana y cerrase el agujero.

—Llamaré a un cristalero cuando volvamos la posada —dijo en respuesta a la mirada escéptica de Louise ante el arreglo.

—No hay nada en su web sobre este lugar. No aparece en ningún sitio y no hay fotos de la cabaña —dijo Louise mientras caminaban hacia el coche de Eik.

Antes de que entraran, llamó a Camilla.

—¿Podrías hacerme el favor de encontrar todo lo que se ha escrito sobre gais y lesbianas en Tåsinge? —dijo.

—¿No deberías conseguir pronto una secretaria en tu nuevo departamento? —preguntó irritada Camilla.

—Por favor —pidió Louise—. ¡Muchas gracias!

Colgó antes de que su amiga pusiera objeciones o empezara a hacer demasiadas preguntas sobre de qué se trataba. Y antes de que empezara a preguntarle cómo había sido volver a ver a Eik.

Sintió su mirada mientras retrocedían por el camino forestal lleno de baches. Pero antes de que pudiera comentar su conversación, llamó a Lisa Lindén para pedirle que averiguara todo lo que pudiera sobre la cabaña. Le saltó al buzón de voz, así que Louise tuvo que dejar un mensaje en el teléfono de la agente.

—Averigua si hay reservas en el sistema que parezcan encajar con la cabaña —dijo—. Y no dudes en consultar los nombres de algunos de los huéspedes que se han alojado allí.

Todavía tenía el móvil en la mano cuando regresaron al aparcamiento de la posada.

—Será mejor que vaya a hablar con la madre de Lea —dijo—. Puede que no la hayan informado de que se han llevado a su hija para interrogarla.

Eik asintió y se ofreció a llevarla una vez que hubiera recuperado su mochila con el ordenador que estaba en el comedor de la posada.

—Tengo mi propio coche —respondió Louise, señalando hacia el coche de policía sin distintivos.

Él asintió, y por un momento ella pensó que parecía decepcionado.

—Luego conduciré hasta Troense y veré si tienen una habitación disponible.

Louise creía que regresaría a Copenhague, pero se sintió aliviada ante la perspectiva de que se quedara. Así había alguien del equipo de investigación a quien conocía y en quien confiaba. Al mismo tiempo, estaba molesta. No le había pedido que viniera, y ahora se sentía como si la estuviera presionando. Pero no dijo nada.

Louise no prestó mucha atención cuando Eik abrió la puerta del pequeño vestíbulo de la posada. Solo cuando oyó fuertes voces desde el interior se fijó en que no tenía la llave y que ella había cerrado tras ellos cuando salieron hacia la cabaña. Corrió hacia la puerta, pero se detuvo bruscamente al llegar a la cocina.

Eik estaba a horcajadas sobre la espalda de un hombre rubio que estaba tumbado bocabajo con los brazos inmovilizados. Lo primero que notó Louise fue su sudadera roja y su mirada asustada.

—¿Nombre? —dijo Eik, desde la espalda del hombre.

—Jon —respondió con un susurro—. Isaksen. Trabajo aquí. He venido a recoger algunas de mis cosas.

—Es el cocinero —dijo Louise desde la puerta.

Eik le soltó y se levantó mientras el cocinero permanecía tumbado y lo miraba.

—Levántese —dijo Eik.

Inseguro, Jon Isaksen se puso de pie y se apartó de Eik.

—No sabía que no podía entrar —se disculpó.

—Supongo que entiende que su lugar de trabajo está cerrado a consecuencia del crimen que ha ocurrido aquí, ¿verdad? Y, cuando se ponen cintas policiales, suele significar que no está permitido el paso.

Louise notó que Eik estaba enfadado. No había tono de disculpa ni de bienvenida en su voz.

—Soy consciente de ello —dijo Jon Isaksen. Era casi tan alto como Eik, pero más pesado y con un vientre prominente.

Treinta y pocos, supuso Louise, intentando recordar lo que Lene y Niklas le habían contado sobre el cocinero de Dorthe.

—¿Podemos hablar con usted un momento? —preguntó, señalando hacia el comedor.

Él asintió y siguió a Eik manteniendo la distancia.

«No parece cocinero», pensó Louise mientras se sentaban a la mesa. Su barba bien cuidada y su pelo bien recortado eran una cosa, pero sus ojos le hacían pensar que sería más adecuado para un banco o un despacho de contables. No parecía lo bastante robusto como para sudar en la cocina de un restaurante. Había algo cauteloso e inseguro en su comportamiento, que, por supuesto, podía ser el resultado del encuentro con Eik. Pero también eran sus movimientos y la forma en que los miraba. Y ahora entendía por qué Lene Borre había sugerido que le gustaban los hombres. Su lado femenino era más evidente que su lado masculino.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando aquí? —preguntó Louise.

—Cinco años —respondió claramente, como si estuviera haciendo un examen.

—¿Qué sabe del niño que vive aquí, en la posada, con Dorthe? —fue su siguiente pregunta, y pareció que a Jon Isaksen se le caía la mandíbula.

—Aquí no vive ningún niño —respondió cuando se hubo recuperado. Casi parecía que se hubiera ofendido por la pregunta. Como si la policía insinuara que no conocía muy bien a su jefa.

Louise tomó nota de cada gesto de su cara, del parpadeo de sus ojos. Memorizó cada pequeña reacción y asintió brevemente cuando Eik se inclinó hacia delante sobre la mesa.

—¿Sabe algo de la cabaña del bosque? —preguntó, y Louise vio enseguida cómo le cambiaba la cara al cocinero. Su mirada bajó hasta sus manos, cuyos dedos mariposeaban inquietos, y Louise intercambió una larga mirada con Eik antes de que Jon volviera a levantar la vista.

—Sí —asintió—, pero está cerrada. Ya no la utilizamos para los huéspedes.

Había algo en su voz que hacía que pareciera ansioso por explicarse, pero se detuvo.

Ni Eik ni Louise dijeron nada. Y después de un rato volvió a empezar.

—Cuando Nils aún vivía, los clientes se alojaban allí.

Louise quería gritarle que eso ya lo habían averiguado. Pero esperó a que él mismo lo dijera.

No lo hizo, así que Eik volvió a inclinarse hacia delante.

—La cabaña del bosque no parece figurar en el sistema de reservas de la posada —dijo—. ¿Sabe por qué puede ser?

El cocinero negó con la cabeza.

—No controlo el tema de las reservas. Yo era el que cocinaba para los huéspedes de la cabaña del bosque y luego les llevaban la comida. Eso es todo. Se utilizaba para invitados vip que querían discreción.

Louise enarcó una ceja y vio un ligero tic en la boca de Eik.

—Era raro que vinieran aquí, a la posada —continuó—. Eran bienvenidos, por supuesto, pero el desayuno también se servía allí. Y luego llamaban aquí a la cocina cuando necesitaban algo. A menudo hacían pedidos especiales de, por ejemplo, langosta, ostras o gambas del fiordo cuando estaban en temporada. Cosas que no teníamos en el menú normal. Pero, por supuesto, al igual que nuestros otros huéspedes, siempre podían pedir del menú, incluida la carta de vinos. Siempre que el último pedido fuera antes de las nueve y media de la noche. Podían pedir bebidas siempre que hubiera alguien en el restaurante. Y Nils se lo llevaba.

—¿Es cierto que a Nils le gustaban los hombres? —preguntó Louise, y los ojos del cocinero parpadearon al volver la cara hacia ella. Pero luego asintió—. ¿Y la cabaña del bosque era cosa suya?

Él no parecía entender lo que ella quería decir, así que ella se explicó.

—Supongo que era él quien se ocupaba de los huéspedes que utilizaban la cabaña —dijo.

—Sí, casi siempre iba él —contestó, asintiendo de nuevo—. Cuando Nils vivía, Dorthe pasaba la mayor parte del tiempo en la recepción y se encargaba de las habitaciones. Siempre era Nils quien se ocupaba de los huéspedes, tanto aquí en la posada como en la cabaña.

—¿Era él también quien limpiaba las habitaciones después de que se fueran los clientes? —preguntó Louise.

—No —respondió—, era Dorthe, ella se encargaba de todas las habitaciones.

«Así que sabía lo que estaba pasando», pensó.

—¿La cabaña del bosque ya no se utiliza? —preguntó Eik, y el cocinero negó rápidamente con la cabeza.

—Dejó de usarse cuando Nils murió.

—Si no pasaban por la posada, ¿cómo se ponían en contacto él y los huéspedes? —preguntó Eik.

Pero Jon Isaksen se encogió de hombros disculpándose, como si de verdad lamentara no poder ayudar.

—La verdad es que no lo sé —respondió, y ahora parecía más tranquilo—. A mí me avisaban con uno o dos días de antelación cuando iba a haber huéspedes en el bosque, para que pudiera comprar provisiones extra. Pero nunca participé en la reserva en sí.

—¿Así que usted tampoco tenía los nombres de los clientes que venían y se quedaban allí? —intentó Louise.

Negó con la cabeza, y Louise no supo discernir si su reacción se debía a que mentía o a que temía verse más involucrado en lo que, con toda probabilidad, era un negocio en el que el

propietario no había metido a Hacienda, ya que el alquiler no aparecía por ninguna parte.

—Sé que ya ha hablado con mis colegas de Svendborg, pero puede que necesitemos volver a hablar con usted —dijo—. Ya tenemos su número, y también le pido que se ponga en contacto con nosotros si cree que hay algo más que necesitemos saber.

Él asintió con rapidez, y esta vez Louise no tuvo ninguna duda de que lo que veía en sus ojos era alivio.

Louise acababa de levantarse para seguirlo cuando oyó una voz clara:

—Hola, ¿hay alguien aquí?

Antes de que llegaran a la cocina, una mujer extravagante con un peinado voluptuoso y encrespado entró por la puerta con una sonrisa aún más amplia que su cabello.

—¡Por fin! —exclamó, extendiendo los brazos para abrazar a Louise. Todo sucedió tan deprisa que Louise no tuvo tiempo de ver qué sucedía con Jon antes de dejarse envolver por los brazos de la mujer morena.

—¿A quién tenemos aquí? —preguntó Eik con curiosidad desde la mesa.

—Lisa Lindén —respondió la mujer, tendiéndole la mano antes de llegar a él.

No es que Louise no hubiera pensado en la experta informática del equipo. Solo que se la imaginaba más tímida, introvertida y empollona. No estaba en absoluto preparada para esa explosión de piel avellana, pelo rizado y sonrisas. Le gustaba. Y estaba claro que Eik pensaba lo mismo. Su mirada se detuvo en la esbelta figura de Lisa, y si no fuera porque Louise sintió de inmediato una punzada de celos, se habría reído a carcajadas al ver cómo él enderezaba la espalda y se echaba el pelo hacia atrás. También imaginó que inflaba un poco el pecho bajo su chaqueta de cuero.

Lindén volvió a centrar su atención en Louise e inmediatamente se puso seria.

—Tienes que explicarme qué es esa cabaña en el bosque y qué es lo que quieres que encuentre. No aparece nada en la búsqueda, así que necesito algo más específico. ¿Puedes darme algunas palabras clave más detalladas?

Eik se había levantado, se había quitado la chaqueta de cuero y se había subido las mangas de la camisa negra para dejar al descubierto sus antebrazos marcados. Estaba ocupado en la máquina de café y le ofreció una taza a Lisa Lindén cuando Louise le pidió que se sentara.

Aunque solo fue un momento, Louise notó cómo Eik y Lindén se miraban mientras ella aceptaba sonriente el ofrecimiento y pedía un poco de leche con el café. Louise lo apartó y se concentró.

—No sé qué buscar —admitió—, la posada tiene una cabaña de madera en el bosque, que al parecer ha sido utilizada por parejas homosexuales.

—No necesariamente parejas —la corrigió Eik, y ella lo miró molesta—. Quizá no eran parejas, sino hombres que querían encontrarse con discreción, sin llamar demasiado la atención sobre el hecho de que estaban juntos en la posada.

—Sí —asintió Louise, dándole la razón—. La cabaña la usaban hombres que muy probablemente se veían en secreto. Encuentros, citas, experiencias sexuales. No sé cómo se llama cuando es algo secreto. Un testigo nos dijo que en su mayoría eran hombres casados, aparentemente heterosexuales, que venían aquí en busca de un poco de aventura.

Lisa Lindén se había colocado una pinza en el pelo y sus dedos recorrían a la velocidad del rayo la pantalla de su teléfono.

—Solo estoy tomando notas —les informó—. Es decir, fines de semana de sexo, gay, follar, cabaña, Tåsinge.

Parecía que recitaba para sí misma. Louise miró hacia Eik, que ni siquiera trató de ocultar que estaba fascinado por la nueva mujer.

—Vale —dijo, enderezándose—, ya tengo por donde empezar. ¿Tienes las coordenadas de la cabaña?

Miró a Louise como si fuera algo lógico cuando te mueves por el terreno.

—No —contestó Louise—, pero la cabaña está aquí mismo, así que puedes ir en un momento en coche y coger lo que necesites. Quizá también sea buena idea que veas el lugar.

Lisa volvió a ponerse en pie antes de que Louise pudiera terminar de hablar.

—Estaremos en contacto —dijo, y desapareció tan rápido como había aparecido.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Eik con una sonrisa entusiasta.

—Es posiblemente un recurso clave en la investigación —respondió Louise.

15

Camilla se agachó pacientemente para limpiarse. Era la segunda vez que la larga cola de Charlie tiraba su taza de café de la mesita. Apenas habían llegado a casa desde Præstø cuando el pastor alemán ya había tirado de la mesa tazas y velas con un solo coletazo, y él mismo pareció sobresaltarse cuando ambas se cayeron al el suelo. Ahora lo había vuelto a hacer, pero ella debería haber previsto que sucedería cuando se tiró en el sofá y lo llamó para acariciarle la cabezota.

Había acortado la visita a su padre y estaba en el coche de regreso a Copenhague cuando Louise la llamó y le pidió que iniciara nuevas búsquedas en los archivos de artículos de prensa. Camilla había intentado varias veces ponerse en contacto con su amiga para saber qué había pasado, puesto que ya no era la viuda asesinada lo que le interesaba. Pero siempre saltaba el buzón de voz. Tenía la sensación de que Louise rechazaba las llamadas, lo que la hacía insistir aún más en sus intentos de localizarla.

Cuando hablaron por primera vez, a Camilla le molestó bastante que su amiga siguiera dándole la lata cuando ella intentaba tomarse un descanso sin tener un ojo siempre en las noticias. Había decidido pasar una semana en casa de su padre en un intento de deshacerse del estrés que había empezado a apoderarse de ella debido a la constante presión del trabajo. Pero Louise insistió y no le dio oportunidad de hablar. Y ahora que se había involucrado, su amiga no se molestaba en contestar.

«Que se joda», pensó Camilla mientras buscaba los artículos que Louise le había pedido. Había empezado a sentir curiosidad por lo que pasaba allí, y la verdad era que no le importaba demasiado ponerse a trabajar. Se estaba cansando de las cartas y de los pasteles. Y tenía la desagradable sospecha de que su padre sentía lo mismo.

Por la mañana, había insinuado discretamente que había un Mercedes de segunda mano al que le gustaría echar un vistazo. Y Camilla conocía a su padre, un antiguo vendedor de coches usados, lo bastante bien como para saber que una vez que tenía un coche en el radar que podía hacerle ganar dinero, no podía concentrarse en otra cosa.

También había empezado a hablar del club de cartas y de una tarta que intentaría hacer la próxima vez que se vieran, y entonces ella había aprovechado la ocasión y se había disculpado porque le había surgido un trabajo en la ciudad. Su padre se había levantado inmediatamente de su sillón, dispuesto a acompañarla a la puerta. Aunque había parecido un poco triste por despedirse de Charlie, los dos se llevaban bien.

Camilla volvió a la cocina con el paño cuando Frederik salió a su encuentro. Se volvió hacia él y negó con la cabeza.

—Entonces, está decidido —dijo, retorciendo el paño y viendo cómo una mezcla de leche y café

caía en el fregadero.

Él enarcó una ceja, interrogante.

—¿Qué está decidido?

—No vamos a tener un perro —afirmó Camilla—. Necesitan más espacio.

—Tenemos doscientos ochenta metros cuadrados —le recordó Frederik. Él era quien había empezado a hablar de tener un perro ahora que se había trasladado definitivamente desde Estados Unidos, pero Camilla no estaba de acuerdo. Más que nada porque no se veía paseando por el parque tres veces al día—. Eik y Steph viven en cincuenta y cuatro metros cuadrados, y parece que se apañan bien. Quizá no necesitemos tantos adornos. —La acercó a él—. O quizá deberíamos adoptar un perro muy pequeño —sugirió.

—Mi taza de café no es un adorno —objetó Camilla, abrazada a él—. Y no vamos a tener un perro pequeño.

Lo besó y se zafó de su abrazo.

—Bueno, ya estamos un paso más cerca —dijo rápidamente, y se rio—, así que vamos a por un tamaño medio.

Camilla negó con la cabeza. Era del tipo de persona que lo decidía todo de inmediato. Sabía que, si le daba la más mínima oportunidad, al final del día se habría comprado un perro.

—No estamos buscando nada —dijo Camilla, intentó distraerle sonando dulce—. Estoy segura de que puedes tomar prestada a Dina y sacarla a pasear todo lo que quieras.

De hecho, su marido había paseado varias veces al labrador de Jonas y Louise, algo que había iniciado por iniciativa propia, así que ella sabía que hablaba en serio. Y Markus también estaba emocionado con la idea. Era sobre todo ella la que no tenía energía. Justo entonces Charlie llegó trotando hacia ellos y se sentó en el suelo delante de ella, como si esperara que tuviera preparada una golosina si le lanzaba esa mirada que había funcionado las otras veces que se había sentado así.

—La empresa de alarmas terminará hoy —dijo Frederik, y se sentó a rascar al perro detrás de la oreja. Camilla tiró el trapo en el fregadero y fue a prepararse otra taza de café—. Prometen que los obreros estarán fuera a las cuatro de la tarde como muy tarde, así que no habrá más ruido.

Había sido tan ruidoso y polvoriento que había estado a punto de perder la cabeza desde que invadieron el piso para instalar lo que llamaban una habitación segura, pero que en su opinión bien podría haberse llamado un refugio antiaéreo. Vigas de hierro, muros de hormigón y una puerta especialmente protegida que le recordaba a la puerta acorazada de un banco. «Habitación del pánico», había susurrado ella cuando Frederik empezó a hablar de la instalación que quería hacer.

Y ahora estaba casi terminada. La habitación que debía hacerles sentir seguros, ya que su marido

era una de las figuras públicas más ricas del país. No es que se notara en el diseño interior, que consistía en una buena mezcla de muebles de Ikea y algunas de las cosas viejas que ambos trajeron cuando se mudaron juntos.

Uno de los obreros entró en la cocina con un aparato eléctrico en la mano. Dijo que acababa de probar el sistema de comunicación desde el interior de la sala.

—Cuando se cierra la puerta desde el interior de la habitación acorazada, la cerradura se activa automáticamente —explicó—. La empresa de alarmas recibe una notificación directa y se envía un vehículo de inmediato aquí.

Frederik asintió con interés y lo siguió hacia la habitación segura mientras Camilla sentía claustrofobia solo de pensarlo. Aun así, fue tras ellos.

—Cuando un intruso irrumpe en tu casa, es posible que no lleves el móvil encima —dijo el responsable de seguridad—. Rara vez estás preparado si te sorprende un ladrón o un secuestrador.

Abrió la puerta de hierro de seguridad y señaló un pequeño interfono blanco parecido al sistema de alarma que había junto a la puerta principal.

Camilla vio que disfrutaba al ver lo incómoda que se sentía cuando mencionaba el secuestro. Negó ligeramente con la cabeza al ver a Frederik, que estaba casi tan entusiasmado con los detalles del equipo de seguridad como ella cuando recogió su coche nuevo. «Somos muy diferentes», pensó. A Frederik no le importaban los bienes materiales lujosos. Las cosas frikis le gustaban más.

Cuando volvió a la cocina, había recibido un mensaje de texto de Louise, preguntando si había encontrado algo. Ella lo aprovechó como excusa para llevarse el café y unas galletas a su despacho mientras Frederik se entretenía con el tipo de la alarma.

No apareció nada cuando buscó «gais» y «Tåsinge». Camilla amplió la búsqueda a Svendborg, y aparecieron dos artículos sobre una agresión a un homosexual. La agresión fue tan grave que la víctima fue trasladada al hospital. También había una carta al director de un portavoz LBTGQ que denunciaba sin reservas los delitos de odio.

Arremetió contra aquellos que tenían algo en contra de las personas con una orientación sexual diferente a la suya. En su artículo, señalaba que en una época en la que los usuarios de Facebook en inglés podían elegir entre setenta y un identidades de género diferentes, deberíamos haber superado el punto de sentir odio hacia las personas con identidades diferentes al género masculino/femenino convencional.

Camilla siguió buscando, pero no encontró nada que le indicara la existencia de un círculo gay en Tåsinge. Nada que asociara Tåsinge con escapadas de fin de semana relacionadas con el sexo o burdeles solo para hombres. No había pistas.

Se desconectó y recordó un artículo que había leído una vez sobre una pareja gay que se había conocido en una web de citas. Fueron de los primeros del país en recibir el visto bueno para la adopción y presumieron alegremente de su hija en el periódico.

Camilla entró en la web de citas, que se describía a sí misma como la mayor comunidad de gais, bisexuales y transexuales de Dinamarca. No llegó muy lejos con eso, necesitaba un usuario para entrar y husmear en los perfiles.

Al mismo tiempo, se enfadó mucho con Louise. Los informáticos de la policía debían ser capaces de rastrear las contraseñas de esos sitios y encontrar la información que su amiga necesitaba.

Camilla cerró la web, cogió el móvil y entró en Instagram. Aquí, empezó a buscar imágenes etiquetadas con una palabra clave. Primero probó #tåsinge, y surgieron muchos resultados, la mayoría del castillo de Valdemar. También había un viejo roble de gran envergadura, veleros, fotos aéreas y, por supuesto, imágenes de la tumba donde fueron enterrados Elvira Madigan y Sixten Sparre.

Pero no apareció nada cuando tecleó términos de búsqueda como «tåsinge sex, tåsinge homo, gay, tåsinge alojamiento-homo». Luego lo intentó con #tåsingelover y #tåsingegay. Nada. Solo cuando probó #tåsingeloveweekend aparecieron cuatro mensajes. Un chico delgado y sonriente con los brazos amorosamente envueltos alrededor de un hombre algo más corpulento miraba a la cámara en un selfi al atardecer.

Las tres imágenes restantes eran de un bosque. En una, ambos estaban en un jacuzzi al aire libre y brindaban ante el objetivo de la cámara con dos copas de champán. Camilla pensó que era probable que se hubieran llevado un palo selfi al viaje. Vio la botella de champán que sobresalía del enfriador en la terraza detrás de ellos. Las dos últimas imágenes eran la vista de un bosque tomada a través de una pequeña ventana enrejada. En una de ellas, se veía un ciervo muy cerca de la casa. En la otra, solo las copas de los árboles y la luz del sol.

Charlie se había tumbado debajo del escritorio con la cabeza sobre sus pies, que se le habían dormido; el hormigueo le llegaba hasta la espinilla.

Camilla entró en el perfil de Instagram que había publicado las fotos. La cuenta era del chico delgado. Debajo de la foto de perfil decía: «Thomas E., desarrollador de software». Había un enlace a un sitio web, en el que hizo clic.

Thomas Engstrøm era programador informático autónomo y vivía en Slagelse. En su perfil, vio que había muchas fotos de la pareja, entre ellas algunas en París #parisloveweekend y Roma #romloveweekend. «No parece haber nada sospechoso en sus escapadas de fin de semana», pensó, haciendo una captura de pantalla de su perfil.

Envió un mensaje a Louise: «Creo que este tipo podría conocer el lugar. Mira la cabaña del bosque y los dos hombres. Saludos de tu ahora exsecretaria».

16

Louise solo había llamado una vez al timbre cuando se abrió la puerta de la casita. Eva Nørgaard parecía más pequeña y pálida con el vestido camisero de cuadros que llevaba. Pero parecía serena cuando invitó a Louise a entrar.

—¿Ha hablado con su hija? —preguntó Louise, y vio que la mujer había estado regando las plantas. La regadera estaba en el suelo, junto a una palangana, donde yacían en un montón hojas marchitas y pequeños tallos secos que había ido arrancando.

Eva Nørgaard asintió y pidió a Louise que se sentara en el sofá.

—Lea no tuvo nada que ver con el accidente —dijo, sacudiendo la cabeza—. Desde la muerte de Aske, mi hija se ha estado culpando de que no pudiéramos hacer nada más por él. Se siente culpable por no haber podido ayudar a su hermano. Ahora es casi igual de triste para mí ver lo agobiada que sigue estando por el dolor que nos supuso su muerte.

Guardó silencio un momento antes de mirar a Louise con urgencia.

—Ella no tuvo la culpa de la muerte de Nils —repitió—. El día que ocurrió, Lea me llamó después de llegar al trabajo y me dijo que le había gritado y regañado mientras estaba subido a una escalera. Pero no fue hasta la noche cuando supimos que había sido hospitalizado tras el accidente.

—¿A qué se dedica su hija? —preguntó Louise.

—Trabaja en una tienda de marcos en Svendborg —dijo su madre—. Necesito que entienda que intenta asumir la culpa para aliviar su propio dolor. ¿Se fijó en sus brazos cuando hablaba con ella?

Louise negó con la cabeza.

—Lea empezó a cortarse incluso antes de que Aske muriera —explicó—. Impotencia, eso es lo siente. Para una madre es devastador ver a su hijo consumiéndose. Poco a poco, se fue de nuestro lado. Pero es igual de insoportable ver luego a tu hija derrumbarse porque no pudo hacer nada para salvarlo.

Eva inclinó la cabeza y guardó silencio.

—¿De qué murió su hijo? —preguntó Louise en voz baja.

—Dejó de comer —contestó Eva, sin dejar de mirarse las manos, que yacían en su regazo—. Pasó un tiempo hasta que me di cuenta de lo grave que era. Durante ese periodo, pasaba algunas semanas sin verlo y, por supuesto, me di cuenta de que estaba perdiendo peso. No supe ver lo

grave que era. Vivía con Lea en su pequeño piso, y pensé que quizá no se preocupaban por comer sano. Era diferente cuando ambos vivían en casa y yo era la que cocinaba.

—¿Y su padre? —preguntó Louise.

La mujer levantó la vista.

—¿Qué pasa con él? Frands vive en Vejle con su nueva familia.

Hubo un pesado silencio entre ellas, pero Louise lo dejó estar hasta que Eva retomó la conversación.

—Permítame ser honesta; Frands lo pasó mal con el tema de la sexualidad de Aske. También fue la razón por la que nos divorciamos. Me culpó por no intentar hablar con nuestro hijo. Pensó que yo estaba animando a Aske a seguir ese camino, y la verdad es que lo estaba haciendo. Nunca vi ningún problema en que se enamorara de personas de su mismo sexo. Pero, desde el momento en que me di cuenta de que era gay, supe que eso le causaría problemas. Sobre todo con su padre. Frands era muy conservador y poco tolerante al respecto, y no ayudaba que Aske le provocara. A veces, dejaba una de sus revistas gais aquí, en la mesita.

Señaló hacia el tablero de la mesa.

—Y trajo a sus novios a casa en varias ocasiones. Mi marido no podía permitirlo, aunque nunca le importó que los novios de Lea se quedaran a dormir. No era capaz de lidiar con su aversión hacia su propio hijo, así que nos divorciamos.

—¿Sus hijos siguieron teniendo contacto con su padre después del divorcio? —preguntó Louise, más que nada por curiosidad.

Eva negó con la cabeza.

—Pero al menos Frands acudió al funeral de Aske —añadió.

Eva volvió a mirar a Louise con urgencia.

—Tiene que creerme cuando digo que Lea lo está pasando mal. Empezó a hacer terapia para superar el duelo, pero lo dejó porque no sentía que los demás miembros del grupo estuvieran tan mal como ella. Y no es solo el duelo lo que lleva consigo. Se culpa a sí misma porque siente que no estuvo a la altura cuando Aske la necesitaba. Pero la verdad es que se puso muy enfermo. No podía hacer frente a la vida que había empezado a llevar, y ella no podía haber hecho nada para curarlo. Desarrolló anorexia porque se sentía fatal. Simplemente se estaba muriendo de hambre. Nuestro médico hizo lo que pudo para ayudar, y durante un tiempo Aske estuvo ingresado en una unidad psiquiátrica para trastornos alimentarios. Hicieron lo que pudieron para salvarlo, pero Aske no quería sobrevivir: quería morir.

Louise la miraba, pero Eva no lloraba. No había lágrimas, solo una desesperación sin fondo.

—Espero que entienda que Lea está dispuesta a asumir la culpa de todo tipo de crímenes para

aliviar su propio dolor —dijo después de que hubieran estado en silencio durante un rato—. Si hubiera tirado a Nils por la escalera, no habría podido ocultarlo durante seis meses, se habría derrumbado y habría confesado hace mucho tiempo.

Volvió a guardar silencio, y esta vez el dolor fue tan evidente en sus ojos que Louise estuvo a punto de apartar la mirada.

—Mi hija se aferra a cualquier cosa que pueda darle una oportunidad de explicar la muerte de su hermano —dijo Eva en voz baja—. Lea sabía que la policía estaba en la posada, así que le resultó fácil llamar su atención confesando algo que, aunque trágico, en realidad, fue un accidente. Tiene que hacer que entiendan esto en la comisaría. Mi hija necesita ayuda, no necesita salirse con la suya castigándose.

Louise asintió pensativa.

—Hablaré con ellos —prometió, y pidió a la mujer que le hablara de Dorthe y Nils—. Su hija mencionó que Nils estaba enamorado de su hermano, y nos habló de la cabaña en el bosque. Queríamos ponernos en contacto con huéspedes que se hubieran alojado allí, para saber cómo se organizaban los alquileres y quiénes se alojaban allí.

Ahora fue la mujer la que asintió pensativa.

—Solo conocía la cabaña del bosque a través de Aske —dijo—. De hecho, sentía cierta tranquilidad por el hecho de que se reunieran allí en lugar de en sitios más expuestos donde corrían el riesgo de provocar a la gente —añadió—. En aquel momento, no sabía que la cabaña del bosque era propiedad de Nils. Y tampoco sabía que se alquilaba para que dos hombres estuvieran juntos sin ser molestados. Quiero dejar claro que no creo que fuera algo que mi hijo se sintiera obligado a hacer. Se mostró muy abierto e inquisitivo, pero no conozco a ninguna de las personas con las que se veía.

Louise la observó mientras se levantaba y entraba en la cocina. Al poco rato, volvió con un teléfono móvil, que le ofreció.

—Es el teléfono de mi hijo. El que usaba antes de mudarse con Lea —explicó—. Quizá pueda encontrar algunas de sus citas echándole un vistazo. El código es 7111. Tampoco sé cómo se ponían en contacto entre sí. No hablamos de eso. Me alegré de que pareciera feliz y no me di cuenta de que hubiera nada turbio en ello.

—No creo que fuera algo turbio —se apresuró a decir Louise, después de aceptar el móvil y prometer que Eva podría recogerlo en la comisaría al día siguiente—. Solo queremos ponernos en contacto con alguien que pueda decirnos quién conocía el lugar y quién lo utilizaba.

Pensó que en los ojos de la mujer había una clara comprensión que confirmaba que Eva no estaba condenando a su hijo por lo que era o por la forma en que había vivido su vida. Por un momento, Louise se preguntó si sería capaz de aceptarlo de la misma manera si Jonas fuera tan curioso en su vida sexual.

Louise cambió de tema y volvió a hablarle del niño que había vivido en la posada. La mujer seguía pareciendo igual de desconcertada y repitió que nunca había visto a un niño con Dorthe.

—Estamos muy seguros de que ya vivía allí antes de que Nils Hyllested falleciera. Seguimos buscándolo y, por tanto, estamos muy interesados en conocer todo lo sucedido en torno a la pareja.

—No sabía mucho de Dorthe y Nils antes de empezar a trabajar en la posada, y nunca he oído a Dorthe hablar de un niño.

Negó con la cabeza para enfatizar que no sabía qué más decir, y Louise la creyó. «Ahora que la mujer ha puesto todas las cartas sobre la mesa, no hay motivo para dudar de si dice la verdad», pensó, y se puso en pie.

—Pero yo sí sabía lo de Nils —añadió Eva mientras seguía a Louise al pasillo—. Fue algo que me contó Aske. No es que crea que le hiciera algo a mi hijo, pero debo admitir que me pregunté cómo se sentiría Dorthe al respecto. Que su marido tuviera esa faceta. Desde fuera, parecía que se llevaban bien y era evidente que su matrimonio funcionaba. En el tiempo que la he conocido, estaba bastante claro que echaba de menos a Nils, y no le resultó fácil lidiar con todo eso ella sola.

Había abierto la puerta y, mientras Louise se ponía la ropa de abrigo, Eva le pidió por última vez a la policía que no aceptara sin más la confesión de su hija.

—Tal vez pueda conseguir un psicólogo para que hable con ella, u otra persona que pueda ayudar. La llamaré cuando sepa algo —prometió Louise, y tuvo ganas de preguntar si no había alguien que pudiera ir a cuidar de Eva en este momento, que tampoco podía ser fácil para ella. Pero apartó la preocupación y se centró en Nils y Dorthe Hyllested. Quería saberlo todo sobre las dos personas que habían dirigido la posada durante los últimos ocho años.

17

Søren Hyllested vivía en Hammerum, a las afueras de Herning, no muy lejos de donde creció con Nils y su hermano mayor, Hans.

Louise asintió con la cara vuelta hacia la ventanilla del coche mientras Lange le hablaba de un entonces joven Bjarne Riis que había recorrido la zona en bicicleta. Aunque nunca le habían interesado las carreras ciclistas, sonreía ante el entusiasmo que mostraba su colega mayor cuando hablaba de las barreras y las líneas de meta que había ayudado a instalar cuando era policía en Herning. Casi parecía que el propio Lange se llevaba una pequeña parte del mérito de que el Águila de Herning hubiera llegado hasta el maillot amarillo y el podio de la victoria en el Tour de Francia, pero la historia se detuvo antes del escándalo de dopaje y la abrupta caída desde la cima.

—Su hermano es chapista y tiene su propio taller en Silkeborgvej —dijo Lange—. Sabe que estamos de camino.

Louise volvió a asentir. Cuando regresó a la comisaría tras su visita a Eva Nørgaard, había pedido al equipo que averiguara todo sobre el pasado de Nils y Dorthe. Lisa Lindén tuvo que centrarse en el antiguo teléfono móvil de Aske, que tenía que revisar en busca de información y nombres relevantes. Y después tenía que intentar averiguar si algo de lo que había ocurrido en la cabaña podía estar relacionado con el asesinato de Dorthe.

—Era la encargada de las reservas de la posada, así que debía estar implicada de algún modo —dijo Louise, añadiendo que estaba más interesada en las inexistentes reservas de la cabaña del bosque—. Debieron comunicarse de alguna manera.

Ya había reenviado a Lindén el mensaje de Camilla sobre el programador informático de Slagelse, pero ella aún no le había devuelto la llamada, según anunció Lisa cuando hablaron antes de que Louise y Lange se dirigieran a Herning.

—Entonces, tendrás que insistir —dijo Louise. Y luego se fueron. Dos horas en el coche, y ella había estado hablando por teléfono durante la mayor parte del trayecto mientras Lange los había conducido en silencio a través de Fionia y por Jutlandia mientras caía la noche.

—Dorthe Jensen tenía veinticuatro años cuando empezó a trabajar en el Hotel Munkebjerg —resumió Lange—. Empezó como camarera de piso y luego pasó a ser encargada de planta. De ahí pasó a la recepción y acabó como jefa de recepción del hotel. La pareja llevaba once años casada. Se casaron tres años después de que Dorthe fuera contratada como camarera de piso. Han regentado juntos la posada de Tåsinge durante los últimos ocho años, y la inversión inicial que hicieron en el negocio se pagó con una herencia que Nils recibió cuando murió su padre. Su padre tenía una gran granja en Hammerum, que el hermano mayor siguió administrando hasta que la granja fue embargada siete años después. La madre sigue viva y vive en una residencia de

ancianos de la ciudad.

Lange se detuvo en un espacio arado junto a un pequeño almacén, que parecía ser el taller del hermano. «Chapista» decía un cartel luminoso en la carretera, y antes de que pudieran siquiera bajar del coche, un hombre corpulento vestido con mono de trabajo salió por una puerta.

—La policía —dijo como una declaración antes de que se acercaran a él.

Louise y Lange asintieron al unísono y lo siguieron cuando los invitó a pasar a su casa, una vivienda unifamiliar que estaba conectada al taller y aún olía a la cena.

—Ella es Tina —dijo, señalando en el salón a una mujer sentada en un sillón, con una labor de punto en la mano y una muleta en el suelo junto a la silla.

—Me acaban de operar la rodilla —explicó desde el salón, señalando la muleta—, así que no es por ser descortés que no salgo a saludar.

—Está bien —dijo Louise rápidamente, y tomó asiento junto a Lange en la mesa redonda de la cocina.

—¿Café? —preguntó Søren Hyllested, señalando una cafetera sobre la mesa de la cocina.

Lange asintió mientras Louise negaba y sentía el hambre que había empezado a molestarla.

—A lo mejor quieren beber algo frío —gritó su mujer desde el salón.

—No, gracias, está bien así —se apresuró a decir Louise—. No nos quedaremos mucho tiempo.

No dijo que después iban a Vejle a hablar con un cocinero que había trabajado con Nils cuando ambos trabajaban en la cocina del Hotel Munkebjerg.

—Fue todo un shock cuando nos enteramos de lo de Dorthe —comenzó—. Uno no se imagina que algo así le ocurra a alguien que conoce, y mucho menos a alguien de su familia. ¿Saben ya quién lo hizo? No me extrañaría que hubiera sido alguien de fuera, como le dije a mi mujer.

Louise ya estaba molesta, pero no tuvo tiempo de detenerlo antes de que continuara.

—Parece que hay centros de asilo en Svendborg y en Langeland —continuó—. Busqué en Google cuando me enteré de lo que había pasado. Seguro que han robado algo.

No esperaba una respuesta, y mientras Lange escuchaba con calma, Louise intentaba contener la provocación. Era más fácil decirlo que hacerlo, y tampoco le reprochaba que buscara explicaciones y posibilidades. Comprendía que la familia estuviera conmocionada por el brutal asesinato, pero no tenían tiempo de escuchar sus sospechas infundadas.

Aun así, le dejó continuar un poco más antes de interrumpirlo.

—¿Alguna vez le pareció que el hecho de que a su hermano también le gustaran los hombres causara problemas entre Nils y su mujer?

Søren Hyllested, molesto, entrecerró ligeramente los ojos mientras la miraba con un gesto que ella no pudo descifrar.

—Mi hermano no era gay —dijo, masticando la palabra con asco—. ¿De dónde has sacado eso?

—Nos lo han dicho quienes lo conocían. —Louise no pudo resistirse a decirlo, pero enseguida se arrepintió al sentir la mirada de Lange—. Al menos la gente cercana a su cuñada cree que era activo en la comunidad gay.

—Eso no es cierto —dijo su hermano—. Estaba casado con Dorthe, y antes de ella tuvo una relación con una tal Line, con la que salía en el instituto. Menuda gilipollez. Si alguien está interesado en calumniar a mi hermano y a mi cuñada, ahora que ya no están ninguno de los dos, quizá debería hacérselo mirar.

Estaba claro que Louise le había ofendido. Una vena apareció en su sien y su mandíbula se afiló. Pero no supo decir si estaba enfadado por su parte o por la de su hermano por hacer una afirmación que en realidad no habían verificado. Aún no tenían pruebas de que lo que decían Lea, Eva y el chef fuera cierto, pero tenían motivos para creerlo, se recordó a sí misma mientras la mirada furiosa del hermano la atravesaba. Y también era consciente de que la cabaña en el bosque no era una prueba concluyente.

—Muchas gracias por su tiempo —dijo Lange bruscamente, y se levantó.

Louise lo siguió de mala gana y se despidió en el salón, donde la mujer del chapista dormía mientras su labor de punto reposaba en su regazo.

—Lo sé —dijo Louise cuando se subieron al coche—. No debería haberlo dicho, debería haber dejado que hablara él. Pido disculpas por ello.

No miró a Lange mientras se disculpaba.

—No, maldita sea —exclamó—. Está bien.

Era la primera vez que lo escuchaba maldecir.

—Ahora sabemos lo que Nils tuvo que soportar de su propia familia, no tuvo que ser fácil. De hecho, mientras estaba sentado allí me pregunté a dónde habría ido en los años 90 si hubiera vivido en Herning y fuera gay. Mi apuesta es que probablemente no había muchos sitios, así que ¿por qué no ir a Copenhague?

Louise reflexionó un momento antes de asentir. Luego sacó el móvil del bolso y llamó a Niklas.

—Quiero que investigues si Nils Hyllested era conocido en la comunidad gay de Copenhague. Busca a alguien que estuviera en ese viejo ambiente y conozca a gente.

Él recibió la orden sin comentar que ya era bastante tarde.

—Lindén está en contacto con dos de los hombres que encontró en el teléfono móvil de Aske Nørgaard. Ahora está hablando con uno de ellos, y parece que todas las reservas para la cabaña del bosque se introdujeron en el libro de reservas con el nombre de Jens Jensen. Solo figura el nombre, sin datos personales de contacto. Tampoco se asignan números de habitación en relación con estas reservas. Según Lindén, las reservas terminaron aproximadamente un año antes de la muerte de Nils. Así que, o cambiaron el procedimiento, o la cabaña no se ha alquilado desde febrero de 2018.

Louise no le encontraba sentido y lo dejó colgado de la línea mientras masticaba la nueva información.

—Prueba en algunos de los bares y discotecas gais —dijo—. Ahora mismo sabemos que Nils se movía en ese ambiente, pero en realidad no sabemos con certeza si a él mismo le gustaban los dos géneros. Me gustaría que lo averiguaras. Sigo queriendo saberlo todo sobre el matrimonio Nils y Dorthe Hyllested.

—Dorthe —dijo Lange—. Dorthe y Nils Hyllested. La dama siempre primero.

Ella le sonrió y siguió el tráfico mientras salían de la autopista y se dirigían hacia Vejle. Fue ella quien llegó a un acuerdo con Steffen Lundbo, chef de Gastronetten y antiguo sous chef de Munkebjerg, donde trabajó con Nils.

Entraron en el restaurante y se dieron cuenta de que solo había comensales en un par de mesas y de que había una persona lavando platos.

—Prueben en la parte de atrás —dijo cuando preguntaron por el chef.

Encontraron a Steffen Lundbo bajo un toldo, de pie, con un cigarrillo en la boca y mirando el móvil, que tenía en la mano. Se guardó rápidamente el teléfono en el bolsillo y dejó caer el cigarro.

—No creía que fueran a venir —dijo, limpiándose las manos en el delantal como si quisiera quitarse el humo.

—Lo siento, se nos ha hecho un poco tarde —dijo Lange, sujetando la puerta al chef.

—¿Quieren algo? —preguntó, haciendo un gesto hacia la cocina como si estuviera dispuesto a servirles, pero ambos negaron con la cabeza y dijeron que solo querían hablar con él sobre Nils Hyllested.

—Solíamos reunirnos una vez al año —explicó el chef—, el antiguo grupo de Munkebjerg. Pero en los últimos años no nos vimos demasiado, y luego Nils murió y Tobias se mudó a Kenia, así que dejamos de quedar.

Les ofreció café y refrescos, y Louise aceptó una Coca-Cola y también cogió un puñado de los frutos secos que puso en la mesa delante de ellos. Una camarera estaba recogiendo una mesa, y

Steffen Lundbo la miró expectante cuando salió con los platos, pero ella dijo que aún no habían decidido el postre ni el café.

—¿Puede decirnos si es cierto que Nils Hyllested era gay? —preguntó Lange, directo.

La pregunta pareció sorprender al cocinero, pero al cabo de un momento asintió para sí mismo.

—Bueno, nunca fue algo que dijera directamente —comenzó—. Y estaba saliendo con Dorthe, de la recepción, por lo que tampoco le preguntamos. Pero siempre hubo algo un poco extraño en Nils. Quiero decir, estaba bien, no era un problema en absoluto. Y tampoco había inconveniente en que no saliera, ni cuando se trataba del trabajo ni cuando estábamos en la ciudad. No sé cómo explicarlo, tan solo algo en él nos llamaba la atención. Y creo que todos pensábamos eso, solo que no era algo de lo que habláramos. Probablemente todos pensábamos: «¿Por qué no sales del armario si es lo que quieres?».

«Otra vez», pensó Louise. No era una confirmación, solo una suposición.

—¿Cómo era él? —preguntó Louise cuando se abrió la puerta del restaurante y el camarero acudió a recibir a una pareja de ancianos.

—Era un buen tipo, aunque siempre nos burlábamos de él diciéndole que era un mierdecilla —dijo espontáneamente el chef.

Extendió un brazo como para mostrar que Nils no era muy alto. Louise no se había dado cuenta por la foto que había visto del marido de Dorthe. Era rubio, un poco delgado y estrecho de hombros, pero lo que se le había quedado grabado era el brillo de sus ojos y la arruga de su mejilla cuando sonreía. Tenía un aire juvenil, de esa forma que lo tienen algunos hombres aunque ya no sean jóvenes.

—Por otro lado, era increíblemente rápido —continuó Steffen—. Nils se dejaba la piel por el resto de nosotros cuando dirigíamos eventos y era bueno organizando. Así que siempre estabas contento por estar de guardia con él. Era un gran colega y un verdadero compañero.

Se quedó pensativo un momento antes de sacudir la cabeza.

—No habría cambiado nada si fuera gay —dijo—, pero podría habérnoslo dicho. Aunque Dorthe estaba allí, así que probablemente no pensamos demasiado en ello.

Empezó a levantarse. El camarero había despejado otra mesa y se dirigía hacia la pareja de ancianos con dos copas de vino en una bandeja.

—Cuando murió, reunimos dinero para una corona, pero yo no estuve en el funeral. Fue justo después de Semana Santa y no pude encontrar a nadie para cubrirme, así que tuve que quedarme aquí —dijo, como si su ausencia requiriera una explicación especial.

Preguntó por el funeral de Dorthe y Lange le respondió que aún no se había fijado la fecha. Le agradecieron su tiempo justo cuando el camarero se acercó a su mesa y anunció que los nuevos clientes habían pedido.

McDonald’s. No ocurría muy a menudo, pero esa noche Louise no puso objeciones. Dos hamburguesas de queso, patatas fritas y una Coca-Cola grande. Para cada uno de ellos.

Tenía tanta hambre que había dudado si dos hamburguesas serían suficientes, incluso se planteó complementarlas con nuggets, pensando que la cocina ya estaría cerrada cuando regresaran al hotel de Troense. Pero recapacitó, y ahora que iba por la mitad de la última hamburguesa, no se arrepintió cuando arrugó el papel y lo metió en la bolsa.

Lange se puso a tararear las melodías de la radio y, por extraño que pareciera, Louise no se enfadó. En realidad, fue muy agradable que no esperara que hablaran durante todo el camino de vuelta a Tåsinge.

Acababan de pasar Odense cuando sonó el móvil de Louise y el nombre de Jonas se iluminó en la pantalla.

—Hola —dijo ella, alegre, y sintió que una ola de calor le recorría el cuerpo. Pero cuando su hijo empezó a hablar, tuvo que pedirle que lo repitiera. Al principio le costó entender lo que decía, pero, cuando por fin comprendió las palabras, su corazón se rompió.

—¿Cuándo? —preguntó, sintiendo la mirada de Lange. La tristeza en la voz del chico hizo que Louise se encogiera involuntariamente, como si su cuerpo tratara de forma instintiva de encapsular el dolor y evitar que se extendiera a cada célula. Escuchó, sin poder evitar que se le saltaran las lágrimas—. ¿Cómo está Melvin?

—Fue él quien se dio cuenta —dijo Jonas con la voz rota—. Acababa de ir a ver cómo estaba. Pero, cuando regresó, estaba muerta.

Empezó a llorar de nuevo, y Louise tampoco pudo parar, lamentando haberle prometido que eso no ocurriría. Miró a Lange, que le preguntó en un susurro si debía parar a un lado.

Louise negó con la cabeza. Aunque no podía permitir que la muerte de Grete Milling obstaculizara la investigación —que, debido al niño y al difunto cónyuge de la viuda, parecía tornarse más complicada de lo que había supuesto en un principio—, tenía que volver al hotel y coger el coche para conducir hasta Copenhague. Pero, al mismo tiempo, era consciente de que tenía que volver a Tåsinge para reunirse con el resto del equipo a las ocho de la mañana siguiente.

Louise reflexionó sobre la situación, sintiéndose algo avergonzada por dejarse llevar por el trabajo cuando la pareja de su vecino de abajo acababa de morir.

—¿Ha muerto en casa o en el hospital? —preguntó, intentando que su voz sonara estable, con la esperanza de que su hijo se sintiera reconfortado.

—En casa —lloró él, y se esforzó por controlar el llanto antes de continuar—: Pensábamos que empezaba a mejorar.

La forma en que dijo «pensábamos» conmovió a Louise. Ella y Melvin eran los confidentes más íntimos de su hijo adoptivo. Jonas visitaba a menudo a su vecino de abajo; los dos habían desarrollado una amistad que hacía tiempo se había vuelto tan estrecha que Louise los consideraba como un abuelo y su nieto. Cuando Melvin sufrió una parada cardiaca en el pasillo, fue Jonas quien lo encontró y le practicó la reanimación cardiopulmonar hasta que llegó la ambulancia. A lo largo de los años, ambos habían forjado una relación que Louise nunca había tenido con sus propios abuelos.

—Por la tarde, Melvin habló con el médico —le dijo su hijo—. A Grete le habían dado una medicación que decían que la ayudaría, y parecía sentirse un poco mejor. La vi esta tarde al volver del instituto y bromeamos. Le dije que, si mejoraba rápidamente, podría ir al huerto antes de que lo cerraran.

Louise ya no se fijaba en el oscuro paisaje ni escuchaba la radio, solo se dio cuenta de que Lange había bajado el volumen. Grete Milling los animó a ella y a Melvin a comprar una casa en una zona de jardines comunitarios hacía unos años, en la misma en la que estaba la casa de Grete, y desde entonces las dos casitas habían sido el epítome del sol y lo acogedor. Fresas frescas y patatas recién recolectadas. Melvin y Grete habían pasado la mayor parte del tiempo dando vueltas por ahí, cuidando de las plantas y bebiendo café bajo los grandes árboles. Le costaba asimilarlo. ¿Qué pasaría con la pequeña y hermosa casa de la que Grete se había ocupado durante más de treinta años?

—La ambulancia acaba de recogerla —continuó Jonas, y a Louise le pareció oír que empujaban algo por el suelo. Bajó la voz—. Melvin ha llorado mientras se iban con ella y no sé qué decirle. ¿Qué le digo?

—No hace falta que digas nada —respondió—. Creo que basta con que estés ahí. Me daré prisa en llegar a casa y podremos hablar de ello. Ahora mismo, es natural que estés conmocionado y triste.

—Melvin ha entrado a hacerle la cama —dijo Jonas.

Después de que Grete Milling se mudara al piso de abajo, Melvin había amueblado su dormitorio con dos camas individuales que se alineaban a lo largo de paredes opuestas. Había sido conmovedor ver cómo los dos ancianos se unían y llenaban la soledad en la vida del otro. Habían estado bien juntos. Ahora, el piso de abajo volvía a estar vacío.

—Melvin quiere hablar contigo —dijo Jonas, y Louise se secó rápidamente las lágrimas. Le avergonzaba que Lange, a quien apenas conocía, estuviera sentado tan cerca y fuera testigo de su dolor. Una exposición que normalmente intentaría ocultar, pero, a tan corta distancia, era imposible esconder la desesperación y fingir que la muerte no la afectaba.

—Siento muchísimo que Jonas haya tenido que pasar por esto —fue lo primero que dijo Melvin al ponerse al móvil—. Es triste y difícil de entender que justo hoy haya tenido que irse. Justo cuando empezábamos a creer que se estaba recuperando.

Su voz era oscura y seria, de un modo que hizo pensar a Louise que su vecino de abajo se desvivía por hablar con ella. Deseó haber estado en casa para poder bajar a apoyarle.

—Estoy de camino a casa —dijo ella antes de que él pudiera continuar—. Puedo llegar desde Tåsinge en unos... —miró a Lange— veinte minutos —dijo, cuando él se lo indicó con un gesto —. Así que probablemente pueda estar con vosotros sobre las once.

—No hay razón para que vengas hasta aquí —exclamó Melvin de inmediato—. De todos modos, ahora mismo no podemos hacer nada más. Creo que todos necesitamos tomarnos un tiempo para descansar y recuperarnos de lo ocurrido.

—Exacto —respondió Louise—. Volveré a casa y pasaré un rato con vosotros.

—Será mejor que vuelvas a hablar con Jonas —dijo, y casi sonó a disculpa cuando continuó—: Me temo que es probable que esté dormido antes de que llegues a casa.

Louise pudo oír a su hijo decir algo de fondo y de nuevo sintió un poco avergonzada al pensar que la muerte no podía llegar en un momento más inoportuno para la investigación. Era muy consciente de que no sería un gran apoyo en casa, ya que estaría constantemente pensando en cuándo podría volver a Tåsinge. Pero los tres formaban su propia pequeña familia, y Grete Milling había pasado a formar parte de ella.

—No conduzcas hasta casa —pidió Jonas cuando recuperó su teléfono móvil—. Esta noche me quedo aquí abajo, con Melvin. Y dice que Dina puede quedarse aquí también.

Louise los visualizó: un anciano de setenta y ocho años, un joven de diecisiete y una hembra de labrador sorda. Los tres formaban parte de su día a día. La seguridad de la vida que había reconstruido cuando regresó a su apartamento tras su fallido viaje alrededor del mundo.

18

Cuando volvieron al hotel de Troense, Lange le preguntó a Louise si le apetecía una cerveza en el bar de detrás del restaurante; le sorprendió un poco que aún estuviera abierto. Y que hubiera clientes. Por un momento, lo consideró antes de asentir. Se sentía expuesta emocionalmente, como si todas las capas que la protegían y ocultaban sus sentimientos hubieran sido retiradas. El dolor y los remordimientos por no estar en casa con las personas que más significaban para ella le hacían derramar lágrimas. Al mismo tiempo, sintió de nuevo esa pizca de irritación por el hecho de que la muerte de Grete Milling se hubiera producido en ese momento concreto. Se sentía desgarrada y miserablemente agradecida de que fuera Jonas quien hubiera tomado la decisión de que se quedara en Tåsinge.

—Solo una caña —respondió cuando Lange le preguntó qué quería.

—¿Qué tal un chupito? —ofreció él, señalando la hilera de botellas de Gammel Dansk, Jägermeister y cualquier otra cosa que estuviera alineada con los licores.

Louise lo consideró y estaba a punto de negar con la cabeza cuando oyó a su colega pedir dos chupitos y pensó que un traguito de alcohol podría calmar un poco las cosas. Así que, cuando él le tendió el vaso, ella le dio las gracias y se bebió el pegajoso, amargo y marrón líquido de un largo trago, mientras que Lange se limitó a dar pequeños sorbos al suyo. Y no se opuso cuando le pidió al hombre de detrás de la barra que le rellenara el vaso.

Se habían sentado en un par de sillas altas al final de la barra. Louise reconoció al instante el pelo castaño y ondulado y los anchos hombros de Jack Skovby. Estaba de espaldas, hablando con dos hombres de la misma edad en un reservado al fondo de la sala. Los dos hombres habían estado jugando a los dados, que estaban esparcidos por la mesa. «Pero quizá el juego se vio interrumpido cuando Jack se les unió», pensó Louise. De pie, con las manos en los bolsillos de su sudadera polar, hablaba mientras los demás escuchaban.

En otro reservado junto a la ventana, una pareja se sentaba acurrucada. «Alguien debería sugerirles que se buscaran una habitación», pensó Louise, sintiendo el calor en el cuerpo mientras vaciaba su segundo chupito. Una lenta calma se apoderó de ella y se sintió un poco mareada. No por el alcohol, sino por todo el día; parecía que había pasado muchísimo tiempo desde que Eik había aparecido sin avisar. Cuando ella y Lange regresaron, vio su viejo jeep en el aparcamiento, así que pensó que seguía allí. No habían hablado desde que se separaron después de que tirara al cocinero al suelo en la posada. Sentía la pérdida y el anhelo de ser abrazada.

Él también conocía a Melvin y a Grete Milling. Comprendería su dolor, pero también su compromiso de quedarse. Eik estaba allí para encontrar al niño, que debía estar en alguna parte. Pero la resolución del asesinato recaía sobre sus hombros.

A Lange aún le quedaba cerveza en el vaso cuando se levantó y anunció que se iba.

—¿Nos vemos mañana a las ocho? —preguntó, y Louise asintió, pero permaneció sentada. La miró con preocupación en los ojos—. ¿Estás bien?

Louise volvió a asentir.

—Me quedaré un ratito más —dijo, señalando con la cabeza el resto de su cerveza.

—No hay problema si necesitas pasar unos días en Copenhague. Todo el mundo lo entenderá, y nos las arreglaremos mientras estés fuera.

Louise sacudió rápidamente la cabeza y le agradeció la preocupación.

—No es necesario —respondió ella, tratando de parecer competente y ecuánime—. Ahora mismo, la investigación es lo primero.

Vio su ceja levantada y oyó lo huecas que habían sonado sus palabras.

Louise quería escribir a Camilla y pedirle que cuidara de Jonas y Melvin para que no se quedaran solos con su pena. Su amiga conocía a su hijo adoptivo desde hacía más tiempo que ella. Jonas y Markus habían ido juntos a clase y eran los mejores amigos del otro, y lo seguían siendo.

Lange la miró una vez más antes de asentir y darle las buenas noches. Había algo intimidante en el hecho de que un desconocido fuera de repente el responsable de recogerla. De nuevo pensó en Eik, que estaba justo arriba, pero quizá ya dormido.

Asintió cuando el camarero le preguntó si quería otra caña. La cerveza puso un filtro agradable sobre sus emociones y la adormeció. Eran cerca de las once, estaría llegando pronto a casa si hubiera salido a la hora a la que habían regresado.

Pero, ahora que se le había pasado el efecto del alcohol, estaba aún más convencida de que volver a casa en coche habría sido un error. No le habría servido de consuelo. Ya lo había hecho muchas veces, intentar ser algo para los demás mientras estaba en medio de una investigación. Nunca le había salido bien. Sabía que, de haberse marchado, toda su atención habría estado puesta en Tåsinge.

Louise estaba sumida en sus pensamientos cuando le tocaron el hombro.

—Hola —dijo Jack Skovby.

Louise se volvió hacia él y se dio cuenta de que sus amigos se habían marchado; solo quedaban los dados sobre la mesa. La pareja del reservado seguía allí. Él, con el brazo fuertemente alrededor de ella y ella, con la mano demasiado cerca de su entrepierna. Louise apartó la mirada, avergonzada.

—Hola —dijo.

—¿Puedo ofrecerte otra cerveza? —preguntó él.

Iba a decir que no, pero acabó diciendo que sí de todos modos.

—Solo una pequeña —dijo.

Se bajó la cremallera del forro polar y se sentó a su lado. Llevaba una camiseta azul oscuro ceñida al pecho. Se quedaron en silencio mientras les servían las cervezas.

—¿Está avanzando la investigación? —preguntó Jack, como si estuviera copiando el diálogo de una película policíaca.

Louise lo miró un momento antes de contestar. Cuando lo vio por primera vez de pie junto a la mesa, su primera impresión fue que acababa de asomar la cabeza para dar un mensaje a los otros dos. Y ahora parecía que estaba dispuesto a sacarle la información. «No lo va a conseguir», pensó, y le dio la vuelta a la situación.

—Antes me dijiste que conocías a Dorthe y Nils desde que se hicieron cargo de la posada, ¿cómo era su relación? —preguntó, y estaba a punto de bajar el brazo cuando él apoyó el suyo en la barra, junto al de Louise. Su piel emanaba calor, envolviendo la de ella, y estaba tan cerca que ella podía oler claramente su aroma a aire fresco y piel besada por el sol. Dejó el brazo donde estaba.

Él había empezado a asentir mientras ella hablaba, como para confirmar lo que le había dicho antes. Pero antes de decir nada, le llamó la atención y brindó por ella. Louise se encontró con su mirada y una sensación inquietante se apoderó de su estómago, pero esta vez se conformó con sorber la espuma mientras lo miraba expectante.

—Llevaban aquí unos meses, quizá medio año, cuando Nils se puso en contacto conmigo. Quería que talara unos árboles frente a la posada y me preguntó si podíamos llegar a un acuerdo para que fuera a cortar el césped. Nos llevábamos bien y, cuando había algo que hacer, me llamaban.

Louise quiso preguntar cómo había sido la relación de la pareja, pero decidió que prefería dejarle hablar a él. Había algo penetrante en su mirada azul, la observaba como si ya se conocieran, lo que la avergonzaba un poco, pero al mismo tiempo la tranquilizaba. Se sentía menos sola en la aguda pena que vibraba en su interior, recordándole que la muerte acababa de arrebatarle a alguien.

—Se adaptaron bien —prosiguió—. Y no es fácil para la gente que viene de fuera. Los que vivimos aquí estamos acostumbrados a que vengan muchos alfareros y se instalen durante un tiempo. Pero suelen volver a mudarse cuando se dan cuenta de que nadie quiere comprar su basura. Así que siempre tendemos a estudiar a las personas antes de aceptarlas.

Su brazo rozó el de ella al inclinarse ligeramente hacia delante mientras hablaba, y ella sonrió a cuando mencionó la cerámica. Su propia madre era ceramista y se ganaba la vida con las cosas que hacía en su taller de Lerbjerg. Pero ella sabía a qué se refería.

—Creo que estaban felices de vivir aquí e hicieron mucho por reunir a la gente en la posada. Crearon algunas tradiciones para nosotros, los lugareños. Buñuelos de manzana y la visita de Papá Noel para los niños el primer domingo de Adviento, seguido de salchichas a la parrilla en la

parte de atrás, de lo que se encargaban Nils y el cocinero. Cada uno pagaba su propia bebida. El solsticio de verano también se celebraba siempre en Strammelse Kro. Organizaban una hoguera en el campo frente a la posada, así que llevamos nuestra propia carne para la barbacoa y solo tuvimos que pagar las bebidas. Eran buenos en ese tipo de cosas, y no tardaron en convertirse en parte esencial de la vida local.

Louise no le preguntó por el tema de la homosexualidad, le dejó hablar. Ahora se alegraba de haberse quedado en el bar en lugar de haber subido al mismo tiempo que Lange. La voz grave y el acento de Fionia de Jack la tranquilizaron. Pero ya no bebía, solo daba sorbos.

—¿Qué sabes sobre la cabaña en el bosque que alquilaba la pareja? —preguntó sin entrar en lo que ella misma sabía al respecto.

Fue más una vacilación que un parpadeo de sus ojos antes de responder que no sabía nada de una cabaña lo que no convenció del todo a Louise. También se dio cuenta de que alguien debió construir la terraza para el jacuzzi. Pero, por supuesto, podría haber sido otra persona.

—¿Tenían un buen matrimonio? —preguntó ella, y él volvió a vacilar de esa forma tan evasiva, como si fuera sobre todo porque no sabía qué contestar. Pero luego se encogió de hombros.

—La verdad es que no lo sé —dijo—, no los veía juntos a menudo. Cuando Nils vivía, solía ser él quien me llamaba cuando necesitaba mi ayuda. Es decir, además de las veces que iba a cortar el césped. A Dorthe la veía más en la posada, en eventos o si iba a comer con mi hija.

Eso coincidía con la imagen de posaderos ocupados que había oído de otros.

—Tengo una hija de diez años que vive con su madre en Copenhague. Nos separamos cuando Mille tenía cuatro. Por desgracia, no puedo verla muy a menudo, pero, cuando viene de visita, lo pasamos muy bien.

A Louise le habían contado que no había sido un divorcio muy agradable. A la madre se le había concedido la custodia y no era muy generosa cuando se trataba de la necesidad del padre de pasar tiempo con su hija.

Louise no creía que Jack se estuviera quejando, pero no podía decir si estaba triste por no formar parte de la vida de su hija o si echaba de menos a la madre.

Cuando el camarero anunció que era la última ronda, Louise se había reído más que en mucho tiempo. Jack tenía una visión irónica de la realidad que resultaba divertida y que ella reconocía en sí misma. Se había dejado cortejar y había disfrutado de la atención y el interés masculino que él compartió generosamente cuando ella le habló de la muerte de Grete Milling. Ahora también sabía que Jack se había criado en la granja que luego heredó de sus padres, ambos fallecidos. Tenía un perro llamado Basse, una mezcla de algún tipo.

Louise no se había dado cuenta de cuándo se había marchado la pareja del reservado, pero pensó que podrían haberse escabullido por debajo de la mesa cuando Jack le preguntó si quería una última cerveza.

Sacudió la cabeza y dijo que ya debía subir.

Ni una sola vez mencionó nada que se acercara a los rumores sobre Nils ni nada que indicara que no todo el mundo en Tåsinge se había mostrado igual de entusiasmado con la pareja. Louise temió haber interpretado demasiado las declaraciones de los demás. Si no había nada de cierto en su afirmación de que Nils había estado enamorado de Aske, entonces ella había perdido un día corriendo en la dirección equivocada.

Ahora mismo, en realidad no tenían nada contra él, aparte del hecho de que la cabaña del bosque estaba habilitada como habitación de invitados para homosexuales. «Y no hay nada malo en ello», pensó, lamentando no haber hecho más preguntas ahora que había tenido la oportunidad con Jack Skovby.

Pagó y se levantaron. De repente, se sintió incómoda por haberle hecho partícipe del dolor que se había estrellado contra el centro de su vida. Pero el tono entre ellos se había vuelto familiar, y ella necesitaba sentarse en la barra y hablar con otro ser humano. No había salido con nadie desde Eik, y le vino bien sentirse reconfortada. Así que, cuando él le habló de su relación fallida y del dolor de estar sin su hija, había sido natural hablar de Jonas y de su vecino de abajo.

—¿No tiene a su padre en casa con él? —preguntó.

Pero ella no contestó, y él sonrió y dejó el tema.

Rápidamente recogió su bolso del suelo. Jack galantemente sostuvo la puerta para ella y la dejó pasar primero. La entrada del restaurante estaba cerrada con llave, así que tuvieron que salir e ir a la entrada del hotel para que ella entrara. La siguió unos metros hasta la puerta.

—¿La policía siempre termina la jornada laboral en el bar cuando están haciendo trabajo de campo? —preguntó mientras estaban en la acera.

Louise negó con la cabeza.

—Hoy ha sido un día especial —dijo, sintiendo menos firme su voz al pensar en Grete Milling, Melvin y Jonas—. Gracias por la compañía, ha sido agradable distraerme un rato. Por suerte, no todos los días muere un ser querido.

—Por suerte, no, —repitió él—. Todavía no entiendo cómo alguien pudo matar a Dorthe. Le tenía mucho cariño.

Extendió los brazos y la estrechó en un largo abrazo.

Louise se dejó abrazar y aspiró el olor a hierba, madera y bosque de su forro polar. Acababa de enderezarse para dar un paso atrás cuando estableció contacto visual con Eik. Había doblado la esquina del edificio y ahora estaba de pie detrás de Jack. Llevaba una caja bajo el brazo.

Todo sucedió muy rápido. Jack bajó los brazos y Eik no se inmutó mientras se miraban

fijamente, pero luego le hizo un breve gesto con la cabeza y desapareció en la recepción.

Louise se zafó del abrazo de Jack y se despidió agitada.

—Puede que volvamos a ponernos en contacto contigo —dijo, torpe y demasiado formal, dando unos pasos atrás.

Él apartó los brazos confundido y buscó su mirada, pero Louise bajó la vista.

—Por supuesto —dijo—. Llámame si hay algo en lo que pueda ayudarte.

19

Frederik y Markus aún dormían cuando Camilla y Charlie salieron del apartamento de Frederiksberg. Vender la idea al director editorial Terkel Høyer había sido difícil. Ella le había contado la historia de la posada de Tåsinge, que tenía un escondite en el bosque para gais.

Pero se las había arreglado para captar su interés cuando le explicó que iba a llevar a Charlie con Eik y que, por tanto, tenía acceso directo a información que la policía ocultaba a la prensa.

Se puso un jersey calentito y metió su grueso abrigo en la bolsa, que se echó al hombro antes de tapar el termo que había llenado de café. Llamó a Charlie mientras buscaba la correa.

Por supuesto, la información no era del todo correcta, porque no se había ocultado nada sobre la cabaña. Estaba el niño desaparecido en la posada del que aún no podía contarle nada, pero Terkel cayó de todos modos. Su jefe siempre había tenido un punto débil cuando olía una oportunidad a la que los medios de comunicación de la competencia no tenían acceso. Además, le había asegurado que el periódico no tendría que pagar el puente ni los gastos de kilometraje, ya que de todas formas viajaba a Tåsinge con el perro.

Camilla metió la bolsa en el coche antes de pasear a Charlie por la acera de Frederiksberg. Fue entonces cuando se dio cuenta de que se había olvidado de las bolsas para perros. Miró a su alrededor, pero lo único que pudo ver fue a un deportista al otro lado de la carretera, corriendo a un ritmo que no le dejaba tiempo para concentrarse en las cacas de perro, y se sintió un poco avergonzada mientras el pastor alemán se dirigía hacia la pared de una casa.

La noche anterior, había entrado en los perfiles de Facebook e Instagram de Aske Nørgaard y había encontrado insinuaciones coquetas sobre encuentros en el bosque. Sobre baños de burbujas y champán. No es que el joven intentara ocultar sus intenciones o poner un velo sobre el hecho de que era un tipo con cara de novato que estaba dispuesto a hacer algo.

Se apresuró a alejarse con Charlie en cuanto terminó y decidió parar en algún lugar del camino para comprar bolsas. No fue tanto el flirteo en las redes sociales lo que había despertado la curiosidad de Camilla. Fue más bien una imagen de Aske en la que se veía que lo habían golpeado. La foto aparecía en su perfil de Instagram con un texto que rezaba: «Cuando duele ser quien eres» y luego un corazón roto.

Volvieron al coche, metió a Charlie y puso el navegador para ir a Tåsinge. Después de la foto de Aske, había leído un artículo sobre la prostitución moderna, y para ella fue nuevo descubrir que también había mucho sugar dating entre los hombres. Se encontraban a través de las redes sociales. El artículo decía que antes los chicos lo hacían más para sobrevivir, pero que hoy en día se trataba más de dinero y regalos. «Y reconocimiento», pensó Louise. El producto era el mismo, pero el embalaje era más bonito, como escribió el periodista.

Encendió la radio y pensó en Aske Nørgaard y en la cabaña del bosque. Al parecer, la novedad

era que los chicos jóvenes vendían fotos y vídeos de sí mismos en situaciones sexuales, solos o con otras personas. El pago se realizaba a través de una aplicación del móvil.

Camilla había intentado localizar a Louise, pero su amiga no respondía. Así que llamó a Eik para preguntarle si Louise estaba con él. No lo estaba, pero él le dijo que podía llevarse a Charlie con ella, ya que pensaba quedarse en Tåsinge.

Había intentado preguntarle por el niño y por qué la policía lo relacionaba con el asesinato de la viuda, pero no obtuvo ninguna respuesta. Tampoco la obtuvo cuando le pidió que consiguiera bolsas para cacas de perros.

—Estamos en el campo —respondió él—, aquí no se usan ese tipo de cosas.

Se dio por vencida y prometió llamar más tarde.

La niebla de la mañana de otoño se extendía pesada sobre el puente del Gran Belt mientras Camilla se aproximaba a la cola de luces rojas antiniebla que iban delante. El termo ya estaba vacío, y atrás, Charlie roncaba. Se arrepintió de no haber comido antes de salir y decidió parar en la primera gasolinera una vez cruzado el puente. Así podría comprar las bolsas mientras se abastecía de café y dos bollos. Uno para ella y otro para Charlie.

Le había dicho a Frederik que le habían encargado una trabajo en Tåsinge, pero no le había dicho que había hecho una pequeña maleta por si había algo más en la historia y acababa quedándose allí.

No le resultó difícil encontrar a la madre de Aske cuando buscó un Nørgaard en la guía telefónica digital. Esperaba que la conversación con la madre diera el pistoletazo de salida a una serie de artículos en los que llevaba tiempo queriendo sumergirse. La serie de reportajes estaba inspirada en el hecho de que existían alrededor de treinta denominaciones de género diferentes y la realidad de que esas personas sentían que no había espacio para ellas. Que no se les tenía en cuenta ni se hacía lo suficiente para que se sintieran integradas. Ya se había escrito sobre la falta de vestuarios en la piscina que se adaptaran a todos, pero, para Camilla, se trataba más bien de las minorías que luchaban por encontrar su lugar en la sociedad. Aquellos que se mantenían fieles a sí mismos, a pesar de las consecuencias.

Fue la negativa rotunda del jefe de redacción lo que la convenció de que esos artículos debían escribirse, incluso aunque tuviera que hacerlo en su tiempo libre. Y la forma más suave sería empezar con un joven homosexual que era guapo y, al mismo tiempo, no parecía gay, que era otra cosa que a Terkel tampoco le entusiasmaba demasiado.

Antes de llegar a Tåsinge, Camilla volvió a llamar a Eik para preguntarle dónde debían encontrarse para que se hiciera cargo de Charlie. Eik se disculpó cuando le pidió que cuidara del pastor alemán un rato más y le dijo que esperaba una llamada importante que lo obligaría a conducir hasta Copenhague, pero que volvería a Tåsinge. Una vez más, se negó a ofenderse y

Camilla aceptó que se reunieran cuando ella hubiera terminado su entrevista.

Ya había concertado una cita con Eva Nørgaard. Al principio, la madre de Aske se había mostrado indiferente, pero, cuando Camilla le explicó que había leído sobre el ataque a su hijo y quería escribir sobre cómo defender lo que uno es, Eva Nørgaard se ablandó.

Por teléfono, la madre le había dicho que Aske no era el único que experimentaba la hostilidad que había hacia los homosexuales. Era algo que también les había ocurrido a otras personas en Svendborg, Odense y Fåborg. Camilla ya lo sabía. Tras buscar en Infomedia, encontró artículos sobre delitos de odio. Odio dirigido a quienes destacaban de un modo u otro.

Salía humo de la chimenea de la pequeña granja. La niebla matinal se había disipado y una neblina gris cubría los campos. Eva Nørgaard apareció en la puerta cuando Camilla se aproximó a la casa. Parecía un poco nerviosa y se quedó con las manos en los bolsillos de un jersey abierto, observando a Camilla mientras bajaba un poco la ventanilla trasera para que Charlie pudiera respirar mientras permanecía en el coche.

Camilla fue recibida con el aroma del café recién hecho mientras la conducía a una sala de estar de techos bajos donde las plantas verdes ocupaban la mayor parte de la luz, que a Camilla le recordó a un jardín botánico. La mesa del comedor estaba colocada entre las ventanas que daban a la carretera. En un plato de porcelana había un brazo de gitano espolvoreado de azúcar y cortado en rodajas gruesas.

—Cuando llamó, pensé que era para hablar de lo que había sucedido en la posada —dijo Eva Nørgaard mientras se sentaban frente a frente—. No quiero hablar de eso, pero sí quiero hablar en nombre de mi hijo.

Camilla asintió y le aseguró que en la entrevista no se tocaría para nada el tema del asesinato.

—Mi colega está cubriendo el caso —dijo—, pero he oído hablar de la cabaña del bosque a la que iba su hijo.

—¿Cómo se ha enterado? —preguntó Eva, que de repente parecía un poco descentrada.

Camilla consideró cómo explicarse.

—Para ser sincera —comenzó—, el caso es que mi amiga Louise Rick dirige la investigación del asesinato y me pidió que investigara si se había escrito algo sobre esa cabaña. Para mí, es más interesante porque parece ser una oferta dirigida a hombres homosexuales. —Camilla hizo una pausa y se echó hacia atrás, mirando por la ventana un momento entre los tallos de las plantas verdes. Luego se volvió hacia la madre de Aske—. Esta serie de artículos está dirigida a los lectores que piensan como yo —admitió—. En realidad, no pensaba que la sexualidad de las personas siguiera siendo un problema. Pero me he dado cuenta de que es una visión ingenua de la sociedad, ya que sigue siendo algo que despierta ira y desprecio. Y eso no es tolerable.

Disculpándose, hizo un gesto con la mano, pero la ira surgió como un rayo.

—Y lo más absurdo es —continuó— que parece más normal entre los jóvenes ser mucho más

abiertos de mente cuando se trata de parejas. Te enamoras de las personas, no del género.

Eva Nørgaard la interrumpió.

—No sé nada de eso —dijo—, pero puedo garantizarle que todo el tema de la tolerancia de género no es algo normal aquí.

—No —admitió Camilla—, me he dado cuenta. Y eso es lo que quiero ayudar a cambiar. No es aceptable que lleve a la violencia y al desprecio.

—¿Cómo va a evitarlo? —preguntó Eva con sobriedad.

—Informando a la gente. Contando la historia de su hijo y mostrando que detrás de un delito de odio hay víctimas. Y que entre esas víctimas hay jóvenes lo bastante valientes como para ser fieles a sí mismos. Con el valor suficiente como para no avergonzarse y esconderse.

Eva Nørgaard tenía lágrimas en los ojos y había empezado a asentir.

—No creía que los homosexuales fueran alguien a quien despreciar. Muchas personalidades fuertes son modelos a seguir. Incluso en Dancing With The Stars, dos hombres bailaron juntos. ¡Y ganaron!

—Aske nunca intentó cambiar —dijo la madre—. Y seré la primera en admitir que a veces se llevaba a sí mismo al límite cuando se trataba de mostrar quién era. No creo que tuviera más de dieciséis años cuando se dejó fotografiar como modelo en una revista masculina. Y no era algo que hiciera a nuestras espaldas, era muy abierto al respecto. Sentía curiosidad y exploraba.

Guardó silencio un momento antes de continuar:

—Y creo que también se dejó llevar por su propio deseo. No le parecía que hubiera nada malo en ello. Su padre se sentía provocado, pero a Aske no le importó y se defendió diciendo que su padre también miraba a las chicas de la página nueve de la revista Ekstra Bladet. Y la verdad es que tenía razón.

Hubo una pequeña sonrisa.

—Era bueno defendiéndose y bueno demostrando que lo que sentía y quería no era diferente. Pero su padre no lo veía así.

—Pero ¿usted le apoyó? —dijo Camilla, y sacó su teléfono móvil después de que Eva le diera permiso para grabar la conversación.

—Sí, que fuera él o una joven que se dejaba fotografiar parcialmente desnuda me daba igual —respondió—, pero para mi hijo era más un intento de defender su causa. Al menos eso pensé al principio, pero luego empezó a cambiar.

—¿Cómo? —preguntó Camilla.

Se quedó un rato sentada, mirando la mesa. Ninguna de las dos había tocado el brazo de gitano, y

Camilla tomó un sorbo de café para darle tiempo.

—La agresión —respondió—. Es probable que empezase a cambiar a raíz de aquello, aunque no me di cuenta hasta mucho tiempo después.

Volvió a guardar silencio y bebió un poco de café.

—Para entonces, mi marido y yo nos habíamos divorciado y eso nos dio un poco más de paz en casa —relató—. Puede sonar mal, pero era como si la repugnancia de su padre...

Se detuvo un momento antes de corregirse y decir que era más negación que asco.

—No quería aceptar que su hijo fuera gay, y quizá todo habría ido bien si Aske se hubiera callado. Pero yo nunca lo habría permitido; estaba orgullosa de que se aceptara a sí mismo, de que no fuera algo de lo que se avergonzara. Eso es lo que inculqué a mis dos hijos. Pero en algún momento pareció como si su alegría desapareciera, como si todo lo que le había dado chispa y energía se hubiera apagado. No fue tan evidente justo después del ataque, tal vez pasó un año, y no mucho después me di cuenta de que estaba enfermo.

Volvió a callarse y pasó un momento antes de que continuara con voz entrecortada.

—Me culpo por no haber estado más atenta. Por no haberlo visto.

Miró a Camilla.

—Pero llegó por etapas. En primer lugar, el ataque, que fue bastante horrible. Cuando le dieron el alta, hubo un largo periodo en el que parecía inseguro de sí mismo, y luego, cuando empecé a creer que se había recuperado y estaba mejor mentalmente, fue como si se replegara cada vez más sobre sí mismo.

Eva sirvió más café en sus tazas, como si necesitara un respiro antes de continuar. Su mirada estaba vidriosa.

—No sabes lo que es ver a tu hijo desmoronarse y desaparecer delante de tus ojos —dijo, mirando a la mesa—. No creo que se diera cuenta de a dónde iba.

—¿Qué sucedió? —preguntó Camilla.

—Se estaba muriendo de hambre, se sentía fatal. Y fue horrible presenciarlo porque no había nada que pudiera hacer. Cogió un camino que no fue capaz de controlar, y creo que no supo salir de la situación en la que estaba.

—¿Se estaba vendiendo? —preguntó Camilla, preocupada por si la pregunta era demasiado directa, pero Eva no pareció ofendida.

—Nunca hablamos de ello —respondió ella—, pero era como si toda la alegría y el deseo que tenía hubieran desaparecido. Se volvió más cínico, si sabe a lo que me refiero.

Camilla negó con la cabeza sin comprender.

—Se estaba volviendo más cerrado —trató de explicar—, como si de algún modo él también hubiera empezado a odiarse a sí mismo.

Ahora la madre estaba llorando y se secó las lágrimas con la pequeña servilleta que había junto al plato del pastel.

—En realidad, eso era lo que más me dolía —susurró—. Lo que más me costó entender.

Camilla había planeado hablar con la madre sobre los hombres con los que su hijo se había visto. Sobre la resistencia a la que se había enfrentado por parte de la comunidad local y la fuerza que había demostrado ante su padre al no avergonzarse. Pero ahora esas preguntas se desvanecían en la pena que se había apoderado de la madre.

Se quedaron durante un rato en silencio, antes de que Camilla se levantara y le diera las gracias varias veces por tomarse el tiempo de compartir su historia.

—Me alegro mucho de que le interese participar y le enviaré el artículo para que lo revise una vez que lo haya escrito. También puede que me surjan algunas preguntas más, en cuyo caso espero que no le importe que la llame.

Eva se había levantado para acompañar a Camilla a la salida.

—Llame cuando quiera, y también puede volver a visitarnos. Aunque claro, es un viaje largo.

Camilla le sonrió.

—Ni siquiera nos hemos comido el pastel —dijo Eva, como si de repente se hubiera dado cuenta de que debería haberlo servido.

—Ahora me está tentando —dijo Camilla, a punto de dar un paso adelante para abrazar a la mujer. Había una fuerza en algún lugar dentro de la pena que le gustaba. Y podía imaginar fácilmente las discusiones entre Eva y su marido cuando defendía a su hijo—. Voy a echar un vistazo a la estructura general del artículo para ver si me falta algo. Y después tendrás noticias mías.

—Trato hecho —dijo Eva, y saludó a Camilla mientras se dirigía al coche.

Charlie, que se había puesto de pie en la parte trasera del coche, tenía el hocico contra la ventanilla y movía la cola mientras ella subía.

20

Louise subió a por más té. Había cogido un vaso grande de la cocina y dos sobres de té para hacerlo extrafuerte, y había añadido azúcar y leche, con la esperanza de que el líquido calmara su resaca. Había dormido inquieta y se había levantado varias veces con una sensación temblorosa en el cuerpo. A las siete, había hablado con Jonas para ver cómo estaban él y Melvin.

Su vecino de abajo seguía durmiendo, y su hijo le dijo que saldría del instituto a mediodía y, cuando llegara a casa, llamarían juntos a una funeraria.

—También tenemos que decidir dónde será enterrada —dijo.

Louise no pudo evitar preguntarse si era demasiado para un chico de diecisiete años tener que tomar ese tipo de decisiones. Pero también sabía que no podría disuadirlo. Melvin era su amigo, y su hijo haría todo lo posible por ayudarlo. Grete Milling se había quedado sin familia cercana tras perder a su hija adulta.

—¿Vendrás a casa para el funeral? —preguntó él, y ella le respondió que por supuesto que iría mientras la culpa de no estar allí la golpeaba en el pecho. Pero su hijo parecía tranquilo; tanto él como Melvin habían dormido, lo que la reconfortó un poco.

Cogió un bollo de la cesta que el camarero había dejado al recoger después del desayuno. Louise esperaba que, con la mezcla adecuada de sal y azúcar, podría estabilizarse después de la cerveza y los chupitos. Primero, huevos revueltos con doble de bacon y, ahora, algo dulce. Acababa de volver a la mesa, donde Lange estaba concentrado en el portátil que tenía delante, cuando Eik entró en el restaurante del hotel.

Louise se dio la vuelta con rapidez y miró a una mujer de mediana edad que iba en bicicleta con una toalla enrollada en el portaequipajes y se dirigía hacia el embarcadero del puerto deportivo.

—Hola —dijo Eik en voz alta al acercarse a su mesa.

Pero luego se recompuso y se volvió hacia él de mala gana. Tuvo que sacudirse la vergüenza de que la hubiera visto en brazos de otro hombre. Ella no le debía nada, y ambos lo sabían.

Cuando se encontró con su mirada, se dio cuenta al instante de que algo iba mal. Algo mucho más serio que la incómoda situación en la que se habían encontrado la noche anterior.

Eik sacó una silla y se sentó junto a Lange, que iba por su cuarta o quinta taza de café. Fue Lange quien había sugerido que utilizaran el restaurante del hotel como oficina esa mañana en lugar de conducir hasta la comisaría de Svendborg.

Louise había estado leyendo los informes que Lene y Niklas habían enviado sobre los movimientos de Nils Hyllested en la comunidad gay de Copenhague mientras Lange investigaba

una información que Lisa Lindén le había facilitado esa misma mañana.

El sistema de reservas de la posada seguía mostrando un notable número de huéspedes con el nombre de Jens Jensen, aunque parecía que la cabaña del bosque ya no estaba en uso. Louise estaba demasiado cansada para entender del todo lo que significaba, pero Lange había pedido a Lindén que hiciera todo lo posible para averiguar quién se ocultaba tras las reservas anónimas. Algunos aún no querían reconocer que habían visitado la posada.

Lange se ofreció a traerle a Eik una taza de café, pero este negó con la cabeza y la expresión de su rostro inquietó a Louise, que se movió hacia delante en su silla.

—Ya están los resultados de los análisis de ADN de la habitación infantil. Acabo de llegar de la comisaría de Odense.

Lange asintió, y Louise se dio cuenta de que ambos debían haber hablado antes por la mañana. Si Eik había conseguido presionar a los genetistas forenses de Copenhague para que aceleraran el examen de la funda de almohada, era porque les había convencido de que tenía una pista que seguir en cuanto obtuviera una respuesta. Algo que ella desconocía.

—Bien hecho —dijo, asintiendo con la cabeza en señal de reconocimiento.

Eik sacó un chicle de nicotina del paquete y se lo metió en la boca antes de respirar hondo y continuar:

—El análisis de ADN obtuvo una coincidencia —dijo, y guardó silencio.

Louise y Lange lo miraron expectantes mientras él se quedaba un momento mirando la mesa, mascando el chicle con tanta atención que se le abultaba la mandíbula. Luego levantó los ojos como esperando una reacción. Pero no fue así.

Eik se pasó las manos por el pelo oscuro y liso y apoyó los codos en la mesa.

—Hay una buena razón por la que nadie ha preguntado por él —dijo, y volvió a callarse.

Louise lo conocía tan bien que sabía que no era una buena señal.

—¿Y bien? —dijo, sonando más molesta de lo que pretendía.

—El niño de la habitación se llama Simon Funch y es de Selandia del Norte —continuó.

—¡Selandia del Norte! —repitió sorprendida, maldiciendo para sus adentros no haberse traído un par de pastillas para el dolor de cabeza. Los efectos de las que se había tomado al despertarse estaban desapareciendo.

Eik la miró y asintió.

—Y —dijo con seriedad— se presume que el niño murió en un accidente aéreo hace dos años, cuando un pequeño avión privado se estrelló aquí, frente a Tåsinge. Solo sobrevivió una persona, la madre del niño. El padre y sus dos hermanos mayores murieron en el accidente y sus cuerpos

fueron recuperados posteriormente del agua.

—Pero eso no puede ser verdad —exclamó Lange, y Eik volvió a negar con la cabeza.

—No, no puede ser —admitió—, pero el cuerpo del niño nunca se encontró. Tras su desaparición en el agua, se inició una amplia búsqueda en la que participó mi departamento. Y se le buscó en todos los registros. En aquel momento, el Departamento de Búsqueda y Rescate recopiló todo lo que había sobre él y, como era demasiado joven para tener un perfil dental, conseguimos una orden judicial que nos permitió obtener la tarjeta PKU del Statens Serum Institut.

Louise lo miró sorprendida. Era raro que la policía consiguiera las tarjetas PKU. Las muestras de sangre del talón tomadas a los bebés justo después de nacer eran muy apreciadas. Se almacenaban físicamente en un armario seguro, en un registro de ADN distinto al que normalmente tenía acceso la policía.

—A partir de la tarjeta PKU, pudimos determinar el perfil de ADN del niño, lo que permitiría identificarlo más tarde si aparecía. Suelen llegar a la costa en una o dos semanas. Pero también puede llevar más tiempo, y de vez en cuando vemos cadáveres daneses arrastrados hasta Alemania o Polonia. Por eso era importante obtener un perfil de ADN en ese momento si queríamos identificarlo más tarde.

—Pero el niño de la habitación ha estado allí hace poco —exclamó Louise—. El desayuno en el cuenco estaba casi fresco.

Eik asintió con seriedad. Y los tres se sentaron a digerir la información.

—Cuando me preguntaste si teníamos alguna alerta para un niño de cuatro o cinco años, tengo que admitir que no pensé para nada en Simon Funch. Hace mucho tiempo que perdimos la esperanza de encontrarlo con vida —dijo Eik con pesar mientras miraba a Louise.

—Así que crees que podría ser él —dijo finalmente Lange—. Hay cierta incertidumbre cuando se trata de ADN.

—Tienes razón en que en principio podría haber dos o tres con el mismo perfil, pero la edad, la ubicación y las circunstancias también influyen. Por eso puedo decir con certeza que tenemos una coincidencia. También coincide con el hecho de que Simon Funch cumpliría hoy cuatro años.

—Tenemos que localizar a la madre —dijo Lange, poniéndose ya en pie.

—No —dijo Louise con firmeza, y sintió con alivio que la niebla de su cabeza se disipaba—. Necesitamos saber más sobre el accidente de avión antes de ir a ver a la madre. Parece incomprensible que el chico haya estado en la posada los dos últimos años mientras su madre pensaba que estaba muerto.

Eik asintió y pareció estar de acuerdo.

—Tiene que haber una explicación —se dijo Lange, quizá sobre todo para sí mismo—. ¿Cómo

demonios ha podido acabar el niño, si es él, con Dorthe?

—Pienso más en lo que debe ser para la madre que lleva dos años viviendo con el dolor de la pérdida de tres hijos. Y su marido —dijo Eik—. Yo no estaba implicado en el caso en aquel momento, era Olle quien lo llevaba.

Louise recogió rápidamente sus cosas.

—Llegaremos a la comisaría de Svendborg dentro de cinco minutos —dijo, y ya estaba de camino a su habitación para coger el bolso y el abrigo.

Cuando Louise volvió a bajar, Eik la esperaba en la recepción. O Lange ya se había ido, o aún no estaba listo.

—Ayer parecía que te lo estabas pasando bien —dijo, y Louise se dio cuenta de que intentaba que pareciera un comentario desenfadado.

Estuvo a punto de decirle que Grete Milling había muerto la noche anterior y que debería haberse ido a casa con Jonas y Melvin, pero que había elegido quedarse en su lugar, sentada en el bar bebiendo cerveza y avergonzándose de que su trabajo le pareciera más importante que la muerte de una anciana. Pero no lo dijo. «De todas formas, no necesita saberlo», pensó Louise y asintió.

—Estaba en buena compañía —respondió en su lugar.

—Creo que deberías saber que tu nuevo novio cumplió condena por asesinato tras matar a su padre con un hacha. Parece que apenas tenía diecisiete años en ese momento, pero la gente puede cambiar a mejor.

Y salió por la puerta antes de que Louise pudiera reaccionar.

Todavía estaba de pie frente al mostrador de recepción cuando Lange bajó las escaleras agitando la llave de un coche para indicar que conducía él. Por un momento, se preguntó si él se habría dado cuenta de que ella se había quedado en el bar y aún podría tener alcohol en sangre. Pero ella se limitó a asentir.

Cuando llegaron al aparcamiento, Eik estaba dando marcha atrás.

—¿Nos vemos en la comisaría? —gritó ella hacia la ventanilla abierta, por donde salía el humo del cigarrillo.

Él negó con la cabeza.

Louise lo siguió con la mirada mientras el jeep abandonaba el hotel.

—Recuerdo muy bien aquel accidente aéreo —dijo Lange, ya en la carretera.

Louise había llamado a la comisaría de policía y le había pedido a Lene Borre que consiguiera todo lo que tuvieran sobre el accidente aéreo, el trabajo de rescate y la búsqueda que siguió cuando no encontraron al pequeño en el agua. Y las conversaciones que mantuvieron después con la superviviente.

Borre sonaba como un gran interrogante, y Louise prometió explicárselo en cuanto entraran.

—Consigue todo lo que te he pedido —repitió, y le dijo que estaban de camino.

—En aquel momento, pensé que era casi peor para la madre, que había sobrevivido —dijo—. Imagínate que has presenciado la muerte de toda tu familia. Marido y tres hijos. Debe ser difícil seguir adelante.

Louise estaba de acuerdo con él.

—Debe ser insoportable —dijo—. Me pregunto qué habrá sido de ella.

Él se encogió de hombros.

—No recuerdo que se escribiera mucho sobre el accidente después. Por suerte, a veces la prensa tiene la decencia de respetar el dolor de la gente, y no había mucho sobre lo que escribir. Fue un trágico accidente.

—¿Qué sucedió? —preguntó Louise. Habían llegado a Svendborg y se acercaban a la comisaría. Un edificio rojo y grandioso apareció a la vista, pero Lange continuó hacia otro más aburrido. Pasó la valla hasta el estacionamiento con coches de policía y aparcó detrás.

Niklas estaba listo para recibirlos cuando entraron.

—¿De verdad podría ser él? —preguntó el joven detective mientras los acompañaba por un lúgubre pasillo hasta el despacho que les habían preparado.

—El ADN ha mostrado una coincidencia —respondió Louise.

Lene Borre estaba pálida cuando entraron en el despacho.

—Así es, nunca se encontró el cuerpo del niño más pequeño —confirmó—. Cuando recuperaron los cadáveres tras el hundimiento del avión, él ya no estaba. Se inició una gran búsqueda y se trabajó con la teoría de que el niño había sido arrastrado por una corriente submarina y llevado al archipiélago de Fionia del Sur. Yo era quien estaba en contacto con el Departamento de Búsqueda y Rescate en aquel momento y, por supuesto, esperábamos que fuera a la deriva hasta algún lugar de la costa para que Helene pudiera enterrar a su hijo menor.

Los cuatro se habían sentado en el despacho vacío.

Lene se pasó las manos por la cara y negó con la cabeza.

—No puede ser —dijo—, debe tratarse de un error. No entiendo por qué demonios estaba en la posada. Al fin y al cabo, todo el mundo lo buscaba.

Lange asintió mientras Niklas se quedaba sentado mirando la pila de informes policiales. La mayor parte estaban en formato electrónico, pero había imágenes del accidente. Fotos de las víctimas mortales, antes y después de estrellarse la avioneta, y él estaba imprimiendo las declaraciones de los testigos para que todos pudieran leerlas.

Louise miró la pila de papeles.

—¿Por qué no nos cuentas lo que pasó entonces? —preguntó, mirando a Borre y pensando que podrían obtener más información, ya que ella había formado parte del caso.

Lene Borre asintió y pareció serenarse.

—Como ya he dicho, yo misma participé en la búsqueda —empezó diciendo—. Inmediatamente después del accidente, se inició una importante operación de rescate y recuperación. El primer objetivo era, por supuesto, llevar a Helene Funch al hospital y sacar a los demás del naufragio. El avión se había hundido, pero los testigos habían visto dónde se había estrellado. Cuando llegamos, Helene estaba inconsciente; la llevaron a tierra en el bosque de Vornæs, y seguía inconsciente cuando la recogió la ambulancia. A continuación, se buscó a otros supervivientes; en aquel momento, no sabíamos si había más pasajeros en el avión.

Lange tomaba notas mientras su colega hablaba.

—Se recuperaron los cadáveres del padre, un hijo y una hija. Al no encontrar al menor, se inició una intensa búsqueda que duró cuarenta y ocho horas. Entonces nos pusimos en contacto con el Departamento de Búsqueda y Rescate, que se hizo cargo, con nuestra ayuda, por supuesto.

Era evidente que estaba afectada por el accidente mientras hablaba. Y debió darse cuenta de su propio tono de voz alto y un poco agitado, porque se llevó una mano al pecho como si intentara calmarse.

—Al mismo tiempo, se inició una búsqueda por tierra con la esperanza de que llegara a la orilla. Por desgracia, el viento y las condiciones meteorológicas indicaban que debía estar siendo arrastrado por la corriente.

Se quedó callada un momento y luego dijo un poco a modo de disculpa:

—Todos se sintieron muy afectados por la tragedia que golpeó a la familia. Y puedo sentir que todavía lo llevo conmigo. Fui yo quien cuidó de Helene Funch. Fue ingresada en Odense y se derrumbó por completo al darse cuenta de que era la única superviviente del accidente aéreo.

—¿Cuándo ocurrió? —preguntó Louise.

—En octubre de 2017. Era el primer lunes de las vacaciones escolares de otoño. Lo recuerdo porque algunos de mis colegas se habían cogido vacaciones para irse con sus hijos.

Deslizó una funda de plástico transparente por la mesa y Lange sacó algunas fotos de la familia. Los padres y tres hijos. Un hombre alto y moreno con las mangas de la camisa remangadas, una mujer delgada y rubia con un niño en brazos, y frente a ellos un niño y una niña que sonreían

ampliamente al fotógrafo. En otra imagen, solo estaba el niño más pequeño. Tenía el pelo oscuro como su padre, pero por lo demás se parecía a su madre, con los mismos rasgos finos y los ojos entrecerrados contra el sol.

—Tenía dos años en ese momento —confirmó Lene.

También había una foto de los padres solos. Helene y Kristian Funch. Estaban abrazados frente a una gran casa, y en las losas de al lado se sentaba un labrador negro, entronizado como si fuera el dueño del lugar.

Louise cogió la fotografía y miró a la mujer. «Tal vez treinta y siete», pensó. El hijo mayor probablemente estaba en primero o segundo curso. Helene Funch apoyaba la cabeza en el hombro del hombre, sonriendo. Llevaba el pelo rubio recogido en la nuca y las gafas de sol sobre la frente.

—¿Qué ha sido de ella? —preguntó, mirando a Lene.

La colega negó con la cabeza.

—La verdad es que no lo sé. Venían de Selandia del Norte, pero creo que ella se quedó en una granja de Bjernemark después del accidente. Se encuentra a pocos kilómetros de la posada. Tuve algún contacto con ella al principio, pero hace mucho tiempo que no hablamos.

Lange señaló al niño que estaba en brazos de su madre.

—Así que es cierto que Simon Funch cumplirá hoy unos cuatro o cinco años —dijo, y Lene Borre asintió—. ¿Averiguasteis cuál fue la causa del accidente?

—El avión tenía previsto aterrizar en el aeródromo, pero se estrelló en el archipiélago. La Comisión de Investigación de Accidentes fue convocada tras el accidente, pero no hubo indicios de fallo técnico.

Louise sacó un pequeño folleto en el que se explicaba que el aeródromo de Tåsinge tenía una pista de hierba de novecientos metros y estaba equipado con iluminación, lo que permitía utilizar el aeródromo de día y de noche. Era un aeródromo reconocido internacionalmente que se utilizaba tanto para vuelos privados como comerciales.

—La familia despegó del aeródromo de Grønholt, en Selandia del Norte, el lunes hacia el mediodía, y recibimos la llamada de emergencia de un navegante de la zona que había visto estrellarse el avión.

Sacó la carpeta con el informe de la Comisión de Investigación de Accidentes y las declaraciones de los testigos, y empezó a leer.

—La aeronave, propiedad de la empresa Funch Alarm Systems, era una Piper Cherokee Six PA-32-300. La aeronave de la empresa podía operar desde pequeños aeródromos de hierba y era utilizada por el equipo de ventas y los especialistas en instalaciones de la empresa cuando viajaban por todo el país para presentar productos, facilitar presupuestos e instalar los sistemas

de alarma. Todas las islas más pequeñas tienen pistas de hierba, y los clientes más grandes, como fincas y casas solariegas, suelen tener campos de hierba en los que podía aterrizar el avión.

Los demás escucharon en silencio mientras Lene Borre les ponía al día. Niklas había salido y ahora volvía con un termo y tazas. Lange asintió satisfecho mientras se servía el café.

—El accidente aéreo ocurrió el lunes 16 de octubre de 2017 a las 13:10. Según el pronóstico del Servicio Meteorológico Danés, se esperaba viento del sur, visibilidad reducida con llovizna y nubes bajas hasta el paso del frente, con claros, chubascos y vientos del oeste al final de la tarde.

Levantó la vista del papel para ver si estaban siguiendo la lectura.

—En ese momento, hablamos con un piloto local del aeródromo que había presenciado el accidente. Explicó que no había sido un día en el que se pudieran cumplir las normas visuales de vuelo al acercarse a un campo cubierto de hierba en el sur de Fionia. Funch debió planificar la ruta para evitar sobrevolar ciudades por el camino, y también se aseguró de mantener una distancia segura de mástiles y aerogeneradores. Creía que el trayecto sobre el Gran Belt tuvo que ser complicado, ya que no se podía alcanzar la altura de planeo necesaria en el cruce. Pero también dijo que Kristian Funch era un piloto experimentado y lo había hecho antes. Conocía bien la ruta y había volado por aquí muchas veces.

Volvió a mirar el informe.

—Tras cruzar el Gran Belt, siguieron la costa oriental de Fionia y volaron hacia el suroeste, en dirección al estrecho de Svendborg.

Louise se dio cuenta de que en los ojos de Lene Borre había lágrimas. Pero su voz era firme.

—Justo antes del giro a la derecha hacia Svendborg en Skårupøre, según el propio testimonio de Helene Funch ante la Comisión de Investigación de Accidentes, la visibilidad y la altura de las nubes eran tan escasas que no se veía nada hacia delante. Solo verticalmente hacia abajo era posible que su marido viera algo. El paso al sur de Svendborg era demasiado arriesgado y no se podía mantener la altitud de vuelo requerida en una zona urbana. Así que siguieron la costa alrededor de Thurø y volaron a través de Tåsinge después de pasar Nørreskov por el lado derecho. Cuando llegaron al bosque de Vornæs y a la costa, inició la aproximación con un largo y suave giro a la derecha sobre el agua.

Mientras hablaba, Louise podía visualizarlo.

—El testigo del aeródromo estaba bastante conmocionado cuando hablamos con él por primera vez poco después del accidente. Pero luego, cuando le pedimos que hiciera un dibujo de cómo pudo ocurrir el accidente, nos explicó que había problemas para ver el aeródromo en condiciones meteorológicas adversas, en las que todo era gris sobre gris, y que luego entraron en una altitud de vuelo demasiado baja. En el tramo final de la aproximación, entraron y salieron de las nubes antes de estrellarse.

Sacó un último papel de la carpeta.

—La conclusión de la Comisión de Investigación de Accidentes fue, en resumen, que «el piloto, durante la aproximación a la pista once de Tåsinge, no detectó la pérdida involuntaria de altitud y viraje durante la parte final de la aproximación, porque toda la atención estaba probablemente dirigida a la identificación visual del umbral de la pista once».

Lene Borre se quedó callada y volvió a levantar la vista para ver si la seguían.

—Según el testigo del aeródromo, la punta del ala derecha entró en contacto con la superficie del agua —prosiguió—. La velocidad del avión disminuyó, dio una especie de voltereta y se estrelló en el agua, en una zona poco profunda. En el accidente murieron tres personas, mientras que Helene Funch y el hijo menor seguían con vida. Según Helene Funch, el agua entraba a raudales por la puerta del pasajero situada detrás del piloto, en el lado izquierdo, pero consiguió abrir la cerradura situada en la parte superior de la puerta de la tripulación, en su lado. Le puso a su hijo el chaleco salvavidas antes de ponérselo ella y, con Simon en brazos, se dejó deslizar por el ala hasta el agua para alejarse del casco antes de que se hundiera. Una vez en el agua, perdió el conocimiento y el equipo de rescate consiguió llevarla a la orilla, pero, como ya he dicho, nunca encontraron al niño.

—¿Así que la madre dio por muerto al niño? —concluyó Niklas desde la pared, donde se había sentado sobre un archivador bajo.

—Todos lo suponíamos —replicó Lene, señalando con la cabeza a su colega más joven—, y, para ser sincera, sigo pensándolo. Se habría informado a la policía si lo hubieran encontrado. Muchos lugareños ayudaron a buscarlo, fue un caso muy sonado aquí, en el sur de Fionia, en ese momento.

Lange asintió.

—Pero no se sabría si alguien lo mantuvo oculto después de encontrarlo —dijo.

La sala se quedó en silencio.

—No —reconoció Lene Borre—, no lo sabríamos.

21

El aire parecía estancado y el silencio pesaba entre ellos. Todos intentaban dar sentido a la información que ninguno de ellos podía entender. Louise fue quien rompió el silencio.

—Si imaginamos que Helene Funch descubrió que Dorthe Hyllested se había llevado en secreto al hijo que Helene creía haber perdido, bien podría esperarse una reacción violenta —dijo, y sintió que se le ponía la carne de gallina en ambos brazos ante la idea de que la madre se hubiera enterado de repente de que su hijo había estado tan cerca de ella en los dos años transcurridos. «No se la podría culpar si hubiera matado a Dorthe», pensó.

—Eso sin duda proporcionaría un motivo para el asesinato —admitió Lange.

—¿Y dónde está el niño ahora? —preguntó Niklas, y se respondió a sí mismo—. ¿Con su madre?

Los demás asintieron y estuvieron de acuerdo en que era probable.

—Pero tenemos que estar completamente seguros de que era su hijo el que vivía en el piso de Dorthe antes de ir a ver a Helene Funch —dijo Lange con sensatez—. Es cruel que despertemos la esperanza y luego se la volvamos a quitar.

Lene se calló, sacó una silla y se sentó.

—No podríamos estar más seguros —dijo Louise, y sus pensamientos se dirigieron a Eik. Se preguntó por qué se había marchado y se dio cuenta de que tal vez había ido a ver a la madre del niño.

—Sugiero que hablemos con Jon Isaksen antes de ponernos en contacto con Helene —dijo Niklas, mirándolos—. Ha trabajado en la posada durante mucho tiempo y sin duda podrá contarnos cómo era la relación de Dorthe con Helene.

—¿Se conocían? —preguntó Lange, mirando a Lene.

La detective se encogió de hombros.

—No lo sé, pero estoy de acuerdo con Niklas. Antes de tomar demasiadas medidas, tenemos que averiguar si existe una conexión entre Helene y Dorthe —respondió, y contó que Helene Funch no había sido ella misma después de lo ocurrido—. No la conocía antes del accidente, pero en el tiempo posterior se mostró apática y distante. Parecía resignada y, aunque no la conocía, podía intuir que estaba cambiando. Te darás cuenta cuando la conozcas. No se parece a la mujer que se ve en las fotos.

—¿Es posible que Helene hiciera un trato con Dorthe para que cuidara de su hijo porque ella

misma sufría depresión? Eso podría tener sentido —dijo Lange.

—Pero, entonces, Helene Funch habría sido la primera en ponerse en contacto con nosotros tras el asesinato —señaló Niklas—, habría acudido de inmediato para asegurarse de que su hijo estaba ileso.

Louise se enderezó.

—Espera—interrumpió—, si hubieran encontrado al niño, no seguiría en el registro de Búsqueda y Rescate. Centrémonos. ¿Qué dijo la madre en ese momento? Escuchemos su testimonio completo.

Miró a Lene y trató de centrarse.

Ella encontró el testimonio de Helene Funch. Había sido interrogada sobre el accidente aéreo mientras estaba hospitalizada en Odense. Según su declaración, estaba sentada en la parte delantera del avión junto a su marido y tenía a Simon sujeto con un arnés en el regazo. Los dos hijos mayores estaban sentados detrás. El pequeño avión privado de seis plazas era propiedad de la empresa de seguridad de Kristian Funch, como se había descrito anteriormente. Era un piloto experimentado, con quince años de licencia, que había llevado a menudo a su familia a su casa de vacaciones en Tåsinge.

Lene empezó a leer en voz alta.

—«Habíamos tenido un viaje duro. Mi hija se mareó y vomitó, así que me dediqué a sujetarle una bolsa mientras Simon estaba en mi regazo. Kristian parecía tenso y se concentraba en divisar la pista. Redujo aún más la altitud, girando una última vez antes de aterrizar. Pude ver el contorno blanco del umbral de la pista, pero estaba ocupada con mi hija y quería cerrar la bolsa antes de que las ruedas tocaran la hierba. Yo estaba sentada mirando hacia atrás, hacia ella, cuando Simon empezó a llorar en mi regazo. No me di cuenta de lo que estaba pasando, pero de repente el avión se inclinó violentamente hacia la derecha. Kristian intentó corregir el rumbo, pero no lo consiguió. Se escuchó un estruendo ensordecedor cuando caímos al agua».

Lene Borre levantó la vista. Sus ojos se habían vuelto a humedecer, y no trató de ocultar que estaba afectada.

—A esa velocidad es como golpear hormigón —dijo—. Según el equipo de rescate, los restos estaban a dos metros y medio de profundidad, no lejos de la costa. Helene continuó diciendo que después de eso, todo se quedó en silencio. Vio sangre y los tres cuerpos sin vida. El agua entraba a raudales por la puerta de atrás, en el lado izquierdo, donde estaban los dos niños. Dijo que en ese momento estaba muy aturdida y no pudo explicar en detalle lo que había sucedido. «Todo parecía normal», dijo, «hasta que perdió el control justo antes de aterrizar». Tardó un momento en darse cuenta de que Simon también estaba vivo, y entonces dio prioridad a ponerse el chaleco salvavidas y a ponérselo a su hijo. Desbloqueó la puerta delantera y salió al ala antes de que el avión se hundiera.

—Estoy de acuerdo con Niklas —dijo Louise—. Antes de considerar una posible detención de Helene Funch para acusarla del asesinato de Dorthe Hyllested, necesitamos saber hasta qué punto ambas se conocían.

Lene tuvo un arrebato que demostró claramente que pensaba que iban por mal camino. Pero se conformó con sacudir la cabeza en lugar de hacer más objeciones.

Louise miró a Niklas.

—Tú y Lange id a Bjernemark y vigilad la casa, pero no entréis —dijo, antes de volverse hacia Lene—. Nosotras dos hablaremos con Jon Isaksen. Una vez que hayamos hablado con él y sepamos si existe una conexión entre Dorthe y Helene, nos reuniremos con Lange y Niklas. Cuando estemos con ella, lo mejor es que seas tú quien lleve la conversación, puesto que ya os conocéis.

Lene Borre no parecía entusiasmada, pero asintió y se levantó.

Encontraron al cocinero de la posada detrás del bloque de apartamentos donde vivía, a pocos minutos en coche de la comisaría de Svendborg. Jon Isaksen estaba limpiando su coche y en ese momento estaba de rodillas aspirando las alfombrillas. Estaba claro que reconoció a Louise tras el incidente en la cocina de la posada. Se puso rápidamente en pie y apagó la aspiradora.

—¿Hay alguna novedad? —preguntó mientras se acercaba a ellos.

Louise sacudió la cabeza y dijo que habían ido a hacerle una pregunta.

Parecía incómodo, pero asintió de buena gana.

—¿Conoce a Helene Funch, de Bjernemark? —preguntó Lene Borre.

Ella iba a explicárselo, pero él asintió antes de que ella pudiera decir nada más.

—Sí —respondió—, le llevamos comida. Llevamos haciéndolo desde el accidente.

—¿Comida? —repitió Lene Borre, y le pidió que se lo explicara.

—Era Dorthe quien iba casi siempre. Dos veces por semana, pero le llevaba comida suficiente para los siete días de la semana. Cuando no podía ir ella, lo hacía yo. También hacemos entregas a varias personas mayores de la zona.

Su rostro cambió y se llevó una mano a la boca, como si acabara de darse cuenta de algo.

—No les he informado de que la cocina está cerrada. Deberían haber recibido sus comidas hoy.

—Cuéntanos sobre el trato que Dorthe hizo con Helene Funch —dijo Louise.

—Creamos un menú semanal que solo hay que calentar. Pueden ser albóndigas en salsa de curry,

pollo en salsa de espárragos. En otras palabras, comida para llevar. Facilita las cosas a nuestros clientes. Además, empaquetamos fiambre y pan para que también tengan comida fría. Las personas mayores que tienen dificultades para hacer sus propias compras están muy contentas con esta oferta. Fue algo que se le ocurrió a Nils en su momento. Pero, para Helene Funch, creo que se trata más bien del hecho de que no le gusta salir de la granja. Nunca la veo por ninguna parte. Ella y su marido solían venir a la posada con regularidad. Sobre todo cuando solo venían a pasar el fin de semana y no creían que mereciera la pena llenar la nevera.

Louise asintió, pensando que un arreglo así sería perfecto para Melvin. Y, en cierto modo, también para Jonas y para ella misma.

—Cocinamos para dieciocho personas dos veces por semana.

—¿Así que Dorthe iba a casa de Helene Funch dos veces a la semana con comida? —preguntó Louise para entenderlo bien.

Él asintió con la cabeza.

—Colocamos los platos terminados en bandejas de aluminio para que solo haya que meterlos en el frigorífico. También se pueden congelar.

Iba a dar más explicaciones, pero Louise le interrumpió.

—¿Se veían fuera del trabajo? En privado, quiero decir.

Jon la miró sin comprender, pero luego negó con la cabeza.

—¡No! No eran amigas, si se refiere a eso. No creo que se conocieran más allá de lo relacionado con la comida. Nuestros clientes solo tienen que hacer una transferencia bancaria y luego reciben alimentos para todo un mes. También pueden pedir que les lleven el desayuno, pero no hay muchos clientes que elijan esa opción. Solo les interesa comer algo y luego cenar.

De nuevo, parecía afectado por el hecho de que los ancianos no hubieran sido informados de que la cocina de la posada estaba cerrada.

—Tal vez pueda prepararlo todo a tiempo —dijo Jon—, ¿Les parece bien que atienda a estos clientes desde mi casa?

Se apresuró a añadir que, por supuesto, era solo hasta que se resolviera la situación de la posada.

—Si alguien se hace cargo de ella, puede que quiera seguir con el servicio de comida para llevar.

Louise asintió y dijo que no veía nada malo en que se asegurara de que había comida para los que habían pagado por ella.

—Pero ¿significa eso —preguntó ella— que ese fue el único contacto entre Dorthe y Helene Funch?

Él asintió rápidamente; parecía estar pensando ya en lo que podía cocinar y entregar.

—Nunca las he visto juntas. Y, cuando dejábamos la comida en la granja, Helene ni siquiera solía salir. A veces, la dejábamos en la puerta. Otras veces, la recogía ella, pero no nos invitaba a entrar. Otros sí lo hacen, pero nunca tenemos tiempo.

Louise y Lene intercambiaron una rápida mirada antes de agradecer al cocinero su tiempo y volver al coche.

—Parece improbable que Dorthe, como tú afirmas, mantuviera oculto a Simon de su madre y al mismo tiempo fuera la persona que mantenía viva a Helene asegurándose de que se alimentaba. —Lene Borre no podía estar más disconforme con esa teoría, como demostró con la mirada que lanzó a Louise.

—Sí —admitió Louise—, parece bastante improbable. Y cruel.

22

Llovía a cántaros y los limpiaparabrisas volaban por la luna delantera mientras subían por el largo camino de entrada a la granja en Bjernemark. A un lado de la carretera que conducía al patio había una plantación de abetos, y enfrente se extendían campos abiertos. El edificio principal estaba encalado y bien cuidado. Detrás de la casa se alzaban varias copas de árboles altos, que crujían con el viento otoñal.

Lene Borre se detuvo detrás de Lange y Niklas, que estaban aparcados junto a una valla de nogal a un lado de la carretera. Corrieron bajo la lluvia hacia el Volvo para poner al día a sus compañeros de la información que habían recibido del cocinero.

—No parece que hubiera ningún acuerdo entre Helene y Dorthe —dijo Louise—. No tenían contacto más allá de la entrega de la comida, dos veces por semana.

—Es descabellado pensar que Helene descubrió que su hijo seguía vivo —dijo Borre—. Y es absurdo imaginar que ella mató a Dorthe. Han pasado dos años desde que el avión se estrelló, y en todo ese tiempo su mundo ha estado en ruinas. Si se hubiera encontrado al niño, habría salido a la luz. Se habría puesto en contacto con la policía si hubiera sospechado que su hijo estaba vivo y en la posada. Claro que lo haría.

Casi resopló al hablar.

—Si quieres entrar ahí y echarle en cara esas acusaciones, tendrás que hacerlo sin mí.

—No tienes por qué venir conmigo —dijo Louise—, y ni se me ocurriría entrar y acusarla de nada. Pero espero que entiendas que tenemos que hablar con ella. Si es su hijo el que hasta hace poco vivía en la posada, necesitamos saber dónde está. Y, si no está con su madre, tenemos que salir a buscarlo.

De nuevo pensó en Eik y se preguntó si iría ya varios pasos por delante de ellos. Desde donde se detuvieron, podían ver el patio, pero ella no veía ningún coche aparcado allí. Y ciertamente no un viejo y desgastado Jeep Cherokee.

Lange se dio la vuelta para mirar a los del asiento trasero.

—Louise y yo entraremos a hablar con ella —dijo, y Louise asintió. La resaca de la mañana había desaparecido por completo. Aun así, era agradable tener a alguien que fuera un poco más rápido para tomar decisiones. Todavía no había alcanzado el ritmo normal.

—Vosotros dos volved a la posada y revisad el apartamento una vez más, centrándoos en encontrar más cosas que puedan estar relacionadas con Simon Funch. Lo que sea —dijo Louise a Lene y Niklas—, a ver si su nombre aparece en algún sitio o si la víctima escribió algo sobre él. Tal vez estuviera interesada en los artículos de cuando se estrelló el avión. Puede que los haya

guardado.

Imaginó al niño moreno de la foto y se preguntó si habría algo más.

—Buscad un cepillo para el pelo y otro para los dientes. —Y añadió—: Prestad más atención aún esta vez. Ahora, tenemos algo en lo que basarnos.

—Si es que es él —murmuró irritada Lene Borre, pero Louise la ignoró.

Louise salió del asiento trasero para indicar que era hora de seguir adelante.

—Os informaremos en cuanto sepamos cómo reacciona Helene Funch al análisis de ADN.

Lene Borre también había salido del coche. Ahora se acercó a Louise y quedaron frente a frente, con el agua cayéndoles por la cara.

—Simplemente no puedes ir y decirle que es su hijo el que ha estado viviendo en la posada —dijo, y ahora sonaba muy enfadada—. No parece que tengas la menor idea de lo horrible que debe ser perder a tus hijos, o perder a un hijo, para el caso. Imagina lo que sería que nos dijeran que el niño podría seguir vivo, para luego volver a decirnos que no sabemos dónde está. ¿Perderá a su hijo una vez más? Creo que deberías pensártelo muy bien antes de decírselo.

Louise dejó que se desahogase. Niklas y Lange se quedaron en el coche mientras Lene Borre hablaba.

—En primer lugar —empezó Louise con calma—, no es mi intención ir a ver a Helene Funch y darle esperanzas. Pero, como responsable de esta investigación de asesinato, mi trabajo consiste en averiguar quién mató a Dorthe Hyllested, y ahora que resulta que hay un niño implicado, también me propongo averiguar qué ha sido de ese niño.

Se detuvo un momento. El silencio temblaba entre ellas.

—Comprendo tu preocupación —continuó—, y no se me ha escapado que el accidente de avión te afectó, como es normal. Pero también hay que entender que en una investigación de este tipo a menudo se dan situaciones en las que hay que sacar las cosas a la luz y en las que no siempre es posible ser delicada y tener en cuenta los sentimientos de la gente. Porque, como sabes, muy a menudo son las emociones de la gente las que llevan a matar.

Louise respiró hondo y se secó la cara. Ahora lo había dicho, pero no estaba del todo segura de que eso sirviera para aliviar la tensión entre ellas. Se acercó a la puerta delantera del lado del pasajero y la abrió. Niklas salió y ella entró.

—Vamos —le dijo a Lange sin comentar su enfrentamiento con Lene.

La mujer que abrió la puerta era corpulenta. Mucho más que en las fotos que Louise había visto en la comisaría. No era solo porque Helene Funch hubiera engordado desde que se hicieron las

fotografías. Parecía más bien que su cuerpo se había aflojado y se había expandido. Casi había algo varonil en su figura y su expresión, y quedaba muy poco de la mujer refinada y femenina que había estado con su familia sonriendo hacia el sol.

—¿Sí? —dijo con mesura, y se quedó en la puerta, esperando una explicación de por qué habían venido. Llevaba unos vaqueros holgados con suciedad en las rodillas y un jersey grueso que se deshilachaba en los puños y tenía un gran agujero debajo de un codo.

Louise se presentó y explicó que estaban investigando el asesinato de Dorthe Hyllested.

—¿Podemos entrar? —preguntó.

Estaba claro que Helene Funch quería decir que no, pero de mala gana dio un paso atrás y asintió. Señaló hacia el salón, a la derecha de la puerta principal, y les pidió que la siguieran.

Louise contempló el gran vestíbulo de techos altos y la escalera que ascendía al primer piso, pero la casa seguía pareciéndole oscura y sin vida. También se dio cuenta de que Helene Funch arrastraba la pierna derecha, como si le costara mantener el ritmo al andar.

Sabía por el informe policial que había sufrido una fractura complicada en la pierna en el accidente de avión, una fractura de clavícula y un neumotórax. La habían operado varias veces de la pierna y le habían quedado secuelas permanentes.

—Adelante —dijo con voz no mucho más alta que un susurro, señalando dos sillones. Con cierta dificultad, consiguió sentarse en el sofá de enfrente.

—Supongo que se habrá enterado del asesinato de Dorthe Hyllested —empezó Louise, y Helene Funch asintió—. Sabemos por el cocinero de la posada que le traían comida a domicilio.

De nuevo asintió, pero no dijo nada.

—¿Conocía bien a Dorthe?

Lange permanecía en silencio, pero había algo de calma y confianza en su forma de sentarse y seguir la conversación, y Helene Funch se volvió hacia él cuando contestó.

—En realidad, no la conocía; solo nos saludábamos cuando traía la comida. De vez en cuando charlábamos un poco y también tomamos café juntas una o dos veces. Y, cuando los otros aún vivían, a veces comíamos en la posada.

Habló en voz baja y con tristeza. «No es que le cambie la voz cuando menciona a su familia, simplemente habla», observó Louise.

—Es muy impactante e incomprensible que pueda ocurrir un asesinato aquí. Esto es muy tranquilo y apacible —dijo Helene Funch.

Su tono era apagado y sin fuerzas.

—Como ya he dicho, hace mucho tiempo que no voy a la posada. No desde el verano anterior al

accidente, desde julio o agosto de 2017 —dijo.

—¿Y cuándo vio a Dorthe por última vez? —preguntó Lange.

Su mirada se desvió mientras pensaba. Pero luego se encogió de hombros, vacilante.

—Los días se mezclan y no siempre sabía qué día era cuando traían la comida. A veces, también la traía el cocinero. En otras ocasiones, era Jack quien me la llevaba a la cocina.

—¿Jack? —dijo Lange.

Helene Funch levantó los ojos y lo miró.

—Me ayuda —respondió—, cuida de la granja y de las tierras. Es él quien se ocupa de mantenerlo todo, tanto la casa como el jardín. Y luego me hace la compra y me ayuda en todo lo que necesite.

Señaló primero su pierna y luego su hombro.

—Ya no tengo tanta fuerza como antes, así que eso limita lo que puedo hacer por mí misma —explicó—. Jack hace el trabajo pesado y yo concentro mis energías en el invernadero y en mis parterres.

Señaló con la cabeza hacia la parte trasera de la casa.

«Hay algo distante en ella —pensó Louise—. Algo lejano, como si no estuviera del todo presente o no participara del todo en la vida en la que aún está».

Se aclaró la garganta y se enderezó un poco en la silla.

—No —dijo un poco más claro—. No puedo afirmar que conociera a Dorthe. Solo tuvimos contacto en relación con el plan de comidas que me ofreció. Y la verdad es que no puedo recordar la última vez que la vi. Tal vez la semana pasada. O tal vez fue la semana anterior.

—Entonces, ¿no ha ido a la posada últimamente? —preguntó Louise.

Ella negó con la cabeza.

—No he vuelto a la posada desde que mi marido y mis hijos murieron.

Ahora había algo de irritación en su voz.

—¿Dónde estaba el martes por la mañana cuando mataron a Dorthe Hyllested? —preguntó Louise.

La confusión en los ojos de Helene Funch era tan clara que por un momento pareció no entender la pregunta. Pero luego se recompuso y dijo que había estado en casa.

—Jack estuvo aquí por la mañana —dijo—. Salió y arregló algunas ventanas del invernadero.

Las estamos sustituyendo por un lado. Después, se marchó a la posada para hacer algún trabajo allí. Fue él quien la encontró.

Ambos asintieron y Louise le pidió que continuara.

—Luego, me llamó para contarme lo que había pasado. Se suponía que iba a volver para que pudiéramos terminar, pero lo pospuso y dijo que se iba a casa. Yo también me quedé muy impactada. No es agradable vivir sola cuando algo tan terrible ocurre tan cerca.

—Lo comprendo —dijo Louise, y le hizo un pequeño gesto con la cabeza a Lange.

Él se inclinó ligeramente hacia delante y cruzó las manos sobre el regazo.

—Sé que no es fácil hablar de ello, pero me gustaría hacerle algunas preguntas sobre su hijo menor —empezó, y el cuerpo de Helene Funch se crispó. Ella no dijo nada, solo se volvió hacia él con mirada rígida—. Tengo entendido que su cuerpo nunca fue encontrado.

La estancia se quedó en silencio mientras Lange se concentraba en sus dedos entrelazados y luego se enderezó.

—¿Ha visto a su hijo pequeño desde que lo perdió en el agua? —preguntó él, sosteniendo la mirada de Helene Funch.

Louise había pensado en un principio que ella era la poli mala y que él debía ser el amable, reconfortante y comprensivo, pero ahora, al parecer, estaba asumiendo el papel desagradable.

Todo en el rostro de Helene Funch se contrajo, sus ojos se volvieron oscuros y desdeñosos, y sus labios se tornaron pálidos y finos. Estaba claro que ella no sabía por dónde iba. Pero, despacio, negó con la cabeza.

Lange dirigió una rápida mirada a Louise, y ella percibió que estaban de acuerdo en que Helene Funch habría reaccionado de otro modo y habría estado mejor preparada si hubiera sabido que su hijo estaba vivo. Se habría preparado una respuesta si fuera ella quien hubiera matado a Dorthe para traer a su hijo a casa.

Lange carraspeó y Louise se dejó caer en el sillón para dejarle el peso de la conversación a él y así observar a Helene Funch y tomar nota de sus reacciones.

—¿Por qué han venido? —preguntó Helene con frialdad, antes de que Lange pudiera formular su siguiente pregunta.

De nuevo, él miró rápidamente a Louise, y ella esperó que captara la pequeña inclinación de cabeza que le envió.

—Le estoy preguntando por su hijo menor —empezó—, porque quiero aclarar si pudo estar en la posada con Dorthe. Hace poco.

—¿Qué ha dicho? —siseó Helene Funch, apretando los dientes—. ¿Qué demonios está

sugiriendo?

Lange levantó una mano para tranquilizarla.

—¿Qué coño quieren? —La ira resonaba en su voz.

Lange dejó caer las manos sobre su regazo.

—Hemos encontrado una habitación infantil en el apartamento de Dorthe —dijo, y fue directo al grano—: El niño que ocupaba la habitación ha sido identificado como su hijo.

Ahora la sala de estar se quedó en silencio mientras las palabras pendían pesadamente entre ellos.

—No lo entiendo —dijo finalmente Helene, en voz tan baja que apenas pudieron oír lo que decía.

—Tenemos la sospecha de que su hijo sigue vivo —dijo Louise.

Helene Funch negó con la cabeza y su melena rubia, que le llegaba hasta los hombros, se balanceó de un lado a otro.

—Pero eso no puede ser cierto —susurró, desesperada. Apretó las manos como si intentara mantener la compostura—. Están equivocados. —Su voz era llorosa y distorsionada—. ¿Por qué me están haciendo esto? ¿Cómo pueden venir aquí y decir que Simon podría estar vivo? —Las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas de forma incontrolable.

Le dieron tiempo, y ella lloró desconsolada e infeliz. Con las manos apretadas, se secó las lágrimas y se limpió la nariz con las mangas deshilachadas de su jersey.

—Todos mis hijos están muertos. —Hipó ahogadamente—. Mi marido está muerto. Ojalá yo también estuviera muerta, pero aún no he tenido el valor de ponerle fin a mi sufrimiento. Al principio, esperaba poder acabar con mi vida dejando de comer. Solo quería tumbarme en mi cama hasta que terminara. Pero entonces llegó Jack con la comida de Dorthe, y también fue él quien me hizo levantarme y bajar. Construyó el invernadero para mí y me sacó al exterior. Si tan solo hubiera tenido la fuerza para quedarme en la cama, todo habría terminado hace mucho tiempo.

De repente, fue como si comprendiera el significado de lo que habían dicho.

—¿En casa de Dorthe? ¿Por qué estaba mi pequeño Simon con Dorthe?

Las lágrimas seguían cayendo por su cara, pero el llanto se había calmado.

Lange negó con la cabeza.

—No puedo responderle a eso todavía —contestó.

—Pero ¿cómo...? —La desesperación y todas las cosas que no entendía la hicieron callar, y en su

lugar empezó a negar también con la cabeza.

—No se puede negar que esto es sorprendente —dijo Louise—, pero el caso es que los restos de ADN encontrados en la habitación coinciden con el de su hijo, y tenemos que trabajar con la teoría de que sobrevivió y llegó a la costa en algún lugar de la zona.

—Pero ¿por qué estaba con Dorthe? —repitió Helene, confundida.

—Porque parece que acogió a un niño poco después del accidente —dijo Lange.

—¿Dónde está ahora? —exclamó entre lágrimas—. Quiero ver a mi pequeño.

—No lo sabemos —dijo Louise con compasión.

23

Camilla aparcó detrás de la tienda de radio y televisión de Svendborg. Fue Eva Nørgaard quien dijo que Jon Isaksen había visto mucho a su hijo. Ella creía que los dos habían estado saliendo, aunque nunca lo habían dicho abiertamente.

Camilla subió por un pequeño pasaje desde el aparcamiento situado junto a la casa y salió a la calle principal. Después de entregar a Charlie a Eik, había llamado a Jon para concertar una cita. Le dijeron que, ahora que la posada estaba cerrada, estaba ayudando a su pareja en la tienda. Podría aparecer sin más.

La primera persona con la que se cruzó al entrar fue un hombre de unos cincuenta años. Llevaba el pelo muy corto y vestía un traje azul oscuro que parecía demasiado elegante para las largas hileras de pantallas planas y altavoces Bose de la tienda de televisores. Se presentó como pareja del cocinero.

—Está detrás —dijo él, y Camilla lo siguió hasta una puerta detrás del mostrador, donde el hombre gritó hacia el almacén que había visita.

Jon apareció de detrás de una estantería alta de carpetas. Al principio se fijó en su espesa melena rubia y sus hoyuelos, pero, a medida que se acercaba, notó la incertidumbre en sus ojos y la rápida mirada que dirigió a la puerta de la tienda.

—¿Vamos a otro sitio a hablar? —preguntó Camilla cuando se hubieron saludado.

Jon negó con la cabeza.

—No, está bien —respondió—. Theo también conocía a Aske, y sabe que nos vimos antes de que me mudara con él.

«Debe haber unos veinte años de diferencia de edad entre ellos —supuso Camilla—, pero también había una gran diferencia de edad entre el cocinero y Aske».

Jon le ofreció café y señaló el fregadero.

—¿O prefiere agua?

Camilla se negó a ambas cosas, sacó su teléfono móvil y le preguntó si le parecía bien que grabara la conversación.

Asintió, pero aún parecía inseguro.

—¿Y promete no mencionar mi nombre? —dijo.

—Por supuesto —dijo, recogiéndose el pelo rubio con una goma antes de alisarse la falda y sentarse—. El artículo trata en general de cómo es salir del armario como gay aquí, en Svendborg. Como sabe, he hablado con la madre de Aske y ha accedido a que escriba sobre su hijo.

Ahora era él quien asentía.

Camilla sabía que él había hablado con Eva después de que ella se hubiera marchado de su casa. Fue la propia Eva quien le había sugerido que contactara primero con Jon, por lo que era consciente de que Eva había accedido a que Camilla y Jon hablaran de su hijo fallecido.

Miró por un momento el suelo cubierto de polvo que había bajo las estanterías y pensó en lo difícil que debía ser para Eva a veces trabajar con el amigo de su hijo y ver cómo encontraba una nueva pareja y construía una vida.

—Él fue el primero —dijo Jon mientras se sentaban uno frente al otro en la mesa alta de embalaje—. Sabía que era gay. Lo había visto en la cabaña del bosque cuando llevaba la comida. Nos conocíamos desde hacía un año antes de empezar a vernos así. Pero en realidad nunca salimos, solo nos veíamos. Le cogí mucho cariño y nos hicimos íntimos.

—¿Aske recibía dinero de los hombres con los que se encontraba en la cabaña? —preguntó Camilla, y observó cómo Jon volvía a mirar hacia la puerta de la tienda antes de sacudir la cabeza con vehemencia.

—No, en absoluto —respondió—. Aske lo hacía porque quería. Para él, era una cita, y las condiciones de la cabaña eran un lujo que no podía permitirse por su cuenta.

—¿Así que no hubo presión ni coacción en esas estancias en el bosque? —dijo Camilla, y él volvió a negar con la cabeza.

—Pero una noche ocurrió algo ahí fuera —continuó—, algo se les fue de las manos. Aske fue violentamente maltratado por un hombre que quería mucho más de él. Se descontroló. Lo vi al día siguiente y estaba muy mal. Le dije que lo denunciara y pensé que lo había hecho. Pero sospecho que lo convencieron y le pagaron para que mantuviera la boca cerrada. Nunca dijo nada, pero mi sensación es que le pagaron para que olvidara lo ocurrido. Fue después de ese episodio cuando empezó a cambiar y ya no lo vi mucho. También borró sus perfiles de citas y sentí que se estaba aislando. Era como si poco a poco se estuviera convirtiendo en una sombra de lo que fue, pero no quería hablar de ello.

—¿Dejó de frecuentar el ambiente gay? —preguntó Camilla con curiosidad. Mientras él hablaba, ella tomaba nota de todas las pequeñas reacciones corporales involuntarias que revelaban sus emociones. Sus ojos, que a menudo se desviaban hacia la puerta de la tienda o se volvían tristes y brillantes. La seriedad que se reflejaba en su rostro.

Jon se quedó en silencio y permaneció largo rato sentado mirando la mesa antes de encogerse de hombros vacilante, como si buscara la manera de continuar. Pero luego sacudió la cabeza.

—No lo creo —respondió—, pero era diferente. Pasaron unos tres meses hasta que volví a verlo,

y fue entonces cuando me di cuenta de que tenía dinero. Me enseñó su coche nuevo y después me llevó a cenar y a pasar una noche en la ciudad. Pagó, pero no parecía contento y apenas comió nada.

Volvió a callarse.

—En muy poco tiempo, pasó de ser alegre y guapo a completamente introvertido. No lo entendía, pero sentía que ya no era lo bastante bueno para su compañía. Que ya no se divertía cuando estaba conmigo. Pero entonces me di cuenta de que no estaba disfrutando en absoluto. Intenté hablar con él, pero casi nunca tenía tiempo para verme y, cuando lo tenía, parecía cansado o apurado y tenía que irse rápidamente. Para ser honesto, no sé lo que pasó, y también era bastante difícil que él me gustase durante ese período. No fue hasta que se puso muy enfermo que empecé a verlo de nuevo. Y entonces me arrepentí de no haberme acercado más a él. De no haber sido un mejor amigo.

—¿Se prostituía? —preguntó Camilla, y esperó hasta que él asintió vacilante y empezó a hablar.

—Una noche salimos por la ciudad y acabamos en la discoteca. —Sacudió la cabeza como si señalara más allá de la calle principal—. Aquella noche se nos acercó un hombre. Nunca lo había visto antes, pero estaba claro que Aske lo había reconocido. El hombre sacó doscientas coronas y le dijo a Aske que saliera por detrás.

«Jon parece casi avergonzado mientras habla», pensó Camilla, y lamentó no haber aceptado el café. Hacía frío en la trastienda, y también había algo desconcertante en el dolor que se reflejaba en su tono de voz. Tal vez habría ayudado si hubieran tomado un café juntos.

—Fue muy incómodo y humillante para Aske —continuó—. Nos fuimos de allí justo después, y fue entonces cuando me dijo que a veces hacía cosas así.

—¿Quiere decir aquí, en Svendborg? ¿O también tenía algo que ver con la cabaña del bosque?

El cocinero negó con la cabeza.

—No sé dónde sucedía —respondió—. Me dolió mucho enterarme y no quería oír más al respecto.

El móvil de Camilla, que estaba sobre la mesa, sonó: era Terkel.

—Sí —respondió ella, molesta por haber sido interrumpida.

—Olvídate del tema gay —dijo su jefe, que sonaba forzado—, y céntrate en un accidente de avión que tuvo lugar en Tåsinge hace dos años. Acabo de oír que el asesinato en la posada puede tener algo que ver con el accidente de avión.

—Para —interrumpió Camilla, irritada—. Esa noticia se la has asignado al becario Jakob, así que déjalo continuar.

—Ya no es becario, y lo sabes muy bien —la reprendió Terkel Høyer—. Además, ahora está

ocupado con un caso de drogas en Vestegnen. Y parece que no hay mucho más que investigar en el asesinato de la viuda.

Camilla estaba a punto de protestar, pero él continuó:

—Tú eras la que quería ir allí —dijo—. Tu historia no va a ninguna parte, así que cambia de rumbo y concéntrate en el accidente de avión. Una mujer sobrevivió, era madre de tres hijos y era su marido quien pilotaba. Averigua quién era. De dónde despegó el avión. Quiero saberlo todo. En particular, quiero saber cómo se puede relacionar el accidente dos años después con el asesinato de la mujer en la posada.

Rápidamente Camilla se decidió y aceptó. Así podría quedarse en Tåsinge y seguir con la historia de Aske. Además, también tenía curiosidad por saber más del niño de la posada del que Louise no quería hablar.

Cuando Camilla se hubo despedido de Jon Isaksen y saludó cortésmente con la cabeza al dependiente de la tienda de la radio y la televisión, llamó al hotel de Troense para reservar una habitación y luego empezó a buscar un supermercado para poder abastecerse de todo lo que ya sabía que iba a querer cuando pasara las siguientes horas frente al ordenador indagando en la vida privada de la familia Funch. Y la muerte.

Vio una tienda de comestibles y paró. Antes de bajarse del coche, envió un mensaje a Frederik y Markus diciendo que se quedaba en Tåsinge hasta el día siguiente, y luego entró para comprar. Para cuando volvió al coche un poco más tarde, cargada con una bolsa llena de agua con gas, Coca-Cola Zero, almendras saladas, gominolas y un bocadillo que no estaba muy segura de si se iba a comer, su marido la había llamado dos veces. Intentó recordar si había algún compromiso en casa que hubiera olvidado. Un cumpleaños o algo que hubiera prometido hacer.

—Cariño —exclamó Frederik, feliz, cuando ella le devolvió la llamada—, lo de Tåsinge suena muy bien, voy para allá.

—Pero estoy trabajando —respondió ella, sorprendida de que a él se le ocurriera esa idea.

—Estaré callado mientras escribes. También puedo dar un paseo. Podremos estar juntos esta noche, tal vez podamos encontrar un lugar agradable para cenar.

—Eso no funcionará —dijo sin empezar un debate—. Me daré prisa en terminar aquí, y podremos hacer algo acogedor este fin de semana.

Ella sintió que él no estaba dispuesto a ceder. «Está aburrido», pensó.

—Vale —dijo a regañadientes—. Quizá pueda llevar a Markus al cine.

Se echó a reír. Había una gran diferencia entre Los Ángeles y Frederiksberg. Camilla había predicho que se aburriría cuando se mudara a casa. Pero él se había empecinado en asegurarle que, de todas formas, en Estados Unidos no hacía otra cosa que trabajar. Así que eso no

cambiaría, dijo. Ahora, sin embargo, le llamaba la atención que los horarios de la mayoría de las personas no eran tan flexibles como los suyos.

—Te llamaré más tarde —prometió, y le envió besos a través del móvil.

La habitación en la que se encerró Camilla tenía vistas al puerto deportivo de Troense. Tiró su pequeña bolsa de viaje sobre la cama y se sintió satisfecha consigo misma por haber tenido la previsión de meter algo más de ropa y artículos de aseo antes de salir de casa.

A pesar de que la lluvia golpeaba contra la ventana, la abrió un poco y acercó el sillón del rincón hacia la luz antes de sacar su ordenador de la bandolera. Pensó en los artículos que había encontrado para Louise. En ellos, Camilla había leído cómo la familia Funch había tenido que cancelar un viaje previsto para las vacaciones de otoño a Disneyland París porque Kristian Funch tenía un trabajo importante y debía quedarse en casa. Había sido una idea espontánea volar a Tåsinge para que Helene y los niños pudieran pasar las vacaciones en la granja, y la idea era que su marido se uniera a ellos durante el fin de semana, según le había contado Helene Funch a la periodista.

Camilla introdujo el código de Internet del hotel, abrió una gran bolsa de gominolas de colores y se acomodó en el sillón frente a la ventana. Leyó los artículos para refrescar la memoria y también encontró algunos de otro periódico en los que se decía que la familia vivía junto al lago Store Gribsø y que despegaron desde el aeródromo de Grønholt en un pequeño avión privado.

Cuando la bolsa de gominolas estaba casi vacía, se dio cuenta de que Helene Funch era propietaria de una granja en Bjernemark, en Tåsinge. La había comprado con el dinero que había heredado de sus padres. Como consecuencia del accidente aéreo, había pasado por un largo proceso de rehabilitación. No especificaba qué lesiones había sufrido, solo que había dimitido de su trabajo como asesora fiscal internacional en Deloitte, en Hellerup, donde trabajaba desde 2007.

Camilla escribió todas sus notas en un bloc que había colocado en el reposabrazos de la silla. En varios lugares se afirmaba que Helene Funch era experta y reconocida en su ámbito profesional. Bostezó, y en su lugar siguió buscando para encontrar algo que describiera el lado más íntimo de la mujer que sobrevivió al accidente aéreo. Helene nació en Harlow; su padre había sido propietario de un gran bufete de abogados en Copenhague. Helene tenía treinta y ocho años cuando ocurrió el accidente. Llevaba doce años casada con Kristian y era madre de sus hijos Karl, de ocho años, Sofie, de seis, y Simon, de dos.

«No hay demasiado información», pensó Camilla con pesar mientras seguía buscando. Pero no encontró nada más. También visitó el perfil de Facebook de Helene Funch, pero no era accesible si no eras amigo suyo.

El agua con gas le salpicó la falda mientras desenroscaba el tapón de la botella antes de empezar a buscar a Kristian Funch. Y pronto quedó claro que se había escrito mucho más sobre él.

Kristian Funch, nacido en 1981. Camilla observó que era un año mayor que su mujer. Fue tras

un violento robo en casa de sus padres cuando decidió fundar la empresa Funch Alarm Systems. Un viejo artículo del año en que cumplió treinta años decía que no tenía más de veintiséis cuando puso la primera piedra de lo que más tarde se convertiría en una de las mayores empresas de alarmas de Dinamarca. Su hermano dos años mayor, Kenneth Funch, que era electricista de formación, fue contratado posteriormente como primer instalador de la empresa.

Camilla hojeó el resto. Pero solo cuando entró en la página web de la empresa y reconoció el logotipo se dio cuenta de que era a ellos a quienes Frederik había contratado para montar la habitación segura en su apartamento. En el página web se describía de forma impresionante cómo la empresa había «crecido» en los años siguientes y ahora tenía en su lista de clientes tanto a grandes empresas como a personas acaudaladas. En la página también se afirmaba que Kenneth Funch había asumido la dirección tras la muerte de su hermano. Anotó su nombre junto con el número principal de la empresa, con la esperanza de poder descubrir historias más privadas sobre su hermano pequeño y su cuñada.

Le pusieron directamente con Kenneth Funch y pensó que la telefonista de Funch Alarm Systems podría haber recibido instrucciones de poner a los periodistas directamente con el director general.

La voz Kenneth era oscura y amigable cuando le preguntó qué podía hacer por ella.

Camilla se presentó y, en primer lugar, le dijo que esperaba que no le importara que le llamara para hablarle de su hermano. No dijo ni una palabra sobre el hecho de que en realidad estaba más interesada en la mujer de su hermano.

Al principio se hizo el silencio, pero luego se aclaró la garganta y dijo que no le importaba en absoluto hablar del fundador de la empresa.

A Camilla no le molestó que dejara claro de qué estaba dispuesto a hablar. También le dejó repetir lo que había leído casi textualmente en la página web de la empresa de alarmas. Pero, cuando ella intentó preguntar por el avión privado, él se calló.

Y pronto se dio cuenta de que a él tampoco le interesaba hablar de su cuñada, pero sí llegó a decir que después del accidente había sido una época muy difícil para Helene.

No era despectivo, concluyó Camilla, pero tampoco se mostraba muy abierto a la hora de proporcionarle nueva información. Y estaba lo bastante curtida como para saber que no obtendría nada. Así que le agradeció su tiempo.

Él le deseó un buen día y colgó.

Durante un largo rato, se quedó sentada mirando el agua y los pequeños yates que parecían estar preparados para el invierno. Un hombre paseaba a su perro, y en la carretera dos chicos iban en bicicleta. Conducían por el medio de la calzada y se gritaban en voz alta. Hizo acopio de su

instinto de madre y esperó que no hubiera ningún coche en dirección contraria circulando a demasiada velocidad.

Ni una sola de las cosas que había dicho el hermano podía utilizarse para el artículo que Terkel le había pedido. Molesta, Camilla sacudió la cabeza y volvió a buscar.

—Qué aburrimiento —murmuró para sus adentros mientras recorría el resto de la información de la página web. Abrió una nueva bolsa de gominolas, dudó un momento antes de arrancar la esquina de la bolsa de almendras saladas y abandonó la web de la empresa para empezar a buscar en Internet cosas que se hubieran escrito sobre Funch Alarm Systems y su difunto fundador.

Una hora después, tras haber vaciado las dos bolsas y haberse bebido una Coca-Cola, estaba inquieta e irritada a partes iguales. En lo que se refería a la vida personal de la pareja, no había encontrado nada. Pero eso no era lo que había alimentado su inquietud.

Debajo de todo aquello, había visto el esbozo de una nueva historia. Había aparecido mientras leía las reseñas de Trustpilot sobre Funch Alarm Systems y los comentarios de varios foros de Internet en los que se mencionaba a la empresa de seguridad. Al parecer, la empresa había estado al borde de la quiebra antes de la muerte de Kristian Funch. Se presentó una solicitud de quiebra, pero su hermano consiguió que la empresa volviera a ponerse en pie. También había encontrado un anuncio de venta inactivo en una página de segunda mano que mostraba que el pequeño avión Piper Cherokee de seis plazas había estado a la venta antes del accidente.

El anuncio se publicó dos meses antes de que se estrellara el avión. Pero la preocupación que había empezado a crecer en su interior tampoco tenía mucho que ver con el avión. Sintió que tenía que hablar con Kenneth Funch sobre el hecho de que Kristian Funch había intentado deshacerse del avión poco antes de que se estrellara. Pero, antes de hacerlo, tenía que informarse debidamente sobre las acusaciones que los clientes lanzaban contra la empresa.

Camilla se agachó y recogió su bolso del suelo para coger su teléfono móvil.

—Hola —dijo cuando Frederik contestó.

Había encontrado en Internet una foto de Kenneth Funch, el hermano mayor que ahora era el director general de la empresa. Un hombre de hombros anchos y fornido que lleva una chaqueta de trabajo con el logotipo de la empresa en el pecho. Se había dado cuenta de que no era él quien había ido a su apartamento. Kenneth parecía enfadado y no muy amigable.

—¿Qué sabes de la empresa Funch Alarm Systems? —le preguntó a su marido—. ¿Por qué la elegiste?

Lo oyó dudar al otro lado.

—Me la recomendaron —respondió, y le explicó que un viejo amigo suyo que vivía en una gran villa en Fredensborg fue quien le habló de ella—. También la utiliza en su empresa.

Camilla asintió. Lo había visto una vez y sabía que su amigo era importador de coches.

—Y tienen experiencia con estas habitaciones seguras —dijo Frederik—. ¿Por qué lo preguntas?

Ella pensó que tal vez él temía que se avecinase una nueva discusión sobre si había sido necesario gastar más de doscientas mil coronas en la habitación segura, así que pareció casi aliviado cuando ella le preguntó si estaba al corriente de que una serie de clientes habían denunciado robos en sus casas en un periodo de tres meses después de tener instalado un sistema de alarma Funch.

—Lo sorprendente es que no saltó la alarma. Desaparecieron sobre todo muebles caros de diseño, equipos de música y lámparas.

—Siempre hay alguien que se queja —respondió con calma.

—Sí, estoy de acuerdo —dijo Camilla—, pero los robos se produjeron a través de ventanas con un interruptor instalado que debería activar la alarma si se abría la ventana. Y no sucedió.

—O tal vez los habitantes de la casa se olvidaron de conectar la alarma —señaló su marido.

—Pero también podría ser que ese interruptor en particular estuviera defectuoso y que ese instalador en concreto lo supiera. Y luego fue fácil volver.

—¿Te aburres? —preguntó.

—No, no me aburro —exclamó, irritada—, pero quiero saber si los responsables de nuestra seguridad son honrados. Y es interesante escuchar cómo la empresa ha conseguido evitar la quiebra mientras se ve azotada por una tormenta de quejas.

—Creí que te interesaban las minorías —dijo su marido—. Le encantará saber que le acusas de fraude.

Por un momento, esperó que protestara y tratara de disuadirla, pero no lo hizo. Le deseó buena suerte y Camilla volvió a llamar a Kenneth Funch.

Después de que hablaran, pensó que lo de que Frederik le hubiera deseado buena suerte parecía un poco fuera de lugar, porque aún resonaba en sus oídos después de que Kenneth Funch terminara de regañarla y colgara el teléfono.

24

Estaban a punto de despedirse de Helene Funch cuando Louise le preguntó si seguía utilizando la casa familiar de Gribsøvej, en Hillerød. No lo hacía, la casa estaba tal y como la había dejado casi dos años antes. No tenía energía para ponerla a la venta, dijo. Y tampoco se sentía preparada todavía. Todas las cosas de los niños, toda su vida estaba en esa casa.

Louise pidió permiso para visitarla, y Helene le dio la llave y el código del sistema de alarma sin más, como si no tuviera nada que ver con ella.

Parecía incoherente y despistada, pero aun así consiguió explicar que un jardinero estaba cuidando el césped del jardín. Nadie había estado en la casa desde el accidente, salvo la única vez que ella misma fue para recoger algunos efectos personales y algo más de ropa antes de instalarse en Tåsinge. Les advirtió que no se había limpiado ni ordenado nada desde el día en que la familia se fue de vacaciones de otoño.

Fue Lange quien sugirió que llamaran a Jack Skovby para que estuviera con Helene durante las horas que faltaban para que llegara su hermana.

—¿Qué quieres hacer en la casa? —preguntó Lange mientras iban sentados en el coche de vuelta a la comisaría.

—Quiero saber más —respondió brevemente, pero añadió tras una pausa—: Supongamos que Dorthe Hyllested y su marido ocultaron deliberadamente al niño sabiendo que era hijo de Helene. Al mismo tiempo, le llevaban comida todas las semanas desde que volvió a casa del hospital. Eso demuestra un nivel de maldad que pocas veces he visto. Y no creo que un acto tan cruel surja de la nada. Si es así, debe haber algo detrás. Por lo tanto, tenemos que averiguar si las dos familias sabían más la una de la otra o si tenían alguna otra conexión que Helene Funch desconoce o no nos cuenta.

Por lo que sabía Louise, Helene no les ocultaba nada, había accedido enseguida a que registraran la casa. No se había opuesto cuando Louise le había pedido permiso para revisar las pertenencias de su difunto marido. Después de pensarlo, Lange también pareció estar de acuerdo con ella en que debían investigar si había algo que conectara a los Hyllested y los Funch. Algo que pudiera indicarles por qué Nils y Dorthe se llevaron al hijo menor de Helene.

—Tienes razón —le dijo Lange. Habían llegado al puente y abandonado Tåsinge—; si había una conexión entre las dos familias, eso podría explicar por qué la pareja podría haberle hecho eso.

Louise dejó que su mirada se perdiera en el agua. Se sentía sin aliento, como si la inquietud temblorosa que asolaba su cuerpo le entrecortara la respiración. Era una sensación familiar de pérdida de tiempo cuando no tenía una pista que seguir. No era constructivo, pero era como una gran patada en el culo y un recordatorio de que iba atrasada. Que vagaba a ciegas, incapaz de ver una dirección para la investigación de la que estaba a cargo.

—Pero ¿dónde está ahora el niño? —murmuraba para sí misma mientras conducían hacia Svendborg.

—Está aquí, en alguna parte, y nosotros lo encontraremos —respondió Lange con convicción. Por un lado, Louise pensó que parecía una persona irritantemente optimista que intentaba hacerla feliz. Pero, por otro, también había algo tranquilizador en ese «nosotros».

No estaba sola y tenía que recomponerse. Había sido una estupidez emborracharse en medio de algo tan importante. Pensó en Jonas y Melvin, debería llamarlos. En su lugar, envió a su hijo un mensaje de texto y un corazón. Llamaría más tarde, y si acababa yendo sola hasta la villa de Helene, podría pasarse por Frederiksberg cuando terminara.

Eik estaba justo delante de la puerta del despacho que Lene Borre les había proporcionado. En el suelo, a sus pies, estaba Charlie, que saltó moviendo la cola cuando entró Louise.

Miró al perro confundida y le preguntó de dónde había salido.

—Camilla lo ha estado cuidando, lo trajo con ella esta mañana. Acabo de recogerlo.

Louise asintió lentamente; así que su amiga también estaba allí. Consideró brevemente si ganaría algo contándole a Camilla la historia sobre Simon y dejando que la filtrase, pero decidió en su lugar que tenía que ir mucho más lejos, a pesar de que le había prometido que sería la primera persona a la que informaría. Pero necesitaba hacer llegar el mensaje a todo el mundo, y tendría que coordinarse con Grube en Odense para convocar una rueda de prensa para hoy.

«Es probable que tengamos que llamar a las patrullas caninas de Selandia y Jutlandia», pensó, sin saber hasta qué punto Fionia era capaz de proporcionar un equipo de búsqueda.

—Hay una rueda de prensa dentro de media hora —dijo Eik, interrumpiendo sus pensamientos —, y en la próxima hora, los primeros perros saldrán de la posada en cuatro largas cadenas. Se añadirán más a lo largo de la tarde. Nosotros...

—¿De qué demonios estás hablando? —interrumpió Louise, y soltó la oreja de Charlie, que había estado acariciando mientras pensaba.

—Me refiero al hecho de que ya se ha iniciado oficialmente una búsqueda para encontrar a Simon Funch.

—No puedes hacer eso, es mi caso —dijo, enfadada—. Acabo de estar con su madre. ¿Cómo se te ocurre hablar con Grube a mis espaldas?

Charlie se levantó y se alejó.

Ahora Eik se puso serio.

—No hablé con Grube a tus espaldas —respondió—. Simon Funch ha sido dado por

desaparecido, y el caso siempre ha estado en el Departamento de Búsqueda. Acabo de tomar el relevo de Olle, que está de vacaciones, así que ahora lo dirijo yo.

Guardó silencio para dejar lugar a objeciones, pero Louise se limitó a negar con la cabeza.

—He convocado una rueda de prensa, y Grube se está preparando para ella en la comisaría. Mientras, yo he estado aquí coordinando la búsqueda, que ya está en marcha. No hay por qué tomárselo como algo personal.

—No me lo tomo como algo personal... —empezó ella, pero fue interrumpida cuando él continuó, impertérrito.

—Hay un niño pequeño en alguna parte. No se sabe por lo que ha pasado en los dos últimos años, pero ahora hay que encontrarlo y llevarlo a casa con su madre.

Abrió la boca para decir algo, pero él volvió a adelantarse.

—Además —añadió con un brillo en los ojos que a ella le molestó—, mientras yo dirija la búsqueda, tú tendrás tiempo para concentrarte en resolver el asesinato de la viuda.

Ella lo pensó durante un momento, luego asintió y se rindió.

—Me voy a Selandia con Lange para revisar la villa de la familia Funch. Creemos que pudo haber una conexión entre las dos familias antes del accidente aéreo. Algo que Helene no sabe o que no nos cuenta. Podría ser algo que hizo que los posaderos alejaran a Simon de Helene. Si es así, también podría darnos un motivo para el asesinato de Dorthe.

Eik chasqueó la lengua, lo que hizo que Charlie se levantara y se acercara a él.

—Vamos —dijo, ya de camino hacia la salida.

Louise lo miró confundida.

—He dicho que vamos Lange y yo —protestó ella a su espalda.

—Vamos en mi coche —dijo él, ignorando su objeción.

—¡Me cago en todo! —maldijo Louise, y le pidió que esperara mientras le decía a Lange que fuera a Odense y asistiera a la rueda de prensa para que tuvieran una idea de lo que iba a decir Grube. Niklas y Lene seguían en el apartamento de la posada, y Lene Borre no tardó en ponerla al día cuando la llamó para prepararla para la llegada del equipo de búsqueda de Eik.

—Ya han llegado los primeros —respondió, y Louise pudo oír actividad de fondo. Informó a su colega local sobre la conversación con Helene y le dijo que la hermana estaba de camino y que Jack había prometido quedarse con ella hasta que llegara.

—Creo que también ha llegado un periodista —anunció Lene Borre, pero Louise no preguntó nada al respecto. En su lugar, habló de la rueda de prensa.

—Tendrás que prepararte para algunos periodistas más, pero está bien. Ahora mismo, los necesitamos. Remítelos a Eik Nordstrøm, él será quien hable cuando sea necesario. —Sintió la mirada de Eik, pero ahora era ella la que lo ignoraba.

Cuando terminó la conversación, asintió y dijo que estaba lista.

Ni siquiera habían llegado a Odense cuando Louise se preguntó si podría echarse una siesta para no tener que hablar durante el viaje a Selandia del Norte. Dos horas en coche. Juntos. Había muchas otras cosas que Louise preferiría hacer. Ella y Eik no se habían visto desde que interrumpió el largo viaje. La última noche que pasaron juntos, habían tenido sexo en la pequeña terraza fuera de su habitación del hotel, y las cosas habían ido cuesta abajo a partir de ahí. Se acostaron, discutieron y se separaron. Así lo recordaba. Pero era sobre todo para envolver la ruptura en un tono duro. La verdad era que la ruptura la había destrozado. El estómago y el corazón le dolían mucho después de llegar a casa. Por supuesto, parte de ello tenía que ver con el hecho de que había vuelto a casa con la crisis nerviosa de su hermano.

Una crisis que casi le cuesta la vida con dos intentos de suicidio. El estado de su hermano había alejado su propio dolor durante un tiempo, y toda su atención se había centrado en devolverlo a la vida. Pero, cuando lo consiguió, su propia infelicidad había vuelto con renovado vigor. No valía la pena amarla. Louise había vivido con ese sentimiento toda su vida, y ahora volvía con toda su fuerza.

No habían pasado más que unos días desde que pensó que su corazón seguía agrietado, como el emoji que le enviaba constantemente a Camilla cuando le preguntaba cómo estaba.

Y no funcionó. Tampoco lo hacía ahora que estaba sentada a veinte centímetros de él. Todo él afectaba a su sistema nervioso: su olor, su silueta, su ropa. Eik solo vestía de negro. No para mejorar su imagen, sino porque era más fácil comprar diez camisetas negras iguales y cinco vaqueros negros iguales. Todas las mañanas se daba un chapuzón en el muelle de Sydhavnen, todos los días bebía al menos diez tazas de café. Todos los días fumaba cigarrillos sin filtro, que guardaba aplastados en el bolsillo de la chaqueta.

Louise apartó la mirada. Los cigarrillos podrían ser cosa del pasado si lograba mantener a raya la ansiedad con chicles. Pero, de momento, ninguno de los dos parecía interesado en hablar. Él estaba sentado en silencio al volante, manteniendo el viejo jeep en el carril de adelantamiento con una ligera presión sobre el coche de delante.

Ninguno de los dos decía nada. Louise cerró los ojos y apoyó la cabeza en la ventana. «Tengo que hacer que esto funcione», pensó. Podría hacerlo, siempre y cuando se ciñeran a su relación laboral y dejaran atrás los asuntos personales. Se dio cuenta de que su antiguo jefe en el Departamento de Búsqueda y Rescate no tenía razón. Rønholt había insistido en que ella o Eik tenían que dejar el departamento, ya que estaban saliendo oficialmente. Pero el problema no era trabajar juntos como pareja, sino trabajar juntos cuando ya no lo eran. Ahora se daba cuenta. Pero Eik era muy bueno. Lo era, y ahora mismo su prioridad era encontrar a Simon y resolver el asesinato.

La conversación iba y venía en su cabeza mientras seguía con los ojos cerrados.

—Hiciste mal en marcharte sin más —dijo Eik de repente, rompiendo el silencio en el coche.

—Para —dijo sin abrir los ojos.

—No puedes huir porque creas que puedes omitir algo que hay que hablar. Es inmaduro e infantil.

Louise se enderezó de un tirón y se volvió hacia él.

—¿Quieres saber lo que es inmaduro e infantil? —gruñó.

Él no contestó, y ella no quiso iniciar esa conversación cuando aún quedaba hora y media de viaje.

—Te echamos de menos —dijo Eik; el reproche había desaparecido de su voz.

Habían cruzado el puente del Gran Belt, y él aminoró la marcha y se acercó al peaje.

Louise no dijo nada al principio, pero lo miró.

—Tal vez deberías haber considerado las consecuencias antes de romper —dijo.

—Tú fuiste quien rompió y no quiso continuar el viaje con nosotros.

—Para —repitió Louise, apretando la mandíbula—. Lo dices como si hubiera sido decisión mía. Dejaste bastante claro que de todas formas no te sentías preparado para comprometerte conmigo, para formar una familia con Jonas y conmigo. Si no es una ruptura, ¿cómo demonios quieres que lo perciba?

—Sabes que no quise hacerte sentir mal ni alejarme de ti.

Ella lo dejó colgado sin decir nada.

—¿Tenemos que hablar de esto ahora? —dijo de todos modos—. Tratemos de concentrarnos en lo que vamos a hacer.

Louise miró fijamente por el parabrisas.

—Está bien —dijo Eik—. Solo quiero que sepas que no he retirado mi propuesta. Sigue en pie y el resto depende de ti.

Ella negó con la cabeza.

—Entonces, ¿sigue en pie hasta la próxima vez que no te sientas dispuesto a comprometerte de verdad?

Louise pensó que verla en brazos de Jack Skovby debió haberle afectado bastante.

—No —respondió Eik, acelerando para adelantar—. Seguirá en pie siempre. Solo necesito practicar un poco para expresarme mejor antes de decir algo que puedas malinterpretar.

De nuevo se hizo el silencio, hasta que Louise se aclaró la garganta.

—Bueno, lo pensaré.

No lo miró durante el resto del viaje. El espacio en el gran coche parecía demasiado reducido para todo lo que se habían dicho. Detrás de ellos, Charlie roncaba ruidosamente, y Louise no deseaba otra cosa que arrastrarse y acurrucarse junto al gran pastor alemán.

La casa de la familia Funch era una antigua villa de ladrillo rojo que estaba justo al lado de la carretera. Detrás de la casa, Louise podía ver un jardín que se extendía hasta el gran lago. Saltó del coche para escapar del silencio claustrofóbico que había reinado entre ellos durante la última parte del viaje. En su bolso encontró la nota con los cuatro dígitos del código y se dirigió hacia la puerta principal.

Detrás de ella, oyó que Eik cerraba el coche y que sus pasos se acercaban a ella. Antes de meter la llave en la puerta de roble oscuro, dejó que su mirada recorriera la casa. Había una densa maleza por todo el camino de baldosas y excrementos de pájaros en las baldosas que nadie se había molestado en limpiar. Pero, como el césped estaba cortado en la estrecha franja que subía por los lados de la propiedad, no parecía deshabitada, solo parecía que no estaba bien cuidada. Los arbustos crecían salvajes sobre el sendero del jardín y la maleza era densa entre los árboles de la valla.

Miró el papel con el código antes de abrir la puerta.

Marcó rápidamente 4813 en el panel de alarma situado junto a la puerta y, cuando se apagaron los frenéticos pitidos, miró con curiosidad alrededor del pasillo de techos altos. En una estantería junto al perchero había zapatos de niño de varias tallas, botas de fútbol y zapatillas deportivas.

Eik dejó que fuera delante mientras caminaban hacia una puerta abierta que daba a una sala de estar. Por un momento, Louise pensó que había algo reverente en el silencio, pero estaba relacionado con la sensación de aire enrarecido. El interior se veía polvoriento y descuidado. Era un poco como entrar en una iglesia vacía, aunque no hacía frío de la misma manera y la luz de las grandes ventanas que daban al jardín calentaba la habitación.

Había una manta tirada en el sofá, como si alguien acabara de levantarse de la siesta, y sobre la mesa, junto al sofá, había un libro abierto. No estaba desordenado, eso sería una exageración, pero se tenía la clara sensación de que la casa estaba abandonada de la forma en que lo estaría cuando uno sabe que va a volver. Entraron en el salón contiguo, donde una mesa de comedor y sillas ocupaban casi toda la habitación. Había un jarrón de cristal con un ramo seco en el centro de la brillante superficie de la mesa, rodeado de trozos de pétalos marchitos y pequeñas moscas muertas. El jarrón, que antes había sido transparente, se había vuelto parduzco por los depósitos de cal procedentes del agua podrida que se había evaporado. Había polvo, e insectos muertos y excrementos de moscas manchaban los alféizares, mientras que las telarañas colgaban de las

altas ventanas.

Del salón pasaron a la cocina, que estaba ordenada, salvo por una bolsa de avena que había quedado sobre la encimera. Los ratones ya se habían asegurado de esparcir la avena por la mesa y el suelo. Estaba mezclada con las propias heces de los ratones. Pero no dejaron nada más que los ayudara a saber más sobre la familia que había vivido en la casa.

Volvieron a atravesar el salón, dirigiéndose a la habitación situada al otro lado de la gran sala de estar que daba al jardín. Frente al grupo de sofás, un enorme televisor colgaba de la pared y en el suelo había cestas llenas de juguetes, sobre todo muñecas y verduras y frutas de plástico. También había una alfombra de juegos con un par de peluches que debían ser de Simon.

Louise ya había vivido antes la experiencia de entrar en un mundo que ya no existía. Que pertenecía a personas que ya no estaban vivas. Estar de pie en el centro del marco de algo que había sido la vida de alguien. Louise ya no se veía afectada de la misma forma, ya no sentía tristeza. Pero ese día había notado cosas diferentes. No eran los objetos que habían formado parte de su vida lo que le habían llamado la atención. Le interesaban más las cosas que quedaban ligeramente fuera de lo que habían sido sus vidas.

Eik se había quedado en el salón, y ahora la siguió escaleras arriba hasta el primer piso. La vista desde el dormitorio de Helene y Kristian era nítida, como habría dicho Jonas. Tenían un balcón que daba al jardín y al lago. Las copas de los árboles doradas por el otoño se extendían como un manto hasta el lago. La cama estaba hecha. Un camisón estaba doblado encima de la colcha y, junto al cesto de la ropa sucia, unas cuantas prendas habían acabado en el suelo.

Había empezado a abrir los armarios cuando Eik la llamó desde el otro extremo del pasillo. Había continuado hasta la habitación más alejada. En las puertas que bajaban hacia él, los nombres estaban escritos en grandes y coloridas letras de madera. Las tres habitaciones de los niños en fila: Karl, Sofie y Simon.

Estaba a punto de abrir la puerta de la primera de las habitaciones cuando Eik volvió a llamarla, y fue el tono de su voz lo que la hizo acelerar el paso.

—Mira esto —le dijo, mientras ella entraba en una amplia habitación de esquina con paredes de color gris oscuro y un ambiente cargado.

El despacho de Kristian Funch era tan grande como el dormitorio de la pareja, si se incluía el cuarto de baño que pertenecía a su dormitorio principal.

Eik estaba ante un gran escritorio y le tendió un sobre.

«A quien corresponda», estaba escrito en el anverso del sobre.

Se había puesto unos guantes finos de látex y ahora sostenía un par similar hacia Louise. La letra de la carta se había desteñido con la luz del sol que entraba por la ventana.

El sobre no estaba sellado, así que Louise lo abrió y sacó un papel doblado.

«Un acto premeditado», decía al principio de la página. Louise miró a Eik, que se había colocado detrás de ella para seguir leyendo.

«Para evitar dudas, acepto toda la responsabilidad por mi muerte y la de mi familia. Fue un acto premeditado y era mi intención estrellar el avión contra el mar».

Eik guardó silencio mientras Louise permanecía largo rato contemplando las pocas frases. Estaba firmado por Kristian Funch.

Dio la vuelta a la carta, pero solo decía eso. Sin explicaciones, sin añadidos. Nada. La habían imprimido. La firma y la fecha estaban escritas a mano.

Estaba fechada el mismo día en que Kristian Funch llevó a su familia en avión a Tåsinge, el 16 de octubre de 2017. Louise devolvió la carta a Eik.

—Mira a ver si encuentras algo más con su firma —dijo, sacando el móvil del bolsillo. Y, antes de que él pudiera contestar, le dio la espalda y llamó a Lisa Lindén.

—Consigue una orden y saca todo lo que puedas encontrar sobre Kristian Funch —dijo primero —. Extractos bancarios, transferencias, inversiones, correspondencia. Cualquier cosa. Es post mortem, murió hace dos años.

Lisa no hizo preguntas, pero le dijo que se pondría manos a la obra enseguida, y Louise se alegró de que los extractos bancarios se almacenaran electrónicamente durante cinco años. Eik había sacado unos papeles de una carpeta. Pudo ver que había empezado a buscar sistemáticamente algo que identificara la firma de Kristian Funch. Necesitaban confirmar que la carta había sido escrita por él.

Louise empezó a abrir los cajones del escritorio. El escritorio y los cajones estaban demasiado ordenados. Y, cuando levantó los ojos y miró a su alrededor, se dio cuenta de que el despacho había sido ordenado de forma diferente al resto de la casa. Salió con rapidez al pasillo y se dirigió a la habitación de Karl. Dentro, en el suelo, había un balón de fútbol, algo de ropa y un Monster Truck teledirigido. La cama estaba hecha, pero estaba claro que allí vivía un niño. Rápidamente comprobó las otras dos habitaciones y tuvo la misma sensación. Aunque estaban limpias y ordenadas, no daba la impresión de que alguien hubiera organizado las cosas como si no esperara volver. Pero eso sí ocurría en el despacho de Kristian Funch.

Cuando volvió, Eik le tendió un contrato de compraventa. En 2016, Kristian Funch había comprado un Land Rover en British Motor Group; su firma era idéntica a la de la carta. Eik también encontró una suscripción al gimnasio que llevaba su firma.

—No esperaba que su mujer sobreviviera —dijo Louise, señalando con la cabeza la carta que había sobre el escritorio—, pero supuso que alguien vendría a vaciar la casa y encontraría la carta.

Eik asintió pensativo.

—Pero ¿por qué? —preguntó para sí mismo.

—Finanzas, negocios, amor, traición —empezó a enumerar Louise.

—¿Algo iba mal? —preguntó, mirando alrededor del gran despacho—. ¿Se iba a divorciar su mujer?

Louise se encogió de hombros. No tenía ni idea, al menos no era algo de lo que Helene hubiera hablado.

—El hermano se hizo cargo de la empresa de alarmas tras la muerte de Kristian Funch.

Eik se había puesto en cuclillas y empezó a sacar carpetas del armario situado frente al escritorio. Louise se detuvo a mirar mientras él las hojeaba. En ellas había varios folletos impresos de Funch Alarm Systems, algunos con notas adhesivas, otros con pequeñas notas con comentarios directamente sobre el material impreso. Documentos de seguros, contratos de leasing de vehículos de empresa. Contratos de trabajo.

—¿Por qué no tenía todo esto en la oficina de su empresa? —reflexionó Eik, guardando la carpeta para sacar una nueva. Era del avión, el Piper PA-32-300. Cuaderno de a bordo, certificado de aeronavegabilidad, certificado de radio y documentos del seguro.

Siguieron buscando en silencio, pero no encontraron nada personal que los ayudara a comprender lo que había detrás de la acción de la que Kristian Funch se responsabilizó antes del fatal accidente. Ni extractos bancarios ni documentos privados que los llevaran en alguna dirección.

El móvil de Louise solo sonó una vez antes de que respondiera.

—Una semana antes de que se estrellara el avión se presentó una solicitud de quiebra para Funch Alarm Systems —dijo Lisa Lindén—. Parece que se evitó cuando intervino el hermano. Pero al parecer Kristian Funch estuvo vaciando su empresa durante un largo periodo de tiempo. Retiró grandes sumas de dinero durante el año que precedió a su muerte.

—¿Que retiró dinero? —preguntó Louise—. ¿Para qué?

Se hizo el silencio en la línea.

—No lo sé todavía —respondió Lindén—, pero lo averiguaré cuando tenga una orden judicial y pueda ver sus extractos bancarios.

Louise había puesto el altavoz para que Eik pudiera escuchar. Le dio las gracias a Lisa y se despidió.

—Es buena —dijo Eik. Sus ojos brillaban de un modo que hacía que Louise se sintiera celosa.

Se miraron en silencio.

—Lo vació todo antes del accidente —dijo Eik, que había terminado el último armario—. Está claro que lo que queda es algo que no le importaba que viesen los demás. Prácticamente solo

tiene que ver con la empresa.

—Tal vez pensó que su hermano sería quien se encargaría de vaciar la casa. Aquí no hay nada.

Louise podía oír su propia impaciencia, pero nada relacionaba a la familia Funch con Dorthe y Nils Hyllested.

—Tenemos ante nosotros una tragedia familiar —dijo, frustrada, sintiendo que aprovecharían mejor el tiempo si salían para encontrar a Simon.

Ahora se dio cuenta de por qué la oficina parecía tan cerrada. No había ningún ordenador, teléfono u otro aparato electrónico que Lisa Lindén pudiera investigar. Allí no había nada más que lo que Kristian había seleccionado con detalle para que encontrasen después de su muerte.

Se quedó mirando al frente durante un buen rato, a pesar de que Eik había salido del despacho. Louise lo escuchó bajar las escaleras. Pensó que tal vez iba a llevar a Charlie a hacer sus necesidades antes de que regresaran a Tåsinge. Sin ir a ver a Jonas y a Melvin.

25

—¿Y no vio la carta en el despacho de su marido cuando estaba arriba recogiendo sus cosas? —volvió a preguntar Louise.

Helene Funch volvió a negar con la cabeza. Poco antes, Louise había sido recibida por Iben, la hermana de Helene, una mujer más joven, con una larga coleta y mallas ajustadas.

Cuando Louise y Eik regresaron de Selandia, ella fue directamente a Bjernemark, mientras que él siguió hasta la posada para ponerse al día sobre la búsqueda.

Todavía no habían encontrado a Simon Funch. Lo único que se sabía con certeza era que el niño había estado en el aparcamiento de la posada, desde donde se suponía que se lo habían llevado en coche, como se decía oficialmente en las noticias que Louise oía en la radio mientras se dirigía a casa de Helene y su hermana.

Helene Funch había oído la misma noticia. Se lo dijo mientras aceptaba las llaves de la casa sin hacer ninguna pregunta sobre la vivienda. Lo único que se preguntaba era quién podía haberse llevado a su hijo de la posada. Estaba angustiada y abatida, repitiendo una y otra vez que no entendía que su pequeño tuviera ya cuatro años.

Dos cumpleaños que se había perdido. Las palabras sonaron como un monólogo doloroso que ella misma fue incapaz de detener.

Su hermana pareció disculparse mientras conducía a Helene de vuelta al salón y se sentaba en el sofá con el brazo alrededor del hombro de su hermana mayor. «Como un escudo tranquilizador», pensó Louise, mirando por un momento a la esbelta hermanita que se parecía a Helene antes del accidente de avión, pero que tenía poco en común con la mujer que ahora estaba sentada a su lado.

Louise sacó el sobre y lo dejó sobre la mesita, sintiendo la tensión en la cara. Intentó relajarse, parecer neutral y no dejarse influir por lo que iba a decir. Aun así, se movió un poco hacia delante en el sillón y enseguida se dio cuenta de que Helene reaccionaba ante sus inseguridades.

Su hermana apretó con más fuerza a Helene y, aunque solo fueron sus dedos los que se tensaron, Louise lo notó.

—La carta es de su marido —comenzó—. Estaba en su escritorio. Esto va a ser difícil de asimilar.

Helene estaba encorvada hacia delante con los brazos cruzados sobre el pecho, de modo que el jersey se le subía y dejaba al descubierto un poco de piel por encima de la cintura de los pantalones.

Louise tomó aire y la miró con compasión.

—Al parecer, su marido estrelló intencionadamente el avión que pilotaba —dijo—. En esta carta, asume la responsabilidad de sus actos.

Un reloj hacía tictac en algún lugar del salón, el silencio parecía ensordecedor. Al mirar a Helene, Louise se dio cuenta de que no entendía lo que acababa de decir, y no podía culparla.

—Su marido quería que muriera con él el día que se estrelló el avión.

La hermana había empezado a llorar, pero Helene seguía sin reaccionar.

Louise le entregó la carta y dejó que la cogiera. Siguió los ojos de la mujer mientras leía las concisas líneas. En silencio, Helene Funch volvió a dejar la carta sobre la mesita y se quedó con la mirada perdida.

La hermana apoyó la cabeza en el hombro de Helene. Lloraba en silencio, pero Helene seguía sin reaccionar. Louise sintió vibrar su teléfono móvil en el bolsillo.

Helene seguía con la mirada perdida cuando por fin empezó a hablar.

—Eso no puede ser verdad —susurró con voz ronca.

De nuevo, el silencio se apoderó de la estancia.

Helene giró la cabeza y miró con urgencia a Louise.

—Fui yo quien quiso venir aquí. Fui yo quien lo convenció para volar. No fue idea suya, así que no pudo haberlo planeado —dijo.

Había algo de reproche y enfado en sus ojos, como si Louise se hubiera permitido algo que no tenía derecho a hacer. Como si hubiera dicho algo con lo que no se sentía cómoda.

—Háblеme sobre el día en que viajaron hasta aquí —le pidió Louise—, es decir, antes del vuelo.

La hermana había soltado el hombro de Helene y ahora estaba sentada secándose los ojos mientras miraba horrorizada la carta.

Helene Funch se había vuelto distante de nuevo, estaba sentada sacudiendo la cabeza como si intentara ordenar sus pensamientos.

—Eso no puede ser verdad —dijo, y siguió negando con la cabeza.

—¿Cuándo decidieron volar? —preguntó Louise.

—Lo decidimos el domingo, el día antes del accidente. Los niños estaban tristes y decepcionados porque el viaje a Disneyland París no pudo ser. Karl se había encerrado en su habitación y no quería hablar con nosotros. Por supuesto, Simon no reaccionó; era demasiado pequeño y no se dio cuenta de lo que se estaba perdiendo. Pero los dos mayores lo habían estado deseando.

Siempre pasaba algo en el trabajo de Kristian. A menudo estaba fuera, pero así son las cosas cuando se trabaja por cuenta propia —dijo—. Funch Alarm Systems trabaja en toda Dinamarca, por lo que mi marido viajaba mucho y a menudo estaba fuera. Pero había prometido a los niños que esta vez nada se interpondría en el viaje.

Iben tenía los labios apretados, como si hubiera escuchado los asuntos familiares de su hermana con demasiada frecuencia.

—Fui yo quien quiso venir aquí —repitió Helene—. La granja era nuestro refugio, y yo podía estar aquí sola con los niños cuando él tenía que trabajar. Veníamos cada verano y en todas las vacaciones y días festivos. Me encanta estar aquí. O me encantaba, ahora solo estoy aquí.

El móvil del bolsillo de Louise volvió a vibrar, pero ella lo dejó sonar y preguntó si la familia siempre volaba cuando iban a Tåsinge.

Helene negó con la cabeza.

—Solo cuando no necesitaban el avión para asuntos de la empresa —explicó—, pero a Kristian le encantaba volar y es un viaje precioso. Cuando veníamos en avión, hacíamos que Jack nos recogiera en el aeródromo.

Señaló hacia el sur.

—Aquí tenemos un Land Rover, que Jack usaba cuando estábamos en Selandia. Y el trato era que nos recogería y nos traería hasta aquí.

Su voz se entrecortó y las palabras le costaron salir, como si las forzara con prisas.

—Kristian no tuvo nada que ver con el accidente —volvió a decir—. Fui yo quien quiso venir.

Se apartó un poco de su hermana, como si de repente sintiera claustrofobia por estar sentada tan cerca.

Volvió a vibrarle el móvil, y esta vez Louise se disculpó y salió al pasillo para atender la llamada. Era Lisa Lindén, que había obtenido información sobre las transferencias bancarias de Kristian Funch.

—He recopilado la información relevante en un correo electrónico y te lo he enviado —dijo brevemente, y colgó antes de que Louise pudiera reaccionar. La irritación volvió y decidió que hablaría con la joven informática cuando llegara a la comisaría al día siguiente. Al mismo tiempo, le impresionó que Lindén hubiera obtenido una orden judicial y ya hubiera rastreado los registros bancarios de Funch. Un punto para ella; tal vez debería esperar a que el caso terminara antes de regañarla.

Desde el interior del salón, oyó a las dos hermanas cuchichear entre ellas mientras abría el correo electrónico y empezaba a leerlo. Estaba organizado por puntos. Información breve, fecha, nombre, importe. Transferencias que habían salido de la cuenta privada de Kristian Funch. Resumido en un periodo de tres años antes de su muerte. No todas las transferencias, sino las que

Lisa Lindén había considerado relevantes.

Louise se apoyó en la pared mientras leía. Dejó que su mirada se deslizara sobre los números y las letras de la pantalla iluminada de su teléfono móvil.

Cantidades muy grandes. Y nombres que reconocía.

Miró hacia delante. Desde el interior del salón, los murmullos se habían apagado, y por un momento fue como si la resaca matutina hubiera vuelto con renovado vigor. Se masajeó alrededor del cráneo y en la frente. Pero, al mismo tiempo, algo comenzó a despejarse en la conciencia de Louise, una repentina comprensión de una conexión entre personas que ya no estaban vivas.

26

Louise volvió a sentarse frente a las dos mujeres. Ambos la miraron expectantes, pero ella se tomó su tiempo. Reunió sus pensamientos mientras decidía cómo empezar.

—Inmediatamente antes de su muerte, su marido se declaró en quiebra —dijo—. Parece que retiró cantidades tan grandes de dinero como para vaciar los fondos de Funch Alarm Systems. Es decir, dinero tomado directamente del capital de la empresa y no de los beneficios. Tengo entendido que en los años anteriores se habían realizado importantes inversiones en nuevos sistemas, por lo que, al retirar sumas tan elevadas de dinero, puso a la empresa en un aprieto. ¿Sabe para qué necesitaba el dinero?

Helene miró confundida a Louise.

—Nunca hemos tenido problemas de dinero —dijo, sonando molesta.

—¿Podríamos intentar centrarnos en Simon? —intervino su hermana, y volvió a rodear el hombro de Helene con el brazo—. Hace que suene como si mi hermana y mi cuñado gastasen sin control. ¿Sabe que era dueño de una gran empresa de renombre? Se supone que tiene que encontrar a mi sobrino, y en vez de eso está aquí sentada lanzando todo tipo de acusaciones.

Helene puso la mano en el brazo de su hermana para hacerla callar.

—No me importa responder si puede ayudarnos a encontrar a Simon de alguna manera —dijo—. No me consta que mi marido retirara dinero de la empresa. Nunca nos ha faltado dinero. Antes yo tenía un trabajo bien remunerado y el negocio de Kristian iba bien.

Louise se dio cuenta de que no pedía explicaciones ni cuestionaba la información que le acababan de dar. Estaba claro que no entendía por dónde iba Louise. Miró su teléfono móvil y el documento que Lindén le había enviado.

—¿Compraron una casa en el extranjero? ¿O tal vez una casa de vacaciones? —preguntó Louise.

—Mi hermana lo sabría si su marido hubiera comprado una casa —gruñó Iben con enfado, y Helene volvió a ponerle una mano en el brazo para hacerla callar.

—No —respondió en voz baja—. Este era nuestro refugio.

Louise asintió.

—En los trece meses anteriores a su fallecimiento, su marido retiró de la empresa un total aproximado de 2,2 millones de coronas. Hemos podido localizar parte del dinero mediante transferencias, pero el resto no lo encontramos. Solo pregunto porque intento obtener una visión general, que espero que nos ayude a entender lo que ha pasado.

—¿Con Simon? —preguntó Iben—. ¿Se refiere a eso? ¿El dinero tiene algo que ver con Simon?

Helene se volvió hacia su hermana.

—Por favor, ve a preparar una tetera —pidió—. Me gustaría tener esta conversación a solas.

Su hermana pequeña se levantó de mala gana, pero asintió. Louise y Helene se quedaron en silencio mientras desaparecía de la habitación.

—Poco más de un año antes de su muerte —dijo Louise—, Kristian retiró una suma en efectivo de cien mil coronas. ¿Sabe para qué necesitaba ese dinero?

Helene la miró confundida y negó con la cabeza.

—Dos meses después, su marido transfirió setecientas mil coronas a Nils Hyllested, de la posada Strammelse Kro. ¿Cuál era la conexión entre ellos?

—¿A Nils? —exclamó Helene desconcertada—. No conocíamos a Nils. Bueno, íbamos a la posada, pero los dos no tenían relación. Eso no es verdad.

Hablaba con nerviosismo y su cuerpo estaba tenso. Desvió la mirada hacia la ventana y la dejó desaparecer bajo la lluvia de octubre, con el rostro desencajado.

—Conexión —susurró en voz baja. Estaba aún más pálida cuando volvió a mirar a Louise—. ¿Se conocían?

Louise la dejó reflexionar un momento antes de asentir.

—Parece que sí —respondió—. También se transfirieron cantidades muy importantes a Jack Skovby. ¿Lo sabía?

Ahora asentía y volvió a estar presente.

—Jack lleva muchos años trabajando para nosotros, no tiene nada de extraño —respondió.

—Su marido hizo una transferencia de un millón de coronas a Jack Skovby. En el concepto de la transferencia se indicó «Pago por maquinaria agrícola». ¿Sabe qué máquinas adquirió su marido?

—¿Maquinaria agrícola? —exclamó Helene con las cejas levantadas y un sonido que casi parecía una risita loca—. A Kristian no le interesaba la agricultura, por eso contrató a Jack para que se ocupara de las tierras de aquí. Nunca hemos tenido maquinaria agrícola.

Louise preguntó si Jack había estado empleado con un salario fijo mensual cuando su marido vivía.

Ahora parecía que la conversación empezaba a cansar a Helene Funch.

Sacudió la cabeza con fuerza.

—Yo pagaba a Jack, y era algo que tratábamos directamente —dijo, casi desafiante, sosteniendo la mirada de Louise, como si la menor de sus preocupaciones en ese momento fuera admitir que le había entregado el dinero en mano, evadiendo impuestos.

—Pero —dijo Louise— el mismo año que su marido compró maquinaria agrícola, transfirió treinta mil coronas al mes a Jack Skovby. Sus extractos bancarios muestran que, en solo un año, ingresó un total de 1.370.000 coronas en la cuenta de Skovby.

Helene iba a protestar, pero se contuvo.

—No lo sabía —dijo ella, con los ojos llenos de lágrimas mientras volvía a cruzar los brazos sobre el pecho. Su hermana había vuelto para poner el té en la mesita, pero Helene la echó.

—¿Podrían ser las treinta mil coronas el pago a plazos de otras compras? —sugirió Louise, pero Helene lo descartó de inmediato—. ¿Podría tratarse del pago de reformas u otros trabajos realizados en la granja?

Ahora Helene se echó a llorar. Los sollozos la hacían estremecerse y se balanceaba como para consolarse.

—Mi marido no tenía nada que ver con Jack, todo pasaba por mí.

—Parece que su marido invirtió mucho dinero aquí, en Tåsinge. ¿Cómo describiría su relación con los lugareños? —preguntó Louise, apiadándose de la mujer, que parecía confusa.

—No sabía que tenía conexiones aquí más allá de las que teníamos juntos.

—Siento tener que hacerla pasar por todo esto. Pero es importante que descubramos las conexiones de su marido.

—Para encontrar a Simon —dijo Helene, asintiendo con la cabeza mientras conseguía controlar el llanto.

—Sí —dijo Louise—. Para encontrar a Simon.

Podría haber añadido que también era importante averiguar quién había matado a Dorthe Hyllested, pero en lugar de eso dijo:

—Después de ver la carta de su marido, tenemos que averiguar qué lo llevó a tomar una decisión tan fatídica.

Helene empezó a llorar de nuevo.

—¿Se llevaron a Simon como venganza por algo que hizo Kristian? —preguntó entre lágrimas.

Louise asintió despacio.

—Es una posibilidad —respondió ella—. ¿Cómo vivió usted el vuelo? ¿Hubo alguna diferencia con respecto a viajes anteriores? Piénselo bien.

Helene había apretado las manos y se había llevado los nudillos a la boca.

—Soy consciente de que esto es duro para usted —dijo Louise con compasión—, pero voy a pedirle que intente recordar si le dijo algo a lo que quizá no le dio importancia en su momento.

Su mirada se deslizó de nuevo hacia la ventana, que estaba mojada por la lluvia.

—No creo que dijera nada. Excepto que me amaba. Ya no decía cosas así muy a menudo. Pero parecía distraído cuando nos íbamos. Siempre se distraía cuando estaba ocupado. Yo era la que preparaba las maletas para los niños mientras él estaba en la oficina trabajando. No solíamos traer muchas cosas cuando veníamos aquí. Aquí tenemos casi todo lo necesario.

Guardó silencio un momento, con la mirada fija en el cristal de la ventana.

—Me estaba preparando para cargar el coche cuando Kristian dijo que podíamos volar. El tiempo no era ideal, pero mi hija se mareaba con facilidad en el coche, así que pensé que sería mejor para ella terminar el viaje rápidamente. Lloviznaba cuando despegamos del aeródromo de Grønholt, pero la lluvia arreció. No hablamos mucho durante el viaje, Kristian parecía muy concentrado y tenso mientras cruzábamos el Gran Belt.

Hizo una pausa, con el rostro rígido mientras recapacitaba.

—En un momento dado, el avión descendió —dijo despacio—. En ese momento pensé que había sido una ráfaga de viento; los niños gritaron detrás de él, pero lo hacían siempre cuando tenían la sensación de estar en la montaña rusa. A veces, Kristian lo hacía por diversión, para hacerles reír. Pero ninguno se reía, estaban asustados. Era diferente. Tal vez fue un intento de estrellarnos contra el mar y se arrepintió.

Ahora miró a Louise. La desesperación oscureció tanto sus ojos que sus pupilas casi desaparecieron.

—Sofie empezó a vomitar y Karl la regañó porque era él quien debía sentarse a su lado. Kristian les dijo que dejaran de discutir. Parecía irritable, y no era propio de él regañar a los niños. Apenas hablamos durante el viaje.

Volvió a callarse y miró a Louise con fijeza.

—Pero yo lo habría sabido si su plan era que muriéramos —dijo—. Hemos hecho ese viaje muchas veces. Lo habría sentido si algo hubiera ido mal. Lo conocía y conocía el avión. Estaba concentrado, sus palmas estaban sudorosas, noté varias veces que se las limpiaba en los pantalones. Era consciente de que el resto del viaje sería turbulento y me arrepentí de no haber cogido el coche. En un momento dado, la visibilidad era tan escasa que solo podíamos ver lo que teníamos justo debajo. Seguimos la costa. Tuve que ayudar a Sofie a sujetar la bolsa mientras vomitaba. Simon estaba llorando.

Se calló y volvió a mostrarse distante. Entonces algo sucedió en sus ojos y su cuerpo pareció ponerse rígido. Louise se estremeció al ver el miedo que emanaba de los ojos de Helene, como si la estuviera alcanzando algo con mucho retraso y renovado vigor.

—Habíamos reducido la altitud y se disponía a aterrizar. Pude ver los contornos blancos de la pista y vi cómo la superficie del agua reflejaba las nubes.

Se agarró con más fuerza a sí misma.

—Kristian gritó, yo me sobresalté y pensé que había sido una ráfaga de viento la que nos había sacudido. Al mismo tiempo, apretó el pedal derecho y tiró de la palanca. Perdíamos altitud tan rápido que no me di cuenta de lo que estaba pasando. Abracé a Simon contra mí y cerré los ojos.

Ahora su voz no tenía tono, como si estuviera relatando un suceso que había leído en un periódico.

Louise se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Experimentó el dolor y sintió cómo el avión rompía la superficie del mar.

—No sé cuánto tardé en darme cuenta de que estaba viva. Y de que Simon seguía vivo. Debió ocurrir muy rápido. Algunas partes de la aeronave seguían sobre el agua. Vi a mis hijos colgando inertes de los arneses traseros y supe de inmediato que estaban muertos. Lo mismo con Kristian, que seguía sentado a mi lado. No sé cómo estaba tan segura, pero lo supe. Enseguida. En ese momento, mi único pensamiento era sacar a Simon. Debía estar en estado de shock. Recuerdo cuánto me dolía el cuerpo, pero no me importaba. Solo me preocupaba ponernos los chalecos salvavidas y nadar hasta la orilla.

Se quedó callada, miró al frente durante largo rato y luego continuó:

—Conseguí abrir la puerta, me costó levantarme del asiento y alcanzar la cerradura. Recuerdo el tacto de la superficie lisa del ala y la sensación de deslizarme en el agua fría. Sostuve a Simon cerca de mí; estaba inmóvil, pero sabía que estaba vivo. Me dijeron que perdí el conocimiento en el agua. Y ahí también lo perdí a él.

Se inclinó hacia delante y lloró desconsoladamente. Iben había vuelto a la puerta, y Louise le hizo un gesto con la cabeza para indicarle que podía acercarse a ver a su hermana.

Louise estaba a punto de levantarse cuando Helene se enderezó y le pidió que se quedara.

—No puede ser verdad que Kristian lo hubiera planeado —dijo entre lágrimas—, fui yo quien le presionó.

Miró a su hermana pequeña antes de dirigir una mirada penetrante a Louise.

—Es culpa mía que estén todos muertos —continuó con voz ronca—. Solo es culpa mía. Yo era la que quería venir. Yo, que quería ir a casa de Jack.

Escondió la cara entre las manos.

—¿Lo entiendes? —gritó entre sus manos—. Fui yo quien los mató.

Iben miró sorprendida a su hermana y retrocedió un poco.

Louise se levantó y se acercó al sofá, donde se puso en cuclillas junto a Helene y le cogió las manos.

—No fuiste tú quien mató a tu familia —dijo con ternura—, fue tu marido quien decidió llevarte a la muerte. ¿Sabía de tu relación con Jack?

Helene agarró con fuerza las manos de Louise, como si se aferrara a un salvavidas.

Lanzó una mirada dubitativa a su hermana antes de encogerse de hombros.

—No lo creo, pero tal vez lo sospechaba. A menudo parecía ausente cuando estaba aquí. A veces, conducía hasta Langeland u otros lugares. Se dejaba las cañas de pescar en el coche y a menudo llegaba tarde a casa. Pensé que tal vez lo sabía y esa era su forma de reaccionar. Nuestra relación ya no era tan apasionada y él solía estar mucho tiempo fuera de casa.

—Creo que lo de pescar se debía sobre todo a que necesitaba un rato a solas —continuó tras una pausa—. Nunca trajo las capturas a casa, así que pensé que probablemente lo que le atraía era la paz y la tranquilidad de estar de pie con su caña de pescar.

—¿Seguís siendo pareja Jack y tú? —preguntó Louise.

Helene negó con la cabeza.

—Seguimos viéndonos, por supuesto. Pero no de esa manera. Terminó cuando murió mi familia. Ya no puedo albergar ese tipo de sentimientos.

Iben estaba paralizada al otro extremo del sofá, mirando a su hermana como si ya no la conociera.

El teléfono de Louise sonó, y esta vez se levantó de inmediato para responder a la llamada. Era de noche y la oscuridad se había instalado en el salón. Era Eik. Fue conciso y directo al hablar, y ella no tuvo tiempo de hacer preguntas antes de que él colgase. Habían encontrado a Simon.

27

Camilla cerró los ojos. Había cerrado la ventana y tirado las bolsas de gominolas vacías a la papelera, y luego se había quedado dormida en el sillón con el ordenador en el regazo. Se levantó de un salto cuando llamaron con insistencia a la puerta de la habitación del hotel.

Aturdida y con el corazón palpitante, se alisó el pelo y fue a abrir la puerta. Fuera, Eik estaba de pie, con Charlie a su lado. Le pidió que cuidara del perro y, al mismo tiempo, le puso la correa en la mano. La aceptó por reflejo. Luego Eik se dio la vuelta con decisión y se marchó.

—¡Eh! —gritó tras él—. ¿Habéis encontrado al niño?

Pero a grandes zancadas ya había llegado a la recepción, y un momento después oyó arrancar un coche en el aparcamiento. Miró a Charlie, que permanecía inmóvil en la puerta, mirándola de una forma tan insistente que ella sabía lo que significaba: salir a pasear.

Camilla miró hacia el ordenador y empezó a ponerse el abrigo con resignación.

Mareada por el sueño y agotada por el día que se había acelerado de repente, cerró la puerta tras de sí. Había empezado a llover de nuevo mientras ella y Charlie caminaban hacia el puerto deportivo. Tenía hambre, y por un momento se arrepintió de no haber aceptado la oferta de Frederik de venir allí para que pudieran acurrucarse y comer juntos. En ese momento, sentía que estaba estancada en las dos historias en las que se había embarcado.

En cuanto se enteró de que la policía había convocado una rueda de prensa sobre el caso del asesinato de Dorthe Hyllested, salió corriendo hacia la posada con la esperanza de encontrar a Louise y conseguir que confirmara que existía una conexión entre el asesinato y el antiguo accidente aéreo. La recibieron dos policías locales, y pronto quedó claro que no iba a conseguir nada de ellos.

Después se trasladó rápidamente a Odense para asistir a la rueda de prensa. Entonces se supo que la policía estaba buscando a Simon Funch, de cuatro años. Enseguida envió a Terkel Høyer todo lo que había recopilado sobre la familia Funch, lo que dio ventaja a su periódico por delante de los demás medios.

Había escuchado con impaciencia un montón de preguntas y respuestas, pero en realidad no había nada más que pudiera utilizar. Un agente de policía mayor, con marcado acento de Jutlandia del Norte y actitud tranquila, había dicho que parecía que Dorthe Hyllested se había llevado al niño. Varias personas preguntaron si el niño había estado retenido en un sótano o en un desván. También comentó que a Helene Funch no se le había exigido un rescate, por lo que no parecía tratarse de un caso de secuestro en el sentido habitual. Al final, se pidió a la prensa que dejara en paz a Helene Funch.

Camilla saludó a un par de chicos jóvenes que fumaban en la oscuridad al final del muelle. Había

avanzado un poco más cuando se dio la vuelta y regresó para preguntarles si le podían dar un cigarro. La miraron a ella y a Charlie con sorpresa antes de que uno de ellos le tendiera un paquete y se ofreciera a encendérselo.

Se acercó a un banco y se envolvió en el abrigo, poco acostumbrada a que el humo le llenara la boca. Volvió a intentar llamar a Louise y luego a Eik, pero ninguno de los dos contestó, y sintió el tembloroso desasosiego que se produce cuando se intuye que ha ocurrido algo. Lo había visto en los ojos de Eik y ahora se arrepentía de no haber cogido las llaves del coche y haberlo seguido.

Después de la rueda de prensa, volvió directamente al hotel para llamar al antipático hermano de Kristian Funch. Los demás periodistas ignorarían sin duda la recomendación de la policía y se abalanzarían sobre Helene, por lo que ella había decidido de inmediato coger otro camino.

—No —gritó él cuando respondió a su llamada—. No tengo nada más que añadir a sus insinuantes y burdas acusaciones. —Sin embargo, le dijo a Camilla de que su abogado estaba al tanto del caso y que, si ella escribía una sola línea, su abogado provocaría un incendio del que ni ella ni su redactor jefe querrían estar cerca.

Mientras él se enfurecía, Camilla casi había podido visualizarlo, aunque nunca se habían visto.

Ella lo interrumpió para decirle que llamaba para hablar de su sobrino, y enseguida se hizo evidente que no estaba al corriente de las noticias. Se preparó para un nuevo estallido de ira cuando le pidió que le contara cómo recordaba al niño. Pero no llegó.

En cambio, la línea se quedó en silencio. Como cuando alguien al otro lado sigue al teléfono pero callado. Alguien que permanece completamente en silencio.

—Simon —dijo él después—. Siempre he deseado que encontraran su cuerpo para que Helene pudiera enterrar a su hijo con los demás.

Y luego Camilla le contó que su sobrino no había muerto, sino que había estado viviendo con una pareja en Tåsinge desde el accidente de avión.

—Un matrimonio —repitió Kenneth Funch, como si solo pudiera pronunciar algunas palabras mientras su cerebro trabajaba para comprender—. Helene nunca me lo dijo.

—Ella no lo sabía, se ha enterado hoy. ¿Cómo recuerda a su sobrino? —preguntó Camilla.

Durante mucho tiempo estuvo en silencio, pero luego dijo:

—Era mi ahijado —dijo, vacilante, como si fuera algo que tuviera que desenterrar primero de sus recuerdos—. Era un niño encantador, más tranquilo y cauteloso que su hermano mayor. Pero era listo y aprendió deprisa a andar.

La voz de Kenneth Funch se había vuelto ronca y distinta de cuando estaba furioso.

—Entonces, ¿no murió? —La frase parecía casi tentativa, como si fuera un intento de crear una

nueva realidad.

—No —respondió Camilla—. No murió.

—¿Y dónde dice que estaba?

—Con Dorthe Hyllested, la propietaria de Strammelse Kro.

—Dorthe y Nils. —Dijo los nombres despacio y pensativo, como si también hubiera que sacarlos de su escondite y recordarlos por algo.

—¿Los conocía? —preguntó Camilla, y él respondió que había estado en la posada unas cuantas veces cuando visitaba a su hermano y a Helene en su casa de campo.

—¿Cómo está Simon? —preguntó.

—No lo sé —dijo Camilla con sinceridad, y le contó que su sobrino había desaparecido.

De nuevo, hubo un silencio largo y pensativo, pero luego llegó la respuesta.

—Quizá Dorthe sentía que Helene le debía un hijo.

Camilla se enderezó de inmediato y le preguntó qué quería decir con eso, y entonces él le contó que su cuñada había tenido una aventura con su jardinero.

—Nunca entendí por qué mi hermano lo soportaba. Pero pensé que tal vez así mitigaba su propia culpa por pasar tan poco tiempo con su familia.

Toda la rabia había desaparecido de su voz.

—Pero ¿qué tiene eso que ver con Dorthe? —preguntó Camilla—. ¿A qué se refiere con que Helene le debía un hijo?

Camilla apagó el cigarrillo con el tacón y se estremeció. Luego se levantó del banco y caminó con Charlie de vuelta hacia el hotel, reflexionando sobre la respuesta de Kenneth Funch.

Al principio había dicho que en realidad no quería decir nada, pero luego le contó que el jardinero había dejado embarazada a Dorthe antes de empezar a acostarse con Helene.

—Jack y Dorthe iban a tener un hijo juntos, pero, cuando Dorthe perdió al bebé, él ya estaba con Helene. Lo sé porque Kristian tenía miedo de que él también dejara embarazada a su mujer.

Cuando terminó la conversación con el hermano, envió un mensaje de texto a Louise, pero no recibió respuesta. Cuando Dorthe perdió a su hijo, también perdió a Jack a manos de Helene Funch.

Camilla estaba empapada hasta los huesos, pero decidió ir a ver a Jack Skovby, aunque eran más de las ocho.

28

Fueron los perros los que encontraron a Simon Funch. Habían formados hileras desde la posada en dirección a Nørre Vornæs, tras lo cual las hileras con algunos de los mejores perros rastreadores y guías caninos del país se dividieron para registrar el bosque de Vornæs.

Desde lejos, Louise vio las luces traseras encendidas de Eik en el arcén, a poca distancia de la granja. Aminoró la velocidad y se colocó detrás de él, esperando a que subiera a su lado un momento después.

—Los perros han localizado algo —dijo, apartándose la lluvia del pelo y señalando hacia la luz de un granero.

Al mismo tiempo, las puertas traseras del coche se abrieron y Lene Borre y Niklas subieron al asiento trasero. Llevaban todo el día siguiendo a los equipos de búsqueda y se pusieron en contacto con Eik cuando los perros dieron con el rastro del niño. Al parecer, Lene y Niklas también habían insistido en que nadie entrase hasta que llegara Louise.

—Sabemos con certeza que Simon ha estado en el jardín y creemos que es probable que ahora esté en la casa —dijo Borre.

Louise notó en su voz que tenía frío. Niklas explicó que los guías caninos se habían retirado para dejarles acercarse.

—¿De quién es la granja? —preguntó Louise, volviéndose hacia el asiento trasero.

—De Jack Skovby —respondió Lene Borre.

Sintió la mirada de Eik mientras intentaba ordenar sus pensamientos. No terminaba de entender a Jack, pero no apartó la mirada ante la persistente mirada de Eik, sino que se enderezó y empezó a repartir responsabilidades.

—Borre y Niklas, os encargáis del exterior. Tú y yo entraremos —dijo, señalando con la cabeza a Eik. Ahora mismo, no le importaba si era su búsqueda. Era su caso de asesinato y la desaparición formaba parte de su investigación. Pensó en enseñarles el mensaje de Camilla, pero decidió que primero tenía que oír por sí misma lo que su amiga quería decir cuando afirmaba que Helene le debía un hijo a Dorthe. Y tendría que esperar.

Le dio a Niklas las llaves del coche en el que había llegado para que él y Lene pudieran conducirlo.

Niklas y Lene apenas habían salido del coche de Eik cuando él arrancó.

—Tenía diecisiete años cuando acorraló a su padre en el establo de la granja y le partió el cráneo

con un hacha mientras su madre y una hermana menor estaban dentro de la casa —dijo—. Después del asesinato, fue a la cocina y le contó a su madre lo que había hecho.

—Veo que has estado informándote —se limitó a decir Louise, pero aun así sintió una punzada. Debido a la muerte de Grete Milling, su juicio pudo haber estado un poco nublado cuando estuvo bebiendo con Jack en el bar. Pero ¿era peligroso? Ella no lo veía así.

La carretera se curvaba suavemente y, a la luz de los faros del coche, vio una estrecha franja de pasto vallado delante de la granja de tres alas, con tejado de paja y entramado de madera. El guía canino que había encontrado el rastro del niño informó de que había atravesado el campo a lo largo de Vornæs Skovvej y continuado hacia la granja. Otro había caminado por detrás de la propiedad de Jack Skovby, pero el perro rastreador había reaccionado cuando pasaron por delante del camino de entrada.

El guía canino no creía que hubiera nadie en la propiedad cuando el perro localizó el rastro. Se retiró e informó a Lene Borre, que estaba detrás de él en ese momento. En algún lugar de Søren Lolksvej, explicó.

El Land Rover de Jack Skovby estaba aparcado delante de la casa y había luz en la mayoría de las ventanas. Cuando entraron en el jardín, se encendieron las luces exteriores y Louise se dio cuenta de que Jack Skovby debía haber reformado la granja recientemente. Los ladrillos encalados aún destacaban sobre las vigas teñidas de negro de la estructura de madera. Se preguntó cuánto dinero de la reforma provenía del marido de Helene.

Había dejado de llover cuando Louise y Eik se acercaron a la casa. Sintió el brazo de Eik cuando lo extendió para detenerla.

—Haz que suene rutinario —dijo en voz baja, como si alguien pudiera oírlos—. Si niega conocer al niño, no le presionaremos, sino que volveremos con una orden para registrar la propiedad.

Louise asintió con la cabeza; la concentración era un ligero cosquilleo bajo su piel, y notó cómo Eik comprobaba su arma reglamentaria antes de continuar hacia la puerta principal.

Todavía estaban a unos metros de la escalera cuando se abrió la puerta y salió Jack Skovby. Solo miró a Louise mientras se apartaba y los invitaba a pasar como si los hubiera estado esperando. Eik se quedó detrás de ella cuando entraron en el vestíbulo, donde vio el forro polar de Jack colgado de un gancho. Les dijo que no hacía falta que se quitaran los zapatos y les pidió que lo siguieran a la cocina.

Parecía inseguro; la atractiva calma en la que ella había sentido que podía apoyarse había desaparecido. Louise estaba a punto de presentar a Eik cuando Jack se le adelantó.

—Estaba a punto de llamarte —volvió a decir, dirigiéndose solo a Louise. Miró hacia el salón, pero no tuvo tiempo de decir nada más antes de que Louise pasara por su lado y se dirigiera a la puerta del salón.

El salón era amplio y alargado, con una gran cristalera que daba al jardín, y sintió que Eik estaba justo detrás de ella cuando vio el sofá de la esquina y la televisión encendida.

Simon Funch estaba sentado envuelto en una manta, aparentemente absorto en unos dibujos animados que arrojaban colores nítidos y brillantes desde la enorme pantalla plana. Lo reconoció al instante por las viejas fotografías. El rostro bien moldeado y las cejas oscuras.

Él los miró, pero enseguida volvió la vista a la pantalla. El pelo le caía por encima de las orejas, pero no había signos de descuido en el rostro que se había vuelto brevemente hacia ellos. Sin miedo. Frente a él, en la mesita, había un plato con los restos de una hamburguesa y patatas fritas, y unos cuantos cómics se habían deslizado hasta el suelo.

Jack se quedó detrás de ellos mientras ella observaba al chico. Parecía tranquilo e imperturbable ante su presencia. «Tampoco parece ansioso por irse», pensó Louise, y rápidamente consideró la posibilidad de pedirle a Lene Borre que entrara y se sentara con él mientras ella y Eik hablaban con Jack, pero decidió en su lugar que al chico le daría más paz y tranquilidad si le dejaban disfrutar de los dibujos animados mientras hablaban. Eran casi las nueve, debía estar cansado, y dentro de poco su vida volvería a dar un vuelco.

Había algo en el espeso flequillo del niño que le recordaba a Jonas cuando era más pequeño. Y, aunque solo le había visto los ojos, tuvo la sensación de que hacía tiempo que había aprendido a encerrarse en su propio mundo y a cerrar los ojos a lo que le rodeaba. Sintió pena por él. Y por Helene Funch. Recuperar a su pequeño tampoco sería fácil para ella.

Volvió a la cocina y cerró la puerta tras de sí.

—¿Desde cuándo sabes que el niño estaba en la posada? —preguntó cuando hubo pedido a Jack que se sentara a la amplia mesa de madera.

Había algo exagerado y equivocado en todo lo moderno y recién reformado. Un estilo de vida que parecía demasiado caro e intrusivo para la vieja granja. Como si la casa hubiera sido forzada a otra época. Volvió a pensar en la gran cantidad de dinero que Kristian Funch había transferido a Jack.

Se sentó frente a él y se inclinó tanto que pudo ver la pequeña mancha marrón en uno de sus ojos azules. Su olor se asentó en sus fosas nasales como un reconocimiento.

—No sabía que vivía allí —respondió, sacudiendo la cabeza—. Nunca lo había visto antes de ese día en la posada.

Eik se acercó y se sentó a su lado. Louise siguió mirando a Jack, intentando captar todas las pequeñas vibraciones y señales de su cara cuando hablaba.

—Mentira —dijo Eik en voz demasiado alta, y los dos hombres se miraron fijamente durante largo rato. La melena y la chaqueta de cuero de Eik no encajaban con la ostentosa cocina de diseño. «Pero tampoco la apariencia de Jack», pensó Louise, viendo cómo Jack entrecerraba los ojos y sacudía la cabeza.

—No sabía nada sobre el niño —repitió—, Dorthe no me contó nada de él.

—Sin embargo, está aquí —dijo Eik—. Contigo. En tu salón.

La mirada de Jack se dirigió a Louise, pero ella se limitó a mirarlo expectante.

—Yo... —empezó, y bajó la mirada hacia sus manos, que estaban cruzadas sobre la mesa. Tenía manchas de tierra en las cutículas y pequeños arañazos en un par de dedos—. Tenía que ir a cortar el césped de la posada. Antes de irme de Bjernemark, llamé a Dorthe para preguntarle si había algo más de lo que tuviera que ocuparme, aparte del césped y los arbustos que quería que cortara. También había un árbol que necesitaba poda y quería hablar conmigo sobre unas tablas en la parte trasera de la posada. Me sugirió que entrara a tomar un café antes de empezar con el césped. Cuando llegué, no había huéspedes en la posada.

«Ya hemos oído todo eso», pensó Louise. Excepto lo de sus nuevas tareas laborales.

Jack seguía con los ojos fijos en sus dedos entrelazados.

—Entré por la cocina. Siempre lo hago, sobre todo para no molestar si hay huéspedes en la zona de recepción. La llamé y continué hacia el comedor, donde la encontré en el suelo.

Él tragó saliva y, como la primera vez que se vieron, Louise pensó que parecía bastante afectado por el asesinato.

—Corrí hacia ella y me arrodillé a su lado. Enseguida me di cuenta de que la habían atacado y de que era grave. Llamé al 112 y fue entonces cuando oí la puerta detrás de mí y allí estaba el niño.

—Simon —interrumpió Eik—. El niño se llama Simon.

Jack levantó los ojos y lo miró antes de asentir despacio.

—Allí estaba Simon. Justo detrás de mí, mirando a Dorthe.

Jack se frotó vigorosamente ambos ojos como para distraer la atención del hecho de que había empezado a llorar.

—Fue impactante —dijo con voz ronca—. La sangre oscura estaba por todo el suelo, tal vez entré en shock. Quería sacar al niño de allí y solo pensaba en ponerlo a salvo. En ese momento, pensé que el asesino podría estar todavía en la posada. Corrimos juntos al coche y nos fuimos. A casa.

—Sabías que no había más huéspedes en la posada. Y sabías que Dorthe no tenía hijos. Por favor, explícame qué te hizo traerte al chico —le pidió Louise, mirándolo fijamente.

Por la ventana de la cocina pasó Lene Borre, haciendo una señal a Eik para que saliera a decir a los demás que el niño estaba en la casa, y Eik se levantó y salió de la cocina.

—Quería protegerlo —contestó por fin Jack Skovby, y se inclinó de forma sugerente hacia Louise a través de la mesa, de modo que de repente estaban demasiado cerca el uno del otro—.

No quería hacerle daño. Todo lo contrario. Temía que le pasara algo.

—Hasta aquí lo entiendo —dijo—. Pero me cuesta entender por qué no informaste a la policía sobre el niño.

Él asintió con la cabeza. Eik regresó y se sentó junto a Louise, y Jack dejó de inclinarse sobre la mesa.

—Pensé que era un niño al que Dorthe estaba cuidando. Apareció de repente, como si hubiera salido de la nada. Quería ponerlo a salvo, así que lo traje a casa.

—Pero no le hablaste de él a la policía —repitió Louise.

Jack negó con la cabeza.

—Pensé que estaría más seguro aquí que en la comisaría, pues estaba convencido de que sus padres aparecerían pronto.

Sintió la reticencia que brotaba de Eik y esperó que la dejara seguir dirigiendo la conversación.

—Solo quería ayudar.

Jack apoyó los codos en la mesa y se frotó con fuerza la frente con los nudillos, como si tratara de despejar la mente.

Louise pudo ver que Eik estaba a punto de atacar, pero le envió una mirada de advertencia.

—Solo cuando empezaste a preguntar por la habitación infantil me di cuenta de que algo iba mal —continuó Jack, y ahora sonaba bajo presión—. Como te he dicho, pensé que era un niño al que cuidaba Dorthe. Pero, cuando me di cuenta de que había estado viviendo en la posada con ella, de repente no supe cómo abordarlo sin que me relacionaran con el asesinato. Lo dejé para más adelante, esperando que saliera a la luz de quién era el niño para poder entregárselo. Para dejarlo sin tener que involucrarme.

Guardó silencio un momento antes de continuar:

—Solo hoy, cuando me has pedido que fuera para estar con Helene, me he dado cuenta de que era su hijo.

«Ya no parece tan seguro en su explicación», pensó Louise. No es que se lo estuviera inventando. Era más bien como si se diera cuenta de lo que había hecho ahora que se veía obligado a expresarlo con palabras.

—¿Y no se te ocurrió en ningún momento que podría haber ayudado a la investigación policial si hubiéramos podido hablar con el niño? —preguntó Eik con frialdad.

Jack asintió lentamente.

—Pero no habríais obtenido nada interrogándolo —replicó.

Louise enarcó una ceja, interrogante.

—El niño es sordo. No puede hablar —dijo Jack—, nos comunicamos con señas. Cuando pedimos la comida, le enseño las fotos y me señala. He intentado preguntarle de dónde es y quería decirle que no tuviera miedo, pero no lo entendía.

—¿Cuánto tiempo estuviste con Dorthe? —preguntó Eik, y se levantó. Luego se dirigió despacio hacia el otro lado de la mesa y se colocó cerca de Jack, mirándolo. La pregunta sorprendió a Louise y se retiró un poco para ver a dónde iba Eik.

Jack tardó un rato en responder.

—Poco más de un año —dijo, claramente incómodo—. Casi dos.

—Dorthe y tú esperabais un hijo juntos —continuó Eik—, pero la abandonaste. ¿Eso ocurrió cuando te diste cuenta de que estaba embarazada?

Jack se removió inquieto en su silla y ahora parecía abatido.

—Ella quería un hijo —comenzó, mirando a Eik—, yo se lo di, y fue una gran tristeza para ella cuando lo perdió.

—Pero, cuando Dorthe abortó, ya estabas con otra mujer. No estabas allí para ayudarla a superar su dolor, ¿verdad?

Louise miró a Eik, era la primera vez que lo veía tan contundente.

—Porque —prosiguió él con dureza— por aquel entonces habías iniciado una relación con Helene Funch.

Jack asintió y Louise tomó el relevo.

—¿Cómo terminó tu relación con Dorthe? —preguntó, maldiciendo no haber llamado a Camilla en cuanto le llegó el mensaje. Ahora estaba muy rezagada con respecto a Eik.

—Terminó bastante pacíficamente —respondió de un modo que indicaba con claridad que quizá había sido así para él.

—Me enamoré de Helene, y no fue para herir a Dorthe. Pero esas cosas pasan.

Jack se encogió de hombros en un gesto de disculpa. Eik asintió con ironía y miró significativamente a Louise.

—¿Se dio cuenta el marido de Dorthe de que teníais una aventura? —continuó sin pudor.

Jack asintió.

—¿Puedes expresarlo con palabras? —preguntó Eik con impaciencia.

—Nils y Dorthe ya no estaban juntos en ese sentido —dijo, como si eso lo explicara todo—. Se llevaban bien como pareja, pero no había nada íntimo entre ellos.

—¿Así que Nils estuvo de acuerdo? —preguntó Eik.

Jack volvió a asentir, pero tomó aire con calma y dijo que sí.

—No era algo de lo que habláramos, pero cuando no pudo darle a su mujer...

Se quedó callado, pero esperaron a que continuara.

—Bueno, sí —dijo, y tanteó un poco—. Como él no quería darle un hijo, le había abierto la puerta para que viera a otros. Estaba dispuesto a adoptar al niño y ser su padre. Se podría decir que fui el donante de su hijo.

—¿Habíais acordado que ibais a tener un hijo juntos o fue un accidente? —preguntó Eik—. Cuando Dorthe se quedó embarazada, ¿intervino su marido para sacaros del apuro?

Jack Skovby se inclinó hacia delante con rabia.

—Ella se quedó embarazada sin yo saberlo, ¿de acuerdo? —gritó Jack—. Dorthe quería un hijo, y no era algo de lo que me hubiera informado. Pensé que estaba tomando precauciones. Me engañó.

—¿Solo se acostó contigo para quedarse embarazada? —preguntó Louise, y añadió que Nils podría haberle dado un hijo a su mujer él mismo.

—Nils no podía —contestó provocativo y con dureza, como si se hubiera sacrificado con su acto. «Y tal vez lo ha hecho», pensó Louise.

—¿No podía o no quería? —preguntó Eik.

—No podía —respondió Jack con un poco más de calma—. Nils estaba esterilizado. Se hizo la vasectomía antes de casarse con Dorthe. No fue hasta años después de la boda cuando él lo admitió, y para entonces ella ya hacía tiempo que pensaba que le pasaba algo. Sentía que la estaba engañando. Y eso es exactamente lo que hizo. Pero a Nils no le interesaban las mujeres. No de esa manera, pero es probable que ya lo sepáis.

—Pero, aun así, ¿seguían juntos? —preguntó Louise.

Jack asintió con la cabeza.

—Se querían —respondió—, estaban bien juntos. Hacían buen equipo.

Louise pensó que Dorthe podría haber encontrado un nuevo amante después de Jack.

—¿Volvió a intentar quedarse embarazada más tarde? —preguntó.

Jack se encogió de hombros.

—No la vi mucho después de que rompimos. Solo tras de la muerte de Nils se puso en contacto conmigo y me pidió que volviera a ayudarla en la posada.

—¿Retomasteis la relación?

Jack negó con la cabeza.

—No de esa manera, si es lo que quieres decir. Yo solo trabajaba y ayudaba.

Se hizo de nuevo el silencio hasta que Louise se levantó.

—Te das cuenta de que tenemos que llevarte a la comisaría, ¿verdad?

Jack asintió.

—Podemos obtener una orden judicial si no consientes un registro de tu domicilio. Además, necesitamos confirmar que hablaste con Dorthe, como afirmas.

—Quieres comprobar mi teléfono —dijo.

Louise asintió.

—Y tu ordenador —dijo—. También necesitamos que nos expliques por qué el marido de Helene, Kristian Funch, transfirió cerca de un millón y medio de coronas a tu cuenta bancaria.

Por primera vez en la larga conversación, pareció perder el control, pero volvió a recuperar la entereza.

—No me lo transfirió —exclamó, enfadado, haciendo el gesto de las comillas con los dedos—. Me lo dio para que le comprara dos grandes máquinas agrícolas. Y me pagó por mi trabajo.

—Si es así, son máquinas que nunca entregaste —dijo Eik, avanzando de nuevo hacia él—. Helene Funch no sabe nada de esa transacción, y no me imagino que sea fácil pasar por alto maquinaria agrícola de ese rango de precios.

Jack se echó hacia atrás y cruzó los brazos sobre el pecho.

—No diré nada más hasta que haya hablado con un abogado —dijo, enfadado.

—No es necesario —dijo Eik, y se levantó.

Louise se reunió con Simon en el salón mientras Eik informaba a Jack Skovby de sus derechos, pero consiguió ver cómo se le iba el color de las mejillas a Jack cuando Eik le decía que estaba detenido y era sospechoso del asesinato de Dorthe Hyllested y de la privación de libertad de Simon Funch.

Jack se puso en pie tan rápido que la silla volcó tras él.

—Yo no maté a Dorthe, maldita sea —gritó a la cara de Eik, y arremetió contra él con rabia.

—No, eso es lo que tú dices —replicó Eik con calma, y todo sucedió tan deprisa que Louise apenas tuvo tiempo de darse cuenta de que Jack Skovby estaba tirado en el suelo de la cocina mientras Eik le ponía con calma una brida de plástico alrededor de las muñecas.

29

En el salón, Simon, que se había echado hacia atrás en el sofá y se había subido la manta hasta la barbilla, seguía con los ojos pegados a la pantalla del televisor.

Había algo reconfortante en la forma en que se había acurrucado. Louise sintió una profunda compasión al pensar en lo que estaba a punto de pasar.

—Hola, Simon —dijo desde la puerta detrás del sofá.

No reaccionó. Volvió a intentarlo un poco más alto. Seguía sin responder, y cuando su móvil sonó, tampoco hubo reacción por parte del niño.

—Me acaban de informar de que Simon Funch está sano y salvo —dijo el subinspector Grube, y la elogió por sus esfuerzos—. Gran trabajo, y muy rápido tras de la rueda de prensa. Los periódicos apenas tuvieron tiempo de reaccionar antes de que lo encontraras. ¡Menudo trabajo, Rick!

Ella no dijo nada. Ni que en realidad era la búsqueda de Eik y no la suya.

—Me he puesto en contacto con el servicio de guardia para que coordinen con los servicios sociales el envío de una persona a la comisaría para que asista al interrogatorio.

Ella misma había pensado que era habitual que durante una entrevista con un niño estuviera presente una persona a la que el niño conociera bien y con la que se sintiera seguro. Podían ser los padres, los abuelos o un educador de la guardería del niño. Pero el niño no tenía a nadie en el mundo.

—Simon Funch es sordo —le dijo a Grube—. Según Jack Skovby, no ha desarrollado un lenguaje.

No podía imaginarse lo solo que debía sentirse el niño al no poder comunicarse. Sobre todo después de haber pasado por una experiencia tan traumática.

—¿Hay indicios de que haya sido objeto de malos tratos o abandono? ¿Necesita someterse a un examen forense?

—No creo que haya nada que sugiera que ha estado expuesto a ese tipo de comportamiento. Parece sano y no está desnutrido. Aunque es tarde, sugeriría que viniera un psicólogo infantil o un trabajador social con experiencia y se quedara con él hasta que decidan dónde dejarlo.

—¿Dejarlo? —repitió Grube—. Probablemente vaya a casa de su madre. Debe estar desesperada por reunirse con su hijo. ¿Has hablado con ella? ¿Sabe ella que lo han encontrado sano y salvo?

—Aún no he hablado con ella —respondió Louise.

—Puede venir aquí, a la comisaría, y me aseguraré de que haya alguien preparado para recibirla.

—¿No deberíamos dejar que un profesional evaluara cuándo está preparado para reunirse con su madre? En principio, creo que se le dejará en un centro de observación o con una familia de acogida que entienda sus necesidades.

—Pero nadie entiende esas necesidades mejor que su propia madre —objetó Grube, empezando a sonar impaciente.

Se hizo el silencio entre ellos, pero Louise no se dio por vencida.

—Hay que dejarlo en un buen entorno con gente experimentada —dijo—. Al principio, se trata de cuidarlo. Cuando esté listo, podrá reunirse con su madre.

Era evidente que Grube no estaba de acuerdo, pero se mantuvo firme. Había aprendido mucho sobre los niños y sus necesidades durante su estancia en el Departamento de Homicidios, donde habían tenido en plantilla durante varios años a una de las psicólogas de crisis con más experiencia del país.

—Olvidas —continuó Louise— que es muy poco lo que un niño puede recordar de sus dos primeros años de vida. No recuerda a su madre. Helene será como otra extraña para Simon.

Finalmente, Grube pareció rendirse.

—Pero tienes que ir a decirle que lo hemos encontrado —dijo.

—Será lo primero que haga —prometió.

—No, primero tráelo aquí, a Odense —corrigió Grube—, y luego vuelve y habla con su madre.

Louise estaba cansada. Sintió la irritación como pequeñas sacudidas en el pecho y desistió de intentar hablar en un tono dulce y sociable.

—Simon Funch se quedará aquí hasta que encontremos a una persona que pueda ocuparse adecuadamente de él —decidió, tajante—. O, mejor aún, hasta que encontremos a una familia de acogida competente con experiencia con niños sordos. No sabemos si ha aprendido el lenguaje de signos, pero necesitamos a alguien que pueda intentar hablar con él. Simon no entrará en la comisaría, esto debe hacerse en un entorno privado. Contacta con Eik cuando hayas encontrado a los que puedan hacerse cargo aquí.

El subinspector guardó silencio y luego carraspeó en voz baja.

—No puedo prometer que los servicios sociales puedan enviarnos esta noche a personas tan cualificadas.

—No —admitió Louise—, pero puedes presionarlos, y seguro que moverán cielo y tierra cuando les digas que hemos encontrado al niño. Cualquiera que trabaje en el sector asistencial estará

dispuesto a levantarse de la cama para ayudar a tranquilizar a Simon después de todo lo que ha pasado.

Louise pudo oír cómo la ira oscurecía su voz. Había dado unos pasos hacia el sofá y se dio cuenta de que Simon se había quedado dormido hecho un ovillo.

—Hay que interrogarlo —insistió Grube—. Ahora mismo, podría ser nuestro testigo más importante en el caso de asesinato.

—Eso no va a ocurrir esta noche —respondió Louise—. Se queda aquí, con Eik y conmigo. —Sabía que Eik era el más adecuado para cuidar de Simon, tenía una facilidad para estar con niños pequeños que ella no tenía.

—Tengo entendido por Eik Nordstrøm que Jack Skovby no conocía al niño antes de llevárselo de la posada —objetó—, así que supongo que Simon no se siente más seguro con él.

—Es verdad —respondió Louise—. Pero ahora mismo Simon está dormido en el sofá de Jack. Ha estado en esta casa desde el asesinato de Dorthe, y al menos no parece sentirse inseguro.

Louise estaba a punto de dar por terminada la conversación cuando Grube volvió a aclararse la garganta, como si eso lo ayudara a pensar.

—Según Borre, el detenido se opuso al registro de la vivienda. Quería registrar la casa sin orden judicial, pero la detuve. Este no puede considerarse una pérdida de tiempo, no tenemos nada contra él. Ahora estamos consiguiendo una orden y, cuando la tengamos, enviaré un equipo allí.

Louise estuvo a punto de protestar porque él seguía sobrepasando sus límites profesionales, ya que había llamado él mismo a la Unidad Móvil de Investigación. Pero se contuvo cuando Eik entró en el salón.

Encendió la luz en el extremo opuesto del sofá y se acercó a Simon. Estuvo observando al niño durante largo rato antes de coger el mando a distancia de la mesa y apagar el televisor.

—¿A quién has asignado para interrogar a Jack Skovby? —preguntó Louise, pensando que probablemente Grube también había tomado el mando de ese interrogatorio.

—A Borre y Niklas —contestó el subinspector de policía—. Están de camino con él.

—Mejor que lo interrogue Lange —dijo Louise—. Sabrá manejar a Skovby, y cuando tengas una orden, puedes enviar a Lene Borre y Niklas aquí con un equipo de técnicos forenses. Tenemos que registrar toda la propiedad.

Lo oyó tomar aire, pero no dijo nada más.

30

Cuando Louise llamó desde el coche de camino a Bjernemark, fue Iben quien contestó al teléfono. La hermana dijo que Helene se había ido a la cama, pero se ofreció a subirle el teléfono.

—¿Por qué no le dice que estoy de camino?

—¿Han encontrado a Simon? —exclamó su hermana. Louise la oyó subir las escaleras—. ¿Está muerto?

Louise no contestó. Llamaron a una puerta y oyó que se abría, y voces que hablaban entre sí.

—Ya se está levantando —dijo Iben justo cuando Louise entraba en el jardín de Helene Funch. Apagó el motor y se bajó. Por un momento, inclinó la cabeza hacia atrás y miró hacia la densa oscuridad, tratando de ordenar sus pensamientos.

La casa principal de la granja era el único edificio iluminado de la propiedad, todos los demás desaparecían en la oscuridad. Aunque Louise creció en Lerbjerg, cerca de Hvalsø, el silencio sepulcral del sur de Fionia la incomodaba, y se estremeció antes de dirigirse a la casa.

Fue la propia Helene Funch quien apareció en la puerta, y Louise se esforzó por leer la mirada de esperanza o de miedo en sus ojos. Sin decir palabra, se hizo a un lado para que Louise pudiera entrar.

La madre de Simon iba vestida con un suave pijama de terciopelo gris, que le daba un aspecto aún más vulnerable que el que tenía con su desgastada ropa de jardinería. Nerviosa, Helene tiró del dobladillo de las mangas de su pijama para que se estirara sobre el dorso de su mano.

—Lo ha encontrado —concluyó, moviéndose inquieta.

Louise asintió.

—Su hijo parece estar sano y salvo —dijo, adelantándose para agarrar a Helene cuando empezaba a desplomarse frente a ella. Louise rodeó a la madre con los brazos y la sostuvo mientras Iben ayudaba a su hermana a entrar en el salón.

—¿Dónde? —preguntó Helene en voz tan baja que apenas se oía.

Había empezado a temblar, y Louise se acercó y le cogió las manos entre las suyas.

—Su hijo está en casa de Jack Skovby —dijo—. Parece estar bien y no parece haber sufrido ningún daño. Ahora mismo está durmiendo.

Al mismo tiempo, Helene se levantó.

—Quiero verlo —dijo de repente.

Louise le pidió a Helene que volviera a sentarse.

—Verá a Simon muy pronto, pero primero tiene que ser interrogado por la policía. Y también necesita tiempo para procesar las cosas por las que acaba de pasar —dijo.

—¿Habla? —exclamó Helene Funch con esperanza en la voz.

Louise sacudió la cabeza y dijo que, según Jack, su hijo no hablaba.

—Estamos buscando un intérprete de lenguaje de signos para saber si ha aprendido a comunicarse.

Helene Funch estuvo mucho rato digiriendo la nueva información sobre su hijo antes de decir que a Simon le habían puesto un implante coclear.

—Se trata de un audífono con una parte interior y otra exterior que proporciona una especie de audición artificial —explicó—. Pero no funcionó.

—¿Por qué está mi sobrino con Jack Skovby? —preguntó Iben desde su silla, y parecía que era ahora cuando esa información estaba penetrando en la mente de Helene.

—¿Fue Jack quien lo encontró? —preguntó ella.

—Sí —confirmó Louise sin entrar en detalles—. Lo encontró y se lo llevó a casa, así que allí es donde está ahora.

—Gracias a Dios —murmuró Helene.

Louise decidió esperar para comunicar a Helene Funch que Jack estaba en la comisaría como sospechoso del asesinato de Dorthe Hyllested. Y que había mantenido oculto al niño. Pero su hermana se adelantó.

—¿Dónde? —preguntó Iben—. ¿Dónde encontró Jack a mi sobrino?

Louise no tuvo tiempo de pensar en una respuesta antes de que le llegara la siguiente pregunta:

—¿Y cuándo lo encontró?

Pudo ver en la cara de Iben que había descubierto que algo iba mal. Que Jack no era el gran salvador. Louise la miró largamente, esperando que se diera cuenta de que no era el momento. Que no era necesario exponer a Helene a más, sino dejar que se acostumbrara a la nueva realidad de que su hijo estaba vivo y sano. Pero Iben insistió.

—¿Fue él quien la mató? —exigió saber—. ¿Colaboró en mantener a Simon oculto?

Helene Funch levantó la mirada y la dirigió hacia Louise.

—¿Qué quiere decir? —preguntó sin mirar a su hermana.

Louise pensó deprisa y decidió que ocultarlo más no ayudaría. Iben seguiría preguntando hasta entender exactamente lo que había pasado.

Louise se inclinó hacia Helene.

—Jack se llevó a tu hijo a casa después de encontrar a Dorthe. Lo encontró en la posada.

—¿Encontró? ¿Lo estaba buscando? —preguntó Iben—. ¿Significa eso que Simon ha estado con él desde el asesinato en la posada?

Helene Funch no reaccionó ante todas las preguntas de su hermana. Concentrada, se sentó y observó a Louise como si temiera perderse un solo detalle de su hijo.

Louise tomó aire.

—Sí —respondió ella—. Jack dice que ha estado cuidando de él porque temía que le pasara algo hasta que la policía encontrara a la persona que había matado a Dorthe.

Finalmente, algo cambió en el rostro de Helene.

—¿En casa de Jack? —dijo—. ¿Mi hijo estaba con Jack mientras lo buscabais?

Louise asintió y pudo ver en Iben que ella también estaba pensando en lo inapropiado que era que Jack hubiera estado con Helene mientras ella viajaba de Selandia a Tåsinge. Pero esa vez tuvo el tacto de no decir nada.

—¿Cuándo podré verlo? —preguntó Helene, dejando atrás el otro tema, como si fuera demasiado difícil de tratar.

Louise volvió a tenderle la mano y la cogió entre las suyas.

—Pasarán al menos unos días. Tal vez una semana —respondió.

—¡Una semana! —repitió Iben, consternada—. ¿Por qué tanto tiempo?

Louise iba a decir algo, pero la hermana se le adelantó.

—Helene tiene derecho a ver a su hijo. Tiene derecho a estar con él. Debe asegurarse de que Simon vuelve a casa.

Extendió las manos y abarcó la casa con un solo gesto.

Esa vez fue Louise la que sintió el impulso de mandar a la hermana a hacer té, pero se contuvo.

Helene Funch se había echado a llorar. Fuertes lágrimas goteaban sobre el terciopelo gris oscuro.

—¿Con quién está Simon ahora? —susurró.

—Con mi colega Eik Nordstrøm —dijo Louise.

—¿Y Jack?

—No, solo Eik cuida de él.

La hermana estaba a punto de volver a decir algo cuando Louise se giró hacia ella.

—¿Podemos estar un momento a solas? —preguntó en un tono que no esperaba respuesta.

De mala gana, la hermana pequeña se levantó y se dirigió a la cocina.

Cuando hubo desaparecido, Helene Funch miró a Louise.

—¿Crees que Simon me reconocerá? —preguntó casi en un susurro—. ¿Crees que se acuerda de mí y sabe que soy su madre?

Louise se lo pensó, pero decidió ser sincera.

—No es seguro —respondió—. Pero el cuerpo recuerda, y podría ser que tu olor active su memoria.

Permaneció en silencio.

—Pero... —dijo Helene, como si se diera cuenta de que aún había más. Algo que no le gustaría.

—Pero —repitió Louise, y respiró hondo— tienes que prepararte para el hecho de que probablemente sea a Dorthe a quien eche de menos. Es a Dorthe a quien está llorando. Ahora mismo, es a ella a quien ha perdido. Y no a ti.

Pudo ver un tic en el rostro de Helene antes de que girara la cara como si Louise la hubiera golpeado.

—Por eso —continuó Louise—, tú también necesitas un tiempo para adaptarte al reencuentro que vais a vivir. Comprendo que sea difícil aceptar el hecho de que no entienda de inmediato que eres su madre. Tendrás que darle espacio y tiempo, aunque obviamente lo mejor para ti es que vuelva a casa enseguida.

Helene había empezado a asentir, pero no dijo nada.

—Sé que esto es muy delicado y que lo echas de menos —continuó Louise—, pero ambos necesitaréis apoyo mientras empezáis a encontrar el camino de vuelta el uno al otro.

Helene se llevó las manos a la cara y se secó las lágrimas.

—Pero ¿volverá a verme como su madre?

Louise debería haber dudado, pero asintió.

—Sí, creo que sí —dijo—. Pero también es importante que le des tiempo para procesar lo que ha pasado. El asesinato de Dorthe fue una experiencia violenta y traumática, y necesitará la ayuda de personas cualificadas y con experiencia para superarlo.

Helene asintió mientras lloraba y miró a Louise.

—¿Significa eso que no puedo verlo en absoluto?

Por un momento, Louise deseó no ser ella quien diera todas las respuestas.

—Creo que lo verás pronto —se atrevió a decir, aunque ella no podía decidir al respecto—, pero primero que tendrás que estar preparada para visitarlo. Puede pasar algún tiempo antes de que esté listo para mudarse contigo.

Helene se quedó un rato mirando la mesa.

—Pero está vivo —dijo en voz baja.

Louise asintió y se levantó cuando la hermana regresó. Había abierto una botella de vino y dejó unas copas sobre la mesa.

—Espera —gritó Helene, y salió al pasillo hacia Louise, que estaba a punto de ponerse los zapatos. Se dirigió hacia las escaleras, arrastrando la pierna mala mientras subía. Louise oyó abrirse una puerta en el piso de arriba, y poco después reapareció Helene con un osito de peluche marrón en la mano.

—Por favor, dáselo —suplicó cuando hubo bajado, y se lo tendió a Louise con manos temblorosas.

31

Camilla metió los dos bollos del desayuno en la bolsa que había conseguido de la joven que preparaba el desayuno en el hotel. También había conseguido que le diera una taza de café de la cafetera del personal, a pesar de que el restaurante aún no estaba abierto. Se apresuró a volver a su habitación a por Charlie, y luego se fue de nuevo.

Se estaba cansando de los policías de Fionia, pero no se rindió. La noche anterior había ido a casa de Jack Skovby para hablarle del hijo que él y Dorthe Hyllested habían concebido. Desde la carretera, había visto el coche de policía en su entrada y también había reconocido al instante el jeep de Eik frente a la casa. Se dio cuenta de inmediato de que pasaba algo y sacó su carné de prensa antes de acercarse a los dos agentes que estaban junto al coche de policía. Eran los mismos que no la habían dejado entrar en la posada, y no tardaron ni tres segundos en pedirle que abandonara la granja.

Desde el coche, había llamado sin éxito tanto a Louise como a Eik, pero, tras el segundo intento, Eik contestó. Camilla le había puesto al corriente de lo que el hermano de Kristian Funch le había contado sobre Dorthe Hyllested y Jack, pero Eik no le quiso decir lo que estaba pasando dentro de la casa. Todo lo que consiguió de él fue que quizá tardaría tanto en volver al hotel que sería mejor que Charlie se quedara con ella.

Camilla ayudó al gran perro a subir al coche. Se había llevado consigo la manta de la habitación del hotel para tener algo que la mantuviera caliente si tenía que volver a esperar mucho tiempo. Después de su conversación con Eik el día anterior, se había quedado en la oscuridad, a pesar de que era difícil ver lo que ocurría alrededor de la casa. Había dejado el motor del coche en marcha, pero seguía teniendo frío, y estaba a punto de volver al hotel cuando se abrió la puerta de la casa de Jack Skovby.

Vio cómo Eik sacaba a Jack Skovby con ambos brazos a la espalda. Esposado, al parecer. Los agentes estaban a punto de meterlo en el asiento trasero del coche de policía cuando Camilla corrió hacia la casa mientras llamaba a Eik. Ella sabía que él la había oído, pero desapareció en el interior y cerró la puerta principal sin volverse.

Llamó al oficial de guardia de la comisaría de Odense para saber si había novedades sobre la búsqueda de Simon Funch. No obtuvo ninguna información, así que se acercó a la casa y puso las manos contra la ventana de la cocina para mirar dentro, pero no había nadie en la cocina. Llevaba quince minutos caminando de un lado a otro por el sendero rural en penumbra con Charlie, esperando otra oportunidad para averiguar qué había ocurrido desde que se habían llevado a Jack Skovby. Al final, tenía tanto frío que se rindió y condujo de vuelta al hotel.

Su despertador sonó a las seis y media, y todavía estaba oscuro cuando ella y Charlie emprendieron el camino de vuelta a la granja de Jack.

Vio el coche de Eik en el jardín, y también dos coches de policía. Dejó a Charlie en el coche, salió y se acercó a la casa.

Camilla había decidido que se quedaría de pie llamando a la puerta hasta que Louise o Eik salieran y le contaran lo que estaba pasando. Se lo debían, se dijo a sí misma. Estaba a punto de llamar a la puerta cuando vio a Louise a través de la ventana de la cocina. Estaba con una mujer de pelo corto y rubio. Camilla se apartó de la puerta, pero no demasiado como para no escuchar a Louise.

Estaba junto a una valla pintada de blanco cuando Louise salió a la luz de la mañana con la mujer de pelo rubio. Se dirigieron hacia un pequeño coche blanco aparcado detrás de los coches de policía, y Camilla estaba a punto de caminar hacia ellos cuando la puerta se abrió de nuevo y Eik salió con el brazo alrededor del hombro de un niño pequeño de pelo oscuro.

Al principio, Camilla se limitó a observar cómo conducían al niño hacia la parte delantera del coche de policía, pero luego sacó rápidamente su teléfono móvil para hacer las primeras fotos de Simon Funch. Acercó el zoom y vio que el niño alargaba la mano para tocar el coche de policía. Vio cómo Eik le dejaba dar una vuelta alrededor del coche antes de abrir la puerta trasera, y luego volvió a guardar el móvil en el bolso sin hacer ni una sola foto. Empezó a caminar hacia su coche.

—Espera. —De repente oyó que Louise la llamaba y Camilla se dio la vuelta—. Hola —dijo Louise cuando llegó al coche de Camilla—. Siento no haberte devuelto la llamada, todo sucedió muy rápido.

—Lo habéis encontrado —dijo Camilla, mirando el coche de policía que pasaba junto a ellas.

Louise asintió.

—Pero necesitamos más tiempo antes de que se divulgue.

Camilla se dio cuenta de que su amiga parecía agotada. Se conocían tan bien que enseguida se percató de que Louise no había dormido y estaba al límite, por lo que no haría falta mucho para tumbarla.

Ella asintió y prometió a regañadientes guardar la noticia.

—Pero entonces tienes que darme algo más —dijo—. Ni siquiera te molestaste en responder cuando te escribí que investigaras si Dorthe podría haber sentido que Helene le debía un hijo.

Louise asintió y volvió a disculparse por no haber respondido a los mensajes que Camilla le había enviado.

—Si esa teoría tiene fundamento, te prometo que te lo haré saber —dijo—. Pero no escribas sobre el niño. Danos la oportunidad de hablar con él y de que lo vea un médico antes de que la prensa se nos eche encima.

Camilla sintió que Louise la mantenía al margen y se sintió ofendida. Había cumplido su promesa de no escribir nada cuando encontraron la habitación del niño en la posada, y ahora que había encontrado una conexión entre Dorthe Hyllested y Helene Funch, Louise volvía a mantenerla al margen.

—¿Qué tienes para mí? —preguntó con frialdad, y se acercó al coche para dejar salir a Charlie. En cuanto el gran pastor alemán vio a Louise, saltó hacia ella y casi la estampó contra la valla de la emoción.

Louise miró sorprendida al perro y se sentó para devolverle el cariño. Parecía agotada, así que Camilla sacó su bolso y le entregó un bollo a su amiga.

—Si no quieres hablar del niño, dime algo de la familia Funch y de Dorthe Hyllested —preguntó, mientras Louise se levantaba y Charlie meaba en un poste de la valla.

Ella aceptó el bollo y dudó un poco. Miró hacia el campo un momento, como si intentara decidir qué podía divulgarse y qué debía reservarse la policía.

—Sabemos que había una conexión entre Nils Hyllested y Kristian Funch. Kristian transfirió una gran cantidad de dinero a Nils, pero no damos con una explicación de para qué se utilizó el dinero o a dónde fue a parar —dijo, y Camilla era muy consciente de que Louise solo estaba dándole esa información porque ella también se beneficiaría si Camilla empezaba a indagar sobre lo que había ocurrido con el dinero.

—¿Esto sucedió cuando Kristian Funch empezó a vaciar su empresa?

Louise asintió y explicó que Funch también había transferido grandes cantidades de dinero a Jack Skovby.

—¿Tiene algo que ver con el niño? —preguntó Camilla.

—Aún no sabemos qué pasó entre Kristian Funch y los dos hombres ni cuál era su conexión. Estamos intentando aclararlo. Tenemos a Jack para interrogarlo, por lo que estamos a la espera de obtener una declaración suya que esperemos que arroje algo de luz sobre su relación.

Camilla asintió para sí y también sacó el segundo bollo de su bolsa y se lo dio a Louise, que ya se había comido el primero.

—Así que el dinero que Kristian Funch retiró de su empresa se lo transfirió a Jack Skovby y Nils Hyllested —dijo, mientras Louise aceptaba el bollo.

Louise asintió con la cabeza y, aunque no lo dijo en voz alta, Camilla estaba bastante segura de que Louise pensaba que sería una buena idea investigar más a fondo lo que Kristian Funch había hecho en el tiempo que precedió al accidente de avión.

Louise extendió la mano y le dio un apretón en el brazo.

—Me alegro de que entiendas que tenemos que proteger al niño.

Camilla asintió y la siguió con la mirada mientras caminaba hacia la casa.

32

Eva Nørgaard apareció en la puerta principal mientras Camilla aparcaba delante de la granja. Había llamado antes de salir de la propiedad de Jack Skovby y le había preguntado si podía pasarse por allí, aunque no eran más que las ocho. Eva sonaba como si llevara despierta mucho tiempo y también había dicho que Camilla era bienvenida si compraba algo de leche y pan por el camino. Su hija había pasado la noche con ella y estaba a punto de salir en bicicleta a por el desayuno.

—Hola —dijo Camilla, tendiéndole la bolsa con el pan del desayuno, el zumo y la leche. Le venía bien que Lea estuviera presente, ya que la chica sin duda sabía más de la vida personal de su hermano que su madre.

—Acabo de enterarme de que la policía detuvo a Jack anoche, ¿vienes por eso? —preguntó Eva, y la invitó a pasar. El calor del salón recibió a Camilla en el pequeño vestíbulo, donde se quitó las botas.

Sacudió la cabeza.

—Vengo a hablarte un poco más de Aske —dijo, y saludó a Lea, que estaba tumbada en el sofá con los ojos puestos en su móvil. La joven se incorporó y saludó a Camilla con la cabeza. Llevaba un chándal viejo y un grueso jersey de punto, a pesar de que la estufa rugía junto a la pared.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Camilla a la joven—. Me enteré de lo de la escalera, pero me alegra ver que la policía no te detuvo.

—No creen que fuera yo.

—Me recomendaron a un abogado defensor —dijo Eva, como si hiciera falta una explicación—. El padre de Lea conocía a alguien, y desde el principio dijo que no había pruebas de que Lea tuviera la culpa del accidente.

—Pero no necesitamos pruebas —gruñó irritada su hija—, porque ya os he dicho que fui yo.

Eva lanzó una rápida mirada a Camilla, y Lea se hundió de nuevo en el sofá y volvió a concentrarse en su teléfono móvil.

—Es terrible lo del hijo pequeño de Funch —dijo Eva mientras ponía la tetera a hervir, y cogió un vaso de café de un armario—. La policía volvió a estar aquí ayer, pero no pude ayudar. Espero que lo encuentren. No puedo entender por qué estuvo viviendo en la posada con Dorthe todo ese tiempo, si lo que dicen los periódicos es cierto. —Se volvió hacia Camilla y la miró con atención—. ¿Es cierto?

—Al menos esa es la teoría de la policía —respondió.

Eva preguntó a su hija si también quería una taza de café.

—Solo zumo —respondió Lea desde el sofá.

—Al parecer, había muchas cosas que no sabía de Dorthe, aunque creía que la conocía.

Eva le pasó la leche a Camilla. Había puesto el pan para desayunar en una cesta, y Eva sacó tres platos y cuchillos. Luego abrió la nevera y sacó mantequilla y mermelada casera.

—Vamos al salón —dijo, llevando la bandeja.

Lea se había sentado a la mesa del comedor. Parecía pálida y abatida, y Camilla se sintió abrumada por la compasión hacia la joven, que estaba destrozada tras la muerte de su hermano.

Se acomodaron antes de que Camilla hiciera la pregunta que no se había sentido capaz de hacer por teléfono. Ahora se volvió hacia Eva, que estaba sentada con su taza de café entre las manos.

—¿Te expidieron un certificado sucesorio tras el fallecimiento de tu hijo para que pudieras administrar su patrimonio tú misma?

Lea no reaccionó a la pregunta, pero Eva asintió.

—No era porque hubiera mucho que administrar —respondió ella—, pero Aske tenía algo de dinero, y además estaba el coche que se había comprado un año antes de su muerte.

Se detuvo y Camilla asintió animándola a continuar.

—Mi exmarido dijo de inmediato que no quería nada de Aske. Por lo tanto, pensé que podría encargarme yo misma de la herencia. Mi deseo era que Lea tuviera todo lo que dejó su hermano.

Lea no las miró mientras su madre hablaba, pero levantó la vista de su plato cuando Camilla preguntó cuánto dinero había en la cuenta de Aske cuando murió.

—Sé que es una pregunta muy privada —se apresuró a añadir.

Eva y Lea se miraron rápidamente.

—Alrededor de ochenta mil coronas —respondió su hermana—, y después tuvimos que pagar el impuesto de sucesiones.

—El coche que compró, ¿lo pagó en efectivo? —preguntó Camilla.

Volvieron a intercambiar miradas antes de asentir ambas.

—Incluso hemos hablado de la procedencia del dinero —admitió Eva—. Al fin y al cabo, acababa de terminar el bachillerato cuando cayó enfermo.

El salón volvió a quedarse en silencio y ella notó cómo Lea había dejado de masticar el bocado que acababa de llevarse a la boca.

—Esto es, por supuesto, muy confidencial, y lo respetaré si crees que me estoy inmiscuyendo demasiado —continuó—, pero me gustaría preguntaros si os importaría que echáramos un vistazo juntas a los antiguos extractos bancarios de Aske.

—No tenemos el código de su NemID, su firma digital —dijo Lea inmediatamente, como si ya lo hubiera intentado.

Camilla asintió y dijo que había otra forma de acceder. Miró a Eva.

—Si te expidieron un certificado sucesorio en relación con la herencia de tu hijo, podemos acceder a su e-Boks, su buzón digital. En su página web, se carga el certificado y podemos utilizarlo para acceder a sus extractos bancarios —explicó, y notó en la mirada de Lea que había despertado su interés.

Lea se inclinó sobre una pequeña bolsa de fin de semana que había en el suelo junto al sofá y sacó un ordenador, pidiéndole a su madre que buscara el certificado como si se les acabara el tiempo.

Eva se acercó a una cómoda que había junto a la estufa y sacó una carpeta del cajón. Unos instantes después, entregó el certificado a su hija, que ya había abierto su ordenador portátil y estaba tecleando. Fue tan rápido que casi parecía que sus dedos flotaran sobre las teclas.

Camilla se sentó en el sofá junto a ella. Juntas estudiaron la página web durante un rato.

—Puede que sea tu madre la que tiene que conectarse a su e-Boks —dijo Camilla, y se movió para que Eva pudiera acercarse y sentarse entre ellas.

Eva se puso el móvil en el regazo tras introducir su NemID en el ordenador y pasar el código por la aplicación NemID de su móvil. No parecía entender muy bien lo que pretendía Camilla, pero Lea cogió el móvil de su madre, hizo una foto del certificado sucesorio y transfirió la imagen al ordenador.

Camilla se apartó un poco para no mirar los documentos personales en el e-Boks de Eva Nørgaard.

—¿Y ahora qué? —preguntó Lea, mirando a Camilla.

—Prueba a teclear «certificado sucesorio» —sugirió sin poder ver lo que aparecía en la pantalla.

Lea estaba tan concentrada que su lengua asomaba por un lado de su boca mientras tecleaba.

—Hay un formulario que mamá tiene que rellenar. Y dice que puede tardar hasta diez días —dijo, decepcionada, y empezó a cargar el certificado.

«Mierda», pensó Camilla, y sugirió que rellenaran el formulario y esperaran.

—Creo que ya lo he rellenado en relación con la herencia —exclamó Eva, y señaló la pantalla, que ahora mostraba un mensaje de que el certificado había sido cargado y estaba siendo procesado.

Camilla estaba a punto de untar un panecillo de la cesta del pan cuando Lea exclamó que había sido autorizada, y entonces empezó a buscar los extractos bancarios de su difunto hermano menor.

—¿Cuándo se produjo el ataque en la cabaña? —preguntó Camilla, rompiendo el silencio.

—En agosto de 2016 —dijo Eva de inmediato.

—Intenta remontarte hasta ese otoño —dijo Camilla—. Estate atenta a una transferencia de cien mil coronas en algún momento después de eso.

Ambas miraron sorprendidas a Camilla, pero entonces Lea asintió con la cabeza y repasó los movimientos de cuentas de los últimos dos años y medio.

—Sí —exclamó—. Se transfirieron cien mil coronas a la cuenta de Aske el 30 de agosto de 2016.

Su mirada se desenfocó.

Le entregó el ordenador a Camilla y se secó las lágrimas.

Camilla hizo una foto de la transferencia de dinero y del número de cuenta de Aske.

Por fin, Eva se dio cuenta de la conexión.

—¿Estás diciendo que alguien pagó a mi hijo para que no denunciara la agresión a la policía? —preguntó, mirando a Camilla en busca de confirmación.

Camilla asintió.

—No hay ningún nombre en la transferencia, solo un número de cuenta —dijo Lea, mientras Camilla enviaba un mensaje de texto a Louise.

«Kristian Funch transfirió cien mil coronas a Aske Nørgaard, el hijo de la encargada de las habitaciones. Llámame».

En esa ocasión, apenas pasaron diez segundos antes de que Louise llamase. Camilla fue a la cocina, donde sacó la foto del extracto bancario. Le dio a Louise el número de cuenta de Aske y luego leyó en voz alta el número desde el que se había transferido el dinero.

—La transferencia se realizó diez días después de que Aske fuera agredido por el hombre con el que estaba en la cabaña del bosque de la posada. Comprueba si el marido de Helene reservó la cabaña ese fin de semana —sugirió Camilla.

—No hay nombres en las reservas —respondió Louise—, todas aparecen en el sistema bajo el

nombre de Jens Jensen.

Camilla oyó a su amiga teclear en un ordenador mientras hablaban.

—¿Dónde estás? —preguntó Louise.

—Con Eva y Lea. Acabamos de revisar los extractos bancarios de Aske. Después de que me contaras lo del dinero, pensé que podría estar relacionado.

—Es él —murmuró Louise por teléfono—. El dinero para Aske Nørgaard se transfirió desde la misma cuenta desde la que también se transfirieron enormes cifras a Jack y Nils Hyllested.

Camilla se dio cuenta de que Lea había entrado en la cocina.

—Hablaré con Helene y averiguaré qué sabe de la cabaña del bosque —dijo Louise—. Ahora mismo también estamos intentando averiguar qué pasó con las setecientas mil coronas que Kristian Funch transfirió a Nils. Parece que se retiraban sistemáticamente en pequeñas cantidades de menos de diez mil, por lo que no llamó la atención del banco. Dile a Eva Nørgaard que nos gustaría volver a hablar con ella. Puedo enviar a un oficial o ella puede venir a la comisaría. Por desgracia, no podré hablar con ella yo misma, ya que estamos a punto de empezar a interrogar a Simon Funch.

—Te avisaré —prometió Camilla, y estaba a punto de terminar cuando Louise le preguntó si iba a volver a Copenhague.

—No —respondió—, me quedaré aquí hasta mañana. Intentaré conseguir una entrevista con Helene Funch.

—No puedes hacerlo —replicó Louise secamente—. Le hemos aconsejado que no hable con la prensa.

Su voz se suavizó un poco cuando sugirió que cenaran juntas en el hotel, si le venía bien. Camilla era muy consciente de que era la forma que tenía su amiga de dar las gracias y disculparse. También se dio cuenta de que era muy poco probable que eso fuera cierto, ahora que la policía estaba a punto de investigar cuánto había tenido que ver Kristian Funch con la posada antes de su muerte. Y cuánto había tenido que ver con él la pareja de cadáveres.

Dentro del salón, Lea estaba desplomada en el sofá. Estaba pálida y las lágrimas brotaban bajo sus párpados cerrados; era un ser humano en desintegración. Eva le enseñó a Camilla unas fotos que habían buscado en Google de Kristian Funch mientras Camilla hablaba con Louise. Sobre la mesa también había un iPhone. Eva dijo que era de su hijo, que lo había recuperado la noche anterior, cuando la policía había terminado de revisarlo.

—Mira —dijo, extendiendo la mano por encima de la mesa.

Camilla reconoció al instante a Kristian Funch. Estaba de pie junto al jacuzzi, detrás de la

cabaña. Solo llevaba una toalla alrededor de la cintura y estaba abriendo una botella de champán. «Probablemente no se dio cuenta de que Aske hacía la foto», pensó. El hijo de Eva también se había hecho un par de selfis, uno en el que levantaba la copa de champán hacia el objetivo y otro en el que besaba una espalda desnuda, la de Kristian Funch.

Las siguientes fotos del móvil se habían hecho en el hospital. Tenía un lado de la cara tan golpeado que su ojo se perdía entre la hinchazón y los hematomas. Camilla permaneció sentada largo rato mirando la pequeña pantalla.

—Fue lo que ocurrió aquella noche lo que lo destruyó —dijo Eva en voz baja—. Todas las huellas visibles de la agresión desaparecieron con el tiempo, pero él nunca se curó por dentro. Se volvió autodestructivo y todo lo bueno desapareció.

Lea abrió los ojos. Se sentó mirando al frente, sin secarse las lágrimas que aún resbalaban por sus mejillas.

—No quiero ese coche —dijo de repente—, no quiero nada de lo que compró con el dinero que le dio ese cabrón.

Eva tendió la mano a su hija.

Camilla sintió la misma rabia. Un hombre adulto y rico se había librado de una denuncia pagando. Era muy consciente de que, sin duda, ese tipo de cosas ya habían ocurrido antes. Y volverían a ocurrir. Aske Nørgaard no había hecho nada malo. Había ido a la cabaña del bosque porque quería pasar tiempo con Kristian Funch. Porque él quería. Y luego le habían maltratado y pagado para que mantuviera la boca cerrada. Había acabado siendo el gran perdedor en una relación de poder desigual.

No había más fotos en su teléfono móvil, era como si la joven vida de Aske hubiera terminado después de lo ocurrido, aunque muriera varios años después. No había nada más que fotografiar y mostrar. No había más alegría que compartir o recordar.

—¿Conocíais a Kristian Funch? —preguntó.

Ambas negaron con la cabeza.

—Sabía quién era, por supuesto, y oí hablar del accidente —dijo Eva—. También sabía que vivían en la gran granja de Bjernemark. Pero creo que nunca lo conocí.

Ninguna continuó desayunando cuando Lea se levantó y desapareció por la cocina. Poco después, Camilla oyó que se abría la ducha.

—No creo que lo supere nunca —dijo su madre en voz baja—, y nunca me perdonaré que la vida de una persona joven significara tan poco para los demás.

—No hay nada que decir a eso —dijo Camilla, poniendo una mano reconfortante en el brazo de Eva—. Es retorcido cuando alguien cree que puede pagar para no tener que rendir cuentas de sus actos. Sobre todo cuando es un adulto el que se comporta así con un niño.

—Aske no era un niño, sabía lo que hacía —dijo Eva, pensativa—, pero sus ganas de vivir desaparecieron.

—¿Su hijo conocía bien a Nils Hyllested? —A Camilla se le ocurrió que podía ser el posadero el que había chantajeado a Kristian después de lo ocurrido en la cabaña del bosque. Setecientas mil coronas era una cantidad increíble de dinero. Demasiada como para desaparecer. O no dejar rastro.

—Se conocían —respondió Eva—. Pero no creo que se vieran así. Es a eso a lo que te refieres, ¿verdad?

El agua seguía corriendo en el baño, pero por lo demás la casa estaba tranquila.

—Estoy más interesada en saber si Nils estaba del lado de Aske. Tal vez fue tras Kristian Funch porque quería defender a tu hijo.

Una pequeña mueca de tristeza apareció en la boca de Eva. Ni una sonrisa, solo un encogimiento de hombros mientras negaba.

—Nadie estaba de parte de Aske —dijo en voz baja, con la voz llena de tristeza—. Más bien, me temo que lo ocurrido hizo que Aske se pasara a su bando. Así que tampoco le importaba. A los demás.

Camilla se sentó a observarla un rato y tomó una determinación. No le importaba lo que dijera Louise. Quería hablar con Helene Funch. No sobre el niño, sino sobre su marido, que parecía haber vivido una vida bastante diferente de la que aparentaba.

33

Louise paseó la mirada por el luminoso salón de la casa. Había adornos en los alféizares de las ventanas, y una gran cesta junto a uno de los sofás estaba repleta de hilos y labores de punto de alegres colores.

Tine y Henrik Sommer habían sido padres de acogida durante más de veinte años. Tenían unos cincuenta años, Louise lo sabía por la información que había impreso en la comisaría. La pareja vivía en Tullebølle, en Langeland, y Tine nació con una pérdida de audición severa, por lo que dominaba el lenguaje de signos. Además, principalmente habían tenido a su cargo niños con pérdida de audición. Henrik era trabajador social del Departamento de Infancia y Juventud del municipio de Langeland, donde trabajaba con niños vulnerables y en situación de riesgo.

Tuvo que reconocerle al subinspector Grube que había hecho un buen trabajo. En primer lugar, había presionado a los servicios sociales de guardia para que tuvieran una familia de acogida lista para recibir a Simon Funch a primera hora de la mañana. En segundo lugar, la familia tenía experiencia, era muy querida y parecía dispuesta a despejar su agenda para crear un entorno tranquilo y seguro para el pequeño lo antes posible.

Tine sonrió al entrar en el salón con café y limonada. Había una cesta de bollos sobre la mesa, y había mermelada y chocolate para untar, como si fuera algo que siempre se tiene en casa por si de repente viene de visita un niño pequeño al que hay que mimar.

La madre de acogida hablaba despacio, como si las palabras se le amontonaran en la boca antes de salir, pero Louise la entendía e hizo un esfuerzo por hablar lo bastante despacio para que Tine pudiera leerle los labios.

—Anoche durmió bien —dijo Louise—, pero cuando se despertó estaba llorando. Al principio, pensamos que era porque tenía hambre o sed, porque no paraba de extender los brazos. No hacia nosotros, sino delante de él, como si hubiera alguien allí que no pudiéramos ver. Alguien que no venía a consolarlo. Eik intentó calmarle.

Louise había traído el osito de peluche que le había regalado Helene.

—No me atreví a dárselo porque no sabía si desencadenaría un sentimiento de pérdida aún mayor —dijo cuando Henrik volvió del baño con Simon.

—Ya hemos hablado de ofrecerle a su madre que venga luego más tarde. Solo una hora para empezar, para que puedan conocerse. Hablamos de sensaciones prelingüísticas que pueden despertar determinados estados de ánimo. Es decir, desde antes de que el niño desarrolle el lenguaje. Así que mi esperanza es que la presencia y su olor puedan evocar algunos sentimientos en él. Es posible que su presencia tenga un efecto tranquilizador en él; no porque la recuerde directamente, sino porque consiga evocar las huellas de algún buen recuerdo. Y, al hacerlo, puede experimentar una sensación de reconocimiento.

Simon miró con timidez a Tine y el desayuno sobre la mesa mientras Henrik hablaba. Louise pensó que debía ser abrumador para él ver tantas caras desconocidas. Se había portado bien por la mañana, una vez calmado. Pero claro, cualquiera reaccionaría si al despertar se encontrase con dos desconocidos. Simon se había acurrucado de lado en el sofá y se había abrazado a la manta, siguiendo en silencio al equipo de policías que Grube había enviado a registrar la casa de Jack. Pero, poco después de que llegara el equipo, les informaron de que la familia de acogida estaba lista para recibir a Simon. Louise había insistido en que ella y Eik intentarían interrogar al chico con la ayuda de Tine y Henrik. Y se había aprobado que se prescindiera de un trabajador social para Simon, ya que Henrik lo era.

Tine señaló una silla en la mesa del comedor y sonrió animando a Simon mientras ella misma sacaba una silla y se sentaba en ella.

Louise y Eik se sentaron al final de la mesa y dejaron que Tine y Henrik tomaran la iniciativa.

Tine se señaló a sí misma y dijo: «Tine». Henrik se presentó con el mismo gesto. Después lo señalaron y dijeron: «Simon».

El niño seguía atentamente los movimientos de la boca y las manos de los dos adultos que le hablaban. Louise sintió un nudo en la garganta.

La madre de acogida le tendió la cesta de bollos y él la aceptó vacilante, sin apartar los ojos de su cara. Tine cortó el bollo delante de él, luego señaló la mantequilla y lo miró expectante.

Simon asintió y siguió sus manos mientras untaba el pan con mantequilla. Luego señaló el paquete de chocolate para untar. Y Tine untó con él una de las mitades. Después hizo algo con las manos y esperó, pero Simon no reaccionó.

—¿Tienes sed? —preguntó Henrik al otro lado del chico. Levantó la mano izquierda y se metió el pulgar en la boca.

Simon asintió y miró hacia el cartón de batido de chocolate.

Entonces el niño se llevó la mano derecha a la boca y dejó que las yemas de los dedos apuntaran a su labio.

—¿Tienes hambre? —preguntó Henrik, que cogió su plato de la mesa y se lo dio a Simon.

El chico sonrió y asintió.

Louise parpadeó y apartó la mirada un momento. Sintió que Eik casi contenía la respiración mientras los padres de acogida y el niño intentaban comunicarse. Ambos permanecieron en silencio mientras sus manos y dedos hablaban. De vez en cuando, Simon miraba hacia la mesa. Se había comido la mitad del bollo de chocolate, pero negó con la cabeza cuando Tine le ofreció el resto.

Ahora el niño miró a Henrik y se pasó el dedo meñique por la frente. Se puso la mano sobre el corazón antes de apretar ambas manos y frotárselas contra los ojos.

Louise notó cómo la pareja intercambiaba una mirada casi imperceptible antes de que Henrik asintiera al niño y se llevara la mano al corazón.

Entonces Simon se volvió hacia Tine. De nuevo, se pasó el dedo por la frente, juntó las palmas de las manos y las colocó contra la mejilla antes de cerrar los ojos.

—Mamá está dormida —dijo Tine en voz alta.

El niño volvió a llevarse las manos a la cara, giró los dedos hacia él y los movió un poco.

Tine esperó a ver si había más gestos antes de asentir.

El niño tenía lágrimas en los ojos. Ahora volvió a levantar su pequeña mano, esta vez pasándose el dedo por el cuello, y cerró de nuevo ambos puños, que apretó contra sus ojos.

Louise se sintió tan conmovida por el niño que decidió que no debían presionarle más de la cuenta. Sin haber manejado nunca el lenguaje de signos, sintió que entendía cada palabra que se habían dicho entre ellos. Era conmovedor ver cómo por fin era capaz de deshacerse de todo lo que debía llevar en su interior desde que había bajado a la posada.

—Pregúntale si vio a alguien cuando encontró a Dorthe —preguntó Eik.

Louise temía que interrumpieran la conexión que acababa de surgir entre los tres, que claramente compartían un lenguaje.

Tine se inclinó hacia Simon con la mirada seria mientras sus manos formulaban la pregunta de Eik. Pero esta vez, el chico no reaccionó. Permaneció sentado con los ojos muy abiertos y siguió sus movimientos, pero negó con la cabeza y miró hacia la mesa.

Luego levantó despacio las manos y miró con urgencia a Tine mientras se golpeaba el pecho, se apretaba los brazos y luego dibujaba dos círculos en el aire delante de él.

La madre de acogida frunció el ceño, pensativa, y negó con la cabeza, vacilante. Simon repitió el gesto mientras la miraba con urgencia. Pero seguía sin entenderlo. Sus manos formaron una pregunta a la que él no respondió.

Tine desvió la mirada hacia Louise y Eik, y Simon volvió a mirar la mesa.

—Está claro que Dorthe le enseñó a hablar por señas, pero creo que, sobre todo, desarrollaron su propio lenguaje —dijo—. No entiendo todas sus señas, y a veces parece que hablamos sin entendernos. Como si algunos de los signos que utilizo significaran algo distinto para él.

—Puede que tengamos que pasar algún tiempo con él para conocernos mejor —dice Henrik Sommer—. Algunas cosas son fáciles de entender, pero es cierto lo que dice Tine, también tiene algunos signos y una forma de hablar que debieron inventar ellos.

—Hasta ahora, ha dicho que bajó las escaleras pensando que su madre dormía. Pero entonces estaba muerta. He intentado preguntarle si vio a alguien hacerle daño a su madre. Pero no me ha

entendido. Me gustaría que me dejaran hablar con él un poco más de cosas corrientes. Creo que sería bueno que diéramos un paseo juntos o jugáramos un poco antes de preguntarle más sobre si vio cómo atacaban a Dorthe.

—Me parece una buena idea —se apresuró a decir Eik. Extendió la mano y cogió el soporte bajo que había colocado sobre la mesa para apagar el teléfono móvil, que había estado grabando la conversación. Acordaron que Tine y Henrik debían, ante todo, intentar que el chico se sintiera cómodo y seguro en su nuevo entorno.

—Pero está claro —intervino Louise— que nos interesa mucho saber lo que vio en la posada. En particular, nos interesa saber si vio a alguien más aparte del hombre que se lo llevó de allí.

Tine asintió.

—Nos aseguraremos de preguntarlo todo. Pero también es probable que él mismo aborde el tema, como ha hecho antes. Si no ha tenido a nadie con quien comunicarse, es natural que necesite deshacerse de las cosas horribles por las que ha pasado.

—Y, por supuesto, nos aseguraremos de que todas las conversaciones con él sobre las cosas que vivió en la posada sean grabadas en vídeo —terminó Henrik, y le hizo un gesto con la cabeza.

—Gracias —dijo Louise, mirando al jardín, donde había un columpio, una casita de juegos y otras cosas divertidas.

«Debe ser un gran cambio», pensó. Durante dos años, su mundo se había limitado al apartamento de Dorthe y al pequeño patio vallado detrás de la posada. Ahora el mundo se había abierto de repente, pero estaba completamente solo en él. También pensó en Helene, que no tendría ocasión de hablar con su hijo cuando se reunieran más tarde.

34

Cuando se subieron al coche, Louise envió un mensaje a Lene Borre diciéndole que iban de camino a la comisaría para asistir al interrogatorio de Jack Skovby. Había pedido a Eik que la llevara a Svendborg antes de irse para ver a Camilla y que él recogiese a Charlie.

Jack había pasado la noche bajo custodia, pero a las ocho lo habían llevado de nuevo a la sala de interrogatorios, donde Lange había vuelto a hacerse cargo.

Skovby sostuvo que el dinero transferido por Kristian Funch cubría el pago de dos máquinas agrícolas que el marido de Helene le había comprado en la primavera de 2017. Lange había enviado un mensaje de texto que decía «Cosechadora, John Deere S690 (2012). Tractor, John Deere 6400 con elevador delantero (2007)». Al parecer, Jack Skovby también había podido presentar un correo electrónico de Kristian Funch en el que afirmaba que haría una transferencia bancaria por el importe.

Pero durante el registro de la propiedad de Skovby encontraron en el granero detrás de su casa dos máquinas agrícolas idénticas a las que supuestamente había vendido, y ambas seguían registradas a nombre de Jack Skovby.

Eik había estado callado desde que salieron de la casa después de despedirse de Simon y sus padres de acogida. De vez en cuando dejaba vagar su mirada por el paisaje, el agua y los campos, pero no decía nada. «No necesita hacerlo», pensó Louise. Era obvio que el niño ocupaba sus pensamientos.

No tuvo tiempo de pensar antes de que su mano se alargara y se apoyara en el brazo de Eik. Le dio un apretón y la dejó ahí. Desde su primer caso juntos, se había dado cuenta de que Eik tenía una sensibilidad especial cuando se trataba de niños. «Tal vez porque no ha tenido a nadie a su lado», pensó. Steph tenía dieciséis años cuando entró en su vida. Tal vez estar sentado frente a Simon y ver lo mucho que Helene se había perdido de su infancia había sido otro recordatorio de lo mucho que se había perdido él.

—¿La echas de menos? —preguntó Louise, sin retirar la mano, aunque la izquierda de él soltó el volante y se posó sobre la de ella. No habían hablado de que Steph había vuelto a Inglaterra para terminar los estudios. Se le ocurrió que era probable que él temiera que ella decidiera quedarse allí en lugar de volver a vivir con él.

Asintió con la cabeza.

—Probablemente lo que más echo de menos es todo lo que no he vivido con ella —dijo—. Su infancia. Todo lo que se acabó irrevocablemente y de lo que nunca podré formar parte. Mientras estábamos allí sentados, me di cuenta de lo devastador que será para Helene descubrir que la gran ausencia que siente Simon es la de Dorthe. No creo que podamos imaginar lo duro que será para ella. Primero, la inmensa felicidad de que esté vivo y, luego, la tristeza de darse cuenta de

que no tiene ni idea de quién es. ¿Cómo crees que lo afrontará?

—He intentado prepararla —respondió Louise—, y parece que entiende que va a llevar tiempo.

—Está claramente afligido por la pérdida de Dorthe y la ve como su madre. Deberíamos ofrecerle a Helene asesoramiento con un psicólogo de crisis. A veces lo hacemos con familiares en casos de desapariciones si no tienen a nadie a su alrededor con quien hablar.

—Tiene a su hermana —dijo Louise, pero añadió que Iben no parecía la persona adecuada para ayudarla—. Tienes razón, existe el riesgo de que se derrumbe cuando se dé cuenta de que él no corresponde a su amor inmediato.

Sus manos seguían juntas. De vez en cuando, Eik le pasaba distraídamente el pulgar por el dorso de la mano, y ella disfrutaba con esos breves movimientos.

—Pero antes debo poner a Helene al corriente de la relación de su marido con el joven Aske Nørgaard —dijo Louise, relatando la conversación con Camilla—. Algo pasó entre Aske, Kristian Funch y Nils Hyllested. Ahora los tres están muertos, y tenemos que averiguar si el asesinato de Dorthe está relacionado con ellos.

—Y no tiene nada que ver con Simon —dijo él.

Ella asintió y pudo ver que Eik estaba pensando. Él había retirado la mano y ella dejó caer la suya sobre su regazo.

—Hay algo extremadamente obstinado y cruel en el modo en que Dorthe se comportó con Helene —dijo Eik—, algo que solo puede provenir de unos celos violentos, de la pena o de una ira que desvió por completo su sentido de la justicia. Esas emociones tan fuertes a menudo llevan a más. Pueden actuar como catalizador y desencadenar otras circunstancias. Lo hemos visto muchas veces.

Louise asintió.

—¿Estás seguro de que fue Jack quien la mató? —preguntó—. ¿Crees que se dio cuenta de que escondía a Simon y actuó en nombre de Helene?

Eik no reaccionó, pero ella percibió sus dudas.

—O él y Helene lo hicieron juntos —dijo él un poco después.

Louise negó con la cabeza.

—Estoy segura de que Helene Funch no sabía que su hijo estaba vivo cuando fui a verla —dijo —. Si Jack descubrió lo de Simon y se enfrentó a Dorthe, lo hizo solo.

Dejó que su mirada siguiese una hilera de copas doradas de árboles que se alzaban en la cima de la colina que dominaba la carretera.

—Es muy posible que sea así —admitió Eik después de que condujeran en silencio durante un

rato—, pero eso no explica la conexión entre el marido de Helene y Nils Hyllested.

Habían cruzado Tåsinge y se acercaban al puente de Svendborgsund.

—Para ser honesto, también estoy más interesado en averiguar cómo la pareja encontró a Simon. Y en cómo se las arreglaron para llevárselo a la posada sin ser vistos —dijo Eik, y señaló hacia Svendborg—. Esos hombres parecen un grupo de imbéciles antipáticos, y algo sugiere que es tu cita la que ha estado moviendo los hilos.

—Han estado chantajeando a Kristian Funch —admitió Louise, ignorando lo de la cita—, pero no creo que tengas razón en lo de que son un grupo. Creo que Nils Hyllested y Jack estaban contra el marido de Helene.

Eik lo pensó un momento, y luego asintió.

—Realmente te juegas mucho si vacías tu empresa y te dejas chantajear por unos dos millones de coronas —objetó Eik, mientras apretaba un chicle de nicotina del paquete con las manos en el volante.

—2,2 millones de coronas —lo corrigió Louise.

—Y, como he dicho, ahora todos están muertos. Excepto tu «cita».

—Basta —dijo ella—. Él no es mi cita.

—Parece que lo conoces lo suficiente como para sentirte a gusto en su abrazo —dijo Eik, y aparcó.

—No fue con él con quien salí —respondió irritada—. Tomé una copa con Lange. Y cuando se fue, Jack se acercó. No lo conozco y no quiero saber nada más de él.

Louise salió enfadada del coche y entró rápidamente en la comisaría sin esperar a ver si Eik la seguía o si continuaba conduciendo para recoger a Charlie. Una vez que la puerta se cerró tras ella, se quedó un momento de pie y trató de bajar su ritmo cardíaco. Era consciente de lo primitivo que era dejarse herir así, pero había significado mucho para ella cuando extendió la mano y dejó que descansara en la suya. Y ahora mismo, sentía como si hubiera despreciado sus intentos de reconciliación amorosa.

35

Louise llevaba tres tazas de café cuando llamó a la puerta y entró en la sala donde interrogaban a Jack Skovby. Le habían informado de que, después de todo, él no quería un abogado, aunque estaba siendo interrogado en calidad de acusado. También había accedido voluntariamente a que la policía registrara su propiedad sin orden judicial porque, como había dicho, no tenía nada que ocultar.

Su espeso cabello ondulado le caía sobre la frente mientras permanecía sentado encorvado, con los brazos apoyados sobre la mesa. No miró hacia la puerta cuando Louise entró, pero levantó brevemente la vista cuando ella le puso delante un vaso de papel con el café. No dijo nada, solo sacó una silla y se sentó junto a Lange.

Jack se quedó mirando la mesa de haya rayada.

—Era un tirano —dijo, como si retomara la conversación donde se había interrumpido cuando entró Louise.

—Intenta contar la última parte desde el principio —pidió Lange, y dio un largo sorbo al café caliente, que aún humeaba.

Louise lo observó, fascinada porque su garganta pudiera soportarlo.

Jack miró brevemente a Louise y luego asintió.

—Tenía diecisiete años cuando maté a mi padre —dijo sin voz. Sonaba objetivo, no intentaba fingir arrepentimiento—. Pegaba a mi madre, pegaba a mi hermana pequeña y me pegaba a mí, y así había sido desde que tengo uso de razón.

Levantó de nuevo la vista y cruzó las manos sobre la mesa que tenía delante.

—No iba por ahí pegándote si te portabas mal o si mi madre decía algo que le enfadaba. Golpeaba cuando quería que hiciéramos lo que decía. En lugar de perder tiempo pidiendo algo o explicando cómo lo quería, nos pegaba. Una vez le dijo al director del colegio que así se ahorraba tiempo.

No pestañeó mientras hablaba.

—Una vez llamaron a mis padres para una reunión en el colegio porque la profesora de mi hermana había informado de que había llegado magullada al colegio. Normalmente ella nunca diría nada, pero esa mañana él la había llevado a los establos porque quería que los barriera antes de ir a clase. Lo hacía todas las mañanas después de que él diera de comer a los caballos. Pero esa mañana le pegó porque había empezado un poco tarde y estaba intentando darse prisa para no llegar tarde también al colegio. La golpeó y le rompió una ceja. Y siempre se enfurecía cuando

empezábamos a sangrar por sus golpes. Mi madre quiso que mi hermana se quedara en casa, pero él no lo permitió. Y entonces la profesora lo denunció, porque sabían cómo era la situación en nuestra casa. Durante la conversación, mi madre prometió que no volvería a ocurrir.

Guardó silencio un momento antes de mirar a Lange.

—Todos sabían que no duraría, mi padre también lo sabía. Ni siquiera intentó disculparse o pedir perdón. Tan solo se quedó sentado sin hablar porque creía que estaba en su derecho de maltratar a sus propios hijos. Mi hermana estuvo presente en la reunión. Me lo contó cuando llegaron a casa. Por la tarde fui al establo y lo maté con el hacha.

Jack Skovby se hundió y escondió la cara entre las manos.

Todo estaba en silencio, solo Lange se movía. Removía su taza de café.

—Por favor, ¿puedes repetir cómo mataste a tu padre con el hacha? —preguntó.

Jack retiró las manos y miró al frente sin mirar a ninguno de los dos.

—Le golpeé varias veces en la nuca con la parte roma del hacha —dijo mirando a Lange. No miró a Louise. O miraba delante de él y luego a la mesa, o fugazmente a Lange.

—Cumplí mi condena, y no me arrepiento de lo que hice. Nadie entiende lo que es vivir con miedo constante. Ninguno de nosotros fuimos nunca nosotros mismos porque siempre le tuvimos miedo, miedo de encontrarnos con él. Miedo de su humor y de los golpes que surgían de la nada.

Ahora miraba por turnos casi con impaciencia a Lange y Louise.

—No es que intente parecer inocente, porque en realidad no me importa lo que piense la gente sobre lo que hice entonces. Lo hice para darles una vida a mi madre y a mi hermana. Una vida en la que no estuvieran asustadas todo el tiempo. Y con claras marcas de sus golpes. No me arrepiento —repitió—. Mi madre se quedó en la granja hasta que entró en la residencia. Todavía vive allí y la visito una vez a la semana. Si mi padre siguiera vivo, sería ella la que estaría muerta. Mi hermana se casó; su marido también es de Tåsinge, pero ahora viven en Frederikshavn.

Dejó caer los brazos a los lados del cuerpo, levantó la cara y se encontró con una mirada abierta que Louise reconoció.

—Adelante, no tengo nada que ocultar y soy responsable de mis actos.

«Muy noble», pensó Louise irritada.

Lange había apartado su taza vacía y ahora miraba sus papeles.

—Tienes una hija con Christina Hald —continuó—. Isadora tiene ahora diez años.

Jack asintió y Louise notó enseguida la dureza en su mirada.

—Llevas varios años intentando conseguir su custodia —leyó Lange en el informe.

Jack siguió asintiendo.

—Vive con su madre en Copenhague —continuó Lange.

—Sí —respondió—, su madre no está capacitada para criar a una niña, es una enferma mental y ha puesto a mi hija en mi contra. No tiene derecho a mudarse tan lejos con una hija que tenemos juntos.

—Aquí dice —continuó Lange— que te denunció a la policía por varias agresiones y que fue hospitalizada después de que la golpearas.

—Nada de eso es cierto —interrumpió Jack—. Ha intentado sistemáticamente presentarme como un psicópata porque había conocido a un tipo en Copenhague. No acepté que Isa se mudara tan lejos, y de repente surgió todo eso. Nunca la he tocado.

—Tienes una orden de alejamiento de Christina Hald en su domicilio de Copenhague —continuó Lange, y ahora la jovial amabilidad de Jutlandia del Norte se había desvanecido como el rocío al sol. Miró a Jack y esperó.

—Está exagerando —responde él—, tengo derecho a ver a Isa, y cuando Christina no cumple nuestros acuerdos, tengo que recoger a mi hija yo mismo.

—¿Tienes que entrar por la fuerza en su piso y llevarte a tu hija lejos de su madre en contra de la voluntad de ambas?

Jack se inclinó hacia delante en su silla.

—Nunca le he hecho nada a mi hija —exclamó, enfadado—, tengo derecho a verla. También es hija mía. No te sientes ahí y hagas que parezca que he hecho algo que cualquier padre no haría para estar con su pequeño.

—Pero hay una razón por la que te han retirado el derecho a visitar a Isadora —dijo Lange con calma.

Jack Skovby apretó los labios y por un momento pareció arrepentirse de haber rechazado la presencia de un abogado.

Permanecieron un rato en silencio antes de que Louise se inclinara hacia delante.

—Me gustaría hablar de Kristian Funch —dijo, cambiando de tema—. ¿Qué sabes de su estancia en la cabaña del bosque de la posada?

Al instante, la cautela apareció en los ojos de Jack. Tardó un momento en contestar.

—No sabía mucho sobre Kristian Funch —dijo finalmente—. Como ya sabéis, estaba más interesado en su mujer.

Había un brillo duro en sus ojos.

Louise ignoró su provocación. Se sentaron y se miraron durante un rato.

—Sabía que iba allí —continuó.

—¿Sabías también que pegó a Aske Nørgaard y que le pagó cien mil coronas para que no lo denunciase a la policía?

Louise no lo sabía con certeza, pero supuso que así era.

Jack volvió a mirar la mesa, pero poco a poco empezó a asentir.

—No sabía que le estaba pagando para que se callara. Pero sabía que había pasado algo de lo que nadie quería hablar. Lo sabía por Nils.

—¿Lo sabía Helene? —preguntó Louise.

—Helene y Kristian ya no estaban juntos. No en ese sentido. No desde que nació el más pequeño. Al menos, eso me dijo. Creo que ella sabía que él satisfacía sus necesidades en otra parte. O esa fue mi sensación.

—¿Sabía ella que también le gustaban los hombres? —preguntó Louise.

—No lo sé —respondió—. Yo lo sabía porque Nils me lo contó. Una noche me dijo que Funch alquilaba a veces la cabaña del bosque. Probablemente cuando su mujer creía que estaba instalando alarmas en Jutlandia.

El tono final fue sarcástico.

—Sentí pena por ella —dijo—. No debe ser fácil que tu marido prefiera a chicos jóvenes en lugar de a la mujer que le ha dado tres hijos.

«No debe serlo, no», pensó Louise. Sintió pena por ella.

—En realidad, hablamos un poco de ello una vez —continuó—. Fue cuando yo intentaba que ella lo dejara. Me había enamorado. Estábamos muy interesados el uno en el otro en ese momento. Pero ella no quería. Dijo que me deseaba y que pensaba en mí todo el tiempo. Pero amaba a su marido y no quería dejar a su familia.

Louise se dio cuenta de que lo que acababa de decir era una descripción bastante exacta de la mayoría de las personas implicadas en la investigación. Al parecer, Dorthe y Nils Hyllested también se habían amado y decidieron permanecer juntos, a pesar de desear a otras personas. Helene y Jack. El amor y la lujuria eran dos fuerzas motrices diferentes. Una, profunda; la otra, difícil de controlar.

Pensó que el joven Aske Nørgaard había sentido y seguido su deseo, pero nunca había conseguido encontrar el amor. Los otros habían encontrado su camino en ambos. A Nils siempre le habían gustado los hombres, pero había creado una vida con Dorthe porque no podía afrontar

el hecho de que destacaba entre los demás, pensó ella.

Dorthe se había quedado embarazada de Jack tras darse cuenta y aceptar que su marido no podía dejarla embarazada.

—Kristian Funch no era gay —dijo Jack—. Simplemente le excitaba. Al menos eso es lo que me dijo Nils. Pero, o eres gay, o no lo eres, ¿verdad?

Miró a Lange con las cejas levantadas.

Él ni se inmutó, se limitó a dejar hablar a Jack y probablemente estaba listo para intervenir si de repente surgía algo que pudieran utilizar.

—¿Así que no crees que sea posible imaginar que Kristian Funch y Nils Hyllested estuvieran juntos y planeasen dejar a sus mujeres para empezar una vida en común? Una vida sin Helene, sin hijos y sin la empresa que Kristian Funch había construido.

Podía ver en su expresión que había algo que no le estaba contando. «No parece que esté mintiendo», pensó. Más bien, parecía que evitaba ciertos temas. Pero le costaba descubrir de qué se trataba.

—¿Quieres decir como pareja? —preguntó Jack con una mezcla de disgusto y asombro en la voz.

Louise asintió.

—Estoy pensando en la gran cantidad de dinero que Kristian Funch transfirió a Nils. —De repente, se le ocurrió que podría no ser algo que él supiera. Y que también podría ser un error que ella hubiera sacado el tema.

Sintió la mirada de Lange, pero Jack solo reaccionó con un leve movimiento de cabeza.

—No me lo puedo imaginar —dijo, sonando más sereno de nuevo.

Louise decidió continuar.

—¿Qué crees que hizo que Kristian transfiriera setecientas mil coronas a Nils poco después del incidente con Aske en la cabaña del bosque?

Ahora Jack se cerró. Se encogió de hombros, pero su mirada se desvió.

«Él lo sabe», pensó Louise. Y ella ya sabía que no lograría hacerlo hablar al respecto. Al menos no hasta que las condiciones fueran más propicias.

Louise se levantó y le dijo a Lange que quería ir a hablar con Helene Funch antes de reunirse con Simon esa misma tarde.

Observó a Jack para ver si le preocupaba que fuera a contarle a Helene la información que él acababa de darles. Pero no reaccionó.

36

Había algo desalentador en la fuerte lluvia que golpeaba el parabrisas del coche mientras Louise se dirigía a Tåsinge por la tarde. Jack Skovby había sido puesto de nuevo bajo custodia, y el subinspector Grube les había convocado a ella y a Eik a lo que él llamaba una reunión informativa, que en realidad solo significaba que había viajado de Odense a Fionia del Sur para anunciar que, ahora que se había encontrado a Simon Funch, Grube ya no necesitaba ayuda ni de la Unidad Móvil de Investigación ni del Departamento de Búsqueda. Les agradeció efusivamente sus esfuerzos. Y luego dejó claro que su propio equipo de investigadores se haría cargo y cerraría el caso.

Louise apenas había tenido tiempo de darse cuenta de lo que significaba antes de que Eik estuviera inclinado sobre la mesa del despacho de la comisaría de Svendborg, donde Grube los había citado. La cara de Eik estaba tan cerca de la de Grube que el subinspector de policía se echó instintivamente un poco hacia atrás en su silla azul de oficina.

—Ya puedes ir olvidándote —dijo Eik con firmeza, mascando con fuerza su chicle de nicotina —. Pediste ayuda y aceptaste el tiempo y los recursos de la unidad especializada, y ese tipo de cosas también te atan a ciertas obligaciones.

Toda la perorata terminó con él sermoneando a Grube sobre algunas normas que se aplicaban en su lugar de origen.

—En Sydhavnen, decimos: si salís juntos, volvéis juntos a casa. Y estas son las directrices con las que trabajamos. —Eik le indicó a Louise que se iban.

Ella se levantó en silencio para seguirlo, no porque tuviera miedo de defender su propia posición o de dar la cara por P13, cuyo primer caso se vendría abajo si se echaba atrás ahora, sino porque Eik la había sorprendido, pues rara vez levantaba la voz. Había llamado pequeño e incompetente al subinspector de policía de Fionia antes de llegar a la parte sobre Sydhavnen. Pero, sobre todo, estaba estupefacta porque él la hubiera defendido.

Eik había conseguido eliminar a Simon Funch de la lista de personas desaparecidas. Había conseguido tanto identificar al niño que vivía con Dorthe Hyllested como encontrarlo sano y salvo. Ella era la que seguía lidiando con un caso de asesinato sin resolver que, por decirlo suavemente, no avanzaba.

—No vamos a resolver juntos este caso —declaró Grube—. Ya he hablado con Søren Velin, y voy a tomar el mando de la investigación en la fase final del caso.

«Así que vas a poder lucirte en un caso que ha terminado recibiendo mucha más atención mediática de la que esperabas», pensó Louise con enfado mientras seguía a Eik. Pero entonces se dio la vuelta, regresó y abrió de golpe la puerta del despacho de Grube, que seguía sentado detrás de su escritorio.

—Yo llevaré a Helene a Langeland cuando para que se reúna con su hijo —dijo, y volvió a cerrar la puerta con fuerza antes de que él tuviera tiempo de replicar. Una ira ardiente brotó en Louise al pensar que podría haber estado en casa con Jonas y Melvin, apoyándolos en su dolor, pero en lugar de eso estaba siendo manipulada por ese parásito de Grube.

Su hijo le había mandado un mensaje por la mañana diciendo que habían encargado flores para la iglesia. También habían encargado un ramo de flores para el féretro de Grete Milling, y Melvin había elegido la ropa que llevaría en el ataúd. La muerte parecía lejana porque había ocurrido mientras Louise estaba fuera. Antes de conducir hacia Tåsinge, había llamado a Jonas. Habían hablado todos los días desde que ella estaba fuera, y él había insistido en que él y Melvin podrían planear el funeral sin que ella tuviera que volver a casa.

Se había mudado al piso de abajo y dormía en el sofá. Se lo estaban pasando bien, le había dicho varias veces, y en realidad ella lo envidiaba tanto a él como al anciano. Los dos se lo pasaban muy bien juntos. Lo hacían cuando ella estaba allí, pero era diferente cuando estaban los dos solos. Podía sentirlo. O tal vez era algo que se decía a sí misma para hacer las paces con el hecho de que no se había ido a casa.

Helene Funch se había envuelto en un largo abrigo nórdico y esperaba bajo un paraguas delante de la puerta principal cuando Louise entró en el jardín. En el escalón junto a ella había una gran bolsa marrón de fin de semana, que cogió cuando vio el coche.

Antes de viajar a Bjernemark, Louise había pasado por el hotel de Troense para recoger sus cosas y dejar la habitación. También había enviado un mensaje a Camilla para informarle de que el caso ahora estaba en manos de la Policía de Fionia y que ella regresaba a Copenhague ese mismo día. Su amiga había llamado inmediatamente, pero Louise no lo cogió, así que le envió un mensaje.

«Cuéntame», escribió Camilla.

«Más tarde», respondió Louise. Y entonces la invadió la soledad. Eik ya estaba de regreso a Copenhague. Antes de salir de Svendborg, lo había visto paseando a Charlie por el aparcamiento de detrás de la comisaría. Había querido abrazarlo, desaparecer entre sus brazos y su chaqueta de cuero, que olía a humo. Pero cuando Eik extendió los brazos para abrazarla, ella se apartó, y la despedida se volvió incómoda. Le dolía que Grube la hubiera apartado del caso, y sabía que corría el riesgo de que sus emociones se apoderasen de ella. Así que ella se había limitado a hacerle un breve gesto con la cabeza y él había vuelto a bajar lentamente los brazos.

Había sentido su mirada mientras se subía al coche. Pero no había dicho nada. Y había estado sentada allí el tiempo suficiente para oírlo llamar a Charlie y ver cómo hacía retroceder el maltrecho jeep y abandonaba el aparcamiento.

—¿Cómo está? —fue lo primero que preguntó Helene cuando abrió la puerta del acompañante para subir—. ¿Ha crecido mucho?

Louise no tuvo tiempo de responder antes de que Helene continuara:

—He traído estas cosas. —Señaló la bolsa—. Está claro que se le ha quedado pequeña, pero quizá esto lo ayude a recordar.

Por la mañana, Helene había preguntado varias veces por teléfono si su pequeño había sufrido algún daño. Si había dicho algo. Y si era posible hablar con él.

—¿Cuándo crees que podrá mudarse conmigo? —había preguntado también, pero Louise se había abstenido de hacer conjeturas.

Ahora que estaban en el coche y en camino, Helene había enmudecido. Parecía incómoda. Y nerviosa. Habían recorrido todo el camino hasta Tåsinge antes de que ella se volviera hacia Louise.

—¿Crees que alguna vez sabremos lo que pasó? ¿Cómo encontraron a Simon y se lo llevaron a la posada?

Louise lo pensó con detenimiento antes de negar con la cabeza.

—No, no creo —respondió ella—. Podemos imaginar cómo lo encontraron, pero nunca lo sabremos con certeza.

Louise consideró brevemente la teoría de que Dorthe podría haber sentido que Helene le debía un hijo, pero se lo guardó para sí.

—Pero ¿no crees que sabían que era nuestro hijo?

—Probablemente sí —respondió Louise. Pensó en el chaleco salvavidas que llevaba el niño cuando se alejó de su madre en el agua. Por supuesto, la pareja sabía que él había estado en el avión que se estrelló. Y, por supuesto, sabían quiénes eran los padres del niño.

—Tampoco sabremos dónde fue a parar a la orilla ni cuánto tiempo pasó antes de que alguien lo encontrara. ¿Crees que estaba consciente?

Su voz era frágil, y Louise la comprendió. Mientras los equipos de rescate luchaban por salvarla, su hijo había llegado a la orilla en otra parte. Louise supuso que Nils o Dorthe habían encontrado a Simon inmediatamente después de que este hubiera llegado a la orilla. Pero ahora Grube tendría que buscar testigos que hubieran visto a la pareja en la zona mientras se realizaban las labores de rescate. O en el bosque de Vornæs, a cuya orilla era probable que hubiese llegado Simon. Debieron encontrarlo antes de que llegaran los primeros equipos de búsqueda. Y, si iban en coche, nadie tenía por qué haberse dado cuenta de que llevaban un niño pequeño con ellos cuando volvían a casa.

«Quizá solo lo encontró uno de los dos», pensó Louise, y se dio cuenta de que a ella misma le costaba dejar de pensar en cómo había sucedido. Pensó que en un principio tal vez había sido un intento de ayudar al niño, pero que de repente se dieron cuenta de la oportunidad que se les había presentado. Un niño que había venido a ellos. Un niño presuntamente fallecido en el accidente. Ahogado.

—Puede que no sea sano pensar demasiado en ello —dijo Louise mientras cruzaban el puente hacia Langeland—. Lo más importante es que tu hijo está vivo y volverás a estar con él.

—Pero seguiréis investigando lo que sucedió ¿verdad? —dijo Helene con insistencia, y Louise sintió cierta satisfacción al decir que sin duda pensaba que Helene debía ponerse en contacto con el subinspector Grube y pedir que se lo aclarara.

—Solo tienes que insistir —dijo. En ningún momento pareció importarle a Helene Funch que hubiera novedades en la investigación del asesinato de Dorthe. Para ella, se trataba de la injusticia que se había cometido con ella, y Louise no podía culparla de ninguna manera. Pero era como si se hubieran olvidado de la muerte de Dorthe Hyllested ahora que Simon había sido encontrado sano y salvo.

37

Estaban detrás de una gran máquina agrícola en la estrecha carretera hacia Tullebølle, donde vivía la familia de acogida, y Louise podía sentir cómo aumentaba el nerviosismo de Helene. Aferrada al asa de su bolsa de fin de semana, se había hundido en su abrigo y en el asiento.

Pequeños terrones de tierra procedentes de la pesada máquina de delante golpeaban el parabrisas. Su móvil había vibrado varias veces, pero tendría que esperar. La primera llamada era de Grube, ahora era Lange. Supuso que él, junto con Lene Borre, Lindén y Niklas, habían sido informados de que la habían apartado del caso y que ahora dependían directamente del subinspector de policía. Pero entonces se dio cuenta de que a Lange le afectaba de la misma manera que ella. Sería devuelto a Jutlandia del Norte sin resolver el caso y sin saber si formaba parte de la nueva Unidad Móvil de Investigación o si había sido un caso aislado. Ella misma apenas lo sabía. Pero tenía la intención de luchar por la legitimidad del grupo cuando regresara a Copenhague. Después de todo, no había sido idea suya. Había otras fuerzas competentes detrás. Pero habían brillado por su ausencia cuando se trató de afirmar que era ella quien estaba al mando del caso de asesinato.

Ahora podía ver la casa. Un coche familiar blanco estaba aparcado en la entrada de Tine y Henrik Sommer. Redujo la velocidad, se acercó al bordillo y se giró hacia Helene.

—Si la prensa viene a buscarte en algún momento, no puedo prohibirte que compartas tu historia con ellos —dijo, y miró hacia el coche blanco—. Pero quiero advertirte que verte en todas las portadas puede ser bastante abrumador. Y es fácil decir cosas de las que luego puedes arrepentirte.

Helene no parecía estar escuchando. Se había apoyado en la ventana y miraba hacia la casa amarilla. «Pero ya se lo he advertido», pensó Louise, y de hecho se sorprendió de que la prensa no se hubiera abalanzado ya sobre la madre del niño.

Pasó junto al coche blanco y subió por el camino de entrada, donde apagó el motor. En ese momento la puerta se abrió y Henrik salió a recibirlas, pero Helene Funch permanecía inmóvil, con la mirada fija en el frente. Louise le puso una mano en el brazo y le dio un apretón.

—Todo irá bien —dijo—. No tienes que hacer ni decir nada. Solo tienes que estar ahí. Dale tiempo, habla con él. Habla con los padres de acogida y recuerda que Simon acaba de llegar hoy a casa, todo es nuevo para él. Ha sido una semana turbulenta llena de caras desconocidas.

—Nunca le perdonaré a Jack que no me entregara a mi hijo —dijo Helene sombríamente—. Él más que nadie sabe cuánto estoy sufriendo. Sabe que mi mundo se vino abajo. No entiendo cómo pudo hacerme eso. Una vez nos amamos.

«Puede que esté hablando consigo misma», pensó Louise. Aun así, no se calló. El hombre en el que había confiado, el hombre al que había pagado para que todo funcionara. El amante al que

tenía tantas ganas de ver, por el que había presionado a su marido para que volara con mal tiempo. No era de extrañar que se sintiera traicionada.

—No puedo evitar preguntarme —continuó Helene— si Jack se alió con Dorthe. ¿Fue algo que hicieron juntos?

—Jack sostiene que no sabía nada de Simon. Que no se había dado cuenta de que había un niño viviendo en la posada —dijo Louise, tratando de consolarla.

—Claro que lo sabía —contestó Helene con voz temblorosa—. Si no, ¿por qué mi hijo habría aceptado vivir con él?

Volvió la cara hacia Louise como si fuera a ella a quien estuviera acusando.

«Porque es un niño confiado y tranquilo —pensó Louise—, y porque no percibió su estancia con Dorthe Hyllested como algo de lo que debía ser rescatado. Por eso no desconfió cuando Jack se lo llevó lejos del lugar donde había visto a su madre muerta en el suelo».

Louise no dijo nada, sino que le dio otro apretón en el brazo; en ese momento Henrik Sommer abrió la puerta del acompañante para ayudar a Helene a salir del coche.

—Mi mujer y Simon han bajado al arroyo con una red de pescar. —Seguía lloviendo a cántaros —. El arroyo está allí abajo, detrás del jardín. —Señaló el lateral de la casa—. Teníamos tanto ropa de lluvia como botas de agua, que le quedaban un poco grandes, y él parecía muy curioso por ver qué podían atrapar.

—Suena agradable —dijo Louise, pero Helene miró horrorizada la espesura de árboles bajos, que debía ser la orilla del arroyo.

—Entra —dijo el padre de acogida, agarrando suavemente el codo de Helene para conducirla al interior y así resguardarse de la lluvia—. Han prometido volver a las tres.

Louise se volvió hacia el coche blanco; no había nadie, pero Henrik Sommer siguió su mirada.

—Es de mi cuñado —aclaró Henrik—. Morten tiene su propia consulta de psicología en Odense. En realidad, vino a recoger unos adornos de mesa que hizo Tine. Sus padres celebran sus bodas de oro el próximo fin de semana. Pero le pedí que esperara un momento porque pensé... —habían entrado en el pasillo y se volvió hacia Helene— que tal vez te viniera bien hablar con alguien. Sobre todo esto. Y cómo tratar con Simon. Somos muy conscientes de que este también será un proceso difícil para ti. Necesitarás a alguien en quien apoyarte mientras Simon y tú os reencontráis poco a poco.

Louise observó a Helene Funch. Al principio parecía confusa, pero luego asintió. Su mirada se detuvo en el padre de acogida, como si él acabara de convertirse en una tabla a la que podía aferrarse. Alguien que entendía lo que ella había perdido.

El cuñado de Henrik estaba sentado en una silla en la cocina, pero se levantó en cuanto entraron e impulsivamente abrazó a Helene. Era alto y delgado, pero tenía un pelo largo y rizado que de

alguna manera parecía suave.

—¿Estás nerviosa? —preguntó mientras la soltaba.

Helene asintió y no pareció muy sorprendida por el largo abrazo de un hombre extraño. «Más bien, parece que por fin siente que se la ve», pensó Louise, reconociendo que podría haberlo hecho mejor. Debería haber pensado en llamar a un profesional para que preparase a Helene para la reunión. Alguien que entendiera a lo que se enfrentaba.

Louise se quedó en la puerta mientras sacaban una silla para la madre de Simon.

—No hay razón para estar nerviosos —continuó el psicólogo—, no sabemos cuánto recuerda. Pero, cuando vengan, los dos estaremos sentados aquí hablando. Por supuesto, lo saludarás, y luego esperamos a ver si él mismo te tiende la mano. Pero —dijo, cogiendo la mano de Helene— tú tienes que ser la adulta aquí. Tienes que mantener tus emociones bajo control para que no se conviertan en algo demasiado abrumador para él. Sé que debe parecer casi injusto. Pero el caso es que corres el riesgo de asustarlo si se da cuenta de lo infeliz que eres y de cuánto te afecta volver a verlo.

Helene asintió.

—Entiendo perfectamente que necesites volcar todo tu amor sobre él, pero será demasiado para él. Así que esta reunión será sin duda la más difícil para ti. Va a ser un poco complicado, pero te prometo que la situación mejorará si le das tiempo.

El psicólogo mantenía demasiado contacto físico para el gusto de Louise, pero sus palabras funcionaron. Helene Funch asentía mientras él hablaba, y su mirada se había vuelto más tranquila, como si le cediera parte de la responsabilidad. Le preguntó si podía quedarse. Durante toda la visita.

Morten asintió, y Louise se dio cuenta de que probablemente no había ni un solo adorno para la mesa de bodas en la casa, pero no importaba, porque aquello parecía funcionar.

—Él se acercará a ti —continuó Morten—, pero no tenemos que actuar como si no estuviera aquí. O tratar de ocultar el hecho de que estamos felices de verlo. Tiene que ser al ritmo de Simon.

Helene asintió y le habló de las cosas que había llevado de la habitación de Simon.

—¿Puedo dárselas? —preguntó, mirando hacia la bolsa de fin de semana que había en el pasillo.

—Sugiero que nos quedemos aquí, en la cocina, cuando vuelvan y veamos si quiere estar con nosotros o si prefiere apartarse un poco. Recuerda que hoy acaba de conocer a Tine y Henrik.

Ella asintió.

—Pero, si parece interesado, podemos sentarnos en el salón con ellos y puedes enseñarle lo que has traído.

Extendió la mano y cogió la de Helene.

—No lo tomes como un rechazo si se aparta. Puede estar cansado o ser tímido. Todo es nuevo para él y lleva consigo una gran pena. Así que no es un rechazo hacia ti como persona si prefiere estar sin nosotros. Y eso cambiará cuando se acostumbre a que vengas a visitarlo.

Las lágrimas empezaron a correr por las mejillas de Helene, pero en ese momento vieron pasar a Tine por delante de la ventana de la cocina y una red de pescar rebotando justo detrás de ella.

Helene se enderezó y se limpió las mejillas. Louise salió al pasillo y se quedó de pie junto al perchero mientras se abría la puerta y entraba Simon, seguido de la madre de acogida.

Louise le sonrió y levantó la mano en señal de saludo.

Él le tendió un pequeño cubo rojo. No podía decir si eran renacuajos o insectos lo que había atrapado en su red, pero parecía tan orgulloso como si hubiera sido un magnífico salmón.

Louise levantó el pulgar para mostrar que estaba impresionada. Simon había dejado la red de pescar en el suelo, se había quitado el impermeable mojado y las botas de agua y se dirigía hacia la cocina con el cubo cuando se detuvo en seco.

Miró vacilante a su madre y a Morten; parecía no estar seguros de si podía entrar. Pero Henrik Sommer le hizo inmediatamente señas para que entrara, y Louise trató de descifrar las señas intercambiadas entre ellos. Tine también había entrado. Se acercó, abrazó a Helene y le dijo a su manera pausada que era un placer que hubiera venido.

—Tu niño es encantador —dijo. Aunque Louise se quedó en el pasillo, vio que a Helene se le llenaban los ojos de lágrimas, pero enseguida las controló y sonrió a su hijo.

Simon miró alternativamente a Helene y a Morten. Estaba claro que los padres de acogida estaban tratando de demostrar que Helene les caía bien y que pertenecía a su familia.

La mirada de su madre se detuvo en él, estudiando cada detalle. Observó con atención el cabello, la estatura y los finos rasgos faciales del niño. Louise sintió cómo Helene luchaba por parecer natural, cómo intentaba apartar la mirada, pero sus ojos volvían una y otra vez al niño, como si pudiera tocarlo con la mirada. Habían pasado dos años desde que ella había perdido el conocimiento en el agua y él se había alejado de ella. Así que no era difícil entender por qué no podía dejar de mirarlo.

El psicólogo señaló el cubo rojo y le preguntó si podía verlo. Simon se dirigió hacia él y le tendió el cubo con ambas manos. Helene se inclinó hacia delante para mirar. Se acercó un poco más a ella y sonrió cuando ocurrió algo en el cubo.

Louise se dio cuenta de que Helene absorbía cada detalle y emoción del momento. Pero no se movió, se quedó inmóvil y dejó que Simon le enseñara lo que había pescado. Los ojos del chico volvieron a Tine, que había sacado un tarro de mermelada vacío de un armario.

Simon se acercó a la mesa de la cocina y juntos vertieron el agua turbia del arroyo en el tarro y lo

acercaron a la luz. Estaba claro que algo nadaba en el frasco, porque el dedo del niño señalaba y seguía el movimiento a través del cristal, pero Louise se fijó sobre todo en cómo Helene juntó las manos en el regazo. De vez en cuando, Morten alargaba la mano y le daba un pequeño apretón en el brazo. Un pequeño gesto de consuelo que demostraba que él estaba ahí para ella y que estaban juntos en esto.

Tine y Simon se decían algo en lenguaje de signos; estaban de espaldas a Louise, así que no podía seguir la conversación. Tine sacó un vaso y preguntó si alguien más tenía sed.

—Quizá sería mejor un café —contestó Henrik, mientras su mujer sacaba una jarra de limonada de la nevera.

—Me parece estupendo —dijo Morten, como si respondiera tanto en su nombre como en el de Helene—. ¿Por qué no vamos al salón?

El padre de acogida miró a Simon, que estaba vaciando su vaso de limonada, antes de asentir.

—Puedes coger tu bolso —le dijo Morten a Helene, pero ella no se movió. Se quedó mirando al niño, aunque el psicólogo se levantó. Hubo un momento de silencio en la cocina, y fue evidente que Simon se dio cuenta de que algo estaba pasando en la mesa. Se volvió hacia ellos y miró inseguro a Helene.

Henrik Sommer intervino para intentar salvar la situación. Señaló hacia el salón mientras, con gestos, lograba que Simon se riera y corriera hacia el sofá.

Helene había empezado a llorar, las lágrimas fluían silenciosamente hasta que se inclinó hacia delante y sollozó entre sus manos. Morten estaba sacando tazas de un armario, así que Louise llevó su bolsa de fin de semana a la cocina antes de ir a abrazar a Helene.

—Todo va a salir bien —susurró en el pelo rubio de Helene.

—No puedo —gimió en voz tan baja que Louise apenas podía oírla—, no soporto que no sepa quién soy. Lo recuerdo tan claramente que he reconocido al instante su olor y su forma de concentrarse en las cosas.

Soltó un profundo sollozo. Tine había cerrado la puerta en silencio para que no se les viera desde el salón.

Louise se acuclilló largo rato y la abrazó.

—Puedo llevarte a casa y puedes volver mañana —se ofreció.

Helene Funch estuvo a punto de protestar, se secó los ojos y miró hacia la puerta cerrada del salón, pero luego asintió en silencio.

—¿Podré volver mañana? —susurró.

—Puedes volver mañana y todos los días hasta que esté listo para irse a vivir contigo —dijo

Tine, mirando con intensidad a Helene, como para recalcar que siempre era bienvenida y que de ninguna manera intentaban separarla de su hijo.

—Me gustaría despedirme —dijo, y abrió su bolso—. ¿Puedo darle esto? —Sostenía un viejo y gastado perro de juguete hacia la madre de acogida—. Lo heredó de sus dos hermanos mayores, a Simon le encantaba de pequeño. Siempre estaba con él, si no, no dormía.

—Entra, puedes dárselo —le dijo Tine, y le sonrió.

Helene se levantó con inseguridad con el perro de peluche en la mano.

En el sofá, Henrik había encontrado un juego de emparejar imágenes, que Morten estaba colocando sobre la mesa. Simon estaba sentado en el mismo lado de la mesita que su padre de acogida y miraba con curiosidad mientras se colocaban las piezas cuadradas de cartón.

Helene caminó vacilante hacia ellos con el perro apretado contra ella. Su hijo estaba absorto en el juego y en los dibujos de colores que tenía que recordar dónde estaban. Fue a sentarse junto al psicólogo, pero Henrik se levantó rápidamente y le dijo que podía sentarse allí.

Simon acababa de darle la vuelta a la foto de una regadera verde y tenía la mano suspendida sobre las cartas, decidiendo dónde tendría más suerte para encontrar una parecida.

Extendió un brazo en señal de victoria cuando unos instantes después formó una pareja.

—Esto es para ti —dijo Helene despacio y con claridad. Le entregó el perro de peluche, y él se quedó un rato con él en las manos antes de dejarlo en el sofá y volver a centrar su atención en el juego.

Louise podía sentir la decepción que desprendía Helene. Tenía la espalda rígida y estaba paralizada en su sitio, fue incapaz de moverse hasta que el juego avanzó y le tocó de nuevo a Simon. Quedaban ocho piezas para que las giraran y las emparejaran.

Helene se apoyó en el reposabrazos del sofá mientras se levantaba con dificultad. Miró a Simon, que acababa de emparejar dos melones, y luego empezó a caminar de vuelta a la cocina. Casi había llegado a donde estaba Louise cuando Henrik la llamó. Ella se giró con los ojos vidriosos.

Simon se levantó y la miró mientras sus manos dibujaban una pregunta.

—Pregunta qué te ha pasado en la pierna —explicó el padre de acogida.

Helene miró la alfombra.

—Tuve un grave accidente —respondió, mirando a Simon mientras hablaba. El niño se volvió hacia Henrik, que interpretó su respuesta.

Simon se giró de nuevo hacia Helene y se acarició la mejilla mientras la señalaba. Helene reaccionó instintivamente y dio un paso largo hacia él, pero Henrik consiguió reaccionar antes de que ella llegara hasta Simon.

—Nueva ronda —dijo, señalando las cartas sobre la mesa. El cuñado se levantó y se acercó a Helene, la rodeó con un brazo y juntos se dirigieron a la cocina. Louise se quedó allí un momento para controlar sus propias emociones, luego los siguió y se unió a los demás para ofrecerse a llevar a Helene a casa.

—Mañana está bien —dijo Tine, mientras Helene lloraba en silencio—. Puedes venir a comer; compartiremos unos bocadillos y daremos un paseo. Al hacer algo juntos, aligeramos el ambiente. Esto hace que la socialización sea más natural y nos permite hacer algo juntos.

Helene no pudo decir nada, pero asintió, y el cuñado le apuntó su número.

—Llámame —dijo—, también puedo pasarme más tarde cuando estés en casa y hablamos. Es natural que tengas muchas preguntas, y ahora mismo es importante que no te sientas rechazada, porque no es eso lo que he visto ahí dentro. Todo lo contrario.

—Pero no le ha hecho caso al perro de peluche —dijo ella, llorando y con voz hueca—. Ni siquiera lo ha reconocido.

—Dale tiempo —dijo Morten—. Hay mucho con lo que tiene que lidiar y debe ser increíblemente abrumador en este momento. Piensa que es probable que no haya visto a nadie más que a la pareja que lo acogió.

—Que lo secuestró —murmuró Helene con un silbido oscuro.

—Llevará tiempo, pero volveréis a estar juntos. Eres su madre y puede volver a adaptarse. Solo necesita conocerte.

Louise agradeció que los padres de acogida hubieran pedido a Morten que viniera para que hubiera alguien que cuidara y comprendiera a Helene. Estaba claro que su autoridad la reconfortaba; Helene tenía fe ciega en que él tenía razón cuando decía que todo saldría bien.

La rodeó con el brazo mientras salían al pasillo, donde la ayudó a ponerse su largo abrigo nórdico. Estaban fuera del alcance del oído cuando Louise decidió preguntar a Tine si Simon había dicho algo sobre el asesinato de Dorthe. La madre de acogida observó atentamente sus labios, pero luego negó con la cabeza.

—Ahora bien, no todo lo que dice lo puedo entender —empezó ella—, pero no ha dicho nada sobre el asesinato en sí. Él dice que bajó las escaleras, aunque no le estaba permitido bajar solo. Pero su madre no había vuelto a subir, a pesar de que le había dicho que solo quería coger su móvil, que se había dejado abajo.

Louise miró hacia el pasillo para asegurarse de que los demás no estaban escuchando.

—Por la mañana desayunó cereales y ella había bajado al restaurante a atender a los huéspedes, como hacía siempre. Le había prometido que saldrían al patio a columpiarse, pero luego no subió. Tras una larga espera, bajó las escaleras. Según tengo entendido, Dorthe cerraba la puerta

con llave para que él no pudiera ir del piso a la posada. Al menos parece que no solía ir al comedor de la posada; no se lo permitían, según dice —dijo Tine—. Pero, como Dorthe solo iba a coger su teléfono, la puerta no estaba cerrada con llave. Y se asustó porque ella no volvía, así que bajó.

En el pasillo, Helene se había abrigado. Hablaba en voz baja con el psicólogo, que había abierto la puerta principal, dejando entrar una fría brisa otoñal.

—Tengo que volver a Copenhague hoy mismo —dijo Louise—, así que, a partir de ahora, un equipo de Svendborg dirigirá la investigación. Si Simon te dice algo más, llama al subinspector Grube. Está en Odense, y es tu contacto a partir de ahora.

Louise se acercó a la puerta y miró hacia el salón. Simon volvía a estar absorto en el juego. Ahora eran solo él y Henrik los que ponían sus cartas cara a cara. El niño había cogido al perro de peluche y lo había puesto en su regazo, entre sus delgados brazos, mientras él apoyaba la barbilla sobre su cabeza. Pensó en llamar a Helene para que lo viera, pero decidió no hacerlo. No había necesidad de agitar aún más las emociones que ya la consumían.

Hizo un gesto hacia Simon. Triste e insatisfecha, se despidió. Le hubiera gustado hablar con él de aquella mañana en el comedor de la posada, pero ahora tenía que resignarse a que Grube se hiciera cargo. Y confiar en que al niño le permitieran quedarse allí con Tine y Henrik, quienes eran capaces de entender sus necesidades. Por suerte, estaba segura de que los padres de acogida no permitirían que le presionasen antes de que estuviera preparado, y eso la reconfortaba.

Se despidió de Tine y dio las gracias a Morten antes de dirigirse al coche para llevar a Helene a casa.

38

Resultó que un verdadero diluvio de ira de Jutlandia del Norte había golpeado la comisaría de Odense a última hora de la tarde con una fuerza que había hecho temblar las paredes hasta las oficinas de la policía en Copenhague. Lange no solo estaba furioso porque él y Louise habían sido apartados del caso. Estaba indignado y enfadado porque Grube no les permitía seguir con la investigación cuando habían llegado tan lejos y se había involucrado tanto en ella.

Grube la había llamado varias veces, pero Louise no contestaba. «Que se las arregle él solo para intentar calmar a Lange», pensó mientras conducía de vuelta a casa atravesando Selandia. Él era quien había metido a Lange en la investigación, así que era él quien debía enfrentar las consecuencias de su enfado por haber sido tratado injustamente. Estaba frente a la costa de Køge cuando la llamó Søren Velin, y enseguida se dio cuenta de que estaba molesto por la retahíla de mensajes que le había dejado desde que salió de Tåsinge.

—Lo que pasa —empezó diciendo— es que el presupuesto para P13 es tan limitado que, cuando en la comisaría creen que has alcanzado tu objetivo y ya no te necesitan, debo traeros de vuelta.

—Pero aún no hemos llegado a eso —lo corrigió Louise—. Detuvimos a Jack Skovby cuando encontramos al niño en su casa, pero no tenemos nada que lo relacione con el asesinato. Eso es lo que esperábamos conseguir. Pero es difícil cuando se detiene la investigación.

—Grube cree que tenéis al culpable.

—Grube no sabe nada. Quiere colgarse la medalla, pero le va a salir el tiro por la culata —dijo —, y si este caso acaba en el montón de los casos sin resolver, me aseguraré personalmente de que salga a la luz quién decidió detener la investigación.

—Deja que recapacite —dijo Søren Velin con calma—. Es mejor que utilicemos vuestros recursos en otra investigación.

—Pero esto será visto como un esfuerzo fallido —continuó Louise con enfado—. Necesitamos resultados contundentes si queremos que se asigne un presupuesto a P13 que en el futuro nos permita reclutar a algunos de los mejores investigadores de homicidios del país. Con un comienzo así, nadie en la dirección nos tomará en serio, y nunca conseguiremos el presupuesto.

Ignoró deliberadamente que Søren Velin formaba parte de la dirección de la policía.

—No hay nada fallido hasta ahora —dijo él con firmeza—. Tienen a un detenido que está acusado del asesinato.

—No tenemos nada —gruñó Louise—. Pero ¿sabes qué? Ya no es mi problema. Es el problema de Grube. Pero esto es poco profesional, y es indignante que no me respaldes. Y a la Unidad Móvil de Investigación. Esta es tu unidad. Y es tu responsabilidad asegurarte de que no

parezcamos un fracaso. No quiero que mi nombre figure como bandera de algo que no se toma en serio. Teníamos un trato; me hiciste una oferta, que acepté con la condición de que hiciéramos todo lo posible por crear una unidad de investigación fuerte y única.

Tuvo que controlarse varias veces para que la ira no se apoderase por completo de ella.

—No tienes que hacer el aburrido trabajo de oficina cuando el caso está cerrado —dijo Velin, tratando de aligerar el ambiente en un triste intento de ser gracioso.

Louise colgó el teléfono.

Estaba cansada. Cansada y hambrienta. Jonas le había pedido que le llamara cuando estuviera a media hora de Frederiksberg. Le había escrito que él y Melvin querían hacerle albóndigas. Con salsa y patatas.

Ella había dicho una vez que no había nada tan bueno para la psique como una buena y abundante comida de la abuela, y su hijo nunca lo había olvidado. Pero en ese momento, sinceramente, necesitaba más una cerveza bien fría. O una gran copa de vino tinto. Quizá un gin-tonic cargado con rodajas extra de limón. Louise apuró su Coca-Cola Zero tibia y aminoró la marcha al llegar al semáforo de Folehaven.

En la escalera, se encontró con Dina. El labrador de color claro saltó sobre ella cuando llegó al cuarto piso con su bolsa al hombro. El olor a hogar llegaba desde la cocina, y le asaltó la alegría al saber que alguien la estaba esperando.

—Hola —llamó Jonas a través de la puerta principal abierta, y cuando entró en su piso, Melvin salió de la cocina con un delantal alrededor de la cintura. Louise le dio un largo abrazo a su vecino y le preguntó cómo estaba.

—Todo lo bien que se puede estar —dijo, pero sonrió en un intento de suavizar su tristeza.

Jonas salió del salón con el móvil en la mano.

—Camilla acaba de llamar, tienes que llamarla. Creo que quiere convencerte para ir a tomar una cerveza.

—No tengo ganas —dijo Louise, y prometió que le devolvería la llamada a su amiga, pero después de que hubieran cenado.

De repente, no recordaba la última vez que había comido. Por la mañana, en casa de Jack, no había comido. Y la noche anterior, había estado tan preocupada por Simon, al que acababan de encontrar, que ni siquiera había pensado en la cena. Pero ahora el olor a albóndigas de la sartén de la cocina casi la mareaba de hambre.

—Escribiré a Camilla —prometió Jonas, y ella se lo agradeció mientras abría la nevera y preguntaba si Melvin también quería una cerveza.

—Gracias por venir —dijo él, y sacó un vaso. Louise se sentó en una silla en la mesa de la cocina.

—¿Irá mucha gente mañana al funeral? —preguntó, y asintió cuando Jonas le preguntó si le parecía bien que él también se tomase una cerveza. Recordó cómo era justo después de que se mudara con ella. Su inseguridad sobre si ese era su sitio. Fue él quien pidió vivir con ella tras el asesinato de su padre. Al principio, como una solución temporal. En aquel momento, le conmovió el hecho de que no tuviera a nadie más. A nadie cercano. Ahora, muchos años después, no podía imaginarse la vida sin él. Él y Melvin eran su familia, y Eik había estado a punto de unirse a ese círculo.

Pensó que en algún momento tendría que hablar con Eik. Llevaba demasiado postergándolo y era demasiado difícil. Y en algún lugar cerca de su corazón, también había quedado bastante claro que no estaba preparada para separarse de él.

—Tal vez diez —contestó Melvin—. Veinte como mucho. Grete no tenía mucha familia. Su hermana viene desde Sakskøbing, y el resto son amigos del huerto. Es lo que tiene hacerse viejo, que ya no quedan muchos.

Louise asintió.

—También será agradable —dijo.

—Y vendrá Eik —dijo Jonas.

Ella lo miró sorprendida, notando cómo la observaba para ver cómo recibía aquella información. Louise asintió y dijo que era muy amable por su parte.

—Camilla también viene con Frederik y Markus —continuó Jonas.

—Pero apenas la conocían —dijo Louise, mirando a Melvin para ver qué respondía a eso.

—Vienen a apoyarnos —añadió Jonas.

Louise sonrió y pensó que también podría ser porque no estaba muy segura de si ella volvería a casa.

—Entonces, creo que seremos más de veinte —dijo Melvin.

—¿Es un problema en relación con el café de después? —preguntó Louise.

—No, en absoluto. Vamos al Bar Belis. Hemos reservado la sala de atrás —contestó Melvin—. Me gustaría que pudiéramos hacer una despedida agradable y acogedora.

Habían planeado el funeral en la iglesia donde el padre de Jonas había sido pastor. También era el lugar donde la esposa de Melvin, Nancy, estaba enterrada. Louise aceptó el plato que su vecino le había llenado. La salsa estaba humeante y preguntó si querían otra cerveza. Pero solo habían bebido un sorbo, mientras que ella había vaciado la suya.

Eran las ocho y media cuando llamó Lene Borre. Louise acababa de recoger la mesa y cargar el lavavajillas. Melvin había bajado a buscar algo dulce para el café y Jonas había desaparecido en su habitación.

—Acabamos de soltar a Jack Skovby —dijo la investigadora de Svendborg.

Louise sacó un sacacorchos y sujetó el teléfono contra el hombro mientras cortaba el aluminio de una botella de vino tinto y sacaba una copa del armario.

—La fiscalía no creía que tuviéramos suficiente para lograr la prisión preventiva —continuó Lene—. Volvimos a hablar con Helene Funch, y sigue confirmando que él estuvo con ella en el periodo previo al asesinato, aunque ya no le debe lealtad. Lindén también encontró su coche en una cámara de vigilancia de una gasolinera. El teléfono móvil puede rastrearse hasta la calle Strammelse, donde hizo una llamada. Poco después, hizo una transferencia de dinero al amigo con el que acababa de hablar. Todo está registrado en las torres de telefonía y confirmado por el amigo. En otras palabras, no estaba en la posada cuando se produjo el asesinato.

—¿Ha anunciado Grube oficialmente que tenían que retirar los cargos y volver a ponerlo en libertad? —preguntó, pensando en Jack. Aunque era un imbécil, había una parte de él que ella había encontrado atractiva y encantadora. Grube lo había arrojado a los leones sin pruebas. Tal y como ella había predicho. Sentía lástima por Jack Skovby, aunque había sido ella quien lo había llevado para que lo interrogasen. Pero no fue ella quien lo señaló públicamente como el autor del asesinato.

—Todavía no ha anunciado nada —respondió Lene Borre—. Pero se está redactando un comunicado de prensa. Se enviará en la próxima media hora. Pensé que debías saberlo de mí antes de que se hiciera público.

Louise le dio las gracias y les deseó buena suerte con la investigación.

—También hay algo más —continuó Borre.

Louise dio un sorbo a su vino e instintivamente supo que no le gustaría lo que se avecinaba.

—Dime —dijo cuando su colega guardó silencio.

—*Helene Funch ha concedido esta tarde una entrevista a Fyns Amts Avis. Ahora está en la web, pero es posible que mañana esté en el periódico impreso.*

Louise puso el móvil en altavoz y buscó el periódico.

—Gracias —dijo ella, dando por terminada la conversación mientras buscaba el artículo, y se sirvió otra copa de vino mientras leía.

Había fotos de Tine y Henrik Sommer, una imagen de archivo que el periódico debía tener de un artículo anterior sobre los padres de acogida. También había una foto de la casa de Tullebølle y

varios retratos grandes de Helene. Uno de ellos un primer plano, en el que se veían y se acentuaban todos los surcos llenos de tristeza de su rostro. Louise pensó que era probable que la madre de Simon no hubiera elegido justo esa foto. Parecía lo que era: una mujer desmoronándose.

Pero el texto estaba bien, observó al terminar de leerlo. Era una descripción conmovedora de cómo se sentía tras dos años de intenso dolor al enterarse de que el niño que creía haber perdido seguía vivo. También habló de su primer encuentro con Simon ese mismo día. Cómo había intentado consolarla cuando se dio cuenta de las heridas que había sufrido en el accidente de avión.

—No, todavía no hemos hablado de lo que pasó entonces —respondió a la periodista. Helene Funch no mencionó que ella y su hijo ni siquiera eran capaces de comunicarse de la manera habitual.

«Ha sabido responder con calma», pensó, preguntándose si debía enviar un mensaje de texto a Helene, pero no lo hizo. Ya no era asunto suyo, y si no quería que la rabia resurgiera, tenía que dejarlo pasar, lo que de repente le resultó más fácil después de dos cervezas, media botella de vino y con Melvin y Jonas sentados en el salón hablando.

En su lugar, le envió a Jack un mensaje de texto. Solo le escribió brevemente que estaba de vuelta en Copenhague y le informó de que ya no trabajaba en el caso. Y que lamentaba que Grube hubiera sido un idiota con él.

«Espero que estés bien».

Solo tardó un momento en responder: «Os prefiero a ti y al policía de la gran ciudad antes que a ese gilipollas incompetente. ¡Maldita sea, todo el mundo piensa que lo hice yo!».

Ella no contestó, pero entonces llegó otro mensaje de texto:

«La vida sigue, pero, si vuelve a aparecer, le demandaré».

«Sí. Hazlo», respondió ella.

Louise dejó el móvil antes de que se convirtiera en una conversación en toda regla. Quería seguir escribiendo, pero se contuvo y fue a reunirse con los demás en el salón.

39

No solo acudieron al funeral de Grete Milling los amigos del huerto de Dragør y sus allegados. La iglesia estaba casi a la mitad de su capacidad, y una señora de la edad de Grete se acercó a Louise y le contó que habían trabajado juntas en la antigua centralita telefónica de Nørregade. Ambas habían empezado como telefonistas, y mientras Jytte se quedó como contable, Grete se trasladó poco después al otro lado de la calle, a Daells Varehus, donde trabajó primero en su departamento de venta por correo, pero más tarde consiguió un empleo en el departamento de ropa de mujer.

—Estuvo allí muchos años —dijo su amiga.

Louise no sabía nada al respecto. No fue hasta que estuvo investigando un caso en Roskilde cuando conoció a Grete Milling.

«Melvin ha preparado bien al pastor», pensó ella, ya que las sentidas palabras que pronunció durante el discurso hicieron que se le saltaran las lágrimas en varias ocasiones. Miró de reojo a Jonas, que estaba sentado a su lado en la primera fila, entre ella y Melvin. Las lágrimas corrían por sus mejillas sin que él hiciera ningún intento por detenerlas o reprimirlas.

Louise pensó que tal vez fuera también la pérdida de su padre lo que estaba aflorando. Jonas se había despedido de su padre en la misma iglesia. Puso una mano en el brazo de su hijo.

En el lado opuesto del pasillo, estaba sentado Eik con Camilla, Frederik y Markus. Le había ofrecido a Jonas que el hijo de Camilla se sentara con ellos para que se tuvieran el uno al otro. Pero Jonas no quería eso, quería sentarse con Louise y Melvin. Su vecino parecía tranquilo, aunque sin duda era él quien más la echaría de menos. «Compañera de vida en la última etapa del viaje», había llamado a Gretel mientras estaban sentados en el salón por la noche, haciendo todo lo posible por vaciar una lata de bombones.

A Louise se le encogió el corazón cuando terminaron el último himno y las notas del órgano empezaron a desvanecerse. Se secó los ojos y miró hacia la fila de bancos del otro lado del pasillo de la iglesia. Eik asintió con la cabeza y se levantó. Junto con Camilla y su familia, estaban preparados para sacar el ataúd.

Louise cogió su teléfono móvil para hacer una última foto del ataúd blanco cubierto de flores delante del altar. Inmediatamente, entró una llamada en silencio, y cuando fue a rechazarla, se dio cuenta de que había una serie de llamadas perdidas y notificaciones de mensajes que habían entrado mientras estaban en la iglesia. Jonas le dirigió una mirada de reprimenda, que rápidamente la hizo guardar el móvil en el bolsillo y seguir a los demás hasta el ataúd.

Jonas y Markus iban delante, y Louise y Eik en el medio, mientras que Camilla y Frederik

levantaban las manillas traseras. Despacio y al compás, comenzaron a salir de la iglesia.

Melvin se había levantado y permaneció con la cabeza baja mientras pasaron junto a él. Louise estuvo a punto de tenderle la mano y pedirle que caminara con ella, pero en lugar de eso se concentró en caminar poco a poco hacia la puerta, pasando por delante de los rostros de todas las personas que Grete había conocido antes de que ella entrara en sus vidas. Amigos y conocidos. Recuerdos y experiencias.

El coche fúnebre estaba parado frente a la iglesia, y dos mujeres de la funeraria estaban de pie a ambos lados del portón trasero abierto. Louise volvió a sentir un nudo en el pecho al ver cómo Jonas agachaba la cabeza y presionaba la barbilla contra el pecho para intentar contener el llanto que le estaba tensando los hombros.

Despacio, el ataúd fue introducido en el coche. Sonaron las campanas de la iglesia y empezó a lloviznar de nuevo. La lluvia había amainado por la mañana, pero ahora algunas gotas golpeaban la cara de Louise. Dio un paso atrás y se colocó junto a Melvin, lo rodeó con el brazo y apoyó la cabeza en la suya.

Cuando cogió su teléfono móvil para grabar el coche fúnebre mientras se alejaba, se dio cuenta de que habían entrado aún más llamadas. Estaba a punto de abrir la cámara cuando otro mensaje apareció en la parte superior de la pantalla.

«Lene Borre, PS». PS era Policía de Svendborg.

«Jack está muerto. Ha sido asesinado. Por favor, llama cuanto antes».

40

Melvin le tendió un plato con un trozo de bollo, pero Louise lo rechazó y le sonrió. Había algo conmovedor en la forma en que abrazó a la comitiva fúnebre y se paseó entre los conocidos de Grete Milling, a los que nunca había visto antes, intentando que todos se sintieran a gusto para que fuera una despedida agradable y conmovedora.

No eran muchos los años que Grete y él llevaban juntos, pero sí los suficientes para que le hubiera cogido mucho cariño. La llamaba «mi amiga». No novia o compañera, sino amiga.

Louise era muy consciente de que a Melvin no se le escapaba que ella miraba con frecuencia el teléfono móvil, que tenía en la mano. Él no hizo ningún comentario al respecto, pero ella también se fijó en la mirada que de vez en cuando le dirigía Jonas. Intentó estar presente y apreciar el buen café que habían preparado.

Eik se había retirado a un rincón al fondo de la sala abovedada, donde ahora hablaba con Frederik, pero de vez en cuando ella capturaba su mirada. Se habían separado de manera estúpida en el aparcamiento, y Louise era muy consciente de que le correspondía a ella arreglarlo.

Melvin se inclinó hacia ella.

—Adelante —susurró—. Yo terminaré aquí.

Cuando llegaron al restaurante, Louise fue directa al servicio a leer sus mensajes, todos de Lene Borre. Los cuatro primeros eran imágenes del jardín de Jack. Le habían disparado en la cabeza.

Lene Borre no escatimó en detalles. Como si intentara despertar el interés de Louise con esas impactantes imágenes.

Había un primer plano del orificio de entrada en la parte posterior de su cabeza. Las otras imágenes eran de su cara. Había un gran agujero donde debería estar su ojo izquierdo, le faltaba la oreja del mismo lado y también había una imagen del proyectil de caza que le había atravesado el cráneo.

Lene Borre le pidió que volviera a Tåsinge y retomara la investigación con ellos. Escribió que Grube había estado intentando contactar con ella toda la tarde. Quería que le enviara más detalles del interrogatorio que había realizado a Jack Skovby. En otras palabras, quería que Louise le diera algo con lo que seguir adelante ahora que su principal sospechoso había terminado siendo una víctima y estaba tachado definitivamente de su lista.

Su primer impulso fue dejarse llevar por el enfado, y pensó que Grube podía irse a la mierda. Pero las fotos que Lene Borre le había enviado desde el jardín de Jack Skovby la hicieron dejar de lado sus sentimientos y llamar en su lugar a Søren Velin.

—Voy a regresar a Svendborg —dijo, y sonó demasiado alto en los aseos vacíos.

—Así que Grube te ha llamado sin decírmelo, ¿verdad? —dijo él, irritado—. Voy a tener una charla con él. No tiene sentido que siga inventándose sus propias directrices sobre cómo gestionar la asistencia de la Unidad Móvil de Investigación.

—No me ha llamado —interrumpió Louise—, me reincorporo al caso por mi cuenta. Jack Skovby ha sido asesinado frente a su casa alrededor del mediodía de hoy. Me voy a Tåsinge en una hora. Organiza la documentación y coordina los detalles con Grube. Voy a dirigir esta investigación hasta el final.

Colgó antes de que él pudiera objetar nada, y mantuvo el teléfono en la mano cuando regresó al servicio funerario para poder estar al tanto de las consecuencias de su anuncio. Pero no sucedió nada.

Las imágenes del rostro de Jack seguían apareciendo en su mente. Llevaba un forro polar y estaba en posición contorsionada, como si hubiera estado caminando hacia la puerta principal de su casa y se hubiera vuelto hacia el agresor.

—Habla —dijo Camilla con urgencia.

Sin que Louise se diera cuenta, su amiga había conseguido arrinconarla en un lugar apartado para que los ancianos cotillas no pudieran oírlas.

Louise negó que hubiera pasado nada, y enseguida sonó su teléfono móvil en la mano. Se disculpó y salió deprisa. Era Grube de nuevo, esta vez con menos terquedad; quería saber si en su investigación había encontrado algo que pudiera servir de base para el violento asesinato. Si Velin había tenido tiempo de ponerse en contacto con él, el subinspector de policía lo ignoró por completo.

—Voy para allá —dijo—. Salgo de Copenhague dentro de una hora.

—No tienes por qué hacerlo —respondió—, pero, si puedes ayudarnos por teléfono a acercarnos un poco más al móvil del asesinato, sería estupendo.

—Voy para allá —repitió ella, preparándose para que él volviera a protestar. Pero no lo hizo.

—¿Prefieres que no retiremos el cadáver del jardín hasta que lo hayas visto? —preguntó él en su lugar, y ella se dio cuenta de que el tono distante que había empleado cuando la envió a casa había desaparecido.

Con el objetivo de resolver los dos asesinatos de Tåsinge, Louise decidió contener su enfado.

—Si los forenses han terminado allí fuera y han asegurado todo lo que necesitamos en y alrededor del cuerpo, me parece bien que lo retiréis. Pero asegúrate de que tenemos imágenes del cuerpo desde todos los ángulos del jardín.

—Los forenses siguen allí. Fue un vecino quien lo encontró. Lo vio tirado entre las piedras y

pensó que había caído enfermo. Cuando corrió hacia él, vio la sangre.

—¿Habéis empezado a interrogar a testigos? —preguntó.

—No hay ninguno —respondió Grube—. Hemos revisado las casas vecinas y tengo gente en las carreteras para detener a los conductores que puedan haber circulado por la zona cuando se produjo el asesinato. Lindén está obteniendo información de su teléfono móvil para ver con quién habló y dónde estaba antes del asesinato.

Louise sintió que le estaba ocultando algo. Por un momento, se hizo el silencio en la línea.

—¿Y? —dijo.

—Y acabo de enviar a Borre y Niklas a buscar a Helene Funch para interrogarla.

«Por supuesto», pensó Louise. Era inevitable. Pero Helene tenía demasiado que perder ahora que acababa de reunirse con su hijo. «Tiene un motivo y probablemente también un fuerte deseo, pero se juega demasiado como para ser condenada por asesinato», pensó.

—Está claro que habrá que interrogarla —admitió Louise—, pero, basándome en la imagen que he conseguido formarme de Jack Skovby, el móvil del asesinato también podría estar en otra parte. Era un buscavidas de lujo. Mi sensación es que era un maestro en hacer las cosas para su propio beneficio. Chantajeó descaradamente a Kristian Funch; toda la ridícula historia de la venta de la maquinaria agrícola no es algo que hubiéramos descubierto si no hubiésemos tenido un motivo para indagar en las antiguas transferencias bancarias de Funch. Jack consiguió el dinero sin despertar la curiosidad de nadie. Era astuto y tramposo, y muchas personas pueden tener motivos para estar enfadadas con él —dijo Louise.

Se dio cuenta de que Camilla había salido y estaba detrás de ella. Louise empezó a caminar para alejarse de ella.

—Estaré allí en dos horas y media —dijo, y caminó de nuevo hacia el restaurante—. Habla con Helene acerca de cuánto sabía sobre las cosas en las que Jack estaba involucrado. También tenemos que averiguar cuál era la conexión entre Nils Hyllested y Jack. Y que Lindén examine detenidamente la cuenta que se utilizó cuando Kristian Funch transfirió dinero a Nils Hyllested. Necesitamos saber en qué se gastó ese dinero. Si Nils y Jack tenían algo juntos.

En principio, Louise supuso que Jack había utilizado su parte del dinero para reformar la casa de la granja. «Pero no había mejoras tan recientes en la posada, y Dorthe no parecía alguien que gastase mucho dinero», pensó Louise mientras veía a Jonas salir del restaurante. Se apresuró a acercarse a él mientras terminaba su conversación con Grube.

Su hijo había cogido su abrigo y su bolso, y se los tendió.

—Tienes que irte —dijo Jonas—. Ha sido un detalle que vinieras a casa con nosotros. Melvin también se ha alegrado mucho. Pero Markus me acaba de enseñar las noticias de última hora sobre un nuevo asesinato en Tåsinge.

Louise le sonrió con nostalgia al percatarse de repente de que no se había dado cuenta de que se había convertido en un joven maduro y responsable.

—Gracias —dijo, cogiendo sus cosas—, voy a casa a hacer una pequeña maleta y me marcho.

Se dio cuenta de que Camilla había desaparecido. Mientras caminaban de vuelta al restaurante, Jonas le contó que Eik también se había ido, pero para pasear a Charlie.

41

Helene Funch llevaba el pelo recogido y un vestido largo de lana azul oscuro. Tenía las mejillas y los ojos un poco maquillados, pero fue sobre todo en su mirada en lo que Louise se fijó cuando entró en el despacho de la comisaría de Svendborg. «Sus ojos han cobrado vida», pensó. Como si el mundo exterior hubiera empezado a interesarle de nuevo.

La madre de Simon estaba sentada sola en la mesa de la sala de interrogatorios uno cuando Lange acompañó a Louise. El nativo de Jutlandia del Norte le había dado la bienvenida, y Louise se alegró de ver que él también había guardado su rabia y no había renunciado a su trabajo, porque ahora parecía lleno de energía y la había puesto rápidamente al corriente del interrogatorio preliminar.

En primer lugar, estaba claro que Helene Funch no tenía coartada para el momento del tiroteo. Por otro lado, tenía un motivo obvio, que en ningún caso intentó minimizar, según había dicho Lange.

Había estado sola en su casa. La hermana no regresó hasta alrededor de las dos de la tarde. Las dos habían discutido después del desayuno, lo que llevó a Iben a salir de casa con ropa de correr hacia las diez de la mañana. Iben había explicado que su hermana se había enfadado y estaba dolida tras el enfrentamiento. Helene acusó a Iben de no haber estado a su lado durante el tiempo posterior al accidente aéreo y de no haber hecho nada para ayudar a encontrar a Simon.

Era Niklas quien había hablado con Iben, y le había dado la impresión de que Helene casi culpaba a su hermana pequeña de que nadie se hubiera dado cuenta de que Simon estaba escondido en casa de Dorthe Hyllested. «Se le nota en la voz que no le cae bien Helene Funch», pensó Louise.

Parecía que la madre de Simon había tenido una pequeña crisis y había terminado acusando a su hermana pequeña de no desearle la felicidad que sentía ante la perspectiva de traer a Simon a casa. Lene Borre entendió que el enfado de Helene se había desencadenado por un comentario relativamente inocente de que el niño primero debía sentirse preparado para que Helene volviera a ser su madre. Y entonces Helene había dicho de todo a su hermana, lo que enfadó tanto a Iben que le terminó preguntando qué se sentía al haber tenido sexo con el hombre que había mantenido oculto a Simon. Luego había dado un portazo y se había marchado.

Niklas había dicho que Iben se había ido después a dar un paseo de unas cuatro horas mientras intentaba calmarse. Según él, parecía que había algo más entre las dos hermanas. En cualquier caso, ella había caminado todo el trayecto hasta Vemmenæs y de vuelta. Mostró en un mapa la ruta, que iba hacia el sur y al otro lado de Tåsinge. Iben había estado paseando por Vornæsvej y había pasado por la posada, pero no había estado en los alrededores de Vornæs Skovvej, dijo. Y tampoco la habían visto cerca de la casa de Jack. Varios testigos la habían visto caminando por la cuneta, pero aún se estaba trabajando para confirmar que había llegado al lugar exacto que

afirmaba.

Helene no tenía testigos, nadie que confirmara que era cierto que había estado en su casa toda la mañana mientras se preparaba para ir a Langeland a pasar la tarde con Simon. Pero no llegó tan lejos antes de que la policía la detuviera.

Aunque Jack prácticamente se había adueñado del gran Land Rover de la familia Funch, ahora ella exigía que se lo devolvieran. Fue en su jardín cuando Lene Borre y Niklas salieron a su encuentro. También había exigido a Jack que le entregara un tractor de jardín y varias máquinas más pequeñas que había comprado a sus expensas, y luego lo había despedido con el mensaje de que no volviera a aparecer por la granja de Bjernemark.

Lindén había confirmado que la llamada estaba registrada en el registro de llamadas. Además, se registraron dos llamadas más entre Helene y Jack. Habían tenido lugar la misma mañana, después de la discusión con Iben. Pero Helene no podía dar cuenta de esas conversaciones. Al principio, no recordaba que hubieran tenido lugar; más tarde, pensó que las conversaciones debían haber sido sobre los objetos que le había pedido a Jack que le devolviera. En ningún momento del interrogatorio preliminar Helene había parecido afectada por la muerte de Jack, había dicho Lange.

A Louise le llamó la atención que ninguno de sus compañeros reaccionara demasiado ante su regreso a Tåsinge y su participación de nuevo en la investigación. Tampoco nadie comentó que la habían mandado a casa. Al contrario, parecían contentos de verla y aceptaban con naturalidad que volviera a ser la jefa del equipo de investigación.

—Sigo pensando que Jack estuvo con Dorthe en esto —fue lo primero que dijo Helene Funch cuando Louise se sentó frente a ella—. Tuvieron algo antes de que yo estuviera con él. También sé que esperaba un hijo de él, que perdió. Tal vez imaginaron que tenían a mi hijo juntos. Puede que volviera con ella al ver mi aspecto tras el accidente. —Puso una mano sobre su pierna rota y con la otra dibujó un movimiento en el aire que abarcó todo su cuerpo—. Supo que Simon estaba vivo. Aun así, me impidió ver a mi hijo. Fue algo que me hicieron. Juntos.

Al inclinarse sobre la mesa, Louise se dio cuenta de que a la mujer que tenía enfrente no le preocupaba lo más mínimo que pudiera acabar en prisión preventiva y acusada del asesinato de Jack Skovby antes de que terminara el día. Sin dudarlo y de forma muy contundente, Helene dijo que nunca perdonaría a Jack que se hubiera llevado a Simon a su casa en lugar de entregárselo a ella.

No había nada en su declaración ni en su tono que suavizara la situación o que no debiera tomarse al pie de la letra. En cierto modo, parecía como si no se diera cuenta de que en ese momento era la principal sospecha del asesinato de Jack Skovby.

Louise la observó un momento mientras meditaba sus palabras.

—No hay nada que indique que Jack supiera que tu hijo estaba vivo —repitió ella—, tal y como ya habíamos dicho.

—Él mintió —soltó Helene—. Claro que lo sabía. Lo hizo para hacerme daño y así poder sacarme aún más dinero. Ahora veo que le convenía verme sufrir, así estaba seguro de que seguiría necesitándolo.

Se inclinó un poco más sobre la mesa y sostuvo la mirada de Louise.

—Ni siquiera sé cuánto dinero le he pagado en los últimos dos años. Pero es mucho. Y tú misma me has hablado de las cantidades que consiguió que Kristian le transfiriera. Se aprovechó del hecho de que confiaba en él. Me hizo creer que estaba ahí para mí. Que quería ayudarme. ¿Entiendes lo que se siente? ¿Comprendes ese dolor?

Miró a Louise con mirada chispeante.

—Ese hombre podría pudrirse en el infierno y no sentiría la menor lástima por él. No entiendo cómo no me di cuenta de lo que estaba haciendo.

Se lo pensó un momento.

—Mi hermana tenía razón, también es culpa mía. Debería haberme dado cuenta de que me estaba engañando. Debería haberme dado cuenta de que se estaba aprovechando de mí. Pero yo solo quería que me dejaran en paz. Me daba seguridad que él tomara el control, así ya no tenía que ocuparme de nada. Quería morir, o al menos no tener que lidiar con nada más que mi propia miseria. Pero debería haberme dado cuenta de que algo iba mal.

Helene se echó hacia atrás y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Lo has pensado? —empezó de nuevo—, ¿que Jack se acostaba conmigo mientras aparentemente hacía negocios con mi marido sin que yo lo supiera? ¿Tienes idea de lo humillante y doloroso que es eso?

Louise asintió para dar a entender que lo comprendía.

—Jack merecía morir —dijo Helene con dureza.

No era la primera vez que Louise experimentaba ese tipo de declaraciones sinceras de alguien que había matado a otro ser humano. A menudo las usaban para justificar el terrible acto. Pero lo más frecuente era que el autor de un asesinato intentase sofocar sus propias emociones violentas durante un interrogatorio. No era el caso de Helene Funch. Dejó claro a toda prisa que le parecía muy bien que Jack Skovby ya no estuviera entre ellos.

Louise permaneció en silencio y observó a la mujer que estaba frente a ella. Algo en su actitud tan directa le dio la sensación de que Helene Funch estaba en estado de shock. Que habían pasado demasiadas cosas que ella, por supuesto, era incapaz de manejar o enfrentar.

Louise se levantó y anunció que volvería enseguida. Helene se limitó a asentir.

En el pasillo, se dirigió con rapidez al despacho de Lene Borre para pedir a su colega que imprimiera las fotos que había hecho de Jack tendido en el jardín con media cara reventada, como tan poéticamente había dicho Niklas.

—A poder ser, algunas en las que se pueda ver su cara de cerca —preguntó.

—Bueno, lo que queda de su cara —dijo Borre, y Louise asintió.

Eran repugnantes. Louise apenas lo conocía, pero al ver las fotos se sintió muy incómoda. La mirada vacía en el ojo que le quedaba, la sangre y el cuerpo en forma que seguía siendo él.

Volvió junto a Helene y colocó las fotos sobre la mesa frente a ella.

—Así es como lo encontraron —dijo, empujando las fotos hacia ella—. ¿Le disparaste?

Helene Funch apenas miró las fotos y negó con la cabeza.

—No, no lo hice —respondió ella.

—¿Tienes un rifle en casa? ¿Un rifle de caza?

Helene miró a Louise. No gesticulaba inquieta ni movía los brazos. Con tranquilidad, negó estar detrás del asesinato.

—Pero no me hagas decir que siento lo que pasó —añadió a la defensiva—, porque no lo siento. Se lo merecía. Y no voy a llorar por él.

—¿Dónde estabas entre las once de la mañana y la una de la tarde? —preguntó Louise.

Ella no pestañeó antes de responder que estaba en casa.

—Sola.

—¿Y no hay nadie que pueda atestiguarlo? —preguntó.

—No —respondió Helene.

—¿Viste la televisión? ¿O hablaste por teléfono con alguien?

Pensó que las antenas de telefonía móvil podrían ayudar.

—No —respondió—, no hablé con nadie.

—Hablaste con Jack —le recordó Louise.

—¿Cuándo puedo irme? —Helene no parecía interesada en la conversación—. Tengo que ir a ver a Simon. Están esperándome.

—¿Por qué llamaste a Jack? —preguntó Louise para que Helene volviera a describir el proceso.

Helene Funch negó con la cabeza.

—No hablé con él.

—La primera llamada hecha desde tu móvil y recibida en el suyo duró poco más de cuatro minutos. Tuvo lugar a las 10:17. Recibió la siguiente llamada a las 10:47, y esta vez la conversación duró casi diez minutos. Nueve minutos y cuarenta y seis segundos para ser exactos. ¿De qué hablasteis?

Helene empezó a impacientarse. Miró su reloj de pulsera.

—Tengo que estar allí en un cuarto de hora. Debo irme ya, llego tarde —dijo.

—¿De qué hablasteis? —volvió a preguntar Louise.

Helene apartó un poco la silla y se dispuso a levantarse.

Louise repitió su pregunta una vez más, pero Helene no contestó. Louise pidió a Helene que permaneciera sentada, miró su reloj e informó a Helene Funch de que estaba detenida.

La madre de Simon no mostró ninguna emoción mientras Louise le informaba sobre sus derechos.

—¿Conoces a un abogado o recurrirás al de oficio que se te asigne? —preguntó Louise.

—Tengo que ver a Simon —dijo en vez de contestar.

—¿Quieres contactar tú misma con un abogado defensor o quieres que nosotros te proporcionemos uno?

Durante mucho tiempo permanecieron en silencio. La mirada de Helene parecía perdida, pero Louise se dio cuenta de que era una reacción al hecho de que la reunión con Simon no iba a producirse.

—¿Puedes llamar a mi hermana? —preguntó al fin.

42

Cuando Camilla se despertó por el zumbido de su teléfono móvil, la habitación estaba completamente a oscuras y no tenía ni idea de dónde estaba. Tenía el cuerpo dolorido y se sentía mareada. Cuando se enteró del asesinato de Jack Skovby en el funeral de Grete Milling, se dirigió de inmediato a la redacción, pero el director editorial no estaba dispuesto a enviarla de vuelta a Tåsinge. Terkel Høyer no dio luz verde hasta que por fin se puso en contacto con Louise por la noche y se enteró de que habían detenido a Helene Funch y la habían acusado del asesinato.

Estaba harta de que el periodismo hubiera llegado a un punto en el que el presupuesto era lo que determinaba si te permitían cubrir una noticia o simplemente sentarte en la redacción y seguir las ruedas de prensa de la policía por Internet.

Louise también parecía cansada cuando tomaron una cerveza juntas a última hora de la tarde en el hotel de Troense. Camilla la había estado esperando con la esperanza de saber algo más que la escasa información que se había difundido hasta el momento sobre el tiroteo. Pero su amiga no había dicho gran cosa, salvo que a Jack le habían disparado por la espalda y no de frente, como Camilla había entendido. Y luego se sentaron en mutua compañía. Las dos estaban muy cansadas, y había estado bien charlar sobre el funeral de Grete Milling y no tanto sobre el hecho de que ambas estaban de vuelta en Tåsinge.

El móvil volvió a vibrar. Camilla se sentó en la estrecha cama antes de contestar.

—¿Podemos vernos?

Eva Nørgaard no parecía cansada, y Camilla se dio cuenta de que eran las nueve y media. Aturdida, se levantó de la cama.

—Sé que volviste a casa, pero hay algo que necesito mostrarte. ¿Puedes venir enseguida?

—Sí —se apresuró a decir Camilla—. En realidad, estoy en Tåsinge y puedo estar en tu casa en media hora. ¿Te va bien?

—Sí —respondió Eva—. Tienes que reunirte conmigo en Lundby. No está muy lejos de aquí.

Camilla anotó la dirección, se dio una ducha rápida y se vistió. Antes de salir de la habitación del hotel, consultó los periódicos online para asegurarse de que no había ningún comunicado de prensa actualizado sobre el asesinato al que tuviera que responder.

Dos asesinatos en Tåsinge en el plazo de una semana eran la gran noticia y, naturalmente, todos trataban de encontrar la conexión entre Dorthe Hyllested y Jack Skovby. Camilla era la única que tenía la historia de que las dos habían tenido una relación sexual con él, que llevó a Dorthe a quedarse embarazada, pero luego a perder el bebé. Los demás medios de comunicación anularon

rápidamente esa noticia.

Antes de que Louise y ella se separaran la noche anterior, Camilla había prometido no escribir sobre Helene Funch por el bien de Simon y de la familia de acogida. A cambio, ella sería la primera en ser avisada si la policía consideraba que tenía suficiente para llevarla a un juicio preliminar para su ingreso en prisión preventiva. Podían retener a Helene durante veinticuatro horas antes de que tuviera que comparecer ante un juez. Y la fiscalía solicitaría una audiencia a puertas cerradas porque la policía seguía investigando los dos asesinatos, pensó Camilla mientras enviaba un mensaje de texto a Terkel diciéndole que se quedaba en Tåsinge para estar al tanto de cómo evolucionaba el caso.

No escribió nada acerca de que iba a encontrarse con la madre de Aske Nørgaard, porque a su director editorial todavía no le entusiasmaba el ángulo homosexual. Camilla redujo la velocidad al atravesar Lundby. Llegó a la escuela y se detuvo ante un gran camión antes de girar a la derecha. Un poco más adelante, vio a Eva Nørgaard de pie detrás del Fiat Punto negro de su hija, junto a una señal que apuntaba a un camino de grava en forma de avenida con altos árboles a ambos lados. «Salud y bienestar únicos», rezaba el cartel, adornado con frondosas enredaderas y símbolos holísticos.

Camilla se detuvo y aparcó detrás del Punto, pero antes de que pudiera abrir la puerta del coche, Eva estaba de pie con la cara pegada a la ventanilla del asiento del conductor.

—Vamos hacia allí —dijo sin molestarse en saludar a Camilla. Parecía frenética, señalando el camino de grava a toda prisa. Y, sin esperar respuesta, se subió al Punto y se marchó.

El paisaje era llano y parecía exuberante, incluso ahora que los colores otoñales se habían asentado sobre los campos pardos terrosos con su suelo rico y brillante y las copas de los árboles doradas y sin hojas. En los huecos entre los campos había pequeños montículos y diques de piedra cubiertos de hierba salvaje y seca. Camilla siguió despacio a Eva. El camino de tierra estaba en buen estado y era liso, giraba suavemente y, tras una pequeña y densa arboleda, apareció de repente una gran casa de ladrillo rojo.

Parecía desierto y abandonado. Camilla sintió una vacilación instintiva en el cuerpo cuando vio que Eva salía del Punto y le hacía señas con la mano, pero se encogió de hombros, salió del coche de todos modos y se dirigió hacia Eva, que la esperaba al pie de la escalera que conducía a la puerta principal de la casa. A ambos lados de la puerta de entrada, dos grandes leones de piedra montaban guardia. Parecían fuera de lugar y excesivamente grandiosos en el desolado paisaje, a pesar de que la casa que cuidaban era grande, con una extensión contigua a la casa principal como prolongación de la estructura original. «Parece una vieja lechería reformada», pensó Camilla.

—Aquí no hay nadie —dijo Eva tranquilizadora, y subió las escaleras hacia la puerta.

Camilla inclinó la cabeza hacia atrás y dejó que su mirada recorriera las oscuras ventanas de la casa. No había nada en los marcos y varias ventanas parecían tapiadas.

—Aquí es donde mi hijo se prostituía —dijo Eva con seriedad. Se puso de espaldas a la puerta y miró a Camilla, que seguía al pie de la escalera—. Este lugar lo destruyó. Después de lo que pasó

en la cabaña del bosque, mi hijo empezó a venir aquí.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Camilla, sintiendo un escalofrío en la espalda.

—He oído referirse a este sitio como la Cueva del Pecado. Para mí, es más como el Vestíbulo del Infierno. Es un burdel gay que Nils Hyllested y Kristian Funch pusieron en marcha después de que Aske fuera agredido en la cabaña del bosque. En la cabaña no se pagaba por sexo, pero aquí, en el Vestíbulo del Infierno, todos conocen la premisa y saben en qué se están metiendo; así no hay problemas después si las cosas se les van de las manos, como le pasó a Aske entonces. Supongo que Nils y Kristian pensaron en su momento que, cuando te pagaban por poner tu cuerpo a disposición, no podías quejarte después si algo te dolía un poco. Qué listos.

No había ira en su voz, pero una gélida amargura se arremolinaba alrededor de Camilla, que permanecía clavada en el suelo y escuchaba.

—¿Podemos entrar? —preguntó Camilla, incómoda, y echó otro vistazo a las ventanas oscurecidas.

Eva Nørgaard asintió, se dio la vuelta y empujó la manilla hacia abajo.

—Estuve aquí ayer, no está cerrada —dijo, y Camilla subió las escaleras tras ella.

Entraron en un salón con paredes de color lavanda. En los extremos de la sala había dos sofás bajos de cuero marrón oscuro brillante, como la sala de espera de un salón de belleza de los años noventa. Había revistas en las mesas, revistas con hombres musculosos de torsos relucientes y desnudos. Contra la pared había una mesa con vasos y una cubitera, además de varias botellas de licor. Todo estaba ordenado en filas rectas.

Camilla se dirigió vacilante hacia un mostrador situado al fondo de la sala. Junto a una pantalla de ordenador había un jarrón cilíndrico ahumado lleno de preservativos. Sobre la brillante superficie del mostrador, los folletos turísticos sobre Tåsinge se extendían en un abanico atrayente, como en la posada. Parecía como si alguien acabara de preparar la zona de recepción para un nuevo día.

Camilla miró interrogante a Eva.

—Alguien ha preparado el lugar para la apertura —señaló.

Eva no contestó. Se había acercado al sofá y se había apoyado en su respaldo acolchado como si necesitara apoyo.

—Siempre apoyé a mi hijo y le enseñé que no debía avergonzarse de sus deseos. Pero ahora sé que lo que pasó aquí no tuvo nada que ver con la lujuria. Quedó atrapado en algo que lo destruyó. Perdió su alma y todo lo que tenía de hermoso y especial.

Se sonrojó un poco.

—Jack Skovby es el propietario, pero solo utilizaba el terreno que rodea la casa, por lo que la

propiedad había caído en el abandono hasta que Nils se la alquiló y consiguió que Kristian Funch financiara la renovación.

Camilla pensó en la cantidad de dinero que el marido de Helene había transferido a Nils Hyllested.

—Imagina lo que debió suponer para mi hijo unirse a quienes le habían hecho daño. No entiendo cómo pudo hacerlo. Imagínate cómo habría sido si hubiera salido a la luz que Kristian Funch, conocido en todo el país por garantizar la seguridad de los demás con sus sistemas de alarma y su reputada empresa, también estaba detrás de un lugar donde hombres demasiado jóvenes ganaban dinero vendiendo sus cuerpos.

Hubo un ligero temblor en su voz, como si se volviera frágil por un momento, pero luego se recompuso y se dirigió hacia una puerta junto al mostrador, haciendo un gesto a Camilla para que la siguiera.

«Debieron tirar todo el interior de la casa antes de reconstruirla», pensó Camilla. Dentro no había nada que se pareciera a una casa familiar normal.

Había colores en las puertas, como en un jardín de infancia, para que los más pequeños supieran cuál era su sitio.

Eva abrió la puerta de la primera habitación. El salón amarillo estaba a oscuras, salvo por el juego de colores de una lámpara de lava que llegaba hasta las rodillas y que proyectaba sus perezosas burbujas de color por las paredes de la habitación. Camilla se quedó parada un momento antes de darse cuenta de que la sombra oscura del fondo de la habitación era una gran jaula. Encendió la luz. En la pared había ganchos con látigos y lo que parecían trajes de goma negros.

—Me quedaré aquí —dijo Eva, dando un paso atrás hacia el mostrador de la recepción mientras Camilla se dirigía a la puerta de al lado. La abrió y se encontró con un gran jacuzzi en el centro del suelo. Detrás había una cabina empotrada, que Camilla supuso que era una sauna. Estaba tan absorta en la gran bañera de hidromasaje que hasta que no estuvo a punto de volver a cerrar la puerta no se fijó en el armario de la pared que había detrás. Enormes consoladores de diferentes formas y colores se alineaban en hileras. Eran tan grandes que en cualquier otra situación se los habría tomado a broma. Pero aquí no eran graciosos, solo repulsivos y espeluznantes.

Tras cerrar la puerta de la última habitación, regresó con Eva, que volvía a estar apoyada en el respaldo del sofá de la recepción. Camilla se sintió vacía y notó la mirada de Eva en su espalda mientras se acercaba a un lavabo que había junto a la encimera y se lavaba las manos, como si pudiera quitarse de encima todo lo que acababa de ver. Necesitaba salir y se dirigía a la puerta cuando Eva le pidió que esperara.

—Creía que esta pesadilla se había acabado con la muerte de Nils —dijo, agitando las manos en dirección al lugar de donde acababa de salir Camilla—, pero ahora me he dado cuenta de que el lugar funcionaba sin Nils.

Miró fijamente a Camilla durante un largo rato.

—He sido una estúpida —dijo con una desesperación desgarradora—. No lo vi, estaba ciega de dolor, no me di cuenta de nada.

Inspiró de forma irregular y pesada, como si estuviera tomando impulso.

—Descubrí que Dorthe mantuvo este lugar en funcionamiento tras la muerte de su marido. Alojaba a los hombres en la posada como si hubieran reservado una estancia normal. Llegaban por la tarde, tomaban café y pastas, como hacían nuestros otros huéspedes. Y luego los traía aquí, aunque algunos venían en sus propios coches, por supuesto. A la mañana siguiente, Dorthe les servía el desayuno y volvían a casa. No pensé que Dorthe sería capaz de dirigir un lugar como este después de Nils, todavía no lo entiendo.

Por un momento pareció ausente.

—Creo que Jon lo sabía —dijo ella sin voz—. A menudo he sentido que quería hablar conmigo de algo importante, pero yo pensaba que quería hablar de Aske, y no podía soportarlo. No entendí nada hasta que escuché a Dorthe.

Había empezado a hablar más rápido, como si tuviera que hacer algo. Pero entonces se calló de pronto, se dirigió hacia la puerta principal y salió de la casa. Camilla se apresuró a seguirla, un poco confusa.

—Esa mañana iba a hacer la compra —dijo Eva, imperturbable, bajando las escaleras—, y tenía intención de pasar por la posada en el camino de regreso para recoger una bolsa que me había dejado allí el día anterior.

Caminó con pasos impacientes hacia el Fiat Punto negro, hablando al aire.

—Escuché su voz cuando entré en la cocina. Dorthe estaba en el salón hablando por teléfono, y yo estaba a punto de unirme a ella cuando empezó a enumerar las instalaciones que ofrecía Helvedes Forgård. Luego explicó dónde estaba ubicado y enumeró una serie de servicios que ni siquiera habría imaginado. Palabras que ni siquiera sabía que existían. Hablaba sin afectación del lugar, como si hablara de algo cotidiano.

Eva negó con la cabeza.

—Pensé que hablaba de la cabaña del bosque. Pero entonces mencionó la dirección e informó al cliente de la diferencia de precio entre una visita aquí y una estancia en la posada, que incluía acceso gratuito a esta casa.

Eva Nørgaard había llegado al Punto y se apoyó en él como si volviera a necesitar apoyo.

—Sentía como si no pudiera respirar —continuó con voz firme—. En ese momento, yo estaba de pie junto a la puerta de la cocina. Dorthe estaba al otro lado. Cuando terminó la llamada con el cliente, hizo otra llamada, en la que informó de que un cliente vendría más tarde ese mismo día. «Prepara la habitación amarilla y trae a uno de los jóvenes», le dijo a su interlocutor. Abrí la

puerta y vi que estaba doblando servilletas mientras hablaba. De la conversación deduje que la habitación estaría lista a partir de las seis de la tarde, pero que el cliente no llegaría al burdel hasta las ocho porque antes había reservado mesa en el restaurante de la posada.

Eva escondió la cara entre las manos por un momento, pero volvió a levantar la vista con rapidez, como si acabara de sacudirse algo.

—Lo hizo parecer muy fácil —dijo—. Creo que lo que más me impactó fue la rutina. Sentí como si la ira del mundo entero creciera dentro de mí. Y no sé qué me pasó, no soy así.

Camilla se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Eva se dio la vuelta con decisión para abrir el maletero del coche.

—Disfruté de cada golpe —admitió en voz baja, haciéndose a un lado para que Camilla pudiera acercarse—, y aunque la ira me haya abandonado de nuevo y solo me quede la pena, ni siquiera puedo decir que me arrepienta de lo que hice. No, me sigue pareciendo bien —dijo, señalando el maletero del coche como explicación.

Camilla caminó despacio hacia el coche y miró vacilante hacia donde Eva señalaba. En el maletero había una pesada tabla de cortar y un rifle de caza.

—Quiero que llames a la policía y les pidas que vengan —dijo Eva en voz baja.

Camilla permaneció un momento en silencio, mirando a la serena mujer que tenía delante. Sintió una punzada de inseguridad al saber que Eva era capaz de matar a un ser humano, pero, al mismo tiempo, la madre de Aske irradiaba un inmenso dolor que hizo que Camilla diera un paso adelante y la rodeara con sus brazos para reconfortarla. Durante un buen rato, se quedaron allí meciéndose la una a la otra.

Entonces Camilla se apartó un poco.

—¿Has hablado con Lea? —susurró—. ¿Lo sabe?

Eva asintió.

—Está en casa —respondió—. Prefiero que la policía venga aquí para que no tenga que ver cómo me detienen.

—Háblame de Jack —preguntó Camilla, con los ojos puestos en el rifle.

—Fui a verlo cuando me enteré de que lo habían soltado. Y entonces le disparé —dijo, explicando que su marido había dejado el rifle en la casa cuando se mudó—. Dijo que, si Aske alguna vez cambiaba de opinión y quería actuar como un hombre, podía usarlo para ir de caza. Ha estado en el ático desde entonces.

43

—¿Qué estáis haciendo? —gruñó Louise mientras arrastraba a Camilla a un despacho vacío.

Al principio, se había negado a salir cuando le dijeron que tenía visita. Pero la señora del mostrador de información de la comisaría insistió diciendo que era una mujer que se había presentado para confesar.

Y ahí estaba Camilla. Junto con Eva Nørgaard.

—¿Te das cuenta de que acabo de volver de la audiencia preliminar? Helene Funch acaba de entrar en prisión preventiva durante cuatro semanas como sospechosa del asesinato de Jack Skovby. Y, mientras Helene se derrumba porque no puede ver a su hijo pequeño, tú sales a dar una vuelta con la presunta autora del crimen. ¿En qué demonios estás pensando?

Louise estaba tan enfadada que jadeaba por la rabia que sentía.

—Escucha —dijo Camilla—, no sabía lo que quería cuando me preguntó si podíamos vernos. Pero, para ser honesta, me alegro de haber ido y visto ese lugar. Creo que no entiendes de qué va todo esto. ¿Tienes idea de lo que siente una madre al ver a su hijo desmoronarse?

—Si Eva Nørgaard ha matado a dos personas, ha matado a dos personas, y no me importa que te ofenda el hecho de que haya burdeles para homosexuales. Helene Funch ha sido interrogada mientras tú sabías que ella no había cometido el asesinato. Y ahora mismo, tú eres la razón por la que el nombre de Helene está siendo manchado en la prensa. ¿No crees que la situación en la que ya la han puesto es lo bastante difícil?

—Tienes que ir y ver ese lugar —dijo Camilla, que pareció ignorar la reprimenda—. Es importante que entiendas lo que Nils Hyllested y Kristian Funch pusieron en marcha.

Lene Borre y Niklas ya habían sido enviados a la dirección de Lundby. Las dos armas del crimen se habían recuperado del coche de Camilla al mismo tiempo, y Lange estaba preparando el interrogatorio, aunque Eva Nørgaard hizo una confesión completa en cuanto se sentó en una silla.

Louise también se había quejado de que Camilla había conducido primero hasta la casa de Eva Nørgaard para devolver el coche a su hija antes de continuar juntas hasta la comisaría.

—Pero, en realidad, es aún más importante —continuó Camilla— que veas lo que Dorthe y Jack siguieron haciendo, aunque ninguno de los dos viera satisfechos sus deseos de esa manera. Solo eran cínicos y lo hacían por pura codicia. Reservaba a los hombres unas vacaciones sexuales como si hubieran reservado una estancia gastronómica. Quiero que entiendas lo que estos dos hicieron a jóvenes en busca de respuestas como Aske. Por supuesto que Eva debe ser castigada por lo que hizo, pero hay que entender qué la llevó a ese punto.

Louise miró a su amiga un momento.

—No se trata de tu propio sentido de la justicia —dijo enfadada—, se trata de que quieres que tu historia tenga sentido. Te has aferrado a la historia de Aske Nørgaard y, para conseguirla, te importa una mierda nuestro trabajo. Ojalá te hubieras quedado en casa de tu padre.

Ahora fue Camilla la que perdió los nervios, y no trató de disfrazarlo ni de bajar la voz.

—En ningún momento ni tú ni tus colegas os habéis interesado de verdad por Eva Nørgaard y lo que le ocurrió a su hijo. Si te hubieras molestado en investigar qué pasó con el dinero que Kristian Funch transfirió a Nils Hyllested, es muy probable que Jack Skovby siguiera vivo. ¿Es porque Aske era gay por lo que no cuenta? ¿O es porque crees que de alguna manera se lo buscó él mismo? ¿Qué podría haberse detenido a tiempo para no acabar infeliz y enfermo? Es...

Louise le dio la espalda y se fue. Luego entró en la sala donde Eva Nørgaard acababa de ser interrogada, y todo el tiempo sintió la mirada de Camilla en su espalda y fue muy consciente de que algo estaba pasando. «No porque Aske fuera gay —pensó—. Más bien, porque Nils Hyllested no ha parecido importante en este caso. Y ha sido un error».

Eva Nørgaard estaba sentada con un vaso de agua delante y no levantó la vista cuando Louise entró en la sala. Lange ya había explicado que el interrogatorio era para apoyar la confesión que acababa de hacer.

Cuando Louise se sentó, él empezó. En primer lugar, indicó la fecha y el lugar del interrogatorio, después el nombre y el número de la seguridad social de Eva, y que esta había confesado los asesinatos de Dorthe Hyllested y Jack Skovby.

—¿Es correcto? —preguntó, mirando a Eva.

Ella asintió y contestó con un sí rotundo.

Louise ya sabía que Eva había escuchado la conversación telefónica en la posada y descubierto así que Dorthe seguía regentando el burdel de su marido. Cómo eso había desembocado en una violenta discusión, en la que Dorthe le había gritado que nadie había obligado a Aske a trabajar para Nils, sino que su hijo siempre había perseguido a hombres adultos. Según Eva, Dorthe también había afirmado que Nils siempre trató bien a Aske y lo recomendaba cuando llegaban buenos clientes a la posada. Él apreciaba a Aske.

—Le apreciaba de verdad —dijo Eva con voz distorsionada por el desprecio—. Ni siquiera parecía avergonzada por haber sido descubierta. Al contrario, me regañó por escuchar sus conversaciones e inmiscuirme en sus cosas. No lo hice. Solo había ido a recoger mi bolsa. Pero cuando me di cuenta de lo que pasaba, entré y me enfrenté a ella. Y lo único que me dijo fue que era libre de buscarme otro trabajo si no me gustaba lo que hacía. Y luego dijo que Aske solo era un empleado más, como cualquier otro.

Ahora se le quebró la voz, pero no apartó la mirada.

—Estaba tan llena de dolor y rabia —continuó— que no entendía cómo podía ser tan despiadada. Se comportó de manera irrespetuosa. Sabía que Aske había caído enfermo, incluso envió una corona a su funeral. Pero ella se desentendió de su muerte menospreciándolo. Y por seguir exponiendo a jóvenes inseguros a situaciones límite como las que destruyeron mi Aske. Cogí la tabla de cortar y la golpeé. Muchas veces.

Parpadeó para apartar las lágrimas.

—¿Y no hizo nada para detener la hemorragia cuando se dio cuenta de la gravedad de los golpes? —preguntó Lange.

Se quedó mirando a Lange un momento, pero luego negó con la cabeza y se aclaró la garganta.

—No —respondió ella—. No hice nada.

Volvió a aclararse la garganta.

—No intentaré disculparme por nada —dijo—. He trabajado para Dorthe desde que murió su marido. Durante ese tiempo, he sentido que éramos cercanas, que estábamos juntas en la gestión de la posada. Dediqué mi tiempo y mi esfuerzo a ayudarla a tener éxito. Me preocupaba por ella, compartía mi dolor y mi pena con ella, y creía que éramos amigas. Quería lo mejor para ella. Durante todo ese tiempo, no me dijo nada sobre el asqueroso lugar que seguía explotando a chicos jóvenes. Sabía de mi infelicidad y de mi dolor inimaginable, y me hizo creer que éramos amigas y que quería ayudarme. También me hizo creer que me comprendía y que estaba de acuerdo en que no está bien aprovecharse de la gente joven e insegura. Solo cuando escuché esa conversación me di cuenta del tipo de persona que era en realidad: un ser humano cínico y despiadado.

Eva bajó la cabeza.

«Primero Helene y luego Eva», pensó Louise. Dorthe Hyllested había llevado comida a Helene mientras el pequeño Simon, a quien Helene echaba mucho de menos, vivía con Dorthe y Nils en la posada. Y se había acercado a Eva mientras seguía dirigiendo el burdel que había destruido a Aske.

Louise sintió la mirada de Lange, pero no pudo leer sus intenciones.

—Según nuestro informe forense, Dorthe Hyllested murió a consecuencia de un corte curvo de diez centímetros de longitud en la parte posterior de la cabeza —continuó Lange—. Se supone que tardó unos quince minutos en desangrarse. Déjeme preguntarle una vez más, Eva, ¿es cierto que en ningún momento se planteó volver y ayudarla o pedir ayuda?

Louise esperaba que Eva se diera cuenta de que Lange intentaba ayudarla con su pregunta, guiarla para que dijera que volvió para ayudarla, mostrando que al menos había hecho el intento. Eso atenuaría la condena.

—Sí, lo ha entendido bien —respondió Eva Nørgaard alto y claro—. La dejé, sabiendo que podría haberle salvado la vida. Sentí una sensación de calma cuando la vi allí tumbada.

Lange miró a la mesa, Louise se removió un poco inquieta.

—En aquel momento no sabía que Dorthe regentaba el local con Jack —continuó Eva—. Me quedé de piedra cuando me enteré de que lo habían detenido. No sabía nada del niño ni que él y Dorthe habían tenido una relación. Decidí de inmediato que conduciría hasta allí y me entregaría para que no lo acusaran del asesinato que yo había cometido. Pero primero tenía que hablar con mi hija; le debía decirle la verdad cara a cara. Ella vino a verme esa noche. Cenamos juntas y le dije que había matado a Dorthe y que al día siguiente me entregaría y asumiría mi castigo. No me malinterpretéis, no era porque buscara el perdón. Solo quería que entendiera que no me arrepentía de nada. A la mañana siguiente me enteré de que Jack había sido puesto en libertad. Decidí que hablaría con él antes de venir aquí.

Se calló y miró por la ventana, pensativa.

—Necesitaba que me dijera lo que sabía. Cuánto sabía sobre aquel lugar, y también estaba dispuesta a decirle que había sido yo quien había matado a Dorthe y a disculparme por el hecho de que lo hubieran detenido. Cuando llegué al bosque de Vornæs, lo vi salir del jardín. Conduje tras él porque no sentí que pudiera esperar a hablar con él. Ya le había dicho a Lea que iba a la comisaría; era horrible despedirse, así que necesitaba acabar de una vez.

No miró a ninguno de ellos mientras hablaba. «La expresión de su rostro es distante, pero parece serena y completamente cuerda», pensó Louise.

—Me di cuenta de que Jack se dirigía a la dirección de Lundby, lo seguí y aparqué junto a la carretera para luego bajar andando. Había abierto algunas ventanas y pude verlo moviéndose por el interior. Estaba claro que se sentía cómodo allí. Fue a limpiar y a poner vasos limpios. Cambió las velas y lo ordenó, como cuando preparamos el restaurante después de comer. Estuvo allí una hora más o menos antes de salir y volver a su granja.

Los miró directamente. Primero a Louise y luego a Lange, como si quisiera asegurarse de que entendían que se reafirmaba en todo lo que decía.

—Conduje a casa para coger el rifle que tenía guardado en el ático. Fue Frands, el padre de mis hijos, quien lo dejó. Lo metí en el coche y conduje hasta la granja de Jack. Acababa de volver a casa cuando llegué. Seguía de pie en el jardín. Me detuve en el camino de entrada y salí del coche.

Apretó los labios y tensó las manos.

—Admitió enseguida que Dorthe y él se habían hecho cargo del local después de la muerte del marido de ella. Fue él quien me explicó que Nils le había alquilado la casa y que Kristian Funch había invertido en la renovación del lugar. Lo hizo sonar como si fuera un quiosco de carretera que habían heredado. Pensó que estaba exagerando y dijo que no había menores en el local. También dijo que, si él no lo mantenía, vendría otro y lo haría. No creía que hubiera nada malo en lo que estaban haciendo.

Se quedó un momento en silencio, pensando, como si fuera importante para ella reproducir su intercambio de palabras correctamente.

—«Esos lugares existen», dijo él de forma cruda. Me dijo que, si quería denunciarlo, que lo hiciera, pero que me atuviera a las consecuencias. Parecía que yo le era indiferente y me dio la espalda, ignorando mis intentos de seguir hablando con él. No sé qué me pasó, pero una vez más sentí toda la rabia del mundo surgir dentro de mí, sentí un enorme deseo de compensar la sensación de injusticia que me perseguía desde que Aske había muerto, así que abrí el maletero del coche y cogí el rifle. No se dio cuenta, probablemente solo pensó que yo era una mujer confusa y afligida; en ningún momento se giró para mirarme a la cara. Lo seguí hasta que estuve lo bastante cerca de él como para estar segura de alcanzarlo. Nunca había disparado —dijo.

Habló despacio y con claridad, y Louise se dio cuenta de que no se arrepentía de nada. Ambos asesinatos fueron a sangre fría, pero alimentados por el dolor y el deseo de alguna forma de justicia. Ya lo había visto antes, pero le impresionó la serena calma de la confesión de Eva Nørgaard.

—Consideré venir directamente aquí. En lugar de eso, volví con Lea, que seguía en mi casa. Pero, cuando la vi, de repente no pude contarle lo de Jack, como era mi intención. La echaré muchísimo de menos. Fue como si entonces me diera cuenta de la gravedad y las consecuencias de lo que había hecho. Necesitaba tiempo para despedirme de ella como es debido. Cuando llegué a casa, me dijo que habían detenido a Helene. Fue horrible, sabía que era culpa mía. Pero, al mismo tiempo, para mí era importante intentar que la gente entendiera lo que Dorthe y Jack habían hecho. Y antes de ellos, Nils y Kristian. Quería que todo el mundo viera lo que habían estado haciendo a otras personas. Cómo habían explotado las inseguridades de los jóvenes, incluso después de ser testigo directo de lo mal que le fue a mi Aske. Por eso me puse en contacto con Camilla Lind.

Llamaron a la puerta con fuerza, aunque Louise había puesto el cartel rojo que indicaba que se estaba llevando a cabo un interrogatorio. Louise esperó irritada a que parase, pero entonces Lene Borre asomó la cabeza e hizo señas con expresión seria a Louise para que saliera.

Lange le dedicó una breve inclinación de cabeza y se levantó.

—Simon no está —dijo Borre cuando Louise hubo cerrado la puerta tras de sí—. Alguien se lo ha llevado.

44

La lluvia de octubre golpeaba con fuerza el parabrisas mientras Louise, Lene Borre y Niklas circulaban sobre el puente entre Tåsinge y Langeland. Llevaban las luces y la sirena encendidas, y los pocos conductores que había en la carretera se hicieron a un lado.

Simon Funch vestía pantalones de lluvia azul oscuro y un cortavientos verde, según la descripción del aviso de búsqueda que habían enviado a todas las comisarías del país poco antes de salir de Svendborg. Ya se habían enviado dos patrullas y se estaba solicitando la ayuda de un equipo de perros policía.

«Tal vez sea precipitado», pensó Louise, pero había puesto todo en marcha de inmediato; no se atrevía a dudar ni a perder tiempo.

Según el aviso, el niño fue visto por última vez en la casa de juegos de la familia de acogida, que se encontraba en el camino de entrada, frente a la carretera. Ningún vecino lo había visto salir de la casa de juegos o del jardín.

Poco antes de que Tine se diera cuenta de que Simon había desaparecido, un vecino había oído acelerar un coche en la carretera. El vecino no vio el coche.

—¿Dónde está Helene? —preguntó Louise al subir junto a Niklas, que conducía.

—En Langeland. —Le explicó que, tras su liberación, Helene fue recogida por su hermana, que primero la llevó en coche a la granja de Bjernemark, donde había tomado un baño, y luego siguieron hasta Tullebølle, donde Iben la dejó antes de irse.

—¿Y dónde está Iben ahora?

—Aún no hemos conseguido localizarla —dijo Niklas—, no contesta al teléfono.

Louise se volvió hacia Lene Borre, que estaba sentada en el asiento trasero con un ordenador en el regazo y el móvil pegado a la oreja.

—Pide a Lindén que rastree el móvil de la hermana.

Borre asintió y señaló que estaba hablando con Lisa Lindén.

—Y su tarjeta de crédito —añadió Louise, pensando que no necesitaba recordarles que debían avanzar sin esperar una orden judicial. De vez en cuando se podían mover un poco en la zona gris, pero en este caso no había duda de que estaban cubiertos por la urgencia de la situación. Se arriesgaban a perder a Simon Funch si primero tenían que acudir al juzgado para obtener una orden. De este modo, disponían de veinticuatro horas para presentar la intervención ante un juez, momento en el que, con suerte, ya habrían encontrado al niño.

—Comprueba qué teléfonos móviles han estado en la granja de Bjernemark —dijo Louise después de pensarlo—, y quién ha estado cerca de la dirección de los padres de acogida.

Se volvió hacia Niklas.

—¿Cómo estaba Helene Funch cuando la llevaste a casa desde la comisaría?

—¿A qué te refieres? —preguntó él. Estaban en las carreteras pequeñas, y él había reducido la velocidad y apagado la sirena.

—Me refiero a si dijo algo sobre su encuentro con Simon. ¿Parecía impaciente porque tardaría un tiempo en llevárselo a casa?

Lene Borre se inclinó hacia delante entre los asientos.

—Sí —respondió en nombre de su colega—. Le parecía injusto que fueran los padres de acogida quienes pudieran entablar una relación con él mientras ella tenía que ser la extraña que acudía como invitada.

Louise asintió.

—Y tengo que decir que la comprendo —continuó Borre desde el asiento trasero—, Helene Funch no ha hecho nada para ponerse en esta situación. Sufrió una terrible tragedia, y aceptó su destino y vivió con su dolor. Ahora que tiene la oportunidad de reunirse con su hijo pequeño, me parece completamente irrazonable mantenerla fuera de esta manera. E incluso ha sido acusada de dos asesinatos. Si alguna vez se recupera de esto, deberían darle una medalla. Y no me sorprendería que acabase demandándonos. Puedo entenderla.

Louise se giró para mirarla.

—¿Entenderla en qué exactamente? —preguntó.

Lene Borre se quedó pensativa, pero luego contestó:

—En el hecho de que está cabreada con nosotros y puede que no siga las directrices que se han establecido las visitas. Quiere que vuelva a casa, y como ella dijo, si no creen que pueda hacerlo lo bastante bien, que vaya un psicólogo a su casa.

—¿Ella dijo eso?

Louise sintió que Niklas movía las manos con inquietud sobre el volante.

—Y es algo que los dos sabíais —dijo Louise, pero ninguno de los dos contestó.

Sonó el teléfono móvil de Lene Borre. Por el retrovisor, Louise vio cómo asentía varias veces.

—Después de su puesta en libertad, se han registrado varias llamadas en el teléfono de Helene —dijo al terminar la conversación—. Se trata de conversaciones entre Helene y su cuñado, Kenneth Funch, el hermano que se hizo cargo de la empresa de alarmas de su marido.

Louise asintió y dijo que sabía quién era.

Habían llegado a la casa de Tullebølle. Ya había visto varios coches de policía en la carretera, y uno también estaba aparcado frente a la dirección de los padres de acogida. Antes de salir, Louise llamó a Grube y le pidió que enviara una patrulla a la granja de Helene Funch en Bjernemark. Quería localizar a la hermana y al cuñado de Helene para saber si estaban con Simon. Si era la familia de Helene la que se había propuesto llevarse al niño a casa, había que detenerlos antes de que se alejaran demasiado con él.

Se volvió hacia sus dos colegas.

—Espero —dijo— que os deis cuenta de que no se trata de lo que es justo para Helene. Se trata de un niño de cuatro años. Sé que Helene no lo ve así, pero acaba de perder a la única persona que conoce. La mujer a la que considera su madre desde que tiene uso de razón. Nuestros esfuerzos aquí consisten en ayudarlo a salir adelante. Helene es la adulta; él es el niño.

Lo que más deseaba era llamar a Eik. La búsqueda atraería la atención de todo el mundo, y de repente sintió que no podía lidiar con eso sola. Pero Eik se le adelantó; estaban subiendo por el camino de entrada a la casa cuando llamó.

—Acabo de ver el aviso de búsqueda —dijo—. Voy hacia tu ubicación.

—No —se apresuró a responder Louise, repitiendo lo que acababa de decirle Lene Borre. Y añadió que, por supuesto, la búsqueda se estaba llevando a cabo, pero que en ese momento estaban haciendo todo lo posible por averiguar si era la familia la que estaba ayudando a Helene a sacar a su hijo de Tullebølle.

—Hemos emitido una orden de búsqueda para el Mazda 3 rojo metalizado de Iben. Pero necesito que se vigile la dirección de Helene en Selandia hasta que sepamos si es obra de Helene.

Eik pareció estar de acuerdo con su forma de manejar la situación, lo que la tranquilizó, y prometió asegurarse de que se enviaba una patrulla a Hillerød.

Antes de que se abriera la puerta y saliera un pálido Henrik Sommer, ella había acordado con los demás que entraría a hablar con Helene Funch mientras Lene Borre y Niklas se quedaban fuera y esperaban a la patrulla canina.

Louise no había tenido tiempo de pensar en lo que podía esperar al encontrarse con Helene Funch. Desde que llegó la denuncia de la desaparición del niño, se puso en marcha una operación eficaz. Se había centrado en organizar una amplia búsqueda. Había pensado en diferentes escenarios y actuó según el más obvio.

En todo momento, tuvo la clara sensación de que no se trataba de un extraño que, de la nada, había sacado al niño de la casita de juegos del jardín delantero. Y, pensándolo bien, también se inclinaba a aceptar la posibilidad de que la desaparición hubiera sido orquestada por la propia Helene en un intento desesperado por empezar cuanto antes a construir una nueva vida con su

hijo. Pero en ningún momento había tenido tiempo de pensar en cómo se sentía Helene por lo ocurrido. Cómo lidió con el hecho de que Simon había desaparecido mientras ella estaba a solo unos metros de él. Ahora se daba cuenta.

Respiró hondo y se disponía a ir a la cocina cuando sonó su teléfono móvil.

—Kenneth Funch se encuentra en la finca Krengerup, donde está revisando los sistemas de alarma. Lleva allí desde las nueve de la mañana y no espera terminar de revisar todas las instalaciones hasta esta tarde, según Lindén. Dice que, poco después de llegar a la finca, llamó a su cuñada para invitarla a tomar un café en Bjernemark cuando terminara. Había leído sobre su detención y quería demostrarle que estaba a su lado. Y que, por supuesto, no creía que ella tuviera nada que ver con los asesinatos. Acordaron que él vendría cuando terminara y ella volviera de Langeland.

«Vale —pensó Louise—, entonces él no está involucrado».

—La segunda vez llamó su cuñado para sugerirle que cenaran juntos en Falsled Kro, pero Helene no quería mostrarse en público mientras seguía apareciendo en los periódicos del país y, por supuesto, él lo comprendió.

—¿Tienes algo sobre la hermana? —Louise se había retirado al pasillo, pero pudo ver a Tine sentada en una silla junto a la mesa de la cocina. Había escondido la cara entre las manos y estaba llorando.

—Aún no tenemos nada sobre ella —respondió Lisa Lindén—. He asignado a un colega para que consiga la videovigilancia de la estación de peaje del puente del Gran Belt. Pero no podemos esperar.

Louise cada vez estaba más impresionada con Lisa Lindén, quien, a pesar de su defecto de colgar el teléfono después de haber dicho lo que quería, pensaba con independencia y actuaba con rapidez.

—Me encargaré de localizar a la hermana —dijo la joven informática, y luego colgó.

Louise se quedó un momento en el pasillo para recobrar la compostura; cuando entró en la cocina, Tine Sommer levantó la vista, triste.

—Acababa de entrar a por una bandeja —dijo llorando—. Solo estuve fuera cinco minutos como mucho, y Simon estaba jugando muy entretenido. Había hecho unas figuras de arcilla que yo iba a llevar adentro para que se secaran y que él pudiera pintarlas. Su madre acababa de llegar y quise lavarlo un poco antes de que entrara para estar con ella.

Era difícil entender las palabras a causa del llanto. Louise le puso una mano en el hombro.

—Es mi culpa —sollozó—. Él era mi responsabilidad. Estaba a nuestro cuidado.

—¿Has visto algún coche en la carretera? —preguntó Louise, pero la madre de acogida negó con la cabeza.

—No había nadie, ni gente ni coches —dijo, y luego dudó—. O quizá es que no me di cuenta de nada. Yo quería que entrase porque Helene estaba aquí, pero él quería quedarse fuera y hacer más figuras. En la casa de juegos hay una mesa y una silla, y se quedó allí con los moldes de plástico que estaba usando.

Sacudió la cabeza con desesperación.

—Yo le había dado un poco de arcilla, y él cogió un poco de la hierba alta que había junto a la casa de juegos y la utilizó para el pelo. Cuando salí con la bandeja, ya no estaba. La silla estaba volcada, pero las figuras de arcilla seguían sobre la mesita.

Louise consiguió contenerse antes de preguntar si también había oído acelerar un coche. Pero ni Simon ni su madre de acogida lo habrían podido escuchar.

Helene Funch estaba sentada en el sofá. Llevaba un jersey de cachemira de cuello alto y unos pantalones de lana de color camel. Se había aseado, igual que cuando la habían detenido. A Louise le llamó la atención lo bien que se veía cuando pasaba tiempo con su hijo. Llevaba el pelo recogido y un pintalabios brillante. Pero estaba pálida y su rostro parecía petrificado.

Henrik Sommer se había sentado a su lado. Había suficiente espacio entre ellos como para que su presencia no resultara intimidatoria, sin embargo, había algo protector en su cercanía.

Louise los saludó desde la puerta y se dirigió hacia ellos, pero Helene no reaccionó.

—He llamado al hermano de Tine —dijo el padre de acogida, refiriéndose al psicólogo que Louise había conocido allí durante el primer encuentro de Helene con Simon.

Ella asintió, pensando que era buena idea. En ese momento, no estaba segura de si Helene estaba presente mentalmente. Era posible que la madre de Simon hubiera estado pensando que no era razonable que no pudiera llevarse a Simon a casa de inmediato, pero Louise tenía claro que la mujer sentada apáticamente en el sofá no estaba planeando secuestrar a su propio hijo.

45

Camilla llamó durante un buen rato a la puerta del piso donde vivía la hija de Eva. Primero había ido a la granja para ver si Lea seguía allí, pero el coche había desaparecido, y ahora Camilla empezaba a preocuparse. Había sido muy emotivo cuando llegaron a la casa para aparcar el Punto y meter la tabla y el rifle en el coche de Camilla.

El dolor que existía entre madre e hija mientras se despedían era sobrecogedor, y Camilla se dio cuenta de lo mucho que había perdido la joven. No fue su elección que su madre actuara como lo hizo. Primero había perdido a su hermano y ahora, a su madre. Llorando, Lea había dicho que no le quedaba nada por lo que vivir, y su madre había intentado consolarla diciéndole que era fuerte y que lo superaría.

—Sigo aquí y te quiero —había dicho Eva.

Camilla también había intentado consolarla diciéndole que en cuanto su madre fuera condenada, Lea podría visitarla a menudo.

Fue Eva quien le pidió que volviera en coche y pasara un rato con Lea cuando se separaron en la comisaría. Camilla le había explicado que primero tenía que escribir sus artículos y enviarlos al periódico, pero le prometió que después iría a ver cómo estaba su hija.

Camilla volvió a llamar a la puerta y al teléfono. Le pareció oír el teléfono móvil dentro del apartamento, pero no estaba segura. Bajó deprisa las escaleras y empezó a caminar por la calle para ver si el Punto estaba aparcado en algún sitio. Luego volvió corriendo a buscarlo en las calles laterales y la parte trasera de la propiedad. También entró en varios de los jardines adyacentes a la dirección de Lea, y fue al aparcamiento del banco, pero el coche no estaba allí.

Camilla volvió al apartamento, se sentó en las escaleras y empezó a buscar en Google al padre de Lea. Frands Nørgaard, en Vejle. Había un número de teléfono móvil y él respondió enseguida, pero se notó su indecisión cuando oyó que una mujer desconocida preguntaba por su hija mayor.

—No la he visto —dijo—, y no sé dónde está.

—Estoy preocupada por ella —dijo Camilla con urgencia.

—No tiene nada que ver conmigo —respondió él, y colgó.

Se quedó un rato mirando el móvil y volvió a llamar a Lea. El teléfono no estaba apagado y no saltaba el buzón de voz. Camilla se preguntó si no debería evitar a Louise y llamar a Grube. Pero en medio de la búsqueda nacional de Simon Funch era poco probable que el subinspector de policía se interesara por una joven que no contestaba al teléfono.

Se quedó un rato con el móvil en la mano y decidió llamar a Louise, aunque sabía que tenía

mucho que hacer. No contestó y Camilla dejó sonar el teléfono varias veces, pensando que era probable que su amiga hubiera puesto el móvil en silencio.

«Vida o muerte», escribió en un mensaje de texto. Era su mensaje en clave que significaba que era vital que la otra persona devolviera la llamada. La última vez que se enviaron ese mensaje fue cuando Louise estaba en Tailandia, justo después de que Eik continuara el viaje con los dos adolescentes. Había despertado a Camilla en mitad de la noche, y ella se había levantado de inmediato y le había devuelto la llamada. Pero después de la forma en que Louise y ella se habían separado, no estaba del todo segura de que el código siguiera funcionando. Sin embargo, enseguida sonó el móvil.

—Dime —dijo Louise.

«Parece preocupada», pensó Camilla.

—Temo que le haya pasado algo a Lea —dijo, explicando deprisa que no podía ponerse en contacto con la hija de Eva—. He estado en casa de su madre y ahora estoy fuera de su apartamento. Sé que ya tenéis una búsqueda importante en marcha. ¿Habéis encontrado al niño?

—No —respondió Louise, que acababa de regresar a la comisaría de Odense, desde donde se coordinaba la búsqueda—. Hemos logrado localizar a la hermana de Helene. Sospechábamos que podría haber tenido algo que ver con la desaparición de Simon, pero no ha sido así. No tenemos nada, no tenemos ni idea de dónde está.

Oyó la frustración en la voz de Louise y lamentó por un momento haberla molestado.

—En este momento, dos hombres están revisando las cintas de vigilancia de cinco lugares diferentes aquí, en Langeland. Tenemos un cordón en el puente del Gran Belt y unidades caninas en toda la zona.

—Siento molestar —dijo Camilla—, pero temo que Lea pueda autolesionarse. ¿Podrías emitir un aviso de búsqueda sobre su coche?

Louise preguntó cuándo había visto a Lea por última vez.

—Cuando se separó de su madre en casa —respondió Camilla, y le contó que había buscado por todas partes para ver si el Punto estaba aparcado en la zona—. No sé la matrícula, pero debe estar registrado a su nombre. O tal vez al de Eva, era el coche de Aske cuando vivía.

46

Louise se sentó en una pequeña habitación junto al servicio de radio. Se había montado como un centro de mando de emergencias con menos pantallas de visión general que las que tenían al lado, donde tenían una visión general de las patrullas de Policía de Fionia. En la pared detrás de Louise había un gran mapa de toda la isla de Fionia y al lado, mapas de Tåsinge y Langeland, donde se marcaba continuamente dónde habían buscado a Simon Funch.

Junto a ella se encontraba un equipo de policías de Fionia, a los que no conocía y nunca había visto, pero todos estaban concentrados en atender llamadas e introducir información para que ella y Grube tuvieran una visión de conjunto a la hora de coordinar las labores de búsqueda.

Habían perdido demasiado tiempo buscando a la hermana de Helene. Cuando una patrulla vio el Mazda rojo en un aparcamiento de Svendborg, Iben explicó de inmediato que la razón por la que había tenido tanta prisa en marcharse después de dejar a su hermana con la familia de acogida de Simon era que tenía una cita para que le dieran un masaje y necesitaba volver a Svendborg. Después de eso, no tenían más pistas obvias que seguir.

Louise se levantó y se acercó a los chicos del servicio de radio. Había buscado el número de matrícula de Lea Nørgaard en el registro de vehículos y lo había entregado con el mensaje de que ahora también se buscaba el Punto negro.

—¿Habéis mandado el aviso? —preguntó, pensando sobre todo en los coches patrulla y las motos que circulan por Fionia del Sur, Tåsinge y Langeland. Al mismo tiempo, había escrito una breve descripción de Lea Nørgaard.

Recibieron la información, asintieron y ya estaban trabajando en ello antes de que Louise volviera a llamar a Lange para ver si seguía en la comisaría. Sí lo estaba, y Louise pudo oír en su voz que estaba hasta las cejas de café. Sonaba cansado, agotado.

Cuando recibieron la noticia de la desaparición de Simon, Lange se había quedado en la comisaría y había terminado el interrogatorio. Y, cuando Eva Nørgaard fue detenida de forma oficial, fue él quien empezó a mecanografiar su confesión y su declaración como testigo. Y aún no había terminado, dijo cuando Louise le llamó por teléfono.

—Me gustaría que hablaras con Eva —dijo, y pensó que quizá ya la habían llevado a Odense y podría hacerlo ella misma.

—Sigue aquí —dijo Lange, y explicó que le estaban tomando las huellas dactilares y haciendo fotografías.

—Se trata de su hija —explicó Louise—. Ahora mismo estamos intentando encontrarla, y me gustaría saber si hay algún amigo o familiar con el que Lea pueda estar. Estamos preocupados por ella. Aunque lo más probable es que haya buscado a alguien con quien estar, tememos que

esté sola y tenga tendencias suicidas. —Cubrió a Camilla bajo el anónimo «nosotros».

—¿Tenemos motivos para creer que puede suicidarse? —preguntó Lange con calma, pero ella intuyó que se había puesto de pie.

—Sí —respondió Louise—. La primera vez que hablé con Eva, me dijo que su hija se había autolesionado. Comenzó tras la muerte de su hermano. Así que creo que tenemos motivos para estar preocupados. En cualquier caso, tenemos que encontrarla y asegurarnos de que no está sola.

En ese momento, la puerta del centro de mando se abrió y un tipo pelirrojo que había sido reclutado para ayudar en la búsqueda dio un paso al frente.

—Tenemos el coche —dijo en voz tan alta que asustó a los investigadores que estaban concentrados en las pantallas gigantes—. Ha sido visto en Landet y ahora está aparcado delante de la iglesia.

Louise no tenía ni idea de lo que era Landet y lo miró interrogante.

—Un pueblo en el centro de Tåsinge —dijo, haciéndola sentir como una cosmopolita.

—¿Y Lea Nørgaard? —preguntó Louise.

Él negó con la cabeza.

—El coche está abandonado, pero tengo un policía en moto de camino hacia allí.

—Que informe en cuanto sepa si está en la iglesia o por la zona.

«Tiene sentido que busque consuelo en la iglesia», pensó Louise, y llamó a Camilla para decirle que habían encontrado el coche.

47

El GPS indicaba que quedaban catorce minutos mientras Camilla conducía a demasiada velocidad fuera de Svendborg para volver a Tåsinge. Sentía un malestar en el cuerpo, que se le contraía como un reflejo palpitante justo debajo del pecho. No debería haber dejado a Lea sola en la casa.

Estaba helada, a pesar de que la calefacción del coche estaba puesta al máximo. A gran velocidad, cruzó el puente del estrecho de Svendborg y pasó por la salida de Troense. A su paso por campings y viveros, el paisaje se desvanecía. Había llegado a Bregninge cuando el GPS la avisó de que debía girar a la derecha.

Camilla aminoró la marcha, se desvió por Skovballevej y poco después divisó la iglesia. Los guijarros rebotaron en los neumáticos cuando aparcó y saltó del coche. Todo estaba en silencio. Todo el alboroto estaba dentro de ella. El corazón le latía con fuerza; la sensación de fracaso, la ansiedad y el miedo habían elevado su ritmo cardíaco hasta el punto de que le palpitaban las sienes. Delante de la iglesia había una moto de la policía y una ambulancia, y, asustada, empezó a correr hacia ellas.

—¿Qué ha pasado? —gritó al ver al policía motorizado vestido de cuero, que se había apostado en la puerta de la iglesia. La detuvo y dio un paso adelante cuando Camilla lo empujó para entrar a la fuerza en la iglesia—. Necesito saber qué ha pasado. ¿Está Lea ahí dentro? ¿Está herida?

La miró sin comprender y le pidió que se alejara de la zona.

—Conozco a la chica que está ahí dentro —dijo, tratando de explicarse cuando él le pidió que abandonara de nuevo la zona de la iglesia—. Tiene que dejarme entrar, fui yo quien pidió que la buscaran.

Leyó en sus ojos que no iba a dejarla entrar. Camilla imaginó a la infeliz hija de Eva y, sin aliento, extendió la mano y se apoyó en la pared encalada de la iglesia mientras se dejaba deslizar lentamente por el muro de la iglesia con la cara oculta entre las manos.

A medida que se acercaban más sirenas, sintió el firme agarre del agente en su hombro mientras la levantaba del suelo.

—Debo pedirle que abandone esta zona —dijo bruscamente.

Camilla empezó a explicarse de nuevo, pero desistió y se rindió cuando él la apartó de un empujón. Caminó hacia el gran círculo empedrado donde estaban enterrados Elvira Madigan y Sixten Sparre. Entre los árboles del borde de la carretera, apareció una ambulancia con las luces encendidas. Empezó a correr hacia la entrada de la iglesia, suplicando al agente que le contara lo que había pasado.

—¿Está viva? —jadeó, sintiendo que estaba sin aliento por la corta carrera.

En ese momento llegaba otra patrulla de policía. Se detuvo y aparcó junto a la ambulancia, que estaba arrimada a la pesada puerta de la iglesia. «¿Vendrían con una ambulancia si ya estuviera muerta?», pensó, y sintió un poco de esperanza antes de que un agente de mediana edad la cogiera del brazo y empezara a apartarla.

Sacaron una camilla de la ambulancia. El agente se alejó de Camilla, se acercó a los dos sanitarios y los siguió al interior.

Para entonces, los tres oficiales habían desaparecido en la iglesia, y Camilla se paseaba inquieta de un lado a otro. Se dio la vuelta de golpe cuando un sanitario salió corriendo y se subió a la ambulancia. Segundos después, volvió corriendo a la iglesia con varios aparatos y lo que parecía una manguera de oxígeno.

«Hay esperanza», pensó, y se dio cuenta de que estaba pronunciando esa frase en voz alta para sí misma. A esas alturas estaba empapada por la lluvia, pero no fue hasta ese momento, mientras caminaba hablando consigo misma, que se dio cuenta del frío que tenía. Tartamudeaba y le castañeteaban los dientes.

Acababa de darse la vuelta para volver al coche a calentarse cuando se abrió la puerta de roble de la iglesia y los dos sanitarios bajaron con mucho cuidado la camilla por los cuatro escalones que había delante de la iglesia. A lo lejos, Camilla oyó que se acercaban más sirenas.

Haciendo caso omiso de las miradas de desaprobación de los sanitarios, se adelantó y miró petrificada el cabello oscuro del pequeño que yacía en la camilla.

48

La ambulancia con Simon ya se había marchado cuando Louise llegó a la iglesia. Había llegado una nueva ambulancia, pero no había actividad a su alrededor. El portón trasero estaba cerrado y los dos sanitarios estaban sentados en la cabina del conductor a la espera de instrucciones.

Se reunió con Lene Borre y Niklas, y le explicaron brevemente cómo habían encontrado a Simon en el suelo. Los forenses habían llegado y se había pedido al sacerdote, que también había llegado, que abandonara la iglesia. En un coche en el aparcamiento, Camilla la estaba esperando.

Antes de que Louise saliera de Odense, su amiga le había enviado un mensaje de texto. Brevemente, escribió que había visto a una ambulancia irse con Simon. Eso fue todo lo que escribió, y no preguntó nada más. Solo dijo que esperaría fuera.

Despacio, Louise abrió la pesada puerta de la iglesia. Ya sabía lo que la esperaba dentro, así que no tenía ganas de entrar en la silenciosa iglesia. El frío terroso y la oscuridad la golpearon al pasar junto a los percheros y la pila de himnarios. A la derecha, divisó las dos cuerdas. Una estaba cortada; el otro extremo se había soltado de la barandilla unos metros más arriba, lo que hizo que Simon Funch cayera los dos metros hasta el suelo antes de que la cuerda pudiera estrangularlo.

Se detuvo en la puerta y esperó a que el médico de urgencias se reuniera con ella.

—Parecen cuerdas de amarre —dijo, y se volvió hacia el pequeño saliente frente al coro, donde Lea había atado las dos cuerdas. Una vieja escalera de anchos peldaños conducía a la plataforma, que tenía una barandilla baja de roble oscuro y dorado. Era como un pequeño escenario frente al coro de la iglesia.

—Hizo un nudo y pasó la cuerda. Luego ató las cuerdas a la barandilla, y solo cuando estuvieron aseguradas puso la soga alrededor del cuello de Simon y lo empujó hacia fuera. Mi suposición es que después ella se dejó caer por el borde y, cuando saltó, fue cuando el nudo de la cuerda de Simon se deshizo debido a la sacudida de la barandilla causada por su peso.

Señaló el lugar donde el nudo que sujetaba la cuerda de Lea seguía atado a la barandilla. Las cuerdas no parecían pesadas, pero sí fuertes.

—Tenía una marca rojiza en la parte delantera del cuello, pero no se le veía nada en la nuca, así que la cuerda no estaba lo bastante apretada, y eso lo salvó cuando cayó.

—¿Cuánto tiempo estuvo colgado antes de que ella saltara y se le deshiciera el nudo?

Se encogió de hombros.

—Aún no puedo asegurarlo, pero podría haber estado colgado durante un minuto y no pasaría

nada. Cuando bajamos a la chica, empezamos a practicarle la reanimación cardiopulmonar, pero ya no se podía hacer nada por ella y la declaré muerta justo antes de que se marcharan con el niño. Por desgracia, llegamos demasiado tarde.

Ahora la hija de Eva yacía bajo un paño blanco en el suelo de la iglesia. Aunque estaba cubierta, Louise reconoció las formas del cuerpo de la joven. Y no tuvo que subir las escaleras hasta la cornisa frente al coro, donde Lea había atado las dos cuerdas, para darse cuenta de cómo había sucedido. Ahora les tocaba a los técnicos y al forense reconstruir los detalles. «Hay tanta impotencia y tristeza en las acciones de la joven», pensó Louise, que no sintió más que lástima por Lea, a pesar de que lo que había hecho era horrible.

Louise echó un último vistazo al paño blanco en el suelo antes de salir de la iglesia y se dio cuenta de que era la primera vez que experimentaba un castigo con efecto retroactivo. Porque no tenía ninguna duda de que la razón por la que Lea quería que Simon muriese con ella era un intento de castigar a aquellos que le habían quitado todo. Quería castigar a Dorthe Hyllested y a Kristian Funch. Como una especie de venganza tardía por lo que les habían hecho a su hermano, a ella y a su madre. Pero la única persona a la que hirió fue a Helene, una mujer a la que no conocía.

Oyó al médico hablando con los técnicos fuera de la iglesia. Realizarían una investigación forense antes de que se llevaran a Lea.

Se apartó para que entraran los demás.

Camilla estaba sentada al volante de su coche, con la mirada fija al frente, cuando Louise llegó hasta ella.

—¿Está muerta? —susurró su amiga mientras Louise subía al asiento del copiloto.

—Sí —respondió Louise—, pero Simon está vivo.

—A lo mejor ni siquiera le costó hacer que el chico la siguiera —continuó Camilla—. Lea era simpática, y últimamente ha habido mucha gente nueva en la vida de Simon.

Louise apenas reconocía la voz de su amiga, pero asintió; ella había estado pensando lo mismo.

—Es un niño confiado —dijo—, y tienes razón, han pasado muchas cosas. Hay tantas caras nuevas que no ha tenido ocasión de saber a quién puede acercarse y de quién debe alejarse. Debió ser lo mismo cuando Jack se lo llevó de la posada después de ver a Dorthe en el suelo. Y no se sentía incómodo estando con Jack, así que no tenía motivos para pensar que no debía seguir a Lea.

Camilla lloró.

—¿Lo logrará?

Louise asintió.

—Ha sido trasladado con escolta policial al hospital de Odense. Helene se dirige hacia allí con su hermana y su cuñado. También hemos llamado a los padres de acogida para que alguien pueda comunicarse con él mientras lo examinan. Yo también iré más tarde.

Louise compartía el dolor de su amiga y estaba dispuesta a reconocer el error que había cometido con Lea. Debería haberse asegurado de que la joven no estuviera sola mientras su mundo se derrumbaba. También pensó en la hija de Jack Skovby en Copenhague, que había perdido a su padre. Muchas personas habían perdido porque Nils Hyllested había intentado navegar por una vida de privaciones y vergüenza. Había querido crear un santuario donde uno pudiera ser quien era, y en su lugar había creado un lugar donde solo algunos —los que tenían dinero y poder— podían ser ellos mismos. Se había olvidado de considerar que los jóvenes que vendían sus cuerpos no eran lo bastante maduros para darse cuenta del precio personal que iban a pagar. Además, el hecho de que muy probablemente fuera él quien encontró a Simon en el tiempo posterior al accidente aéreo y se lo entregó a Dorthe, tratándolo como si el pequeño fuera un objeto, quizá fuera también un intento de corregir el desequilibrio que había creado en su vida al no atreverse a admitir quién era. No había tenido el valor de admitir que estaba esterilizado y que nunca podría dejar embarazada a Dorthe y cumplir su mayor deseo, así que se había precipitado cuando se le presentó la oportunidad.

Y Dorthe se agarró a lo que pudo cuando se dio cuenta de que su marido era en realidad alguien distinto del hombre con el que creía haberse casado. Y, en lugar de intentar hacer lo correcto cuando Nils murió, saliendo de la realidad que habían creado juntos, se convirtió en la viuda silenciosa que continuó la vida insatisfecha y llena se secretos que su difunto marido había puesto en marcha.

—Pobre Lea —susurró Camilla para sí misma—. ¿Quién le contará a Eva lo que ha pasado?

—Lo haremos nosotras —respondió Louise—. Juntas.

Agradecimientos

En La viuda silenciosa, me he inspirado mucho en los alrededores de la hermosa Tåsinge, pero Strammelse Kro y la cabaña del bosque no tienen ninguna relación con los demás alojamientos de Tåsinge, y todos los personajes de la historia son fruto de mi imaginación. También me he tomado la libertad de ubicar casas y granjas para que encajen en mi historia. El Hotel Troense existe y es un gran lugar, pero sin el bar que he añadido.

De nuevo, muchas personas me ayudaron en la investigación para este libro. Y muchas gracias a todos por acogerme tan abiertamente y ayudarme a aclarar los detalles y los hechos para que mi realidad ficticia sea creíble.

Un agradecimiento especial al antiguo miembro del Equipo Móvil de Investigación Tom Christensen y a su mujer, Lone Worm, que también es una experimentada policía. Ambos no solo han sido de gran ayuda con su perspectiva, sino que además viven en Tåsinge y me han ayudado a obtener una visión y un contexto local de lo que Tom suele llamar mis «cuentos chinos».

Otra gran ayuda en el trabajo policial es el subinspector Bjørke Kierkegaard, de la Policía de Selandia Central y Occidental. Muchas gracias por dedicar una y otra vez tu tiempo a explicarme y familiarizarme con la realidad del trabajo de investigación. Y gracias por ayudarme a crear un nuevo distrito policial ficticio, el trece; ahora y en el futuro serás el padrino de la Unidad Móvil de Investigación de Louise Rick, P13.

También le debo un gran agradecimiento al capitán Michael Buch Andersen por organizar el vuelo de Grønholt a Tåsinge. Muchas gracias por las muchas explicaciones y descripciones desde tu propia experiencia de muchos años como piloto. Me permitieron acertar con el fatídico vuelo. Muchas gracias también al psicólogo Kuno Sørensen, de Save the Children, por su gran ayuda y perspicacia. Tu ayuda significó mucho para mí con la historia de Simon Funch. Gracias.

También debo un gran agradecimiento a la fiscal jefe Ulla Greibe, de la Policía de Fionia, en Odense. Ulla, ya me has ayudado varias veces y ahora lo has vuelto a hacer. Muchas gracias por tomarte el tiempo de leerme y explicarme cómo sucedería en la vida real.

Como en todos mis libros, debo un gran agradecimiento al médico jefe Steen Holger Hansen, del Departamento de Medicina Forense. Sois y seguiréis siendo una ayuda inestimable para mí y quiero agradeceros de nuevo vuestro tiempo y paciencia.

Esta historia comenzó con un pensamiento que compartí con mi fabulosa editora, Stinne Lender. Poco después, viajamos a Tåsinge durante unos días para metérnoslo todo en la piel. Muchas

gracias por entender tan rápido a dónde quiero llegar con mis historias. Y porque te entregas a ellas de todo corazón. Gracias por tu tiempo.

Muchas gracias también al resto de mi equipo de Politikens Forlag y a Kenneth Schultz, que es la mente creativa detrás de mis preciosas portadas. Es un gran regalo trabajar contigo. Puedo decir lo mismo de la Agencia Nordin; muchas gracias por dar a conocer mis historias al mundo y por querer siempre lo mejor para mí.

He dedicado este libro a mis amigos más íntimos, Lars y Andreas. Nuestra amistad significa mucho para mí. Gracias por estar siempre a mi lado.

Otra persona que significa mucho para mí es mi hijo, Adam. Gracias por equilibrarme siempre que me vuelvo un poco sensible durante mis periodos de escritura. Eres mi mayor tesoro.